

L I L I A N A

BODOC

Tiempo de
Dragones

LA PROFECÍA

IMPERFECTA

de

Lectulandia

El tiempo de fraternidad entre humanos y dragones es destruido por el linaje Dratewka, pero una profecía advierte sobre la llegada de un elegido, destinado a restablecer la armonía. Para huir de la esclavitud, algunos dragones rebeldes cruzan el mar. Los Dratewka envían una flota tras ellos pero también los Tzarús, aliados de los dragones, cruzan el mar.

En el nuevo continente, Antón, mago y alquimista, encuentra a un niño abandonado en el bosque y advierte que puede ser el Elegido. Lo llama Nulán y lo entrega a una mujer para su crianza. A partir de allí comienza a cumplirse una profecía que enfrentará a ejércitos y magos, extranjeros y nativos, que reabrirá la Perforación, una dimensión mágica del bosque. Nulán deberá aceptar un destino que le resulta ajeno mientras los últimos dragones rebeldes escondidos en las montañas se preparan para participar de la guerra.

Lectulandia

Liliana Bodoc

La profecía imperfecta

Tiempo de dragones - 1

ePub r1.2

Titivillus 15.09.18

Liliana Bodoc, 2015

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

El comienzo

Las profecías comienzan en el aliento de los dioses y toman forma en la palabra de los sabios. Primero es inspiración divina. Después, la gigantesca tarea de maestros versados en el arte de interpretar las señales, proyectar líneas entre la tierra y los astros, sumar las luces, restar las sombras. Y, así, conjeturar lo venidero. Lentos procesos que las generaciones reescriben o reinterpretan.

Pero una profecía nació de la imprudencia y la osadía de diecisiete monjes borrachos. Y condenados a muerte. Aquel artificio ocurrió en Terentigani, año 870 del Calendario Quinto, con la rapidez del vino azucarado.

El monasterio respondía a la forma del espíritu: muros gruesos, ventanas pequeñas y altas, silencio y penumbra. Por lo mismo, estaba emplazado sobre un monte. Fue esa ubicación, y ninguna otra cosa, lo que otorgó a los diecisiete monjes una noche más.

—Ya ha oscurecido. ¡No subirán hoy! —dijo uno de ellos.

¿Importan sus nombres? Importarán alguna vez.

Mientras tanto, disimulados por la bruma de los siglos, sus nombres les otorgarán voz y rostro.

Nebún, el loco.

Taneri, el más joven.

Eldere, el más viejo.

Licom, el tacaño.

Taluta, el silencioso.

Neprietenus, el antipático.

Doar, el justo.

Pono, con la estatura de un niño.

Curajos, el valiente.

Lígrator, el que más trabajaba.

Lenas, el que más dormía.

Lamas, el rengo.
Doru, el agraciado.
Picioare, el de largas piernas.
Clopot, el campanero.
Cernealá, el de hermosa letra.
Tugrad, siempre sonriente.

Para intentar huir los monjes tendrían que haber abandonado a Eldere, inutilizado por su mala vejez. Y a Nebún, por insensato. Aun así escapar habría sido improbable pues el cerco implacable de los soldados de Skuba Dratewka rodeaba la base del monte en espera de la madrugada.

Habían dispuesto la mesa con todo lo que almacenaba la despensa y que, hasta esa noche, habría alcanzado para un mes. Vaciaron en jarras hasta la última gota de vino de las ánforas, seguros de que era mejor que la cabeza estuviese adormilada cuando una hoja viniera a separarla del cuerpo.

Eran las once de una noche infame.

Los monjes quisieron permanecer juntos, por eso llevaron hasta la amplia sala al anciano y al loco. Juntos, diecisiete monjes condenados a una muerte brutal por oponerse a la expansión de los Dratewka, por aliarse con los Tzarús, por bendecir en sus rezos a los dragones.

—¡Lo haré aunque no quieras!

Nebún, el loco, peleaba con su padre como cuando era un joven decidido a ingresar al monasterio. En vísperas de la masacre, su desquiciamiento lo liberaba del miedo; porque el miedo es hijo de la cordura. Todos lo pensaron al mismo tiempo, de modo que no hubo necesidad de decirlo.

—¡Me río de tus azotes, viejo perro! —Nebún sacaba la lengua—. Pega, pega... ¡No iré a visitarte cuando estés en el infierno!

Tugrad comenzó a colocar uno junto a otro los carozos de aceitunas desparramados sobre la mesa. Y esa fue, aquella noche, su forma de sonreír.

—¿Alcanzarán para bordear la mesa? —preguntó.

Varios monjes se pusieron a ayudarlo. Colocados en línea, los carozos no alcanzaron a cubrir ni la mitad del perímetro de la enorme superficie rectangular.

—Traigamos más aceitunas —dijo Taneri, el joven.

—Ya no quedan.

Faltaban pocos minutos para la medianoche, hora en que el monasterio hacía sonar las campanas.

—Lo haremos de cualquier modo —dijo Clopot—. Para que nos recuerden valerosos.

Como sus hermanos asintieron, se marchó a cumplir con su responsabilidad de cada día. Tambaleándose por el exceso de vino, Clopot subió al campanario. Tomó la cuerda con ambas manos, abrió un poco las piernas para conseguir firmeza y tiró de

la gruesa soga. Mientras el badajo golpeaba la campana, el campanero imaginó a los soldados de Skuba Dratewka riéndose de su estúpida voluntad, imitando sus movimientos de manera grotesca.

La representación de su propia cabeza usada como badajo lo estremeció y entonces perdió la cuenta de las campanadas.

«Trece», contaron los monjes en la gran sala mal alumbrada por candelabros.

Minutos después, el campanero se avergonzaba por lo que creía una mancha indeleble en la historia del monasterio.

—Será recordado como el día que duró una hora más —rio el más ebrio de todos, y volvió a llenar su copa.

—De las trece campanadas es un buen nombre para un monasterio.

—O para una celebración anual: El día de las trece campanadas.

—También para un perro...

—Tan, tan, tan —Nebún hacía sonar una campana imaginaria.

—Es muy largo para llamar a un perro.

—Se abrevia, como todo en este mundo —respondió el dueño de la idea.

El nombre de un licor, de un puerto, de un poema...

El nombre de una batalla.

El vino, espeso y dulzón, iniciaba su etapa triste pero, a escasas cinco horas de la muerte, los monjes necesitaban mantener la dignidad. Por esa razón se concentraron en aquel asunto, como si en verdad importara.

—En mi opinión —dijo Doar, el justo—, es el nombre perfecto para una profecía.

El vino hizo silencio. ¿Todos habrían pensado lo mismo? ¿Los diecisiete monjes, cada uno a su manera, habrían sentido que aquellas palabras podían cambiar las últimas horas de sus vidas?

Hasta la mirada de Nebún se hizo fuerte detrás de la locura.

El vino demoraba en hablar. Sin embargo urgía que alguno expresara la posibilidad a viva voz. De no ser así, la idea se malograría. Y fue de nuevo Doar, el justo, quien habló.

—¡Una profecía! Una profecía que augure un nuevo tiempo.

—¿El pergamino perdido? —preguntó Cernealá.

El monje mencionaba una profecía que circulaba de boca en boca y de siglo en siglo, aunque jamás se habían encontrado indicios ciertos sobre la existencia del pergamino.

Picioare, el de largas piernas, tomó la palabra:

—Recordemos lo que decía el Maestre Fundador: «Las profecías no reemplazan las decisiones de los pueblos, solo las sostienen».

—Mañana, cuando ya no estemos, ni los dragones, ni los grandes alquimistas; mañana Terentigani no tendrá esperanzas —dijo Clopot, súbitamente triste.

—Una profecía lo es —admitió alguno.

—Una profecía es una esperanza y una dirección —insistió Picioare.

—Moriremos al amanecer —dijo Doar—. Y nosotros, que hemos pasado la vida entera orando, sabemos que Dios no descenderá sobre el monte para salvarnos. Nos queda una única cosa por hacer contra los Dratewka: trabajar hasta el último instante, dejar un señuelo en nuestro nombre. Si el futuro de nuestra profecía estuviese sostenido con diez clavos, nueve se torcerían. Pero quedaría uno para sujetarla. Y quizás ese frágil extremo sirva para sostener el futuro.

Después de Doar hablaron todos. Y en cada caso, la muerte y el vino dirigieron sus lenguas.

—¿Qué podemos perder?

—Nada.

—Nada más que algunas horas que vamos a derrochar lamentando nuestra suerte.

—¡Pero *algunas* horas no alcanzarán para escribir una profecía!

—Alcanzarán.

—Esto es absurdo... El vino habla por nosotros —se lamentó Taluta, el silencioso.

—¡Que hable y que escriba! —pidió el campanero.

—Mira, hermano Taluta, no estoy tan seguro de que sea solo el vino —interrumpió Doar—. Al fin, nos sostenemos en profecías cuyo origen desconocemos.

—¿Sugieres que siempre fue un puñado de borrachos el que escribió las profecías?

—No estamos más borrachos que tú, Neprietenus.

—No dije «más». Dije borrachos.

—¡Pretenden fraguar una profecía mientras riñen como siervas en el mercado! —recriminó Doar.

—¡O nos aferramos a una dirección o nos dedicamos a deshacer la hilera de carozos! —gritó Tugrad.

—Nos queda el final de una última noche —intervino Doar—. ¿Qué hacemos? ¿Lloramos? ¿Reímos sin motivos para reír? ¿Oramos? ¿O dedicamos nuestras horas finales a la escritura de una profecía?

Las preguntas de Doar impusieron silencio. Y el silencio sirvió para que cada monje aceptara la idea de gastar las últimas horas de sus vidas en una empresa insensata.

—Mi buena madre decía que lo que ya está perdido solo puede hallarse.

«La profecía debe parecer muy antigua», tras esa afirmación, que cualquiera pudo pronunciar, quedó aceptado el desafío.

—Deberíamos usar aquel rollo antiguo —dijo Eldere.

—Es una reliquia —intervino Licom, el tacaño.

—¡Pues Skuba Dratewka se limpiará el culo con tu reliquia!

—Lo traeré —afirmó Taneri. Y corrió en busca del rollo que, junto a otros tesoros, preservaba el monasterio.

Nebún, perdido en su delirio, escupió contra el recuerdo de su padre.

—¡Blasfemo! ¡Te cocinarás con los garbanzos del diablo!

—¡Ahí lo tienen! —Doar señaló el discurso del loco—. Ese es el modo en que hablan las profecías.

—Decir y no decir.

—Eso mismo.

Doar parodió la voz de los libros:

—«Las profecías guardan una intención, pero los aderezos de la incertidumbre velan su sentido». Pues bien, repetir lo memorizado en los libros sería sencillo. Digo, hermanos, que nuestros libros solo nos servirán ahora para empinar nuestra gracia y nuestro talento, ¡si es que los tenemos!

Era la una de aquella noche aciaga. Y a las cinco empezaría a clarear.

—Si fuese invierno tendríamos algunas horas más.

Taneri llegó con el rollo. Sin piedad alguna por la antigua vajilla del monasterio, Lenas arrojó al piso todo lo que había sobre la mesa.

—¿Qué haces?

—Hago sitio para extender el pergamino. ¿O suponen que los soldados van a valorar nuestros cristales?

No hubo dudas en cederle la escritura a Cernealá.

—Cualquier tinta develará que el escrito no es antiguo.

—La sangre —dijo Cernealá— guardará el secreto.

Ninguno de los monjes pensó en negarse.

—Comencemos —dijo Cernealá.

—¡Aguarden! —Doar, el justo, parecía iluminado—. Debemos aprovechar el año 1000. Ya hay voces aventurando cataclismos...

—Presintiendo revelaciones —acotó Taneri.

—Anunciando fuego —agregó Pono, el de estatura de niño.

—¡Graznando estupideces! —concluyó Neprietenus.

—Aun así, hermano Neprietenus —dijo Doar—, aprovecharemos esa vieja necesidad de mezclar los números con el éxtasis.

—¿Año 1000? —dijo Lamas, el rengo—. No pienso esperar tanto para ver el cumplimiento de una profecía que yo mismo ayudé a fraguar.

—Ni tú, ni ninguno de nosotros tendrá nada que esperar.

—Sí, querido hermano Clopot. Yo esperaré en mi muerte —dijo Lamas. ¿O acaso no crees en la vida eterna?

—¿Quieres hablar sobre la eternidad? —intervino Picioare—. Comienza por entender que la vida eterna no es una butaca para que tú te sientes.

—Hermanos —Doar, el justo, intervino—. No hay tiempo para devaneos. En cuanto a ti, Lamas, si cuentas con la eternidad, ¿qué mal pueden hacerte ciento treinta años?

—Comencemos —insistió Cernealá, el de hermosa letra.

El primero en aventurar un inicio fue Picioare.

—«Esta profecía viene a redimir lo dañado...».

—Demasiado evidente.

—«Cuando la serpiente atraviere los pantanos del alba» —dijo Pono.

—¿Qué significa pantanos del alba?

—Nadie entenderá eso.

—Queridos monjes, no podemos darnos tantos lujos cuando estamos heridos de muerte —se quejó Pono, ofendido por la rotunda negativa de sus hermanos.

—«Como todo lo que nace» —Eldere habló desde su vejez.

Los monjes supieron que así comenzaría la profecía fraguada. Curajos fue el primero en exponer sus venas, muy marcadas. Él mismo trazó el corte preciso. Cuando la sangre apareció, Cernealá mojó la pluma en el tintero latiente.

«Todos los mares, todos los pactos, todos los ciclos nacen heridos de muerte», escribió.

Los monjes observaron con respeto la primera frase, como si no hubiese surgido de aquella mesa.

—Aprieta tu herida, Curajos —dijo Cernealá.

—Por lo que importa...

—Hazlo de todas formas.

—Ahora debemos mencionar la tiranía de los Dratewka —Neprietenos hizo su intento.

—«Y lo mismo será con la soberbia Dratewka» —dijo Taneri, el joven.

—Lo dicho, hermano —intervino Doar—. No olvidemos que la incertidumbre es la sal de las profecías. Solamente así serán tenidas en cuenta. Quizá baste con quitar el nombre del linaje.

«Todos los mares, todos los pactos, todos los ciclos nacen heridos de muerte. Y lo mismo será con la soberbia».

Los monjes habían estudiado muchos textos proféticos a lo largo de sus vidas y conocían de sobra la estructura de las profecías. Ya tenían el exordio. Lo siguiente era la diagnosis, la descripción de un estado de oscuridad que justificaría la llegada del Elegido.

Tras un largo debate que se extendió hasta la tercera hora de la mañana, los monjes acordaron. Cernealá mojó la pluma en la sangre de Clopot, el campanero.

«Durante largo tiempo bajarán ríos de dolor por las montañas y los abismos huirán al galope. Lo que vuela caerá y lo que reptará será grande».

Luego de la diagnosis, la datación.

«Y será cuando el fuego y el agua den mil giros».

—No estoy tan seguro de la claridad de la datación —dijo Pono.

—Mil giros, ¡mil años!

Y la discusión acabó allí.

Exordio, diagnosis, datación... Llegaba el momento de la fastesis, que señala los hechos previos al cumplimiento de la profecía.

—Que sean tres —sugirió Doru.

—Que sean pares —pidió Tugrad.

Su eterna sonrisa ganó la aprobación de casi todos. Y fue acordado que las señales de la profecía serían cuatro: la señal del fuego, la señal de las cadenas, la señal de la enfermedad.

—¿Y la cuarta?

—Debe señalar el mal en algo que aparente bendición —dijo Cernealá.

—¿Una boda es una bendición? —ironizó Clopot.

—¿Qué sabemos nosotros de bodas?

Pero el tiempo perdía peso y los monjes debían escribir la fastesis.

«El corazón del mundo sufrirá cuatro golpes. El primer golpe será por fuego, el segundo por cadenas, el tercero por enfermedad. El cuarto será a causa de bodas inmundas que unirán lo que no debe unirse».

Eran casi las cuatro de la mañana cuando los monjes llegaron al punto crucial. La proclamación, que establecía la llegada del Elegido.

—Marcas. Los Elegidos siempre las tienen.

—Marcas que puedan ser comprendidas en un tiempo que, ahora, no somos capaces de imaginar.

Taneri, el joven, se alejó de la mesa. Buscó una silla y se paró sobre ella para alcanzar una ventana, alta y pequeña, orientada hacia el amanecer.

—Hay una grieta en el horizonte —anunció.

—¿El Elegido será humano o dragón?

—Ni siquiera eso precisaremos.

—¿Ni siquiera?

—Ni siquiera.

Cernealá eligió la muñeca de Tugrad, el sonriente.

«Elegido será el que duerma en el nido del dragón y despierte en la casa del hombre».

No dejaba de amanecer.

—Deberíamos elogiar además sus facultades para la guerra.

—«El Elegido se pondrá al frente de los mejores ejércitos» —propuso Doru, el agraciado.

—¿Los mejores ejércitos? Así trazaremos líneas divisorias y daremos oportunidad a unos para desdeñar a otros. Todos se nombrarán a sí mismos los mejores.

—«Se pondrá al frente de distintos ejércitos».

—«Frente a muchos ejércitos».

Como si alguien hachara la oscuridad, amanecía.

Al fin, Cernealá escribió.

«El que se ponga al frente de ejércitos tan diversos como los pájaros».

—¿Cuál será su virtud?

Pono recordó un antiguo poema que su madre solía cantarle.

—«Que distinga el contorno del viento».

Y a todos les pareció apropiado y bello.

—¡Más rápido! —dijo Taneri desde la ventana.

—Solamente resta establecer que debe tratarse de un sabio —dijo Eldere.

—¿Es necesario? —preguntó Doar.

Eldere y Doar habían mantenido severas diferencias a la hora de elegir entre la erudición y la bondad.

—No cederé —dijo el anciano.

—Amanece...

—Entonces, alcemos las manos —propuso Doar.

Cinco manos a favor de la bondad. El resto, a favor de la erudición. Y entre unas y otras, las manos de Nebún empujando el fantasma de su padre.

«El que distinga el contorno del viento y entienda las Sagradas Lenguas», escribió Cernealá.

—Nunca amaneció tan rápido —susurró Taneri.

—Debemos terminar.

—¡Rápido! Ya se ven los primeros rayos.

—El Elegido deberá hacer lo mismo que nosotros ahora —dijo Doar—. Confiar en la muerte.

Cernealá no aguardó la aprobación de nadie y dibujó con maestría los últimos trazos.

«Elegido será el que confíe en la muerte».

Pero Cernealá quería usar también su propia sangre. Aunque la profecía estaba cerrada, se hizo un corte y dibujó un ojo de dragón a manera de sello.

—Ya amaneció.

—Por fortuna la sangre seca rápido.

Los primeros ruidos empezaban a oírse.

—Vienen.

—Aún debemos esconder el pergamino.

—Un escondite que, sin embargo, alguien pueda encontrar.

Varios miraron el mismo punto: allí donde colgaba el retrato del monje que, muchos años antes, había fundado la Orden del Monasterio. El rostro redondo y los ojos socarrones del Maestro parecían invitarlos. Y no había tiempo para más.

El retrato era tan grande y pesado que tuvieron que sostenerlo entre dos monjes.

Doar abrió la cajuela secreta que había detrás. Luego miró a sus hermanos, que asintieron.

—Aquí te dejamos. ¡Y que te encuentre un alma amiga!

—No hay certeza —musitó alguno.

—Hermano, la única certeza es nuestra muerte.

Para entonces ya podían distinguirse sonidos particulares en lo que, momentos antes, había sido un tumulto apretado: el metal se diferenciaba de las voces; los

pasos, de las risas.

Cuando los soldados de Skuba Dratewka derribaron la gruesa puerta del comedor hallaron a los diecisiete monjes en completo silencio. Algunos aún bebían.

Nebún, que confundió a un soldado con su padre, fue el primero en morir.

La cabeza de Doar cayó sobre su propio regazo, y el monje más justo la acunó un momento.

Neprietenus escupió a su asesino. Eldere cayó sobre su vejez.

Uno de los soldados se jactaba de cortar a los enemigos justo por el medio. Así, se abrieron en gajos perfectos la cabeza de Taluta, de Lamas y de Doru, el agraciado; de Pono, el de estatura de niño. Los demás fueron gemidos breves y oraciones.

Taneri, el joven, seguía vivo, cuando vivo significaba peor que muerto. Dos soldados lo cercaban contra la enorme mesa. Y Taneri comprendió que su final sería el más infame de todos.

—Un dulce monje para mi estaca.

—¿Qué crees, monjecito? ¿El cielo será mejor que lo que te ofrezco?

—Perdóname por no obedecerte —susurró el monje.

—¿Me hablas a mí? —preguntó el soldado.

—A Dios.

Con la última palabra, Taneri tomó un cuchillo de la mesa y se rasgó el cuello.

La furia desbordó a sus enemigos.

—¡Aunque estés muerto! —gritó uno de los soldados—. ¡Te voy a sacudir aunque estés muerto!

Pero Taneri, el joven, ya no escuchaba.

Primera parte

La profecía

Beliria nació al final de la tarde, cuando la claridad pesaba menos que un pañuelo de tul. Pequeña, de párpados hinchados y piel levemente amoratada, nada permitía adivinar la firmeza que años más tarde sería célebre en hasta los confines de Oras Viitor.

Las dos comadronas que asistieron a la parturienta eran las mejores por su pericia, pero más por su discreción. Tratándose de la familia gobernante, los detalles de un nacimiento debían guardarse bajo diez cerrojos.

Cuando Joria Dratewka eligió a las mujeres que iban a ocuparse de su esposa, creyó necesario recordarles el pasado.

—Es posible que ambas hayan escuchado esta historia alguna vez, pero creo que es un buen momento para recordarla, ¿verdad?

Aquellas mujeres gruesas, que ya rondaban la vejez, asintieron, con docilidad. La conocían, pero volverían a escucharla las veces que el jerarca quisiera.

—Fue cuando nací... Al parecer, la comadrona que atendió el parto tuvo la insensatez de comentar cosas que había visto de cerca —Joria buscó un tono más confidencial—. Creo que entre hombres y comadronas las cosas pueden decirse sin tapujos. Y bien, aquella comadrona se refirió a mi madre con estas palabras «Esa mujer tiene en el culo los callos que no tiene en las manos».

Joria vigiló la expresión en el rostro de las mujeres, por si descubría el mínimo asomo de risa. Luego continuó:

—Fue con ella que Constantín, mi padre, ordenó probar un nuevo método de empalamiento. Uno que demoraba la muerte un par de días.

La lección había terminado.

El día que la esposa del jerarca comenzó a quejarse de dolores rítmicos y punzantes, las comadronas ordenaron en la habitación designada lo necesario para el alumbramiento: paños, agua, una redoma con «aceite arrullador». Sobre un baúl tosco, el atuendo que usaría el recién nacido. Una salivadera y confites de zanahoria para que la parturienta conservara sus fuerzas.

A pesar de ser una mujer menuda y delgada, Oropelia soportó con entereza los rigores del parto y nunca dejó de repetir que aquel nacimiento era su única felicidad.

Su esposo había ordenado construir una silla de parto como las que usaban las mujeres de su linaje. Sin embargo Oropelia prefirió dar a luz en una cama, según prescribía la tradición de su propio linaje.

Joria expuso sus argumentos:

—Nuestras mujeres han parido sentadas porque los Dratewka aprendimos de las ovejas.

Oropelia argumentó su negativa:

—Las mujeres Tzarús parimos en nuestras camas por la misma razón que andamos en dos piernas y no en cuatro patas.

Joria sonrió con desprecio, como ante cada desplante verbal de su esposa.

El trabajo de parto duró la noche entera, sin que la vida de la madre o de la niña corriera peligro. Al amanecer, cuando todos dormían en la Fortaleza, Beliria, hija de Joria Dratewka y Oropelia Tzarús, llegó al mundo.

Las comadronas dijeron que era pequeña pero saludable. Y se alegraron de que su llanto no fuera demasiado prolongado, señal de que el recién nacido podía traer dentro un demonio.

—No se lamente, señora —dijo una de ellas—. La siguiente vez será un niño.

Oropelia la miró con frialdad mientras recibía a su hija, envuelta en una manta de lino sin teñir. Pronto la comadrona quiso deshacer el primer abrazo.

—Tenemos que fajarla ahora —dijo.

—Deja. Lo hará mi sierva —respondió Oropelia.

—Señora, es nuestro trabajo y deberíamos...

—Cumplieron muy bien con su parte. Pero ahora... —de pronto la severidad de Oropelia se deshizo—. Por favor, llama a Nah. Quisiera... Llama a mi sierva, por favor.

Lejos de conmoverse por el abatimiento de Oropelia, como cualquier súbdito ante las heridas del poder, la comadrona se endureció. Algo dijo acerca del modo de fajar a un recién nacido mientras quitaba a Beliria de los brazos cansados de su madre.

Suponer que inmovilizar el cuerpo de la pequeña serviría para domesticar su espíritu fue un error que, años más tarde, quedaría en evidencia.

Cerca del mediodía, el jerarca atravesó los pasillos que conducían a la habitación de su esposa. Su mascota iba detrás, con el hocico pegado a los talones del amo. Oropelia, que en ese momento amamantaba, se alteró al verlos entrar y buscó la manera de cubrir a la niña.

—¡Saca de aquí ese animal! —dijo, sin quitar los ojos de la Liebre Moteada.

—Sabes que si está conmigo...

—¡Llévatela, por favor! —suplicó la mujer, agitada.

Con el collar de cuero de oveja que llevaba consigo cuando lo acompañaba su mascota, Joria la sujetó por el cuello y la ató a una columna.

El animal, de cuatro palmos de altura, no intentó soltarse.

—Ya ves —dijo Joria, avanzando hacia la recién nacida.

La miró por un instante. Besó la frente de su esposa y le entregó un broche de oro con una amatista engarzada.

—Es muy bello, gracias —sonrió apenas Oropelia. Y agregó—. No es un niño.

—Así parece —Joria se acarició las manos.

Entonces Oropelia repitió las palabras que, horas antes, le habían causado repulsión.

—La próxima vez lo será.

—Muy bien... Ahora descansa. Volveré a verte mañana.

El resto del día fue un desfile de gente que deseaba conocer a la primogénita y que, antes o después, lamentó que la descendencia de los Dratewka no estuviera asegurada.

Terminaba la tarde cuando, por fin, Oropelia se quedó sola. Una sierva muy joven iba de un lado a otro de la habitación atendiendo las necesidades de la madre y la niña.

—Dime, Nah, ¿tu pueblo faja a los recién nacidos?

—No, ama. Mejor desnudos.

—Los he visto. Tienen la espalda recta, y también las piernas. No están torcidos ni jorobados —pero la costumbre pudo más y Oropelia desechó la idea que había cruzado por su cabeza—. Nah, trae paños húmedos. Necesito refrescarme.

La sierva obedeció con gusto porque, entonces, aún amaba y respetaba a Oropelia. Mientras colocaba paños en la frente y el pecho de su ama, estiró los dedos para rozar la cabecita de la niña.

—Es linda, blanca y redonda como la luna llena —dijo.

La sonrisa de Oropelia fue sincera.

Los Tzarús y los Dratewka.

Cada linaje se organizaba en torno a una familia que le daba nombre. A su alrededor se amontonaban los comunes, gente que trabajaba para ellos y se cobijaba en su protección.

Los Dratewka habían sido pastores, a la cría de ovejas debía aquel linaje el inicio y el crecimiento de su fortuna. Luego se aglutinaron en un vasto ejército.

Los Tzarús se habían enriquecido explotando la tierra. Agricultores en sus orígenes, se abocaron más tarde al estudio de la alquimia y de las ciencias.

Dos linajes que, por necesidad, pactaron una alianza de matrimonios. Tzarús y Dratewka, alquimistas y pastores, la erudición y el instinto. Y ahora, una niña que compartía ambas sangres. Cuando Joria Dratewka vio por primera vez a su hija no experimentó emoción alguna, quizá porque una mujer no aseguraba su poder, o quizá porque intuyó que esa pequeña de piel blanca y frente amplia sería una prolongación de los alquimistas Tzarús más que de los pastores Dratewka.

Pero, siete días después del nacimiento, los comunes se amontonaban en las afueras de la Fortaleza esperando que el jerarca presentara a su hija. El gentío llevaba muchas horas allí y comenzaba a alborotarse. Las riñas de gallos ya se habían cobrado algún muerto. Los amaestradores de iguanas y los vendedores de amuletos de dragón peleaban por los mejores sitios. Las ramera metían a sus clientes debajo

de las faldas.

Por fin Joria salió a la explanada que se extendía frente a la Fortaleza. El pueblo aguardaba, más ansioso por conocer las dádivas que, según la costumbre, el jerarca repartiría entre ellos, que por conocer a la heredera.

—¡Esta es Beliria, hija de Joria! —se oyó alta la voz del jerarca mientras sostenía a la niña por encima de su cabeza, de modo que la multitud pudiera verla, gritar y alzar los brazos en señal de júbilo—. Y sepan todos que, en su nombre, perdonaré un octavo de los impuestos.

Recién entonces el pueblo de Oras Viitor, capital Dratewka en Mérec, aulló de corazón.

Joria giró a la niña hacia un lado y hacia otro. Finalmente la levantó con una sola mano. Aguardó el tiempo de la ovación y se marchó, todavía aclamado por la gente que festejaba un octavo menos de hambre. Apenas estuvo fuera de la vista de su pueblo el jerarca se deshizo de la pequeña.

—¡Toma! —le dijo a Nah, que esperaba detrás de los muros—. Llévala con su madre.

—Mi ama quiere verlo —informó Nah mientras recibía a la niña.

Joria Dratewka se detuvo en seco.

—Dile a tu ama que alimente bien a esta niña. Va camino a tener el cuerpo flaco y triste de las Tzarús.

Nah fue incapaz de repetir aquellas palabras. Como tantas otras veces, inventó una mentira.

—El jerarca debía tratar asuntos con el procurador y...

—¡Suficiente, Nah!

Oropelia tenía preocupaciones más profundas que un nuevo desprecio de su esposo.

—Deja a Beliria en la cuna y ven aquí. Deseo hablarte.

La cuna de Beliria estaba cubierta con tules para evitar las picaduras de los insectos. «Deja que su carne se haga fuerte», le había dicho Joria. Pero Oropelia jamás tomaría ese consejo.

Nah acostó a la niña y la meció un momento para que no perdiera el sueño. Luego se acercó a su ama, que se abanicaba en un sillón frente a la ventana. Oropelia pasaba tardes enteras allí, desde donde veía la explanada, lugar para anunciar edictos, acceso al mercado y escenario de los mejores entretenimientos durante la Fiesta del Dragón.

—Sabes lo que voy a pedirte, ¿verdad?

Nah asintió con la cabeza.

—Bien, irás a la casa de Antón. Y por favor, cuida que nadie te vea. Si te preguntan por qué vas al monte dices...

—Que mi ama tiene ganas de comer moras —la sierva arayé conocía de memoria la excusa.

—Eso es —dijo Oropelia—. ¿Sabes? No es del todo falso esta vez. Hace ya tanto

que no vamos a recoger frutos silvestres...

—Puedo traer moras.

—¡No! No te distraigas por nada. Ve y dile a Antón que Beliria nació fuerte y sana. Dale también esta esquila.

Sacó de entre las anchas mangas de su vestido claro un papel doblado y sellado con cera de abejas.

Aunque la sierva arayé no sabía leer, a Oropelia la tranquilizaba sellar la carta.

—Ve deprisa, mira hacia atrás, no te distraigas, no demores...

—Sí, ama —aseguraron los ojos oscuros de Nah.

—Ve entonces.

Apenas estuvo sola, Oropelia se puso de pie y caminó lentamente hasta la cuna de Beliria.

—Dicen que los humores son mitad y mitad, pero eso no se cumple en ti. Y si así fuera, la sangre Tzarús que llevas en las venas pesa más que la otra parte.

En el rostro de la madre todavía se notaban las marcas del esfuerzo. Pero Beliria estaba allí, y eso justificaba cualquier pesadumbre.

—Beliria Tzarús —repitió en voz baja Oropelia.

Oras Viitor en Mérec, Oras Gat en Terentigani. Ambas ciudades, separadas por el mar, repetían el trazado y la organización.

La Fortaleza del jerarca replicaba también, con toda precisión, las de Terentigani, el continente de origen. Pero Mérec era una tierra de insectos gigantes y calor pegajoso, de selvas y montes densos que ni siquiera les permitían recordar los puertos invernales de los que, muchos años antes, los Dratewka habían zarpado.

Dentro de los muros, perros y ovejas transitaban con total libertad transformando en un estercolero lo que pudo ser un jardín. Apenas casada, Oropelia intentó plantar flores y árboles frutales, pero cualquier brote sucumbía bajo el hambre perpetua de las ovejas o se quemaba por el orín de los perros. Tal vez aquello fue el primer símbolo del poder de su esposo, de la supremacía del estiércol sobre las rosas.

Nah se dirigía a una de las puertas laterales por las que salían y entraban los siervos arayé. Cerca de la muralla, Filip, el niño que Joria entrenaba para que algún día fuera su jefe de ballesteros, arrojaba dardos contra cueros de ovejas tendidos al sol. Aunque Filip tenía apenas nueve años, siempre lograba avergonzar a Nah. Esta vez el niño tiró de su propio blusón a la altura del pecho para simular lo que él no tenía y la sierva sí.

—¡Esto tienes, Nah! —gritó—. ¡Tetas de oveja!

Nah se cubrió con los brazos y apuró el paso. Desde lejos escuchó la voz aguda de Filip.

—¡Las arayé tienen tetas de ovejas! A Nah le crecieron tetas de oveja.

Lejos de las carcajadas de los soldados que festejaban al niño, el jerarca susurraba a oídos de la única persona en el mundo que podía acariciarlo completamente desnudo, una mujer de piel trigüeña, hermosa en un cuerpo fuerte y redondo.

—Filip es nuestro y está primero —Joria procuraba tranquilizar a Clamia, su antigua amante. La mujer Dratewka que, desde el nacimiento de Beliria, había perdido el color y el sosiego.

—Ahora tienes a Beliria y ella es legítima.

—Es tan parecida a su madre...

—Acabarás amándola —insistió Clamia.

—Ya sabes lo que pienso... El amor es un sentimiento infantil. Los niños aman a sus mascotas y a sus juguetes. Pero no es propio de un Dratewka, que además es hombre, y además jerarca, dejarse llevar por un sentimiento que pone a lloriquear el espíritu.

Luego abrazó a Clamia y cambió el tono.

—Filip está creciendo a mi lado y ya maneja una ballesta mejor que tú las agujas. ¡Ven aquí! —el jerarca le alzó la falda con más suavidad que de costumbre—. Voy a mostrarte la fuerza del único amor posible.

En los alrededores, Filip montaba una oveja y le golpeaba las ancas para obligarla a avanzar.

Nah tenía por delante una caminata de cinco horas atravesando el monte hasta la casa de Antón.

Frente a la ventana de su habitación, Oropelia acunaba a Beliria con una canción que hablaba de la majestuosidad de los dragones.

Tendido bajo las estrellas y aún así transpirando, Antón dormía. A su lado, algunos pergaminos y mapas astrológicos descansaban también de la voracidad de su dueño. Dormía y transpiraba un hombre alto y huesudo, cuyo único afán era el conocimiento.

Como sucedía cada noche, tras un largo debate entre sus ansias de saber y su sentido común, Antón aceptó que debía descansar. Y se tendió allí mismo, en el suelo áspero del monte donde vivía, en las afueras de Oras Viitor. Poco después roncaba con cierta gracia, ajeno a que ese breve sueño sería, en cierto modo, el último de una vida y el primero de otra.

El día había sido largo.

Primero fue la sierva de confianza de Oropelia, trayendo buenas noticias sobre el nacimiento. Era una niña sana y su madre la había llamado Beliria. Además la sierva Arayé le había entregado una esquila en la que Oropelia le pedía un encuentro para rezar sobre la niña la Oración Primaria de la alquimia. Después de pensarlo, Antón escribió pidiéndole paciencia. Paciencia y, sobre todo, mucha cautela puesto que Joria estaría vigilando más que nunca. Beliria recién llegaba al mundo, ya habría tiempo

para oraciones.

Pero no solo la visita de Nah había interrumpido la rutina del alquimista. También la posición del sol: el día anterior se había cumplido el solsticio de verano y eso significaba la realización del ritual que Antón llevaba a cabo cada año.

Desde su infancia se hundió en el estudio de la profecía que presagiaba la llegada de un Elegido. Si hubiese permanecido en Terentigani, cerca de sabios de renombre, solo podría haber aspirado, si tenía suerte, a mantener encendidas las lámparas de aceite mientras los maestros alquimistas examinaban documentos. Pero cuando era muy pequeño su madre subió a un barco que navegó rumbo a Mérec. Allí, en ese continente de selvas profundas y pueblos inocentes, fue el más sabio de los hombres.

Lejos de la competencia y la envidia de sus pares, el alquimista se concentró en la lectura minuciosa de libros que habían cruzado el mar. Además de mapas y pergaminos originales, algunos, para su desvelo, dañados o incompletos.

El año del nacimiento de Beliria, el día del solsticio, Antón se alejó de su casa en dirección al mar. Dibujó una estrella en la arena plateada y, sentado de piernas cruzadas, ocupó el centro. Primero aguardó el final del sol. Después, encendió su fogata. Con los ojos cerrados recitó el texto de la profecía que había sido hallada en un monasterio de Terentigani.

«Todos los mares, todos los pactos, todos los ciclos nacen heridos de muerte. Y lo mismo será con la soberbia. Durante largo tiempo bajarán ríos de dolor por las montañas y los abismos huirán al galope. Lo que vuela caerá y lo que reptará será grande.

Y será cuando el fuego y el agua den mil giros.

El corazón del mundo sufrirá cuatro golpes. El primer golpe será por fuego, el segundo por cadenas, el tercero por enfermedad. El cuarto será a causa de bodas inmundas que unirán lo que no debe unirse.

Para deshacer tanto dolor llegará un Elegido.

Elegido será el que duerma en el nido del dragón y despierte en la casa del hombre. El que se ponga al frente de ejércitos tan diversos como los pájaros. El que distinga el contorno del viento y entienda las Sagradas Lenguas. Elegido será el que confíe en la muerte».

La profecía del monasterio, como empezaban a llamarla, se había desparramado por Terentigani. Y luego había cruzado, en los barcos, a Mérec. Había quienes decían que se trataba del pergamino perdido. Quienes afirmaban que el presagio de fuego se había cumplido con los incendios de bosques sagrados, quienes lo negaban. Estaban los que esperaban y los que reían. Unos afirmaban que los mil giros hacían referencia al año 1000. Otros dudaban.

Ni entonces ni nunca Antón iba a detenerse en considerar la legitimidad de la profecía. No era eso lo importante. Sabía que solo la terca repetición de un proceso

podía transformar la realidad en oro.

Después de recitar permaneció inmóvil durante horas. Cuando el alquimista daba término a su meditación, la tierra se sacudió con fuerza. Sin temor, Antón abrió los ojos. Entonces vio derrumbarse una estrella. Dejó a un lado los pergaminos, apagó el fuego y se tendió a dormir, pensando que la realidad se plegaba como un abanico.

Su descanso fue breve.

Un sueño insistente se entrometía y chillaba en la penumbra de su mente. Abrió apenas los ojos. Sonrió y volvió a cerrarlos. Creyó que estaba soñando con la pequeña hija de Oropelia. Se durmió, y otra vez su sueño se llenó con el llanto de un niño. Antón aprovechó para girar la cabeza. Su cuello crujió con el movimiento. ¿Tanto llorará esa niña?, pensó el alquimista en su entresueño. El llanto persistía, cada vez más intenso y desesperado. Por fin, abrió los ojos y se irguió. La cabeza le pesaba y era difícil separar la realidad del sueño. Pero ya no había dudas, lloraba un niño. Se puso de pie, y en aquel lugar donde la playa y el monte se mezclaban, caminó guiándose por los sollozos entrecortados.

En un claro, un pequeño alzaba hacia el cielo la cabeza y los brazos, como si desde arriba lo hubiesen traído.

La urgencia por aquel niño desnudo bajo el rocío hizo que Antón postergara por unos segundos el asombro. Lo tomó en sus brazos. Alcanzó a pensar que era la primera vez, en su larga vida, que hacía tal cosa, y que Oropelia iba a decepcionarse cuando supiera que el primer niño en sus brazos no había sido Beliria.

El pequeño había dejado de llorar pero mantenía la mirada en alto, reclamándole algo al cielo.

Antón no pudo esperar la mañana para buscar señales que le indicaran lo que había ocurrido mientras dormía: quién había dejado a ese pequeño en el monte, por dónde había llegado y por dónde se había ido.

Buscaba rastros de sandalias, vestigios de pisadas, una dirección que pudiera definirse en puntos cardinales... Pero la luz de la luna caliente de Mérec mostraba otra cosa: vegetación aplastada y arena arrasada por un viento que no había corrido.

El alquimista siguió buscando hasta que detectó en la arena un hoyo donde cabía su brazo. Cerca, uno más, y otro, y otro. Algo más lejos, y en diferente línea, contó el hoyo número cinco. Varias veces se acercó a cada agujero. Midió la distancia que los separaba y siguió un trazo imaginario. De pronto, una ida lo paralizó: si cada pozo era un dedo enorme que se había posado en la arena, entonces estaba parado en medio de una huella.

Temblando más que el niño que llevaba en brazos, regresó a su casa.

El pequeño tendría alrededor de un año. Era vivaz y de rasgos aráyés, a excepción de sus ojos. Pero no era momento de pensar. Mejor hacer y hacer, obrar y obrar hasta que el espíritu se tranquilizara.

Rasgó una sábana en varias partes. Tomó una y envolvió con ella la entepierna del niño lo mejor que pudo. Luego pensó que debía alimentarlo... Tenía un poco de

leche de oveja y un pedazo de pan seco. Entibió la leche en una probeta, le agregó miga de pan y se la ofreció con cautela, para no asustarlo.

Mientras alimentaba al niño, que aceptó con avidez el pan mojado en leche, Antón reflexionó en voz alta.

—Estás cansado y viejo. El mal sueño, la emoción por el nacimiento de Beliria... ¡Se trata de un niño arayé! Nada más que eso, y nada mejor. Piensa qué harás con él.

El recuerdo de la sanadora arayé que periódicamente lo visitaba, le trajo algo de serenidad:

—¡Anuja! Ella sabrá qué hacer con el niño. Vendrá hoy, o quizá mañana.

No obstante, su pensamiento no dejaba de hervir. Era extraño, muy extraño... Los arayés jamás abandonaban a sus hijos. ¿Y la vegetación aplastada? ¿Y la caída de la estrella? ¿Y aquellos ojos? Los ojos del niño no eran negros ni de aspecto inflamado como los ojos de los arayé. Eran muy grandes y de un color incierto, entre lo que deja de ser azul y comienza a ser gris.

—¡Cuidado con lo que piensas, Antón! No pronuncies palabras absurdas. Es un niño arayé. Y apenas sea posible, se lo darás a Anuja.

Antón hablaba. El niño comía con gusto y observaba al alquimista. Ojos azules de mago, ojos incomprensibles de niño, y en medio una cuchara de madera cargada de miga mojada en leche.

Y en medio, arena arrasada por un viento que no había corrido.

Cuando el niño estuvo satisfecho negó la cuchara con los labios apretados.

—Ya entendí —sonrió el alquimista—. No quieres más.

Tal vez a modo de agradecimiento, el pequeño extendió las manos hacia el rostro áspero de Antón y moduló algunos sonidos. Lo que el alquimista escuchó no eran los primeros balbuceos de un niño. Ni siquiera un sonido humano. Era una modulación prolongada, un canto gutural que nunca antes había oído.

Antón pudo sentir cómo el color resbalaba de su cara.

Dejó al niño en el suelo. Apuró su paso hasta una enorme vasija llena de pergaminos y buscó con evidente nerviosismo. El pequeño observaba sereno cómo aquel hombre elegía algunos rollos y los desplegabá sobre la mesa. Antiguas imágenes de humanos y dragones acompañaban los textos escritos en lenguas crípticas que el alquimista conocía. Releyó lo que durante tantas noches de insomnio había estudiado. Leía y vigilaba los movimientos del niño que se había puesto de pie y se desplazaba con demasiada rapidez para su corta edad.

—Ven, ven aquí —le pedía mientras repasaba párrafos incompletos pero originales llegados en los barcos.

Allí, en las crónicas de los grandes condados de Terentigani, en partituras escritas por quienes lograron entender el lenguaje de los dragones, se hablaba de cantos profundos, de letanías largas que no permitían distinguir las pausas que separaban una palabra de otra. ¿Eran palabras?, se preguntaban algunos estudiosos. Y la mayoría lo negaba.

Antón se preguntó si había hablado en voz alta porque el niño pareció balbucear una respuesta...

«Pronuncian dibujos», habían dicho otros sabios. «Cada sonido equivale a una idea».

Un sonido de cristal roto regresó al alquimista a su laboratorio. El niño había tirado una probeta y sonreía.

Los pensamientos de Antón caían en cascada. Alzó al pequeño intentando descifrar qué había detrás de aquellos ojos que dejaban de ser azules para comenzar a ser gris.

Las palabras de la profecía irrumpieron en su mente.

«Elegido será el que duerma en el nido del dragón y despierte en la casa del hombre».

Antón aguardaba a Anuja de pie en la puerta de su casa.

La mujer arayé, que traía un cesto atado a la espalda, se asombró de ver al sabio allí, ocioso, en vez de encontrarlo volcado sobre sus pergaminos.

—Por fin llegas —Antón buscó una excusa para su ansiedad—. Derramé aceite.

Era un comentario cierto, pero incomprensible para quien conociera su capacidad de vivir y estudiar en cualquier circunstancia.

—Ya sabes —insistió con torpeza—. Aceite.

—¿Deseas ayuda?

—Eso iba a pedirte...

Pero, contra lo que decía, Antón tapaba la entrada con su cuerpo. La puerta estaba entreabierta y, a través de la hendidura, Anuja percibió movimientos dentro de la casa. Se empeñó por ver sobre el hombro de Antón, que la sobrepasaba mucho en estatura.

—¿Qué miras? ¿Acaso ya lo sabes? Dime, Anuja, ¿sabes quién abandonó a ese niño?

Anuja no sabía, no comprendía lo que el alquimista reclamaba con tanto enojo. Pero estaba acostumbrada al humor cambiante de aquel hombre y le respondió serena:

—Nada sé de un niño y su abandono.

Anuja esperó que el alquimista la dejara pasar.

—Entra —dijo al fin. Y señaló el rincón donde un niño jugaba con espátulas de madera.

Antes se deshizo del cesto que llevaba y apenas entró Anuja vio al pequeño ensimismado en su juego. Miró a Antón. Miró de nuevo al niño que, esta vez, le sonreía. Corrió hacia él con los brazos extendidos, pero se detuvo. Su mirada conmovida buscó la solidez del alquimista.

—Sé tanto como tú, Anuja. Hoy por la madrugada me despertó su llanto... Tenía la esperanza de que supieras algo.

—Es nuestro... Es arayé.

—¿Lo es?

—Y ha de habitar un año.

—Eso mismo pensé.

Luego de cuarenta años de dominio Dratewka, la nación arayé se había reducido de tal modo que los nacimientos eran la única posibilidad de permanencia y, por eso mismo, se tenían en gran estima. Un varón saludable sería motivo de felicidad en cualquier aldea. ¿Por qué, entonces, lo abandonarían?

Una sola vez en su vida Anuja había visto unos ojos como esos y nunca los había olvidado.

—¡El hijo de Mam! El hijo de Mam sin la muerte de por medio... —las palabras de Anuja se disolvieron y, a cambio, pidió permiso para levantar al niño—. ¿Puedo?

—Claro. Pero continúa con lo que decías.

Anuja alzó al pequeño, le acarició el rostro, le besó las manos. Y todo lo aceptó el niño. Cuando Antón vio lágrimas gruesas resbalando por el rostro de la arayé, supo que era momento de insistir.

—Algo decías. ¡Qué! Debes decírmelo, Anuja.

Los arayés habían aprendido pronto la lengua de los invasores. Aquella imposición los obligó a rehacer sus gargantas para pronunciar sonidos de otro continente y los condenó a vivir en dos mundos simultáneos: el mundo construido por su propia lengua y el mundo construido por la lengua extranjera.

—Certeza no es. Pero lo miro, lo miro, y no puedo sacar de mi cabeza al niño que Mam dio a luz hace un año.

—No sé quién es Mam ni de qué niño hablas. Mejor te sientas y me lo explicas.

Anuja negó con la cabeza y apretó al niño en sus brazos.

—No, Antón. No ahora.

El alquimista comprendió que aquella negativa respondía a razones profundas, pero evitó forzar una respuesta.

—Deja el aceite, si es eso lo que te preocupa... Yo mismo lo limpiaré después.

—No es el aceite. Digo que ahora no te diré nada.

La mujer lo visitaba hacía ya varios años. Era una sanadora reconocida y hermana del jefe de los guerreros. Anuja le llevaba hierbas y sustancias de valor medicinal con las que el alquimista realizaba experimentos. A cambio la mujer recibía enseres y algunos elementos que los arayés habían aprendido a desear: jabones, tinturas para telas, algunas herramientas.

Solo dos veces el alquimista había volcado a Anuja sobre su mesa de trabajo para compartir el amor silencioso de dos solitarios que empezaban a envejecer.

Antón la conocía bien. La inteligencia de Anuja era tan fuerte como su dulzura. Por eso, la terquedad de la mujer lo ofuscó.

—Solo te estoy pidiendo que me cuentes lo que sabes de él.

—Sé lo que recuerdo.

—¡Sabes lo que recuerdas! —Antón perdió la paciencia—. ¡Pues yo sé lo que sé!
Y sé que ese niño está en mi casa.

—Pero es arayé y tengo que llevarlo a la aldea.

—Comprendes que puedo sacarlo de tus brazos y echarte de aquí, ¿verdad?

—No lo hagas. Por favor.

La suavidad de ese pedido ocultaba una fuerte determinación.

—Pensaba entregarte al pequeño. Lo pienso aún... ¿Para qué querría yo un niño arayé? ¿Me serviría de algo? Con todo, no puedo dejar de preguntarme quién lo abandonó y por qué lo dejó tan cerca de mi casa. Todos saben que vivo en soledad, que no hay mujeres aquí. Y aunque no soy un Tzarús, tu gente así lo cree. No me niego a que te llesves al niño, pero necesito saber, Anuja.

—Voy a llevármelo. La gente podrá decir si mi intuición es acertada o falsa — luego le habló al niño—. ¿Eres de Mam?

—Está bien. Pero mañana mismo vendrás a contarme lo que hayas averiguado.

—Lo haré.

Era evidente que Anuja no le diría nada hasta haber hablado con su gente. Los arayés eran tercos en sus ideas pero respetaban su palabra. Y al alquimista no le quedaba otra posibilidad que confiar en la promesa de la mujer.

—Llévalo entonces —aceptó.

—Antes limpio el aceite —Anuja recordó su cesto—. ¡Traje un pescado! Puedo cocinarlo.

—Limpia si quieres, pero deja el pescado. Lo asaré yo.

Después de lavar el piso, hecho de barro amasado y paja, Anuja tomó al niño y avisó que se marchaba. Antón la acompañó hasta la puerta y, con una sensación de inexplicable desasosiego, la vio alejarse con el pequeño en brazos. «Cumplirá su palabra. Volverá mañana mismo», se dijo. De pronto, incapaz de controlarse, la llamó.

—¡Anuja!

La arayé giró.

—¡Gracias por el pescado! —disimuló Antón.

La nación arayé había presentado batalla. Y quizás habría logrado derrotar a los extranjeros, pero el pacto entre los dos linajes llegados desde Terentigani selló su suerte. La minoría Tzarús, gente erudita y moderada, exigió a los Dratewka practicar la clemencia: ni muertes innecesarias ni esclavitud para el pueblo arayé. Pero ninguna de esas condiciones se cumplió acabadamente. Los arayés cayeron, las aldeas fueron aisladas. Y con el paso del tiempo, algunos caciques buscaron alivio a la sombra de la Fortaleza.

Por eso Anuja llegó a una aldea deteriorada, donde solamente el círculo ceremonial mantenía cierto decoro. Hacia allí se dirigió, protegiendo al niño de la

curiosidad.

—¿Quién es, Anuja?

—¿De dónde traes a ese niño?

Pero la sanadora apretaba el paso para llegar cuanto antes al sitio donde se reunían los ancianos y el jefe guerrero. Cuando estuvo ante ellos, escuchó una pregunta parecida:

—¿Quién es, Anuja?

Quien interrogaba era un anciano de rostro arrugadísimo y cabello oscuro. Su edad era incierta pero suficiente para cargar con el renombre de Máxima Ancianidad.

—¿Traes un niño blanco a la aldea?

Anuja enderezó la espalda, arqueada cuando cruzó entre la gente para cubrir al niño.

—Máxima Ancianidad, el niño es nuestro —respondió.

El asombro se expresó en un largo murmullo. El anciano miró a Artejal, jefe guerrero y hermano de Anuja. Luego se puso de pie y avanzó con los brazos extendidos. Igual que antes lo había hecho la sanadora, la Máxima Ancianidad se concentró en los ojos del pequeño. El aire salió temblando de su boca.

—Anuja, busca y reúne a las parientes de Mam: su tía y sus hermanas... Tráelas.

Como cada aldea aráyé, del Sur al Norte de Mérec, aquella estaba compuesta por cuatro Casas Gusano. Por cada Casa Gusano, un cacique. Y los caciques bajo la tutela de la Máxima Ancianidad y del jefe guerrero.

Casa Gusano del Viento, cuya gente estaba a cargo de la recolección de frutos.

Casa Gusano de la Tierra, donde vivían las familias de los cazadores.

Casa Gusano del Fuego, que reunía a los que construían armas de caza y de combate. Arcos, hachas, lanzas y unas pequeñas armas arrojadas que los aráyés lanzaban con destreza.

Casa Gusano del Río, habitada solo por mujeres y niños, y guiada por una cacica llamada Mimbí.

Cuando Anuja partió a cumplir la orden recibida, Artejal tomó la palabra.

—Máxima Ancianidad, ¿crees que puede ser él?

—Si no lo es, alguien robó sus ojos.

Un niño de ocho años escuchaba. Era el hijo mayor del jefe Artejal y lo llamaban Tohol, nombre que se atribuía al primer heredero de la jefatura. El Tohol observó al niño. Recordaba vagamente el nacimiento del hijo prohibido de Mam: la ira de algunos y el dolor de otros. Ahora, ese niño estaba de regreso y sabido era que podía acarrear desgracias.

Un grupo de mujeres se acercaba deprisa. Algunas eran parientes de Mam y otras eran curiosas.

—Nos llamaste, Ancianidad —dijo la mujer mayor.

—Ayudaste a Mam en el alumbramiento. Recibiste el nacimiento. Ahora mira al niño con los sabios ojos de la memoria.

El corazón de la mujer arayé se retrajo. Su mirada se abultó. Por fin, pudo obedecer al anciano. Recibió al pequeño y se alejó unos pasos. Los demás, ancianos y mujeres, Artejal y su hijo, aguardaban expectantes el dictado de la sangre, que no demoró en hacerse oír.

—Es su hijo —afirmó la parienta de Mam—. Sus ojos, su edad... Y también es hijo de Cabeza Roja.

La mujer lo expresó de ese modo pues se trataba de dos nombres que no debían pronunciarse juntos. «Mam y Cabeza Roja», eso no podía decirse porque significaba renovar el pecado, la insolencia, el amor envenenado que los había unido.

Apenas escuchó la confirmación de sus temores, la Máxima Ancianidad indicó a las mujeres que se fueran y se llevaran al niño. También le pidió al Tohol que abandonara el círculo.

—Los ancianos y el jefe guerrero vamos a masticar palabras con tabaco.

Fue una larga conversación. O al menos eso les pareció a las mujeres, que pasaban de la ilusión a la desesperanza sin motivos claros. Por fin volvieron a convocarlas y fue fácil adivinar, en la expresión de todos, que las noticias no eran buenas.

—Anuja, debes llevar ese niño de regreso con el mago de los blancos. A él se lo dejaron.

El anciano no parecía orgulloso ni alegre, pero había masticado tabaco para hacer que su mente amaneciera. Y ahora tenía razones que lo justificaban.

—Sabemos de dónde proviene esta vida y los males que podría causar. Debió morir, eso habría sido lo más acertado y justo. Pero si no sucedió en su momento, no sucederá aquí. Seremos piadosos, tendremos alas. Vamos a otorgarle la vida, pero no pidan más.

Como sanadora y hermana del jefe guerrero, Anuja tenía algunas prerrogativas sobre el resto de las mujeres. Por ejemplo, la de hablar en asuntos de importancia.

—Eres severo como debes serlo, Máxima Ancianidad. Pero ¿le has preguntado al tabaco por tu alrededor? Algunos de nuestros caciques van demasiado a menudo a la Fortaleza y juntan cupras. He visto niños arayés calzando zapatos bordados. Y tú, hermano mío y jefe guerrero, ¿no he visto danzar a tus hombres desde mucho tiempo atrás!

La irreverencia de Anuja fue mayor que sus privilegios.

—Trágate la serpiente que pronuncias —dijo el anciano.

El silencio de las mujeres era insoportable.

—No debiste traerlo. Ahora, llévatelo.

Anuja, hermana mayor del jefe Artejal, se había desposado en su primera juventud. Pasaban los años, y a pesar de ser la sanadora que ayudaba a otras mujeres a concebir, no logró descendencia. Por esa causa su esposo eligió a otra mujer. Anuja debió dejar la Casa Gusano donde vivía y trasladarse a la del Río, que alojaba a viudas, huérfanas y ancianas. Por eso, el escaso tiempo que sostuvo en brazos a ese

niño bastó para que lo amara más que a su condición de arayé.

—Se queda conmigo... Ambos nos iremos —dijo, como si hubiese llegado a la aldea con la decisión tomada.

—Sabes lo que eso significa —respondió la Máxima Ancianidad.

El jefe Artejal intervino:

—No recibirás ayuda, nadie te acercará pescado ni piezas de carne, nadie acudirá a besar tu cabeza cuando envejecas.

—Pescaré yo misma. Una de mis manos ayudará a la otra. Y envejeceré con prudencia.

—No te irás sin que te expulsemos —dijo el anciano—. Teje una vincha para mí antes de marcharte. El tiempo de una vincha es bueno para pensar.

La mujer asintió y se marchó con el niño a la Casa Gusano del Río. Pronto tuvo en sus manos una aguja de hueso y lanas de colores.

—Danos al niño para tejerla linda...

—Tú tienes tus propios hijos para cargar. Él se quedará en mis rodillas.

Y así, con el niño sobre su regazo, Anuja tejió con lana blanca y roja una vincha para que luciera en su cabeza la Máxima Ancianidad. Prontas y precisas, sus manos habían tomado la misma decisión que su cabeza. Apenas terminó el tejido, regresó al círculo ceremonial.

—Aquí tienes tu hermosa vincha, Máxima Ancianidad —dijo.

El hombre la recibió y se la colocó a la altura de la frente.

—¿Qué dices ahora?

—Ahora te pido que me expulses —y apretó al niño contra su pecho.

Las parientas de Mam bajaron la cabeza, avergonzadas por la valentía ajena.

—Anuja, hermana de Artejal, quedas expulsada por tu propia voluntad. Podrás regresar cuando quieras, siempre que no traigas a nadie contigo.

Poco después, la hermana del jefe guerrero partía de la aldea.

—Nulán —susurró—. Así iba a llamarte tu madre. Así te llamaré.

Anuja buscaría un claro en el monte, cerca del agua, para alzar una choza. El día no iba a alcanzar para hallarlo, por eso pensó en pedir asilo a Antón. Luego desistió:

—Tú ya conoces la plena intemperie. Y yo aprenderé. Ahora te llamas Nulán, y eres mi hijo.

Beliria prefería las moras silvestres a cualquier otra confitura.

—Herencia de madre —dijo Antón, mientras se quitaba el bolso de panza de oveja que siempre llevaba cruzado sobre el torso—. Enfermará si le permites seguir comiendo.

Oropelia negó con la cabeza:

—Eso no va a ocurrir... Las moras y las Tzarús somos buenas amigas.

Oropelia aparentaba ignorar la parte de sangre Dratewka que andaba por las venas

de su hija. Y Antón no se atrevía a recordárselo.

Rara vez la esposa del jerarca y el alquimista conseguían encontrarse. Y cuando sucedía, era en el monte; allí donde no había ojos ni oídos que fuesen a advertirle a Joria. Solo estaba Nah, la joven sierva arayé, que se ocupaba de Beliria.

—Nah, llévala a juntar las flores que le gustan —pidió Oropelia.

La sierva tomó a la niña de la mano y se alejaron.

Oropelia reparó en un mínimo envoltorio que Antón llevaba colgado al cuello.

—¿Qué es eso?

—¡Nada importante! Hierbas que me dio Anuja para aliviar una tos terca de la humedad.

La mujer Tzarús no pudo evitar un gesto despectivo.

—¿Te ayudaron?

—No va a gustarte la respuesta —dijo Antón.

—¿Te ayudaron? —insistió Oropelia.

—Como ninguna otra cosa.

—Me alegro, entonces.

Pero Oropelia y Antón no estaban reunidos en el monte para conversar sobre los efectos de las moras en los niños o sobre la tos provocada por la humedad. Pocas veces lograban encontrarse, y en todas corrían riesgos.

Algunos años antes del nacimiento de Beliria, Joria Dratewka había expulsado al alquimista, prohibiéndole entrar a la ciudad ni siquiera para proveerse en el mercado. Del mismo modo le prohibió acercarse a su esposa de la que, hasta entonces, Antón había sido consejero.

—¿Ves a menudo a Nulán? —preguntó Oropelia.

—Aún no. Pero Anuja me mantiene al tanto de su crecimiento que, por cierto, es asombroso.

—Cuéntame.

—Ese niño tiene apenas seis años, uno más que nuestra Beliria, pero conoce el monte y sus especies mejor que un sabio, que un arayé, que un zorro.

—Creció allí.

—No se trata de lo que cualquier niño aprende del lugar donde vive. Es mucho más extraño. Nulán huele y escucha a grandes distancias. De alguna manera, puede comprender lo que dicen los animales tan claramente como tú y yo nos entendemos. Y además...

—¿Además?

—Su canto, Oropelia. ¡Su canto! Esa modulación que tanto me recordó lo que leí sobre el lenguaje de los dragones.

—¡Quisiera escucharlo! —deseó Oropelia.

—Dice Anuja que lo hace cuando sucede algo importante: un grave peligro, una emoción fuerte, un dolor.

—A veces pienso...

—¿Qué piensas a veces?

—Pienso si será bueno que Nulán crezca junto a la sanadora.

—Me hice la misma pregunta muchas veces. Pero no hay nada cierto aún. Si alguna vez, si se confirmaran nuestros mejores sueños... Por ahora, es mejor así. Por un lado, mi querida Oropelia, lo protegemos de Joria. Imagina lo que podría ocurrirle a Nulán si Joria le prestara atención, si se preguntara por qué estamos interesados en un pequeño huérfano arayé. Déjalo donde está, protegido por el monte y la sencillez de Anuja. Por lo demás, si estamos demasiado cerca, corremos el riesgo de no ver la silueta de la verdad.

Antón acarició el cabello de Oropelia y dejó su mano en la frente de la mujer.

—Tienes fiebre.

—Ya sabes que es habitual en mí a estas horas. ¿O debo pedirle a Anuja que me envíe sus yuyos?

Oropelia suspiró con fuerza.

—¡Me gusta cuando suspiras así! —sonrió Antón.

—Todo sería más sencillo si estuvieras con nosotras en la Fortaleza.

—Para eso tendría que haberme humillado ante Joria.

—¿Y no habría sido mejor que esta distancia?

—No, Oropelia, no habría sido mejor.

Joria Dratewka y Oropelia Tzarús se habían desposado por rigor de un pacto entre linajes.

Dos años tenía el matrimonio cuando el jerarca de la ciudad convocó a una cena de celebración por el embarazo de su esposa. Lo hizo a pesar de que los médicos de la Fortaleza le aconsejaron prudencia.

—Es muy pronto para celebrar. Mira que Oropelia está débil...

—Esa mujer necesita comer carne de oveja y beber un jarro de leche gorda cada mañana.

—Aun así.

Pero Joria Dratewka ansiaba festejar la llegada de un heredero, y por eso mandó preparar un fastuoso banquete.

Eran Dratewka... Por eso los manteles se ensuciaron y los desperdicios sirvieron para jugar.

Eran Tzarús... Por eso, separados del resto, en un extremo de las mesas dispuestas en forma de herradura, mantenían sus propias conversaciones. Antón, sin ser un Tzarús, comía con ellos.

Un joven familiar de Joria Dratewka se puso de pie y pidió atención. Sostenía en alto un melón amarillo.

—Voy a hacerle una mujercita a mi primo ahora que su esposa no podrá seguirle el paso...

Los Dratewka aplaudieron la ocurrencia. El muchacho colocó el fruto sobre la mesa. Clavó en él dos aceitunas a modo de ojos. Y eligió un pequeño pescado para hacerle la boca.

—Lindos ojos verdes —dijo—. ¡Y boca pestilente!

Los comensales que no alcanzaban a ver bien desde sus sitios empezaron a pararse.

—¡Toma para el cabello! —alguien le alcanzó tiras de repollo.

El improvisado artista usó frutos y panes para simular el torso, los brazos. Lo hizo rápido para llegar cuanto antes a la mejor parte.

—Veamos —dijo, moviendo los dedos con sensualidad afectada—. Veamos con qué coronamos a la criatura.

Sus compañeros de mesa hacían sugerencias, pero el artista las desdeñaba.

—La mitad de un huevo cocido.

—¡Demasiado pequeño!

—Mira esta fruta... ¡Es carnosa!

Desde el extremo que ocupaban los Tzarús, la voz de Antón se escuchó firme.

—¡Señores, ya es suficiente!

El silencio del salón fue un presagio.

Joria Dratewka se levantó con parsimonia. El efecto de lo que había bebido era evidente.

—Le pedí especialmente a este joven que realizara esa escultura para agradar a mi esposa.

Oropelia miró a Antón con ojos suplicantes.

—No creo que una mujer Tzarús la aprecie.

—Tal vez no la aprecie una mujer Tzarús. Pero sí mi esposa.

Una explosión de risas celebró la respuesta del jerarca.

—¿Llamas a eso una escultura? —preguntó Antón.

—La llamo como quiero. En mi ciudad, yo decido lo que es una escultura.

—¿Qué sabes sobre arte, Joria Dratewka?

—¿Qué sabes sobre ovejas?

—Sé más de lo que crees.

Joria pensó apenas un momento antes de preguntar.

—Dime, alquimista, ¿crees que los corderos de la próxima parición tendrán dificultades para mantenerse de pie?

Las risas se transformaron en expectación.

—No, si la plantación de nabos prospera y las ovejas los comen en abundancia. De ese modo, el cobre que ingieran las hembras resultará en corderos capaces de sostenerse.

Joria Dratewka giró hacia su esposa justo a tiempo para advertir el orgullo en una sonrisa mal disimulada. Eso, más el vino, más el rencor contenido durante largos años, se unieron en una misma furia. Empujó violentamente su silla hacia atrás y

avanzó hacia Antón. Los Tzarús se pusieron de pie, y varios Dratewka se acercaron. Oropelia intentó levantarse pero una fuerte puntada en el vientre la obligó a permanecer sentada.

—Debiste nacer Tzarús, por la soberbia. Pero ahora tendrás que comerte la lengua —dijo el jerarca—. Tú, y el linaje inservible y holgazán que tanto admiras.

La boca del jerarca de Mérec reproducía una larga historia de rivalidades y odios.

—No comprendes —continuó Joria—. No logras aceptar que los derrotamos. Y crees que puedes seguir tratándonos como si el tiempo no hubiese pasado, como si el pacto entre nuestros linajes no hubiese caído sobre sus altaneras cabezas. Ahora, Antón, vas a poner tu rodilla en tierra para disculparte.

—No voy a hacerlo.

Fue la primera de muchas negativas del alquimista.

—Esta terquedad te va a costar.

—Lo que me cueste.

Esa noche Joria Dratewka halló el pretexto que necesitaba para deshacer unas apariencias, a esa altura, inútiles. Los Dratewka no necesitaban a los Tzarús, los Dratewka podían y querían gobernar a su modo. Y era bueno que esa determinación quedara definitivamente clara, para todos.

Joria Dratewka expulsó de la ciudad a uno de sus peores enemigos, el alquimista que había compartido su mesa, el que había aconsejado a su esposa, el que lo evitaba como los pies evitan el estiércol. La orden del jerarca fue tan precisa que resultó evidente que muchas veces la había imaginado.

Que el alquimista abandonara la ciudad con lo puesto. Que no se lo viera ni siquiera en el mercado. Que jamás volviera a acercarse a su esposa. Que quien denunciara cualquier transgresión sería bien recompensado.

Minutos después de pronunciada la sentencia, Oropelia pidió ayuda para levantarse. Cuando lo hizo, el hijo que comenzaba a gestarse chorreó por las piernas de su madre hasta los tobillos.

Así se malogró el primer hijo de Oropelia, el que habría sido legítimo heredero varón de Joria Dratewka.

Nadie iba a extrañarse de ver juntos a Joria y a Filip.

Solían pasar largos ratos entusiasmados con el diseño de una nueva ballesta, evaluando los progresos del muchacho en el manejo de las armas. Juntos visitaban la imponente construcción donde se preservaban las grandes ballestas, montadas en carros de cuatro ruedas. Aquellas armas disparaban a mucha distancia flechas cuyas puntas estaban hechas con las rocas más duras y las aleaciones más insobornables.

—¿Sabes cuánto tiempo llevan durmiendo? —decía Joria, acariciando sus manos—. Estas ballestas aguardan aquí desde la fundación de Oras Viitor. Tatalíe, mi tío y jerarca por entonces, mandó a construirlas seguro de que los dragones rebeldes

aparecerían. Pero Tatalie murió sin poder verlos. Cuando los arayés asesinaron a mi padre asumí el gobierno siendo tan joven como tú ahora. Tenía catorce años. ¡Cuánto tiempo ha pasado! Y ya ves, los dragones siguen en sus escondites.

Filip era impetuoso. Y la adoración que sentía por su jerarca lo impulsaba a pronunciar toda clase de promesas.

—Aparecerán. Y yo voy a cazarlos para ti.

Joria reía orgulloso.

—Creo que te nombraré jefe de ballesteros antes de lo previsto.

Aquella tarde, cuando el jerarca y Filip comprobaban las ventajas de una nueva ballesta de mano, una tormenta temblaba en el cielo.

—Mira esto, Filip...

Pero interrumpió lo que iba a decir cuando vio a Beliria, detenida a unos pasos de ellos. La pequeña estaba sola y a Joria le sorprendió que no fuera vestida a la usanza de los Tzarús.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó.

Beliria inclinó la cabeza para sonreír mejor. Cuando vio que su sonrisa no obtenía respuesta decidió hablar, con una claridad y un rigor que solo explicaban las largas charlas que Oropelia mantenía con ella.

—Los vi desde la ventana —dijo la niña.

—¿Y entonces?

—También quiero estar aquí.

Aunque Beliria manifestaba en lo físico y en lo intelectual, en sus gustos y en sus modales, un evidente predominio del linaje Tzarús, Joria aún se debatía entre sentimientos encontrados. A veces las formas refinadas de la niña, su frente ancha y su piel blanca, le causaban desagrado. Otras, cuando la pequeña lo buscaba para jugar, creía posible transformarla en otra aliada. Había cumplido apenas cinco años.

Como fuera, Joria se desentendía de la niña y en cambio compartía muchas horas con Filip.

—Imagina a tu querida madre cuando vea que no llevas puesta la capa y las botas... Se agarrará la cabeza y gemirá, ¡ay!, ¡ay!, como siempre gime.

La niña se rio de la parodia, y eso le sentó bien al jerarca.

—Ven, acércate —le dijo—. Toca esta ballesta.

Mientras tanto, Filip miraba a la pequeña con un sentimiento claro: no de fastidio, no de celos, no de aburrimiento sino de profundo y definitivo resentimiento.

Un guardia llegó corriendo.

—La Liebre Moteada se soltó. Está encerrada en la sala principal.

Todos sabían que solo el jerarca era capaz de controlar a la mascota. Joria olvidó al instante la situación en la que estaba y corrió hacia el interior de la Fortaleza.

Beliria intentó seguir a su padre.

—¡Ven! No te vayas —la llamó Filip—. ¿Quieres ver de cerca la ballesta?

Beliria no respondió pero se detuvo.

—Eres miedosa. Eres una Tzarús miedosa, por eso tu padre no te quiere.

Como muchos niños debidamente educados, Beliria sentía cierta fascinación por el desprecio. Durante un momento Filip le permitió tocar la ballesta, pero comenzaba a llover y quiso algo más.

—Si vienes conmigo te muestro cómo ser valiente. Vamos, acompáñame.

Juntos caminaron hacia la zona de los corrales. Contra un muro bajo se amontonaban los aparejos donde se tensaban los cueros de oveja que luego serían utilizados para vestimentas y calzado. Filip tomó uno y lo extendió en el suelo sobre la tierra que comenzaba a mojarse.

—Acuéstate encima —dijo.

Beliria demoraba en obedecer.

—Al jerarca le gusta que seamos valientes. Yo lo soy.

Para demostrarlo, se tendió boca arriba sobre aquel arreo de dos barras paralelas y cuatro tensores.

—Ahora te toca a ti. ¡Acuéstate!

De pronto el juego se había transformado en una orden que Beliria fue incapaz de desoír. Se tendió bajo la lluvia y sobre el arreo con los brazos extendidos y las piernas separadas. Filip la cubrió con su sombra y se arrodilló junto a ella. Con las cuerdas que sujetaban las poleas ató a Beliria por las muñecas y los tobillos. Y metió la nariz entre sus piernas. Cuando la niña comenzó a llorar, Filip le encimó el rostro.

—Te quedas aquí, puerca.

Desde cierta distancia, cuatro ojos miraban la escena. Y dos voces se lamentaban.

—Pobre y pobre Beliria —dijo una voz ligeramente masculina.

—Rápido a contar —agregó una voz chillona.

Momentos después golpeaban con urgencia en la habitación de Oropelia. Y dos voces, al unísono, se adelantaban a la pregunta esperable.

—Nosotras. Somos nosotras.

Oropelia Tzarús abrió la puerta.

—¿Qué les ocurre? —preguntó—. Ya saben que no deben correr tanto.

El médico de la Fortaleza había advertido a las siamesas que dos cabezas eran demasiado para un solo corazón y que, si deseaban vivir, debían dormir mucho y moverse lo necesario.

—Es Beliria. Pobre, pobrecita.

Tratándose de Beliria, Oropelia era incapaz de mantener la calma. Se desesperaba cuando su pequeña hija se lastimaba con una planta espinosa o cuando sufría una pesadilla: mucho más cuando las siamesas le contaron lo que ocurría en la zona de los corrales.

—¡Nah! ¡Dónde está Nah! —la esposa del jerarca perdió la compostura y abandonó la habitación sin cubrirse. Las siamesas fueron tras ella, indiferentes al sufrimiento del corazón compartido. Mientras avanzaba aprisa por los pasillos de la Fortaleza Oropelia no cesaba de imprecicar a Nah, la sierva que debió cuidar de la niña.

Los guardias que vieron pasar a la esposa del jerarca en estado de absoluta exasperación fueron a dar aviso.

Oropelia salió corriendo al exterior tormentoso, hacia el ala sur. Cuando llegó a los corrales vio a Beliria atada como un cuero de oveja, empapada por la lluvia. Y a Filip, fingiendo que cabalgaba sobre ella.

—¡Quítate, inmundicia! —le gritó.

Filip miró desafiante a la esposa del jerarca, se incorporó lentamente y, por fin, salió corriendo. Oropelia lo increpó, le exigió que regresara. Filip le respondió con un burlón movimiento de trasero.

Con ayuda de las siamesas Oropelia desató a su hija. Y la refugió en su pecho y en su furia.

Luego de dejar a Beliria para que Nah la secase y la vistiera, y advertirle que iba a castigarla por su descuido, Oropelia Tzarús se dirigió a la sala principal.

Era en momentos como ese cuando más sentía la ausencia de Antón. Desde la expulsión del alquimista Oropelia vivía rodeada de hostilidad. Aun así no dudó en abrir violentamente la puerta de la sala donde su esposo, sentado en el sillón de mando, acariciaba a la Liebre Moteada. Las siamesas llegaron detrás pero se detuvieron en la entrada.

—¡Llama de inmediato a Filip! —gritó Oropelia—. ¡Dile que venga! ¡Ahora!

—Shhh —la indicación de silencio pudo ser para su mascota que se había erguido. Y gruñía.

—¿Para qué quieres a Filip? —preguntó Joria, imperturbable.

—Para lo mismo que lo querrás tú cuando sepas lo que hizo.

Las orejas de la Liebre estaban tensas pero, esta vez, Oropelia ignoró la amenaza.

—¡Quiero que esa bestia se vaya de aquí!

—¿Tú quieres que Filip se marche? —repitió el jerarca, que solo mantenía la calma cuando Oropelia la perdía—. ¿Y por qué quieres que se vaya?

La explicación de los hechos llegó entrecortada, varias veces intervenida por la confirmación que Oropelia requería de las siamesas.

—¿No es eso lo que vieron?

Desde la puerta de la sala principal las siamesas ratificaban.

—Sí, es así. Es lo que vimos.

Joria Dratewka las observaba, como evaluando la gravedad de los hechos que le narraban. De pronto, lanzó una carcajada.

—¡Tanto por la travesura de un niño!

—¿Llamas niño a un muchacho de catorce años que ya asesinó a un anciano?

—Vamos, Oropelia. Llamas asesinato a un accidente... Y llamas anciano a un torpe siervo aráyé que se interpuso en el camino de una ballesta...

—Por favor, oblígalo a marcharse.

Joria Dratewka intentó disimular que su decisión estaba tomada desde el comienzo:

—Lo voy a reprender, no tengas dudas. Tú lleva a Beliria a la cocina y que le den leche de oveja bien caliente con hojas de menta.

—¡No es una reprimenda lo que te pido! ¡Quiero que Filip se marche!

La mano de Joria se apretó contra el cuello de la Liebre Moteada, que seguía pegada a sus piernas.

—Filip no se irá de aquí por algo que los niños Dratewka hacen a diario.

Las dos cabezas pegadas a un torso se agacharon al mismo tiempo. Las siamesas sabían que, tarde o temprano, les tocaría pagar por la delación.

—Expulsaste a Antón de la ciudad por mucho menos que esto —la impotencia salió por la boca de Oropelia del modo más imprudente.

—¡Ahí tienes otra vez a tu alquimista! ¿Qué cosas añoras de él, esposa?

Antes de recibir nuevas ofensas, Oropelia Tzarús abandonó la sala. Las siamesas ya no estaban allí.

Oropelia regresó a su habitación llena de furia. Nah fue el blanco de su impotencia y de su ira.

—Al fin de todo eres una arayé. Y supones que Beliria es como un niño de tu aldea. ¡Mírala bien! ¡Nota la diferencia!

La sierva ya no era la misma que había acunado en sus brazos a la hija recién nacida de Joria y Oropelia. Pero la esposa del jerarca no lo había percibido. Tardaría años en darse cuenta.

El alma de Nah comenzaba a cambiar de textura. Y su cuerpo comenzaba a desear y disfrutar la mirada sucia de Filip, más que las manos regordetas de Beliria reclamando juegos y atenciones.

—Iba a pedirte que fueras por mí al mercado.

—Acabas de pedir —dijo Anuja.

Antón sonrió.

Era un hombre delgado y alto. Sus arrugas profundas no hablaban de decrepitud sino de intensidad. En él, la vejez lucía vigorosa.

—Deja, Anuja. Este viento traerá lluvias fuertes y no quiero que te sorprenda por el camino.

—Dime lo que necesitas —Anuja no cambiaría de opinión—. Y dame las cupras necesarias.

Mientras buscaba las monedas en el bolso de panza de oveja, Antón preguntó por Nulán.

—¿Dónde está ahora?

—En el monte. Abro los ojos y ya no está conmigo. Se va. Y vuelve con la noche, cada vez más noche.

Antón se preocupaba:

—Tiene solo siete años...

—Y conoce el monte como si él mismo lo hubiera dibujado. ¡Distinto! —corrigió la sanadora—. El monte lo conoce a él.

—Lo último que dijiste merece ser entendido —pidió Antón.

Anuja explicó con ejemplos:

—Nada que no sepas ya: va andando y se detiene de pronto, retrocede, alza una piedra de muchas y debajo hay un escarabajo plateado. Nulán no buscaba un escarabajo plateado como los niños buscan y a veces encuentran. Ese escarabajo plateado debió llamarlo —Anuja suspiró—. Esas cosas le suceden a mi hijo.

La última palabra pronunciada por la sanadora incomodó visiblemente a Antón.

—¿Irás al mercado, entonces?

—Iré —luego Anuja agregó—. Y lo seguiré llamando hijo.

El alquimista no perdía oportunidad de recordarle que también él y Oropelia observaban el crecimiento de Nulán.

«Tal vez no estés criando a un niño cualquiera. Debes saberlo, Anuja. No dirás luego que te engañé. Aún no tengo certezas pero sí una advertencia para hacerte... Tal vez Nulán jamás pueda ser tu hijo».

Durante la primera infancia de Nulán, ni Antón insistía demasiado con sus advertencias ni Anuja las tomaba en cuenta. A medida que los años pasaban, las virtudes de Nulán se hacían evidentes, y su canto, más estricto. Entonces, el alquimista incrementó su control sobre el niño. Preguntaba, anhelaba saber, rondaba... Anuja, por su parte, acumulaba recelo. Nulán era un niño arayé nacido de Mam y nacido de Cabeza Roja, nada tenían que hacer ni decir Antón y Oropelia Tzarús sobre él y su vida.

La severidad de Antón aquella mañana evitó que la sanadora le contara lo que pocos días antes había hecho, siguiendo un impulso que el alquimista censuraría.

Anuja había ido a la Fortaleza para sanar a una sierva que estaba sufriendo fuertes dolores estomacales y pedía por ella. Lograr que las sanadoras pudieran atender a los suyos fue una prerrogativa que algunos caciques le arrancaron a Joria. A cambio, otorgaron mucho más.

Anuja y Nulán ingresaron por la entrada trasera, único acceso habilitado a los arayés. Caminaron hacia los graneros donde hallaron a la enferma agitada y sudorosa, acostada sobre el heno. Anuja se sentó a su lado y le tomó la mano. Detrás, Nulán permanecía inmóvil. El niño admiraba a su madre en esos momentos.

La sanadora arayé preguntó y escuchó. Escuchó dos veces. Después ayudó a la enferma a ponerse de rodillas. La tomó por detrás y la enlazó con los brazos a la altura del vientre.

—¡Vete fuera! —gritó Anuja al tiempo que apretaba el estómago de la enferma.

De inmediato la mujer arrojó un vómito amarronado y nauseabundo. Anuja tomó el heno sucio y lo apartó. Volvió a recostar a la enferma en un espacio limpio. Juntó las manos y musitó repetidas veces la misma rogativa.

*No importa la enfermedad que viene.
Si viene se va.
Miedo nos da la enfermedad que nace en nosotros.
A esa hay que cortarle la lengua, si tiene lengua.
Las alas si tiene alas.
El cabello si lo tiene.*

La enferma sonrió a modo de pago y agradecimiento, antes de dormirse profundamente.

Anuja debió haber regresado por donde había venido. Salir de la Fortaleza y volver a su choza en el monte. Pero hizo otra cosa. Lo que no debía, lo que Antón había prohibido expresamente.

Anuja y Nulán rodearon la fortaleza por la zona donde se alineaban los grandes corrales sin saber muy bien por qué. La sanadora solo supo qué buscaba cuando vio a Nah, la sierva de Oropelia, paseando con una niña rubia y delgada. Anuja la conocía, de manera que no le resultó difícil deducir que la niña era Beliria, la heredera de Joria Dratewka, la que Antón amaba como a una hija. Chistó, al modo en que los arayés sabían hacerlo. Nah giró de inmediato. Cuando vio a la sanadora se alteró y, por instinto, miró a ambos costados.

¿Qué hacía allí? ¿Para qué la buscaba?

Cuando estuvo frente a Anuja, repitió la pregunta. Y la sanadora se vio obligada a ganar tiempo.

—Vine por sanación.

—Lo has hecho otras veces —Nah hablaba como si temiera despertar a alguien—. Pero nunca llegaste hasta aquí.

—Quería verte.

—¿Verme?

—Preguntarte.

Mientras las arayés hablaban, muy cerca una de la otra, Nulán se acercó a Beliria con la misma curiosidad con que se acercaba a ciertas mariposas extrañas y coloridas. La niña no retrocedió. Al contrario, su intención avanzó hacia el niño que parecía y no parecía un siervo.

—¿Preguntarme qué?

—Sobre Oropelia. ¿Habla ella de Nulán?

Nulán y Beliria continuaban mirándose sin hablar. Medían, interpretaban. Beliria separó los labios para preguntar algo, pero enseguida volvió a cerrarlos.

—¿Por qué la esposa del jerarca hablaría de tu hijo? —Nah estaba visiblemente

intranquila.

Anuja comenzaba a arrepentirse de su impulso. Ni siquiera se sentía capaz de explicar debidamente lo que pensaba.

A un costado, de nuevo Beliria intentaba una pregunta.

—¿Cómo te llamas? —preguntó la niña en voz muy baja.

—Tienes razón, me iré —aceptó Anuja.

—Será lo mejor —Nah no ocultaba su impaciencia.

—¿Cómo te llamas? —insistió Beliria.

Entonces, los extraños ojos del niño, se enrarecieron aún más con una luz fugaz que cruzó su mirada.

Cuando Anuja vio a Nulán junto a la hija del jerarca se sobresaltó. Lo tomó por un brazo y lo arrastró hacia ella.

—Nos vamos de aquí, Nulán. Nos vamos...

Beliria vio alejarse a aquellos dos visitantes que nunca antes había visto. La hija del jerarca escuchó el nombre del niño de ojos extraños, y jamás lo olvidó.

Anuja regresó del mercado aterida y mojada. La lluvia la sorprendió en el camino de regreso y eligió no detenerse.

—Ven junto al fuego —dijo Antón—. Te daré algo de beber.

—Convídame de aquí.

Anuja buscó en la canasta que había dejado junto a sus pies una botella de cerámica.

—Te lo ganaste —admitió el alquimista.

Mientras servía para ambos licor rojo, Antón intentó regresar a la conversación que más le importaba.

—La lluvia es apropiada para largas conversaciones.

—Tú no quieres conversar. Quieres amonestarme.

—Te equivocas, Anuja. Agradeceré siempre lo que haces por Nulán...

El desafortunado comentario solo consiguió crispas a la sanadora.

—¿Hago por Nulán? ¿Es un perro enfermo que cuido?

Pero el alquimista no se dejó amedrentar sino que, al contrario, avanzó por el mismo sendero.

—Sabes bien que el comportamiento de Nulán es extraordinario. Dime, Anuja, ¿cómo se pone tu piel cuando lo escuchas modular esa lengua cantada? Todavía es temprano para él y para nosotros. Mi obligación es la paciencia y la duda. Pero algo es seguro: no había huellas de ser humano en la arena donde dejaron a Nulán.

—En la aldea dicen lo que yo creo. Es hijo de Mam.

—¿Y por qué lo dicen? ¿Por sus ojos? ¡Los ojos de un recién nacido cambian día a día! Tratándose del origen de Nulán, nada hay seguro por ahora... Tú viste una cosa, yo vi otra. Tú viste unos ojos semejantes a otros ojos. Yo vi cinco hoyos en la

arena y vi malezas aplastadas. Tú escuchas a tu corazón. Yo escuché a Nulán modulando la lengua más antigua que se conoce.

Anuja agachó la cabeza. Sabía que el alquimista tenía razón. La tristeza de la sanadora conmovió a Antón, que se agachó a su lado y le sostuvo la cabeza con ambas manos.

—No apures el tiempo. No apures el dolor.

Anuja amaba los ojos del alquimista. No por su color sino por su brillo, por su impaciencia. «Ojos con filo», le había dicho, alguna vez, acostada sobre la mesa de trabajo. Pero aquellos días eran ahora vieja y tierna memoria.

Anuja apartó suavemente a Antón. Y en el mismo gesto, apartó su pena. El alquimista buscó una conversación estimulante con el único propósito de aliviarla.

—Hace mucho que no hablamos de la Perforación.

—De la Caña —dijo Anuja.

—Si así lo prefieres, de la Caña —sonrió Antón.

—De la Perforación —sonrió Anuja.

La conversación se asemejaba a otras tardes de lluvia.

—El gran misterio —dijo Anuja.

—¿Por qué le llaman misterio a un estado de la verdad? —se lamentó el alquimista—. Si es cierto que deseamos hallarlo, deberíamos comenzar por darle el mismo nombre.

La Perforación en Terentigani. La Caña en Mérec. Racimos de túneles que se abrían en racimos de túneles que se abrían... ¿Cómo podría el tiempo, en ese sitio, caminar en línea recta? En esa pregunta coincidían ambos continentes. Y por la respuesta se desvelaron tanto los alquimistas de Terentigani como los hechiceros arayés.

Pero Anuja deseaba marcharse.

—Será asunto de irme —dijo, poniéndose de pie.

Antón la empujó con suavidad hacia la mesa de trabajo.

—Nadie ha estado aquí más que mis pergaminos —dijo el alquimista.

—¿Y no son ellos lo único que, en verdad, amas?

Clamia no era una más entre las ocasionales mujeres de Joria Dratewka. Era de su propio linaje, y su amante aun antes del casamiento con Oropelia Tzarús.

Durante los primeros años de matrimonio, Joria se había esforzado por mantener oculto su amorío. Después, cuando él y su esposa legítima se quitaron los últimos jirones de las máscaras, cuando en la intimidad llamaban al desprecio por su nombre, el jerarca dejó de cuidarse. Al contrario, alardeó de Clamia y la llevó cuantas veces quiso a los establos. Allí donde los Dratewka preferían amarse, enardecidos por el olor de los animales.

Oropelia despreciaba esa situación pero no la sufría. Y hasta el nacimiento de

Beliria no quiso ni hablar acerca de ello. Sin embargo, la llegada de su hija la puso aprehensiva y temerosa de los intereses de Joria.

En el último tiempo veía a su esposo ensimismado. Algo planeaba, algo preparaba... Pero cada vez que Oropelia preguntó, el jerarca le respondía que estaba concentrado en los preparativos de la Fiesta del Dragón. Ese año deseaba hacer la celebración más portentosa de todas las que se hubiesen hecho en Mérec. «¡Como si estuviésemos en Terentigani!». Pero Oropelia no se conformaba con esa explicación.

Y siempre que fuera necesario espiar, nadie mejor que las siamesas.

—Se ocultarán en la parte superior de los establos, ¿lo entienden? —Oropelia arriesgaba la vida de las siamesas sin culpa, porque su hija estaba antes que cualquier otra cosa—. Escuchan y luego vienen a contármelo todo —les había dicho—. ¿Entienden?

—¿Entiendes? —le preguntó una cabeza a otra.

Las primeras veces, Oropelia tuvo que reprenderlas con severidad, y aun sacudirlas para que cesaran de reírse, con procacidad, imitando el jadeo de Clamia.

—¡Basta! No es eso lo que me importa saber.

Pero a las siamesas les divertía mucho lo que veían, y no entendían por qué Oropelia se enojaba.

—Se ponen como oveja y carnero.

—Oveja y carnero —dijeron.

Oropelia recordó la noche de bodas, cuando Joria quiso someterla al modo salvaje de los Dratewka. No pudo hacerlo entonces. Ni nunca.

—¿Nada más tienen para decirme?

—Clamia hace «bee, bee».

Y dos risas sacudían un solo vientre.

—Si solo esa suciedad pueden traerme, es mejor que no vayan más a los establos —ordenó.

Pero las siamesas irían de todos modos. Por entonces las hermanas tendrían alrededor de trece o catorce años y sabían que únicamente conocerían el placer que pudieran procurarse por sí mismas.

—¿Empiezas a amar a Beliria? —por vez primera desde el nacimiento de la hija de Joria, Clamia hacía esa pregunta.

—Esa niña me mira con los ojos de su madre.

—Pero es legítima.

Joria se incorporó y giró hacia Clamia.

—Solamente la sangre es legítima. Y Beliria tiene en sus venas una mitad Tzarús —dijo mientras quitaba algunas briznas enredadas en el cabello oscuro de Clamia—. Y me pregunto si acaso es una mitad...

—¿De qué hablas?

El jerarca volvió a echarse sobre el lecho de heno, bufando.

—Saldré de viaje.

—¿Cuándo?

—Mañana, muy temprano. Díselo a Filip.

—¿Demorarás mucho en regresar?

—No lo creo.

Clamia era una mujer Dratewka. Sabía que sus posibilidades de preguntar acababan allí. Sin embargo, Joria siguió contando.

—Mare Limba está de regreso y me mandó llamar.

Hasta Clamia se sobresaltó. Mare Limba, la gura conocida por instigar el asesinato de su propia madre, había vuelto del viaje iniciado hacía casi dos décadas. En su escondite, las siamesas juntaron las cabezas y apretaron los ojos. Cuando volvieron a abrirlos, el jerarca se estaba vistiendo.

Apenas les fue posible abandonar el establo, corrieron a la habitación donde Oropelia pasaba la mayor parte del día. Como siempre, golpearon con ambas manos.

—Pueden entrar —dijo Oropelia desde su sillón, frente a la ventana.

Las siamesas daban pasos cortos y rápidos y se agitaban fácilmente. En esta ocasión, se repartieron las noticias.

—¿Empiezas a amar a Beliria? —dijo la de voz femenina.

—Saldré de viaje —dijo la de voz gruesa.

—Pero ella es legítima —la de voz femenina.

—Mare Limba está de regreso y me ha mandado llamar —la de voz gruesa.

—¡Aguarden! —las interrumpió Oropelia.

La esposa del jerarca, vivamente interesada, las obligó a sentarse y contar pausadamente lo que habían escuchado.

En el lejano continente de Terentigani, las guras habían sido aliadas de los Dratewka en su guerra de conquista. Enemigas de los dragones desde que se tenía memoria, disfrutaron de sus muertes, pero más de su domesticación. Cuando los Dratewka cruzaron el mar tras el rastro de los dragones rebeldes, las guras permanecieron en su orilla natal.

Solo una de ellas, y no por propia voluntad, se embarcó hacia Mérec.

Muy joven, Mare Limba pisó sus costas con apenas un fruto en los bolsillos. Y desde su llegada se abocó a la inmensa tarea de conquistar la eternidad, aunque durante esos años no fue capaz de descifrar el misterio de los dragones rebeldes. ¿Habían muerto en el intento de cruzar el mar? ¿Se ocultaban en algún lugar remoto de aquel vasto continente? Para hallar respuestas emprendió un viaje hacia el Norte pantanoso e inabarcable. Dieciocho años después de su partida, estaba de regreso con una noticia entre las manos. De inmediato quiso que el jerarca la visitara en la espesura que habitaba, continente adentro, a medio camino entre Nastere y Oras Viitor, donde el monte empezaba a ser selva.

Joria Dratewka realizó parte del camino en compañía de dos soldados. Ya cerca

del sitio exacto que Mare Limba había señalado como punto de reunión, continuó su cabalgata solo. Atardecía cuando encontró a la gura en su posición predilecta: anudada a la rama de un árbol. El ave que siempre la acompañaba le picoteaba los pies. El jerarca de Mérec observó cuánto había envejecido.

—Estoy vieja, es verdad.

Joria bajó los ojos.

—Y es por eso que tengo prisa —completó la gura.

Mare Limba le indicó que se sentara sobre las raíces del árbol, de espaldas a ella. Y el jerarca obedeció.

—Anduve —empezó a decir la gura—. Anduve, escuché y conocí. Habría querido traer noticias sobre el paradero de los dragones. Aunque fuera sobre sus huesos. Pero nadie, en el Norte, vio cosa alguna. Un tesoro, sin embargo, pude traer.

Durante su largo viaje por Mérec la gura había transitado el territorio de los arayés de Norte. Ocultando su verdadera condición, logró que los arayés la acogieran.

Entonces fue cuando algunos le hablaron sobre el gran acontecimiento que aguardaban. Sus dioses pequeños, los Japiripé, les habían advertido.

Los arayés del Norte, más locuaces e ingenuos que sus hermanos del sur, le contaron:

«Nuestros hechiceros pueden ver a los pequeños espíritus con el Ojo-Que-Ve-Otro-Mundo. Y los pequeños espíritus nos cuentan que, desde lejos, espíritus enormes atraviesan la Caña. Y están llegando».

Mare Limba supo que hablaban de la Perforación.

Ahora cargaba certezas que debía comunicar a Joria Dratewka.

—Eres jerarca de este continente y no alcanza con que celebres cada año la Fiesta del Dragón para que los mercaderes vendan sus ungüentos y sus falsificaciones. Permanecerás a mi lado durante un tiempo. Te recordaré lo que es importante que recuerdes. Es posible que estemos a las puertas de lo que anhelamos. Prepárate a comer insectos y semillas, a beber agua y a escuchar lo necesario. Cuando regreses a la Fortaleza, llevarás contigo una inmensa tarea.

Veintisiete días con sus noches estuvo Joria Dratewka junto a la gura. Y durante ese tiempo Mare Limba habló y habló. Explicó con detalles la profecía hallada en el monasterio del monte, allá en Terentigani; la misma que predecía la llegada de un Elegido. Y aunque el jerarca conocía su existencia y su contenido, la gura le dijo cosas nuevas.

—Las profecías no acontecen en lugares estáticos ni cerca de gente somnolienta. Si miras dentro de un bostezo no verás nada. Las profecías nos buscan si las buscamos...

—Pero ¿por qué querríamos que esa profecía se cumpla? —dijo Joria—. Augura nuestro final.

—No queremos que se cumpla... Queremos que se evidencie y así poder torcerla. Allí donde surja el Elegido debemos estar nosotros para desviar su destino. Es igual que con los dragones... No podemos aniquilar a un Elegido, ¡podemos malograrlo!

—Sin embargo —continuó el jerarca—, eso ocurrirá lejos. En Terentigani.

Mare Limba ya no era capaz de reír, pero su voz insinuó algo parecido a una sonrisa.

—Lejos... Cerca... Ustedes construyeron casas y se cobijaron en esa pequeña idea para explicar el mundo, sus cielos y sus abismos. Lejos, cerca, ancho... Modos de ordenar una casa, una fortaleza, una ciudad. Luego ustedes inventaron la clepsidra, los campanarios, los relojes de pesas y así midieron un transcurso. Uno entre muchos posibles.

Mare Limba había envejecido. El tiempo que le restaba era insignificante para sus tremendos anhelos. Por ellos había enviado a la muerte a su propia madre. ¡No se restringiría ahora a los límites de un jerarca! O ella lograba que Joria Dratewka ascendiera hasta la cima de la memoria, o Joria Dratewka la arrastraba hacia el fondo del olvido. Una gura no nacía para rondar las cocinas buscando una olla donde mojar el pan. Nacía para dejar una marca en la eternidad.

Mare Limba ya no podía suspirar, pero su mirada hizo lo posible.

—Comprendo que van al mercado, cuidan las ovejas, comen y duermen. Eso no significa que antes, cerca, después, lejos, sea lo único cierto.

—Hablas de la Perforación.

—De eso hablo, porque mucho tiene ver con la profecía y con los dragones. Comienza por entender que las tres cosas son una sola.

—La Perforación nunca fue parte de nuestra vida y de nuestras batallas. Siempre ocupó el lugar de... —Joria Dratewka no hallaba la palabra precisa.

—Todas las grandes verdades se ocultan bajo el disfraz de las leyendas. A los ignorantes les gusta creer que aquello que no pueden ver a simple vista es falso. ¿Caminarías hacia el final del arco iris en busca de un tesoro? ¿No lo harías? Pues si entendieras bien, cambiarías de opinión.

La gura debía explicar lo más arduo e incierto.

—Nieve bajo la tierra —comenzó la gura—. Puedes imaginarlo como un racimo de racimos de racimos de túneles. ¡No aprietes los ojos! ¡Imagina! ¡Comprende!

Mare Limba hizo una pausa antes de continuar.

—Por esos túneles seríamos capaces de caminar con los pasos de Dios. Pero hay tantas preguntas aún... La Perforación y sus entradas cambian de modos predecibles y de modos impredecibles. Solo los primeros nos importan, pues seríamos capaces de calcularlos. En esos racimos de túneles, el pasado el presente y el futuro son un solo manto. Allí, lo que existió y lo que existirá, ya existe. ¡Despójate de tu humana manera de entender y de ordenar! ¡Despójate de tu casa! Cerca, lejos, antes, después... No entraremos a los túneles para modificar los hechos sino para ejecutarlos. Si tú, jerarca, viajaras por la Perforación hacia el tiempo de Skuba

Dratewka será porque ya realizaste ese viaje.

Durante los veintisiete días que duró el magisterio, la gura nunca descendió de la rama y apenas cambió de posición. De tanto en tanto se encerraba en los pliegues que salían de su espalda y allí dentro masticaba semillas y dormitaba unos segundos para resurgir con su inteligencia intacta. Los últimos días la gura los dedicó a señalar acciones precisas.

—Comenzaremos por Antón, el alquimista —le dijo.

Joria se movió nervioso.

—Tengo motivos grandes para decir esto —continuó Mare Limba—. Con seguridad, él conoce estos sucesos. Tal vez mientras nosotros viajamos por tierra y armamos grandes ballestas, el alquimista viajó por dentro de la profecía. Pero podremos valernos de sus saberes y de sus cálculos. Tu parte, Joria Dratewka, será descubrir qué y cuánto sabe. Hazlo del modo que quieras... Puedes permitir que el alquimista regrese a la Fortaleza. Así o de otro modo. Ocúpate de eso y déjame el resto.

Joria Dratewka no iba a negarse a las órdenes de la gura. Mare Limba era su mejor alianza con el destino.

Joria Dratewka era el segundo jerarca de Mérec.

El primero había sido Tatalíe, su tío; el que sometió a los arayés aunque, para conseguirlo, tuviera que aliarse con los Tzarús. Luego habría sido el tiempo de su padre, pero fue asesinado en una emboscada de los arayés. Por esa razón Joria debió asumir el mando cuando era aún muy joven.

La reunión de la gura y el jerarca había terminado. Habría otras, porque llegaban años de guerra a través de la tierra y a través del tiempo.

El alquimista iba al monte con el propósito de encontrar a Nulán, aunque Anuja se molestara. Pero la suerte le evitó tener que pasar por la choza de la sanadora. Cuando escuchó sonar la laguna como un parche de tambor, supo que era Nulán quien estaba tocando. Hacia allí dirigió sus pasos.

Mucho antes de que Antón llegara, y a pesar de la música, Nulán percibió los pasos. Olió en la dirección adecuada y no tardó en reconocer el olor que Anuja traía luego de estar en casa del alquimista Tzarús.

Entonces regresó a lo suyo, a seguir golpeando el agua de la laguna con las palmas.

La sombra de Antón detenido a espaldas del muchacho cubrió el espacio que había determinado como parche. Nulán giró para mirarlo.

Pocas veces Antón lo había visto antes, siempre desde lejos. Ahora confirmaba que había crecido fuerte y bello y que sus ojos conservaban el color inquietante del primer día.

—Lo haces bien —dijo—. Lo que tocabas es la llamada para que los cazadores se

reúnan al final de la jornada.

Nulán volvió su mirada hacia la laguna.

—Voy a sentarme un momento —dijo el alquimista.

Uno junto a otro, a orillas del agua, Antón y Nulán permanecieron un largo rato en silencio. Nulán tomó una piedra plana. Comenzó a dibujar sobre la superficie porosa. Lo hacía de prisa de modo que el trazo de agua no se evaporara antes de completar la imagen: una serpiente enroscada, un jaguar, un saltamontes...

—Anuja dice que sueles...

Debido a la ansiedad por acercarse al misterio de Nulán, el alquimista estuvo a punto de cometer un grave error. Logró advertirlo a tiempo de cambiar el sentido de la pregunta.

—Que sueles irte mucho tiempo lejos de la choza.

—Es el mismo monte —respondió Nulán—. Y regreso cuando me llama.

—¿Es cierto que la escuchas aunque apenas susurre a la distancia?

Como no obtuvo respuesta, Antón creyó que para ganar la confianza del muchacho sería mejor hablar de sí mismo.

—Hay algo de lo que apenas he hablado con Anuja. Y que me gustaría contarte.

—¿Por qué?

—Porque me recuerdas mi pasado.

Nulán sonrió al escuchar esa palabra. Antón continuó:

—Siendo un niño, pasé años con la gente de la nación arayé. No aquí, exactamente. Muy al Norte, en la península Agua de Tierra.

—Los Dratewka la llamaron Península Diamante —dijo Nulán.

—No tengo de Dratewka ni un punto de mi piel. En cambio, tengo algo de arayé.

Nulán lo miró con interés.

—Hace ya mucho de eso —prosiguió Antón—. Mi madre y yo fuimos parte de un canje. Ella fue desposada con uno de los hechiceros de la nación arayé. Lo llamaban Tucán, el ejecutante, debido a su maestría batiendo el parche de las lagunas. Quiso enseñarme pero mi madre no lo permitió.

—¿Por qué no lo permitió?

—Me lo pregunté varias veces... Supongo que fue culpa del número dos.

—¿Como los ojos? —preguntó Nulán.

—Como los ojos. Los alquimistas, mi madre era hija de uno de ellos, afirmamos que todo es una boda entre dos mitades. Bueno, Tucán, el ejecutante, se reía de eso. Y mi madre debió temer que yo... que mi razonamiento se perdiera.

Preocupado por no aburrir a Nulán, el alquimista le pidió que siguiera dibujando sobre la piedra.

—Lo que quieras.

Nulán buscó la misma piedra lisa en la que había estado trabajando, pensó un momento, mojó la punta de su dedo. Cuando acabó el dibujo, lo giró de modo que Antón pudiera verlo.

Antón procuró ocultar su sobresalto. Se apuró a tomar la piedra. Ante sus ojos, en unos trazos de agua que el sol secaba demasiado rápido, se evaporaba el dibujo que sellaba la profecía.

Más tarde, mientras caminaban juntos en dirección a la choza, Antón pensó que aquel dibujo afianzaba su arraigada determinación, que era tiempo de probar a Nulán. Sin embargo se limitó a decirle que necesitaba ver a Anuja.

—No ha ido a mi casa y debo pedirle algunas hierbas.

Aunque Nulán supo que mentía, favoreció la visita.

—Está asando pan de tierra —dijo.

—Otra razón para ir —respondió Antón—. Me gusta el pan de tierra asado. ¿Le pone miel?

—A veces.

Anuja giraba las mandiocas sobre las brasas. Había sido una jornada sencilla, que sencilla prometía terminar. Pero cuando vio llegar a su hijo en compañía del alquimista comenzó a esperar otra cosa. Por Nulán, la sanadora intentó ocultar su turbación. Al fin, era el hombre con quien compartía saberes y nada tenía de extraño que, un día, fuese a visitarla.

—Encontré a Nulán tocando en la laguna —dijo Antón a manera de saludo—. Luego supe que asabas pan de tierra.

—Comeremos juntos —invitó Anuja antes de dirigirse a su hijo—. Nulán, ve a buscar miel.

El muchacho tomó un cuenco de arcilla y corrió hacia la colmena.

Uno frente a otro, Antón y Anuja dejaron de aparentar cordialidad. La sanadora se concentró en las mandiocas. Antón intentó una broma.

—Cocina la mía tan bien como las de ustedes...

Se refería al veneno que conservaba la mandioca si no se cocía debidamente. Anuja no festejó el comentario. Al contrario, pareció irritarse por la liviandad del visitante.

—Qué buscas, además del pan de tierra —preguntó.

—No daré vueltas... Voy a llevarme a Nulán. Se quedará un tiempo conmigo. Le enseñaré algunas cosas.

Anuja sacudió la cabeza. El alquimista, que se había propuesto no perder la paciencia, intentó de nuevo.

—Te lo advertí muchas veces, Anuja. Lo supiste desde el comienzo...

—Me hablas como dueño y amo. ¡No lo eres, Antón! Encontraste un niño y eso no lo hace tuyo.

Nulán no regresaba para escuchar sino para preguntar a su madre y al visitante si preferían miel roja o miel ácida. Nulán no caminó sin ruido con intención de ocultar su presencia sino porque así caminaba.

—¡No vas a comenzar otra vez! —Antón alzó la voz.

—¿Por qué debes llevarlo?

—Porque Nulán puede ser importante para nosotros.

—¿Importante para ustedes?

—Escucha, Anuja. No vamos a olvidar quién eres tú y quién soy yo. He tenido paciencia. He aguardado. Ahora es momento de confirmar o desechar.

—Dejé todo por él —dijo Anuja—. ¿Qué dejaste tú?

—Por él dediqué mis horas al estudio de los pergaminos más oscuros. Por él me enfraqué en la profecía y dediqué estos años a acompañar el desarrollo de las marcas que porta.

—¿Por él, dices? ¿Por él o por tu deseo de ser grande?

El alquimista no había logrado respetar su intención de medida.

—Siempre te traté como... —Antón no pudo decir par ni cófrade—. No me obligues a actuar como un amo.

Poco después llegaba Nulán con un cuenco de miel roja. Miró a su madre con una interrogación.

—Antón recordó algo y se marchó —dijo Anuja.

—¿Solamente eso? —preguntó Nulán.

—Así es él.

Joria Dratewka había regresado de su largo encuentro con Mare Limba. Ese día, como casi todos, Oropelia estaba en su dormitorio. Rara vez salía de allí. Ya ni siquiera lo dejaba para comer.

Su esposo entró sin llamar. La encontró sentada frente a la ventana, con un bordado en las manos.

—¿Qué haces? —le preguntó.

—Un pañuelo para Beliria.

Oropelia levantó su labor para que Joria la viera.

—Se acerca el tiempo de las brisas de mar —Joria tomó una bocanada de aire—. Mi ánimo mejora según las temporadas.

—Es tu pasado de pastor —respondió Oropelia, de nuevo concentrada en dar puntadas minúsculas.

El comentario habría bastado para que la visita acabara de la peor manera. Pero Joria estaba masticando una estrategia, y le demostraría a aquella Tzarús que no solo su linaje conocía las ventajas de la sutileza.

—Puede ser... Pero también la llegada del año 980 y otra Fiesta del Dragón. Quiero que esta vez sea especialmente esplendorosa. ¡Tratándose del año 980 la celebración debe ser grande!

—Claro... —dijo Oropelia—. La Fiesta del Dragón.

Joria Dratewka cambió de tema.

—Hace mucho que no vienes a comer conmigo.

—Ya sabes por qué.

Joria sabía sobradamente que a su mujer le resultaban insoportables esos espacios sucios y arrasados, sin un solo rincón bello, ni un trazo de armonía, ni un tapiz en su sitio. A diferencia del linaje Dratewka, Oropelia y Beliria Tzarús comían con mantel, se peinaban con gracia y leían poemas heroicos.

Joria Dratewka se puso en cuclillas junto a su esposa. Era capaz de resistir horas en esa posición.

—En verdad, vine a decirte algo.

Oropelia dejó el bordado en su falda y lo miró. Joria notó con desagrado las arrugas, acentuadas por la extrema delgadez de su esposa.

—Antes de partir los médicos de la Fortaleza me hablaron del laboratorio donde solía trabajar Antón —Joria aparentaba que abordar aquel asunto le resultaba difícil—. Me hicieron saber cuánto lamentan la ausencia del alquimista que, según dicen, mucho los ayudaba con los males de los hombres y de las ovejas. Ya sabes lo que pienso, pero insistieron. Han pasado años. Y casi no recuerdo la causa por la que lo expulsé. ¡Algún atrevimiento del alquimista, con seguridad! Pero llega la Fiesta del Dragón y me siento capaz de perdonarlo.

Oropelia debía mantener la calma. Y para lograrlo apeló a la desconfianza. ¿Qué ocultaba ese ofrecimiento? ¿Qué buscaba Joria? Más allá de cualquier respuesta, la idea de que Antón regresara a la Fortaleza le llenaba el rostro de luz.

—No vivirá aquí —Joria parecía responder a sus pensamientos—, pero podrá acceder al laboratorio y a sus aparatos de medición todas las veces que quiera.

—Creo que... —Oropelia se preguntaba cuál era el mejor modo de reaccionar—. Gracias. No voy a negarte que me hace feliz el regreso de mi primo.

Primo era la expresión con la que el linaje Tzarús distinguía a las personas queridas.

—Manda a Nah a avisarle.

Sorprendida por el comentario, Oropelia fingió mal.

—¿A Nah? ¿Cómo podría saber ella dónde encontrarlo?

—Esposa, ¿no sabes que las siervas todo lo escuchan y todo lo ven? Seguramente Nah conoce el lugar donde vive Antón. ¡Tanto como si hubiera ido a menudo!

Volvía a aparecer el Dratewka. Y esta vez, la Tzarús supo lo que debía responder.

—Es verdad. Le ordenaré a Nah que lleve la noticia.

Cuando Joria se retiraba, su esposa lo detuvo.

—¿Estará en el salón la Liebre Moteada?

—No.

—Entonces comeré contigo.

Nah caminaba hacia la casa de Antón portando un mensaje que nunca pensó llevar: el

jerarca autorizaba al alquimista a regresar al laboratorio.

Nah pensaba a su favor. O mejor, a favor del anhelo que le generaban Filip, sus veinte años de cuerpo adiestrado, su lujuria. «Joria actúa con bondad. Eso tendrá que verlo el ama», se decía. Porque Nah estaba preparándose para aceptar las reiteradas invitaciones de Filip. Nah estaba acomodando su lecho.

En eso estaba su cabeza cuando se encontró a medio camino con Antón, con su odre, su bolso y su capa. Ambos se detuvieron sorprendidos.

—¿Qué te trae por aquí, Nah? ¿Ha pasado algo en la Fortaleza?

—Es mi ama que me manda con una buena noticia. El jerarca dice que puedes regresar a la Fortaleza para trabajar en tu antiguo laboratorio. Dice que pasó mucho tiempo y que te perdona aquel desplante.

El propio Antón se asombró de la frialdad con que recibía la noticia. Y no supo si se debía a su deseo de no alejarse de Nulán. O si de todos modos habría recibido la novedad casi indiferente.

—Nah, ¿tu ama dice que debo alegrarme porque Joria Dratewka decidió perdonarme?

Y como la sierva arayé no respondía, el alquimista siguió:

—Presta atención... Dile a Oropelia que no olvide que fui yo quien debió soportar los insultos de Joria. Y dile al jerarca que aquí tengo lo suficiente para mis estudios. Ahora debo irme.

—¿Nada más digo?

Antón estaba a punto de asentir, pero se arrepintió.

—También dile a Oropelia que estaré ocupado algún tiempo. Dile que la bendigo.

Nah corrió de regreso a la Fortaleza. Los sentimientos se mezclaban en su espíritu. No estaba triste. Y hasta sentía cierto regocijo pensando en la decepción de su ama. Sin buscar una respuesta que no habría sido capaz de hallar, la sierva se presentó en la habitación de Oropelia.

—¿Lo encontraste?

—Sí, ama.

—¿Y bien?

Oropelia Tzarús solo esperaba buenas noticias.

—El alquimista dice que no vendrá.

La mujer intentó sonreír.

¿Antón era capaz de pedirle a su sierva que le jugara una broma? La expresión de Nah no alentaba esa esperanza.

—Dijo que los Tzarús son lo que deben perdonar, y que donde vive tiene todo lo que necesita.

—¿Eso dijo el alquimista?

—Sí, ama. Y que estará ocupado por un tiempo.

La sierva que había crecido a su lado era la única persona en quien Oropelia podía confiar.

—Ven aquí —pidió desde su sillón.

Cuando estuvo junto a ella, Oropelia la abrazó por la cintura y, con la cabeza apoyada en el joven vientre, lloró sin vergüenza.

—No nos abandones, Nah.

—No, ama. Nunca.

Desde entonces la salud de Oropelia comenzó a decaer. Perdió el apetito y el sueño, su cabello se opacó y hubo días en los que no quiso levantarse de la cama. Llegaba el tiempo en que Beliria se vería obligada a tomar partido por uno u otro linaje. Porque en la ciudad de Joria Dratewka, nadie vivía con dos sangres.

A pesar de ser un joven extraño, nunca Nulán había sido insolente. Pero desde la visita de Antón, Anuja sentía la lejanía de Nulán en sus espaldas. El muchacho se reconcentró en su misterio. Apenas hablaba. Estaba más alto y delgado. Anuja le buscaba los ojos para reconocerlo o para recordarlo.

A veces, de tanto en tanto, volvía a ser el de antes. Entonces dibujaba con agua sobre las piedras y corría para que Anuja viese la figura antes de que se desvaneciera.

—Una tortuga con una serpiente en su lomo —adivinaba Anuja.

—Un hombre con raíces —adivinaba.

—No puedo darme cuenta —admitía.

Y Nulán volvía a dibujar.

Pero en ocasiones parecía no tener edad. Era un nido cerrado que no dejaba ver lo que crecía adentro.

Anuja le había contado algo, fragmentos, sobre su origen. Y hasta ese día el muchacho no había manifestado demasiado interés por su pasado. Pero una tarde salió de su ensimismamiento lleno de preguntas. Nulán conocía cada respuesta, pero su intención no era indagar sino discernir.

—¿Cómo se llamaba la mujer que ofendió a los dioses?

—Mam.

—¿Y el hombre?

—Cabeza Roja.

—¿Cómo los ofendieron?

—Se amaron mucho...

—¿Esa fue su ofensa?

—Entre Mam y el hombre llamado Cabeza Roja el amor estaba prohibido.

—¿Por qué Mam y el hombre llamado Cabeza Roja tenían esa prohibición?

—Porque llevaban la misma sangre.

—¿Y qué castigo recibieron?

—Para Cabeza Roja, la muerte.

—¿Y cómo lo mataron?

—Cabeza Roja se adelantó a su condena. Se untó con grasa y se arrojó al fuego.

—¿Y Mam?

—Mam llevaba un hijo en su vientre. Por eso fue expulsada.

—¿Algo se supo de ella?

—Nada. Nunca. Pero nadie creyó que pudiera sobrevivir.

—¿El niño?

—Tendría tus años y tus ojos.

—¿Soy él?

—No estoy del todo segura.

—¿Cuándo lo estarás?

—Quizá, nunca.

—Y yo, ¿lo estaré?

—Eso tampoco puedo asegurártelo.

—¿Quién me dejó en la arena?

—Eso no lo vi con mis ojos.

—Algo puedo recordar...

—Eras demasiado pequeño.

—Pero recuerdo.

—¿Qué recuerdas?

—Las copas de los árboles desde arriba, el sabor del pan mojado en leche y un dibujo hecho en tinta roja.

Luego, el silencio de Nulán fue largo volvió. Partía a menudo, hasta donde el monte empezaba a ser selva, y demoraba días en regresar. Anuja lloraba en silencio.

Anuja era una sanadora. Había visto fiebres y delirios, había visto la locura encaramada al alma de la gente. Nunca esto. Nunca un joven y un misterio en el mismo cuerpo; dos que comenzaban a luchar por ver cuál sobreviviría.

Lo impulsaba la conversación que había mantenido con Anuja sobre Mam y Cabeza Roja. Nulán iba a la aldea aráyé a pedir mejores respuestas. No tardó en hallar los senderos correctos. A medida que se acercaba, más recuerdos le tironeaban los sentidos. Había estado allí alguna vez, ya no tenía dudas.

Entre los aromas que percibía, los del presente y los del pasado, ¿cuál sería el de Mam? Sabía que el rastro de quienes pasaron por el mundo nunca desaparece del todo, que en algún rincón persisten. Debajo de una piedra, en el hueco de un árbol, dentro de una vasija habría un cabello de su madre...

Escuchó pasos. Tenía tiempo suficiente para ocultarse pero decidió no hacerlo. Quien se acercaba era el Tohol, heredero del jefe Artejal y sobrino de Anuja, cinco años mayor que Nulán. La sorpresa inicial del Tohol cedió ante la desconfianza.

—¿Qué haces aquí?

Nulán permaneció en silencio.

—Sé quién eres —dijo el Tohol.

—Sé quién eres —dijo Nulán.

La respuesta irritó al Tohol, que miraba fijamente a Nulán como si tratara de controlar a un animal salvaje. Nulán sostenía la mirada.

—Baja los ojos y dime qué haces aquí —murmuró el Tohol.

Nulán no obedecía.

—Estás en territorio arayé.

El Tohol se agachó, sin quitarle la vista de encima. Tomó un puñado de tierra y la arrojó contra el rostro de Nulán. Pero a Nulán le alcanzó con un movimiento preciso para evitar la ofensa.

Nulán y el Tohol estaban unidos por un hilo de resentimiento que ninguno de los dos había tendido.

—No tienes que estar aquí... Nos traes desgracias. Naciste contra la voluntad de los dioses. Eres un nudo.

El Tohol hablaba. Nulán podía pensar las respuestas, pero era incapaz de pronunciarlas. Sus palabras eran escasas, no las necesitaba donde vivía. No las necesitaba para relacionarse con el monte ni con su pasado. Desde el lugar más profundo de su memoria, Nulán trajo otro lenguaje, uno que el Tohol jamás había escuchado. Nulán moduló dibujos. Y a pesar de que la aldea era vasta y las Casas Gusano estaban muy separadas, todos se inmovilizaron en mitad de sus acciones, de sus puntas de flechas, de sus mordiscos, de sus caminatas. En la aldea arayé la luz cambió de pronto. El aire provocó picazón en la lengua y en las palmas de las manos. El extraño canto atrajo a muchos hacia el mismo punto.

El jefe Artejal y Mimbí, la cacica de la Casa Gusano del Río, fueron los primeros en llegar para ver cómo Nulán mantenía inmovilizado al Tohol contra el tronco de un árbol. Y gruñía.

—¡Suéltalo! —la cacica intentó avanzar.

—¡No! —gritó Artejal—. Quiero un Tohol que se defienda.

A pesar de la orden del jefe guerrero, Mimbí volvió a intentarlo. Artejal la retuvo. Muchos otros llegaban al lugar y entendían, de inmediato, que no debían intervenir.

Nulán podía doblegar al Tohol, no porque lo superara en musculatura sino porque conocía el recorrido del aire dentro de los cuerpos, y también el de la sangre. Y los puntos donde la vida es más vulnerable. Podía doblegarlo, pero no lo hizo. Al contrario, aflojó lentamente la fuerza hasta liberarlo. El Tohol se tomó el cuello, miró a su padre y salió corriendo, avergonzado y furioso.

Artejal abrazó un árbol y le habló.

—Dime, ¿debemos pagar con desgracias por este nudo de pecados? —luego se volvió hacia Nulán—. Eres hijo de un pecado. Y los pecados acarrearán desdicha no solo a quien los comete, también a quienes los visitan.

—Explícame qué es un pecado —pidió Nulán.

—Lo que destruye... —Artejal miró a la cacica—. Lo que destruye la buena vida de los arayés.

—¿Los arayés están seguros de que soy hijo de Mam?

—Lo estamos... Ahora márchate y no vuelvas.

—Déjame buscar el olor de Mam. Sabré si soy su hijo.

—¡Vete! —Artejal era más duro sin alzar la voz.

La expresión de la cacica Mimbí mostraba claramente su deseo de intervenir en favor de Nulán. Separaba los labios, volvía a juntarlos. Daba un breve paso hacia adelante, retrocedía. Al fin, su obediencia pudo más.

—Anuja llora cada día.

—Llorar fue su decisión.

Era claro que Artejal no hablaría más.

Más tarde, cuando Nulán ya estaba lejos y la aldea había recobrado la normalidad, la cacica buscó a Artejal.

—Tú, Artejal —dijo, dirigiéndose al jefe arayé—, te comportas como un guardián de roca. Los dioses celebrarán que recordemos aquel pecado que los ofendió. Pero celebrarán también que vigilemos los pecados nuevos.

—¡Shhh! Hablas como mi hermana, que habla como un hombre. —Artejal sonreía—. Alguien me susurró que en la Casa Gusano del Río se mastican palabras con tabaco y, durante las noches, practican con arco y flecha. ¿Mujeres masticando palabras? ¿Mujeres disparando flechas? Espero que no sea verdad.

Nulán se alejó de la aldea arayé confiando tan solo en su memoria resquebrajada, en su monte y en su perplejidad.

Mientras avanzaba hacia la choza que compartía con Anuja, viejas imágenes acudieron a su mente; una cuchara cargada con pan mojado en leche, el vértigo de un vuelo, una vasija con pergaminos y arena arrasada por el viento.

El canto de un ave lo detuvo. Giró a mirar y vio un pájaro de color negro, con las alas veteadas de rojo. Nulán, que conocía el monte cierto y el monte posible, nunca había visto un ave semejante.

—No te conocía... Ni a ti ni a tus parientes —le dijo.

El muchacho se deslizó hasta la rama baja donde el ave estaba posada y extendió la mano para tocarla, pero el pájaro aleteó nervioso.

—Está bien, no te molestaré —dijo Nulán sonriendo—. A mí tampoco me gusta que me toquen.

El pájaro voló monte adentro. Nulán no dudó en seguirlo. Era un alma del monte y deseaba conocerlo. Más adentro el pájaro, más decidido lo seguía Nulán.

El ave volaba para luego graznar un llamado.

—¡Te ríes de mí! —se rio Nulán.

El pájaro negro voló un largo trecho, hacia donde el monte comenzaba a hacerse

selva. Tan extenso fue su vuelo que cualquiera lo habría perdido. Sin embargo, poco después Nulán estaba allí.

El ave graznó como si lo estuviera esperando. Y Nulán volvió a reír a carcajadas.

—Vivo como tú, en este monte. Me llamo Nulán. Cualquiera te dirá de mí.

No había demasiada diferencia entre este camino y otros que antes había tomado. Nulán jamás temería en el monte, jamás pasaría hambre o sed. Sabía dónde hallar, dónde perder. Nunca el monte y sus habitantes lo habían lastimado.

Monte adentro el pájaro, más risa.

Monte adentro Nulán.

Así, hasta el atardecer. Dormiría allí. El pájaro no volaría lejos durante la noche. Eligió un lugar y lo desmalezó. Para entonces, apenas si recordaba a Anuja.

La sanadora arayé ya casi no lograba dormir. Cierto que Nulán se alejaba a menudo, pero nunca había pasado tanto tiempo sin responder a sus murmullos.

—Nulán, regresa.

Pero su hijo no regresaba.

Anuja pensó en pedir ayuda a Antón, a quien no veía desde la larga desaparición de Nulán. Aunque acudir al alquimista implicara una concesión a sus pretendidos derechos sobre el destino de Nulán, la sanadora habría cedido si antes no hubiese recibido un recado.

—Mimbí quiere que salgas a su encuentro —le dijo una joven de la Casa Gusano del Río.

Desconociendo la obediencia, como tantas veces, la cacica sabía dónde había levantado su choza Anuja y de tanto en tanto le enviaba pequeñas presas de caza. Ahora la mandaba a llamar. Sin dudas, algo importante sucedía.

—Vamos —dijo Anuja.

Se encontraron a medio camino entre la choza y la aldea. La cacica le narró la visita de Nulán y la reacción de Artejal.

—Eso debió ser —dijo Anuja—. La dureza de mi hermano.

Aquel pensamiento la ayudó a tolerar la espera. El tiempo pasaba lento y difícil.

Treinta días después, o quizás algo más, Anuja molía semillas en la puerta de la choza. La sanadora había enflaquecido durante la ausencia de su hijo y su cabello, a diferencia de la mayoría de su pueblo, encanecía un poco cada noche.

—¿Qué estás esperando? —se dijo de pronto.

Abandonó su trabajo, se calzó unas sandalias fuertes y salió.

El verano era intenso en el monte. Y Antón lo respiraba con ganas. «Época de buscar hierbas», se repetía mientras se preparaba para salir.

La súbita presencia de Anuja lo sorprendió gratamente. Esperaba que, antes o

después, la sanadora reflexionara y, de ese modo, le evitase una decisión difícil. Pero la expresión que leyó en el rostro de la mujer lo preocupó.

—¿Qué sucede?

—Nulán se ha ido.

El alquimista no entendió que eso fuera grave.

—Siempre lo hace.

—Es distinto ahora... No vuelve cuando lo llamo, y eso no es bueno.

—¿Ocurrió algo que no sepa?

—Nulán fue a la aldea arayé.

—¿Fue a la aldea?

—A preguntar por Mam, a preguntar por Cabeza Roja.

Recién entonces Antón perdió la calma.

—Ya ves, Anuja. ¡No debiste insistir con una historia incierta!

—Nada tiene de incierta.

—¡Lo tiene todo!

Enojo, preocupación, pero más que ninguna otra cosa, miedo. Antón temía la reacción del muchacho. El monte era inmenso si alguien deseaba ocultarse. Y Nulán era el mejor en eso. Imposible hallarlo si el muchacho no quería. Antón mordió imprecaciones contra Anuja, contra los arayés que confundían todo con sus propios pleitos y se adueñaban de sucesos que no les pertenecían. Él había hallado a Nulán. A su casa lo habían llevado y no a la aldea. Nulán modulaba la lengua sagrada y había dibujado el sello de la profecía. ¿Era eso comparable al color de los ojos de un recién nacido que apenas habían visto?

—Vamos a buscarlo —dijo Antón mientras tomaba su bolsa de panza de oveja, su odre y su manto.

Nulán había construido una enramada donde guarecerse. El pájaro negro iba y volvía, pero jamás le había permitido tocarlo. Nulán se quedaría allí el tiempo necesario. No quería regresar a la choza con Anuja. Ni siquiera lo pensaba.

El hijo del monte habitaba su enramada como si fuese para siempre. Y observaba al pájaro negro como si fuera la única criatura viva en el monte.

Antón y Anuja llevaban caminado dos días completos. Aquella noche, de viento en vez de luna, la oscuridad y el cansancio los obligaron a detenerse. Recostada contra un árbol, abrazada a sus rodillas, Anuja intentaba dormir. El viento era un ancho camino que avanzaba hacia el Norte. Y la sanadora se revolvía en su sitio.

—Trata de descansar —le dijo Antón— para poder seguir muy temprano.

Anuja habría querido cumplir la voluntad del alquimista, pero la ansiedad le impedía, siquiera, pausar la respiración. Una vez más, necesitó llamar a su hijo.

—Nulán, ven aquí. Ven pronto.

Acostado bajo la enramada, Nulán abrió los ojos.

El ave negra estaba cerca. Pero ¿cómo verla en la oscuridad de una noche sin luna? Sin luna ni fuego porque el viento podría incendiar el techo de palmas que le servía de hogar.

El viento llevó hasta Nulán un olor familiar. El muchacho se incorporó y afinó las aletas de la nariz. Anuja estaba cerca, lo buscaba. Y Antón. Nulán supo que no llegarían antes de la mañana. Y decidió que también él aguardaría la primera luz para abandonar la enramada. Volvió a recostarse y, al cabo de un rato, dormía.

El viento se había llevado la luna. La luna se había llevado el monte.

El pájaro negro se posó en el techo de ramas. Nulán se movió en sueños. El pájaro negro abrió el pico y, en su guarida, Mare Limba abrió la boca.

La gura observaba en cuclillas un contorno humano que ella misma había dibujado en la tierra. El pájaro estaba posado sobre el pecho de Nulán. Mare Limba giró la cabeza hacia ambos lados, el ave también. Mare Limba dejó salir un hilo de saliva que fue a dar en el pecho de la imagen dibujada. Y en ese punto comenzó a golpear con la cabeza. Al mismo tiempo, con un movimiento rápido y preciso, el pájaro negro atacó a Nulán y sacó con su pico un trozo de carne del tamaño de una almendra.

Nulán se incorporó bruscamente, tomándose el lugar del pecho donde había sido herido. Pudo ver que el ave se marchaba y se puso de pie para seguirlo. Pero el dolor y la sangre lo obligaron a desistir.

También Anuja se despertó de su sueño con un grito.

—¡Nulán!

El grito despertó a Antón. Anuja ya estaba de pie.

—¿Qué ha pasado? ¿Qué haces? —preguntó el alquimista.

—Sigo... Sigo camino —respondió Anuja.

—Aguarda... No podemos hacerlo ahora. La oscuridad y el viento nos conducirán a su antojo.

—Algo le sucedió a Nulán.

—Son tus temores. Vamos, Anuja, pronto amanecerá —prometió Antón.

Nunca el amanecer había demorado tanto. Y cuando llegó, no mostró nada bueno.

Nulán había buscado, casi a tientas, algunas hojas curativas con las que improvisó un parche para sostener la sangre. Luego regresó a la enramada. Volcado sobre el lado de la herida, el dolor fue menguando. Entornó los ojos. «Si pudiera dormir, el

amanecer ya estaría aquí», pensó.

Con luz, sería más sencillo entender la herida y curarla.

Pero lo que restaba de la noche no alivió el mal ocasionado por el pájaro negro. Al contrario, despertó poco después sobre un charco de sangre pegajosa, y tiritando. Levantarse le costó un doloroso esfuerzo. Recordó que Anuja y el alquimista no demorarían en encontrarlo y se puso de pie para escapar. De cualquier modo necesitaba llegar al arroyo para beber y lavarse la herida.

—Vamos, vamos —Anuja apuraba a Antón que demoraba innecesariamente atándose las botas.

Al fin retomaron la búsqueda sin otra guía que su deseo. Apenas el sol empezó a subir, el calor se hizo intenso. Anuja se quitó la faja amarilla que le cruzaba el pecho y dejó su torso desnudo.

Los dos lo sabían, pero fue Antón quien sintió la necesidad de decirlo.

—Lo hallaremos solo si él quiere.

—Confío en que querrá —Anuja no imaginó la verdad que encerraban sus palabras.

Después de beber en el arroyo y lavar el agujero abierto en su pecho, Nulán se sintió algo aliviado. Lo suficiente para intentar seguir viaje. Pero a pesar de ser reciente y de las plantas curativas, la herida tenía hinchados los bordes y despedía un olor fétido. El sudor de la fiebre chorreaba desde las sienes y atravesaba el pecho hasta la cintura y el andar de Nulán se hizo muy lento. Dos veces tuvo que detenerse para recuperar fuerzas.

—Mira —señaló Anuja.

La sanadora se alegró al ver la enramada, porque no tuvo dudas de que era su hijo quien la había construido. Antón se alegró también.

—¡Buenas noticias! Si no está aquí, estará...

Pero las palabras del alquimista se paralizaron, junto a Anuja, frente al charco de sangre. La sanadora temblaba de tal modo que Antón tuvo que sostenerla.

—Rápido, Anuja. Hay que encontrarlo.

La sangre que Nulán había perdido resultó un rastro brutal pero preciso, que los condujo hasta el arroyo.

—Hace poco estuvo aquí —Antón se había agachado y comprobaba con sus dedos que la sangre estaba fresca—. Sigamos.

Las piernas no lo sostenían. Y Nulán ya no sostenía su alma. Todo se perdía en una mancha opaca donde la voluntad ya no respiraba. Por fin, se dejó caer.

—Aquí estoy, madre —susurró.

Anuja y Antón se acercaban guiados por el rastro de la sangre que desaparecía brevemente para reaparecer, seguramente por rebrotes de la hemorragia.

Nulán ya no abría los ojos. Su boca estaba ocupada por la lengua. Y la piel, tirante y amarillenta, parecía no alcanzar para su cuerpo inflamado.

Así lo hallaron, más cerca de la muerte que del sueño.

Anuja no perdió tiempo en palabras ni en lamentos. De inmediato corrió a buscar lo que consideró necesario para enfrentar el mal. Juntos, ella y Antón, lo llevaron de regreso al arroyo. Allí le quitaron la ropa para sumergirlo en el agua fresca. La sanadora limpió la herida profundamente, llenó el hueco con una mezcla de hojas y raíces que antes había masticado. Y la cubrió con barro. Nulán pudo beber unos sorbos de agua y abrir los ojos apenas un instante. «Descansa», dijeron Antón y Anuja al mismo tiempo.

—¿Qué haremos? —preguntó Antón que, en esas materias, confiaba en la sanadora.

—No es posible moverlo... Vamos a cuidarlo aquí.

—Tengo medicinas en mi laboratorio —ofreció el alquimista.

—Si las medicinas del monte no dan resultado, no harías tiempo de ir y volver.

Anuja improvisó un lecho de hojas frescas. Y envió a Antón a buscar las plantas que necesitaba.

El alquimista había aprendido de la sanadora a reconocer las especies medicinales, pero no con tanta seguridad y rapidez como Anuja. Y allí estaba, tratando de decidir si aquella planta vellosa era la adecuada cuando oyó, a sus espaldas, la voz de Mare Limba.

—Buscamos lo mismo, niño.

—¿Por qué me llamas niño?

—Porque eres el mismo que vi en el puerto de Terentigani hace años.

—Ya no soy ese, y tú no eres aquella.

—Buscamos lo mismo —repitió Mare Limba.

—No te entiendo, gura.

—«El que duerme en el nido del dragón y despierte en la casa del hombre».

Mare Limba se metió en la sombra del monte y se oyó el aire crujir.

El alquimista volvió junto a la sanadora. Era tiempo de orar. Antón y Anuja lo hicieron juntos, muy cerca uno del otro. Porque en el monte, donde el monte orilla la selva, los dioses grandes y pequeños danzan alrededor del mismo fuego.

Segunda parte

La sangre

Las llamaban Urracas. Mujeres que, si no eran ancianas, actuaban como tales. Las Urracas existían porque existían las persecuciones, las mansiones abandonadas y las matanzas.

El privilegio de los saqueos correspondía a los altos mandos militares. Luego a los capitanes y jefes de ballesteros. Después a los soldados. Por último, a las Urracas. Por eso el botín que se llevaban nunca era demasiado valioso. Pero sabían venderlo en los mercados, en la ferias. O al pueblo de los palari pamá, nómades que comerciaban entre aldeas y ciudades distantes.

Se juntaron a la caída de la tarde. No había buenos propósitos que justificaran tales sociedades. Más bien el temor de entrar solas a los lugares profanados. Luego, una vez dentro, se imponían las ambiciones personales. Y se trataba de correr, elegir con rapidez, agarrar primero y disputarse sin piedad las mejores piezas. A veces los tironeos se transformaban en peleas, más chillonas que brutales, que dejaban magulladuras y dientes rotos.

El grupo de Urracas planeaba esta vez rapiñar el monasterio del monte, el más antiguo y bello de Oras Gat donde, cincuenta años antes, habían sido asesinados diecisiete monjes. Se sabía que otras Urracas habían robado furtivamente objetos del monasterio pero se sospechaba que aún quedaban cosas.

La caminata fue silenciosa. Necesitaban llegar antes de que el sol se ocultara porque ya no las acompañarían las antorchas que en su época los monjes mantenían encendidas como guía para viajeros cansados o gente extraviada. La noche iba a alcanzarlas en el camino pero la miseria y la ambición se imponían a las supersticiones.

Las puertas estaban abiertas de par en par. Y el olor de la soledad salió a buscarlas mucho antes de que pusieran un pie dentro del monasterio. Las esperaban diecisiete esqueletos vestidos con flecos de túnicas oscuras. A pesar de que no era la primera vez que encontraban muertos allí donde irrumpieran, esa vez fue diferente. Quizá por la investidura de los monjes. O la severidad del lugar, que se comportaba como un noble ataúd para quienes lo habían habitado. El resultado de los saqueos anteriores era evidente. Dispersas por las salas, los dormitorios y las cocinas, las Urracas no hallaron mucho que cargar en sus grandes bolsas: candelabros, alguna estatuilla, cubiertos, cepillos, espejos pequeños...

Ocupadas en la rapiña o porque sus ojos preferían lo bajo antes que el cielo, no consideraron en principio el cuadro del Maestre fundador, enorme, pesado, difícil de transportar y de vender.

Hasta que una lo señaló:

—¡Allí!

Lo descolgaron entre tres. Como era habitual en los casos de objetos grandes, establecían sociedades transitorias de brazos y pies para el transporte y el comercio.

Lo depositaron en el piso de piedra con la imagen hacia arriba para que la pintura no se dañara. Atentas a su maniobra no observaron el espacio ahora vacío del muro.

Pero donde no había una Urraca, había otra.

La mujer detectó una irregularidad en la pared. Corrió hacia el muro y golpeó. Sonaba hueco. Volvió a golpear. La promesa seguía allí. Raspó la ranura con la uña de su pulgar. Impaciente, tomó un cuchillo y sin demasiada dificultad abrió la puerta secreta. La Urraca no podía saber que diecisiete muertos sonreían.

Ávida, la mano de la ladrona se introdujo en el hueco del muro y salió aferrando un pergamino enrollado. Un gesto de decepción torció el rostro de la mujer. La mano volvió a entrar. Reptó hasta el fondo, luego caminó por las paredes y por el techo del escondite con andar de araña. Pero ya no encontró ninguna otra cosa.

—¡Pedazo de mierda!

Furiosa, arrojó el pergamino contra la pared y continuó su búsqueda.

Pero donde no había una Urraca, había otra.

Y esta había encontrado un botellón de cristal que podría vender en ocho o nueve cupras, quizás en un lustru, si llegaba intacto hasta la ciudad. Aquel pergamino podría servir. Lo desenrolló para corroborar lo único que le interesaba: el tamaño. Sí, era bastante amplio como para envolver el botellón. Además era flexible y resistente. Serviría.

La Urraca no sabía leer, de manera que los bellos trazos de Cernealá eran para ella igual que hormigas. Ni siquiera el dibujo que sellaba el pergamino alertó su curiosidad.

Las horas avanzaban y el monasterio ya no tenía nada que ofrecer.

—¡Vámonos!

Como habían llegado, apiñadas y en silencio, abandonaron el monasterio. Y comenzaron el descenso. Las horas debieron correr porque comenzaron a sonar las campanas de la medianoche. Al principio no se alarmaron.

—Tocan la medianoche —dijo una de ellas.

De pronto, todas se congelaron en la misma pregunta... ¿Quién tiraba de la soga?

A la tercera campanada, las Urracas echaron a correr.

La cuarta, y no se detuvieron a recoger los objetos que caían de las bolsas.

La sexta. Y quedó abandonado el cuadro del monje fundador.

Nueve, diez, once campanadas.

Doce, y solo se veía el polvo de la estampida.

Atemorizadas por lo que no dudaban en atribuir a los espíritus de los monjes, las Urracas se apuraron en quitarse de encima los objetos robados. Las ventas en

mercados y ferias eran mejores pero más lentas, y por esa causa acudieron a los carromatos de los palari pamá. No pagaban bien pero, en compensación, compraban casi todo. Los palari pamá eran buenos para engrandecer con mentiras lo que compraban por pocas monedas. Inventaban historias maravillosas, pertenencias importantes, mentiras que pasaban de boca en boca para incrementar el precio de la rapiña.

—¡Mira esto! —la vendedora desenvolvió el pergamino para exhibir su mercancía. El patriarca de la tribu, un hombre de piel aceitunada y una argolla de oro en la oreja izquierda, agarró con ambas manos el botellón que le ofrecían. Le tomó el peso, miró a través del cristal, observó con cuidado el fondo.

—Poca cosa —dijo, chasqueando la lengua.

Los palari pamá siempre decían eso, así que la Urraca no se amedrentó.

—¿Cuánto?

—Dos cupras.

—¡Vamos! ¡Lo venderás en un lustru!

—Véndelo tú.

Y el palari pamá aparentó terminar la negociación.

—Espera —la Urraca hizo su contraoferta—. Cinco cupras.

—Tres cupras y dos chorizos rojos —respondió el patriarca.

—Te haré el favor —aceptó la mujer.

En otras circunstancias la Urraca habría conservado el botellón para ofertarlo en los mercados. Pero en este caso la superstición, doce extrañas campanadas y el miedo se impusieron a la ambición.

Así, en los carromatos de los palari pamá, el pergamino se movía hacia el destino que los monjes le habían soñado.

Lejos, en el monasterio del monte, un hombre encapuchado colocaba en su sitio el retrato del monje fundador.

Las Urracas reconocían el silbido y se apresuraban, cargando baldes y canastos, a levantar las vísceras que los muertos habían perdido.

«Por eso nuestros cerdos son los más sabrosos», decían.

Antes de que el Calendario Quinto marcara el año 900, la expansión del linaje Dratewka se había consolidado. Para entonces, dominaban un vasto territorio que se extendía sobre los condados independientes del Sur, y guerreaban con los clanes que resistían en el límite oriental. A pesar de batallar con bravura, aquellos clanes caían, uno a uno. Los sobrevivientes huían hacia las zonas más gélidas.

El terror y las estacas fueron los recursos que utilizaron los Dratewka para extender y afianzar su poder sobre Terentigani. Empalar enemigos, rodear con sus cuerpos retorcidos las ciudades vencidas, sentarse a escuchar los aullidos, ver a los condenados resbalar por el palo. Y por fin silbar llamando a las Urracas, que

tironeaban de un mismo intestino.

Pero, desde siempre, supieron los Dratewka que sus estacas no tenían potestad en el cielo. Para el cielo, las grandes ballestas y las máquinas de humo soporífero. Para los dragones, las armas inusitadas perfeccionadas en silencio durante largos años. Con ellas los Dratewka lograron que los dragones permanecieran en las Cumbres del Norte, cerca de los bosques de Fresno Sagrado.

Pero no fue sino hasta el gobierno de Skuba, proclamado Gran Conde de Terentigani, que los Dratewka soñaron con la eternidad. Aniquilar a los dragones no alcanzaba. Esclavizarlos los haría, en verdad, inmortales.

Lo susurraron las guras: «Si transformamos a los dragones en armas conduciremos el carro de la eternidad».

Hasta entonces los bosques de Fresno Sagrado habían sido macabros señuelos para la caza de dragones. Templos de color verde azulado que dos veces al año florecían en racimos blancos. Y adonde, dos veces por año, los dragones de Terentigani llegaban para alimentarse con el fruto almibarado que pendía de las ramas. El alimento los preservaba de la ferocidad que sus enormes cuerpos y su grandiosa musculatura exigían y los ligaba a la inmemorial cadena de sabiduría que sostenía al mundo. Sin aquel fruto, consistencia sagrada de sus almas, los dragones no serían más que enormes y brutales criaturas aladas.

Skuba Dratewka escuchó el consejo de sus guras y ordenó incendiar los bosques hasta que no quedara ni la nervadura de una hoja.

Durante siglos, mientras humanos y dragones se comportaron como hermanos, aquellos bosques fueron territorios inexpugnables. Espacios rumorosos y azules donde ni el silencio ni la sombra eran excesivos porque ambos se vigilaban. Pocos seres humanos los visitaban: sabios y alquimistas del linaje Tzarús, y algunos enfermos.

Solamente habitaba el lugar el puñado de hombres que protegía los Fresnos Sagrados: los servidores, capaces de distinguir uno entre los cientos de árboles azules. Sin embargo hasta ellos debían marcharse cuando, dos veces al año, los dragones llegaban a alimentarse de los racimos dulces.

Padure vivía en el bosque más cercano a Oras Gat, la ciudad que los Dratewka establecieron como su capital.

En las noches diáfanas disfrutaba subir hasta lo más alto de los árboles más altos. Y desde allí, mientras el resto de los hombres dormía, reconocía las constelaciones. Por eso fue el primero en ver la línea de antorchas que se acercaba. Dudó al principio, no lograba comprender qué significaba esa visión. ¿Las luces avanzaban hacia el bosque? ¿Iban en otra dirección? ¿Era un ejército o una caravana de comerciantes extraviados?

Cuando finalmente entendió, cuando Padure supo que se trataba de soldados de Skuba Dratewka que llegaban al galope contra el bosque sagrado, descendió del árbol arrastrándose por el tronco cuya corteza hería las piernas desnudas del muchacho.

Cayó sobre sus manos. Se alzó y corrió a las cabañas donde los demás descansaban.

—¡Son los soldados! ¡Vienen los soldados!

Los gritos despertaron a los hombres.

Vestidos a medias y armados los servidores salieron a la intemperie esperanzados en toparse con la exageración de un joven asustado, pero de inmediato comprendieron que ningún temor alcanzaba, que ningún grito habría sido advertencia suficiente para la desgracia que se avecinaba.

Primero se detuvo el galope de un centenar de caballos. Siguió un silencio tan breve que no alcanzó para un parpadeo, y entonces las antorchas cruzaron el silencio. Algunas cayeron sobre las copas de los árboles, otras avanzaron por los senderos, semejantes a roedores rojos. Los servidores corrieron hacia los dos arroyos que cruzaban el bosque y se ordenaron en filas por las cuales pasaban, de mano en mano, los baldes cargados con agua.

Sabían que era inútil.

El fuego empezaba en todas partes, era el suelo y el techo, y dos arroyos no alcanzarían para desbaratar tanta muerte. «Aquí», se escuchaba. «Aquí». Y las voces sonaban asfixiadas.

Los más jóvenes recibieron la orden de escapar y dispersarse antes de que el bosque terminara de caer y se cerraran los últimos senderos limpios. Preservar aquellas vidas significaba también salvar el bosque en los puñados de semillas que cada uno portaba. Los demás servidores resistieron hasta el final y ardieron como los árboles que habían amado.

Padure logró escabullirse. Sorteó el fuego. La oscuridad y la confusión lo ayudaron a atravesar la línea de soldados. No se alejó demasiado. Permaneció oculto tras unas lomas para contemplar la muerte del bosque. Vio a los soldados agigantarse a la luz de las llamaradas, los vio aguardar que el incendio arrasara con el último Fresno, y al atardecer del siguiente día los vio marcharse cubiertos de cenizas.

Los soldados se alejaron pero Padure permaneció.

Se extinguieron los últimos trazos de fuego. El bosque demoró en enfriarse. Recién entonces Padure se atrevió a acercarse. Avanzó sobre las ruinas sin llorar, sin detenerse cada vez que intuyó un cadáver, anduvo adormecido hasta que despertó de la pesadilla, entonces dejó salir todo su dolor en un grito ronco y se alejó corriendo.

Deambuló fuera de sí por un tiempo hasta que el hambre le recordó que era Padure, que existía, que tenía quince años, que había sido servidor de un templo ahora muerto. Tenía hambre, tenía miedo. Y sabía que su única posibilidad era la ciudad de Oras Gat. Antes de emprender el camino se bañó en un espejo de agua, lavó su ropa como pudo y la secó al sol.

Avanzó despacio, se detenía a menudo a pesar del hambre, el cuero endurecido de las botas lastimaba cruelmente la parte alta de sus talones.

Así llegó a la ciudad que los Dratewka habían transformado en un sitio sucio y escandaloso, donde rebaños y gente utilizaban las mismas calles angostas.

—¿Qué buscas, muchacho?

—Busco trabajo a cambio de comida.

—Tengo lana para lavar.

—Puedo hacerlo bien.

—Mientras mejor laves, más grasoso será tu caldo.

Padure lavó fardos de lana y continuó.

—¿Qué hay contigo? Vete... No tengo nada para darte.

—¿Ni trabajo?

—Eso podría...

—¿Qué debo hacer?

—Juntas mierda de ovejas y me la traes. Te daré un plato caliente cada diez bolsas de abono.

Y Padure recogió excrementos de la calle.

Por las noches se refugiaba en las ruinas de lo que había sido el principal colegio de los Tzarús, donde los alquimistas del linaje transfirieron los saberes esenciales a niños y niñas escogidos.

El edificio había sido destruido durante la consolidación del poderío de los Dratewka. Desde entonces fue morada de gente que vivía de la rapiña, de la mendicidad, o de ambas habilidades. En las salas donde los alquimistas recitaron junto a sus jóvenes aprendices la Oración Primaria, se hacinaba gente envilecida por la desdicha.

Un día, semejante a cualquiera para Padure, un rumor corrió entre los ocupantes del colegio. De uno a otro repetían que había llegado alguien, distinto de todos.

—Es hombre por la voz.

—Lo demás, ropa y sombra.

El extraño vestía una túnica oscura y suelta. Y cubría su cabeza con una capucha ancha que ensombrecía por completo su rostro. La ralea que habitaba el colegio solía encarnizarse con los recién llegados. Le había sucedido a Padure, hasta que alguien más apareció para entretener la malicia de aquellos miserables. Ahora era el turno del encapuchado.

—¿Qué escondes?

—¿Peste de ramerás?

El recién llegado escuchó en silencio.

—¡Muéstranos la cara!

—¿O será que en lugar de boca tienes la vulva de tu madre?

Con una rapidez impensable, el desconocido sacó una mano de entre la túnica, tomó por el cuello a uno de los mendigos y lo metió dentro de su capucha. Así lo sostuvo, ante la turbación de los demás, incapaces de reaccionar. Cuando el infeliz salió de aquella penumbra chorreaba sangre y mocos. Su boca abierta en una mueca

de espanto balbuceaba de horrible modo. Nadie más quiso probar su suerte. A partir de aquel día el extraño fue respetado. Y lo llamaron la Figura.

De tanto en tanto iba a dormir a las ruinas del colegio. Y solo con una persona intercambiaba palabras y compartía mendrugos.

—¿Cuál es tu nombre? —le preguntó una noche.

—Padure. Y no voy a preguntar el tuyo para no recibir un silencio por respuesta.

—Sabes cómo llamarme.

—La Figura.

—Así es.

La Figura solía desaparecer por largas temporadas, pero siempre que regresaba buscaba la compañía de Padure.

Así, entre trabajos infames y algunas palabras intercambiadas con el encapuchado, pasó un año oscuro.

Al colegio llegaban noticias de todo lo que ocurría en Oras Gat, maceradas en las lenguas más obscenas de la ciudad: que los bosques sagrados se extinguían por el fuego, que las mansiones de los Tzarús eran saqueadas, que los condados independientes se sometían a tratos que les permitían sobrevivir y, a cambio, los obligaba a ser vasallos del Gran Conde Skuba Dratewka.

Pero nunca se escuchó tanta gritería en las amplias aulas del colegio atestadas de andrajosos, como el día en que anunciaron la captura del primer dragón. Se trataba de un ejemplar joven que los Dratewka habían encadenado en el fondo de uno de los enormes fosos cavados para ese fin.

Cada linaje se organizaba en torno a una familia que le daba nombre. A su alrededor se amontonaban los comunes, gente que trabajaba para ellos y se cobijaba en su protección.

Los Dratewka habían sido pastores, y a la cría de ovejas debía aquel linaje el inicio y el crecimiento de su fortuna. Luego se aglutinaron en un vasto ejército.

Los Tzarús se habían enriquecido explotando la tierra. Agricultores en sus orígenes, se abocaron más tarde al estudio de la alquimia y de las ciencias. La expansión de los pastores asoló los dominios Tzarús. Los nómades expulsaron o sometieron a los agricultores, ocuparon sus tierras y sus ciudades, y se hicieron amos de Terentigani.

Skuba Dratewka se jactaba de haber afianzado la expansión de sus antecesores. Y sostenía su arrogancia en hechos comprobables: sin dejar de ser el hombre más poderoso de Terentigani, fue amigo de sus hombres y comió con ellos a la sombra de los árboles; sin dejar de ser un estratega, pactó con los condados del Sur y se libró así de un enemigo costoso e incierto. Fue, al mismo tiempo, Gran Conde y pastor.

Una de sus guras apareció en los corrales, con su pequeña hija de la mano. Skuba Dratewka estaba esquilando una oveja. No lo hacía solamente para ganarse el amor

de sus hombres, también disfrutaba esas prácticas sencillas que había aprendido de niño.

—Gran Conde, necesitamos que vengas.

—Deja que termine.

—Te gustará escuchar lo que debo decirte.

Skuba Dratewka alzó la vista de su trabajo. Observó a la mujer, iba a preguntar si era cierto lo que su ancestral intuición le dictaba, pero la gura llevo un dedo a la boca para indicar silencio frente a los demás pastores.

—Ven con nosotras —le dijo.

Skuba se limpió las manos en los pantalones de paño y las siguió.

—Dime si lo que creo es cierto.

—¡Shh! —jugaba la gura.

—Mujer, ¡te estás propasando!

La advertencia no intimidó a la gura. Sabía que el enojo del Gran Conde iba a transformarse muy pronto en felicidad exaltada.

Cuando entraron a la sala del Castrum donde el Gran Conde ejercía el mando — un espacio despojado de cualquier gracia, sin tapices ni retratos, solo alfombras, banquetas y una mesa— ya no fue posible ocultarlo.

—¡Atrapamos al primero, Gran Conde! —anunció el alférez al mando de la cacería.

—¡Dime cómo fue! ¿Dónde lo cazaron? ¡Cuenta! —exigió Skuba Dratewka con la expresión de un niño que aplasta una pequeña rana.

—Un dragón joven volaba sobre el macizo Coloána. Debió percibir el aroma de sus Fresnos porque descendió. Apenas alcanzó los racimos...

El alférez contó la cacería. Pero Skuba Dratewka quiso oír el relato otra vez.

—Cuéntamelo de nuevo.

—Vimos un dragón joven pero de gran tamaño volando sobre el macizo Coloána. Después lo vimos regresar y supimos que había percibido el aroma de los Fresnos que yo había ordenado sacudir...

—De nuevo —pidió el Gran Conde Dratewka.

—Vi un dragón enorme que volaba hacia los montes Coloána y mandé sacudir los Fresnos sagrados para que el olor se desparramara. Y así sucedió. Cuando descendió lo suficiente, los asaeteamos con flechas embebidas en adormidera. Elegí flechas de mediano tamaño porque la intención era reducirlo. Y entonces ordené poner encender la máquina de humo. Aun así, el dragón se alejó. Los soldados creyeron que lo habíamos perdido, hasta que yo mismo lo vi vacilar y derrumbarse. Entonces fuimos hasta allí y le arrojamos redes de metal.

La estrategia había funcionado: quemar la mayor parte de los bosques para evitar que los dragones se alimentaran con el fruto sagrado y preservar unos pocos que aumentaban las posibilidades de captura y se transformaron en cotos de caza.

—¿En cuánto tiempo llegará? —preguntó la gura.

—En el verano estarán aquí —respondió el alférez.

El camino que debían recorrer desde el macizo Coloána hasta la ciudad capital era largo. Skuba mandaría refuerzos para proteger la comitiva de eventuales ataques enemigos. O de la embestida de otros dragones.

Luego esperaría el verano como nunca antes.

Desde la captura del primer dragón, la Figura pareció perder algo más que el sueño. Durante un tiempo no cesó de ir y venir, con evidente andar de perseguido. A veces era difícil saber si hablaba para sí mismo o para alguien más.

Los Dratewka aseguraban que la falta del alimento sagrado, sumada a castigos constantes, desataría la ferocidad de los dragones, y los haría olvidar una antigua hermandad. Si el dragón prisionero devoraba a un ser humano, el escudo Dratewka obtendría una medalla eterna. Los alquimistas Tzarús ocultos en cavernas para salvar sus vidas, los clanes del Este, y hasta el dudoso pueblo de los palari pamá, ansiaban que aquello jamás sucediera.

Fue una lucha entre el amor y el hambre. Pero un día aciago, el hambre ganaría.

—¡Padure, ven aquí! —llamó la Figura.

Padure se acercó a escuchar. El extraño lo condujo hasta un rincón alejado del colegio: un jardín abandonado que rodeaba un pozo de agua. Se sentaron, uno junto a otro, con las espaldas pegadas a la pared del pozo. Todo era malezas y desperdicios.

—Debo irme, y seguramente ya no regresaré.

Padure no pudo evitar pensar en sí mismo.

—Si vas a recorrer otros caminos, déjame ir contigo. Seremos dos para...

—Otros caminos, sí. Pero tan arduos que nadie puede acompañarme. Además, tú debes seguir un sendero que ya está trazado.

—No te entiendo.

—Fuiste un servidor del bosque...

—¡Nunca dije eso! —se defendió Padure que, en ese punto, no confiaba en nadie.

—Lo eres aún —continuó la Figura, sin prestar oídos a la interrupción—. Ve y pide trabajo en la Ciudadela. Te lo darán.

En la zona conocida como la Ciudadela se alzaban las prisiones y los arsenales, y se habían excavado los fosos para los dragones. A pesar de que la paga era buena, muy pocos aceptaban trabajar allí.

«De qué sirven las cupras, si un día vamos a terminar devorados», decían los mendigos en el Colegio. Y en eso coincidía toda la canalla de la ciudad.

Padure insistía en fingir incompreensión.

—¿Por qué hablas de los servidores?

—Eres muy joven —dijo la Figura—. Y pasaste pocos años en el bosque sagrado. Eso, sin embargo, no te alivia de la obligación de un intento. Ve, Padure. Hay un dragón en la Ciudadela, pero me temo que pronto habrá más.

—¿Qué podré hacer allí, rodeado de enemigos?

—Aquí también estamos rodeados de gente que nos traicionaría por una cupra.

—¿Por qué dices «estamos»?

—Hermano, lo veas o no, estaré siempre cerca. Y tú, con los dragones. Observa, escucha y aguarda. Llegará el momento de actuar de nuevo como un servidor del bosque. Es eso o esperar aquí a que pase una peste y te arrebate.

—¿De dónde vienes? —preguntó Padure.

—De caminar al revés del tiempo. Y no te diré más.

Entre los mendigos, el miedo no solía gritar sino arrastrarse en murmullos. Así, la noticia de que unos soldados entraban al colegio llegó hasta el viejo jardín y su pozo de agua.

La Figura se alzó rápidamente.

—Ya vienen —dijo.

Por los pasillos y las aulas, los soldados de Skuba Dratewka alzaban por el cabello las cabezas bajas de los mendigos, y luego las dejaban caer con desprecio. «¡No es este!». «¡No es este!». «¡Este tampoco!».

Padure dio unos pasos hacia el interior para ver qué ocurría. Cuando regresó, la Figura ya no estaba. En cambio, había un objeto envuelto, colocado encima del brocal.

—¿Qué haces aquí, andrajoso? —le preguntó poco después un soldado.

—Duermo —respondió Padure, recostado en el pozo.

Aunque las palabras extrañas y apasionadas de la Figura quedaron vibrando en su alma, Padure no logró cumplir de inmediato el pedido del encapuchado. Antes, acuciado por el hambre, las cadenas y el espíritu corroído por la falta de alimento sagrado, el dragón que yacía en el foso devoró a un prisionero de guerra. «¡El dragón es un arma!», vivaron los Dratewka. Fue un día de fiestas y dádivas. Skuba mando repartir vino, perdices y cupras. A la caída de la tarde hizo saber que, por los siglos venideros, los Dratewka celebrarían cada año la Fiesta del Dragón.

Tres noches después de esa infausta celebración, Padure resolvió marcharse. En un bolso de panza de oveja acomodó sus miserables ropas y, en medio, un objeto del que nunca se separaría: el vaso de alquimia que la Figura había dejado sobre el brocal del pozo envuelto en un retazo de bolsa de harina. Un vaso de cerámica de color ámbar con dos asas y cuello de cisne. Una pieza de un palmo de altura decorada con escenas en miniatura de dragones rodeando su parte más ancha.

Padure apretó el bolso con los brazos y abandonó el colegio seguro de que no regresaría allí, nunca más.

Skuba Dratewka mantenía las costumbres de cualquier pastor de ovejas, y se jactaba de eso. Ya encumbrado como Gran Conde de Terentigani, solía resaltarlo para diferenciarse del linaje erudito y gentil de los Tzarús.

—Somos andariegos. ¡Y mejor eso que posar los gordos culos en sillas adornadas y perder los ojos en los pergaminos! Los Dratewka leemos el cielo y el viento, leemos el estiércol de las ovejas y la piel que las serpientes abandonan.

Con esos argumentos y otros similares Skuba Dratewka había ordenado destruir los colegios de los alquimistas, los pergaminos, los libros y los instrumentos de experimentación. Y porque en muchos aspectos conservaba las tradiciones de su linaje, cambiaba de residencia a menudo. En ocasiones salía a los campos junto a otros pastores y pernoctaba bajo el cielo y junto a los rebaños.

El soldado a cargo de una de las entradas detuvo a Padure.

—¿Qué quieres?

—Sé que buscan hombres para trabajar en la Ciudadela.

—Todos lo saben. Hay un bando en la ciudad.

—Me gustaría... Quiero ese trabajo.

Padure representaba bastante más que sus diecisiete años. No era demasiado alto, pero sí fuerte. De piel blanca, cabello oscuro y enrulado; rasgos fáciles de hallar entre la gente del pueblo de Oras Gat.

Nada de lo que había imaginado sucedió. Ninguna dificultad. Ni siquiera preguntas. Apenas un gesto con el que el guarda le indicó que atravesara el muro.

—Ve, muchacho.

Tras las murallas se extendía una enorme parcela encharcada y llena de basura por la que Padure avanzó lentamente.

Se cruzó con algunos hombres, pero tan poca atención le prestaron que no se atrevió a preguntarles hacia dónde debía dirigirse.

El Castrum, edificación principal y centro del poder, no estaba demasiado lejos. El muchacho dudó entre dirigirse directamente hacia allí o hacia alguna de las muchas construcciones, menos imponentes, que parecían ser sus dependencias. Aquel lugar había pertenecido a uno de los más encumbrados miembros del linaje Tzarús. Los Dratewka habían quitado las puertas y la mayoría de las ventanas, de modo que la residencia del Gran Conde se pareciera a la intemperie. Desde afuera podían verse algunos cortinados caídos, como viejas y abatidas banderas de un mundo que ya no existía.

Sentados en círculo bajo un árbol, unos pastores comían conejo asado. Despresaban con las manos al animal, que crujía en un brasero ubicado en el centro.

Padure saludó, y recibió respuesta. Entonces les explicó por qué estaba allí. Uno de los pastores tomó la palabra.

—¿Por qué quieres hacerlo?

—Por las cupras. Dicen que la paga es buena y mi madre ha enviudado.

—¡Buen muchacho!

El pastor sonreía.

—Jamás los has visto de cerca, ¿verdad?

—Jamás, señor.

Y era cierto. Porque los servidores estaban obligados a marcharse cuando los dragones llegaban en busca del alimento sagrado.

—Muchos hombres se defecan encima cuando los ven —continuó el pastor—. ¿Sabes eso?

—Sí, señor. Lo sé.

—Y tú, ¿te defecarás en los pantalones?

Padure evaluó qué respuesta esperaba aquel hombre de mirada inquisitiva.

—Si lo hago, nadie va a enterarse —respondió al fin.

—¡Ya ves! No hagas nunca eso, muchacho. ¡No está bien! ¿Pregunté ya tu nombre?

—No, señor.

—Dime, ¿cómo te llamas?

—Padure.

El hombre se dirigió a otro de la ronda.

—Se queda aquí. Acompáñalo.

—Gracias, señor —dijo Padure.

—Agradéceme después de conocer tu trabajo.

De evidente mala gana, el pastor que había recibido la orden se puso de pie.

—Sígueme.

Padure se alejó de allí sin saber que acababa de hablar con el propio Skuba Dratewka.

El pastor que lo acompañaba lo condujo hasta otro.

—Lo llevas —le dijo.

Su nuevo guía buscó un caballo, montó, le indicó a Padure que subiera a la grupa y galopó hacia los fondos del castillo, en dirección a la Ciudadela.

Recién entonces Padure sintió miedo. Tal vez lo habían reconocido y estaban llevándolo a la muerte. Pero era tarde para cualquier cosa más que orar. Y lo hizo en un murmullo que arrastró el viento del galope.

Finalmente apareció, a lo lejos, un muro alto y semicircular. La Ciudadela era una fortaleza dentro de otra, donde todo transcurría alrededor de los prisioneros y un dragón cautivo.

Poco tardaría Padure en conocer a la perfección el campamento amurallado que compartían soldados, cuidadores, víctimas y, ocasionalmente, aquellos que anhelaban ser los primeros jinetes de dragones.

Poco tardaría en darse cuenta de su real situación: había pasado a formar parte de una cadena de hombres que realizaban tareas relacionadas con la alimentación de los prisioneros, la fabricación y el mantenimiento de las armas y, en especial, de las grandes ballestas. Comprendió que pasaría mucho tiempo hasta que le permitieran acercarse a los fosos.

Poco tardaría en entender que debía conducirse con cautela. Le habían entregado unas pieles de oveja, una escudilla y le indicaron un rincón en las barracas que

servían de dormitorios. Le asignaron trabajos miserables, peores que los que realizaba en la ciudad.

Padure nunca reñía, realizaba sin quejarse cualquier tarea que le encomendaran y hablaba apenas lo necesario. Cuando sentía su alma demasiado abatida o su sangre demasiado crispada, desenvolvía el vaso de alquimia. A veces, solo a veces y si estaba demasiado triste, metía la nariz en la boca del recipiente y respiraba un aroma antiguo y medicinal que persistía en su interior. Padure lo llamaba el «olor del bien». Y si no lo inhalaba a diario era por temor a que se acabara.

Algunos trabajadores desaparecían de pronto, otros nuevos llegaban. Un día cualquiera le asignaron una nueva responsabilidad.

—Desde hoy te encargarás de alimentar a los prisioneros —le ordenaron.

La primera vez que Padure se enfrentó a los prisioneros, deseó no haber ido nunca allí. En ese momento había apenas un puñado, encerrados en jaulas. Algunos eran simples ladrones, otros enemigos capturados en batalla. También había ancianos desahuciados y hasta niños defectuosos que las propias familias ofrecían a cambio de cupras: «Aquí traigo a este niño que, pobrecillo, para nada ha de servir». Y los Dratewka ponían su precio en monedas.

La obligación de Padure era alimentarlos y darles de beber. No mirarlos a los ojos, no dirigirles la palabra.

Pero cuando llegó una mujer que había caído prisionera en un avance Dratewka contra los clanes del Este, Padure hizo algo mucho peor.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó.

—Fara —respondió la joven de ojos rasgados.

Su cuerpo, semidesnudo y ultrajado por los suplicios del viaje era esbelto y tenso.

Padure entró a la jaula con un balde repleto de comida. La extranjera lo miró a los ojos y él fue incapaz de arrojarle su ración al suelo. En cambio le entregó una escudilla y le suplicó, inventando gestos:

—¡Que nadie la vea!

Fara asintió y agradeció en silencio.

¿Cómo te llamas? La pregunta que aquella extranjera solo pudo entender por la cadencia, daría inicio a hechos memorables.

—¿Cómo te llamas?

—Fara.

Su llegada se encaramó a las noches del carcelero. Y desde entonces, Padure solo pensó en ella.

La Ciudadela no se regía por las horas ni por las labores, sino por los rugidos. Nada tan cierto, ni tan grandioso.

El rugido de un dragón no es comparable a ninguna otra cosa, y sin embargo contiene todos los sonidos del mundo. Escuchando rugido adentro, quien fuera capaz

de hacerlo, podría reconocer una tempestad en el mar, una batalla, el llanto de la persona amada.

El joven dragón que los Dratewka habían cazado sucumbió al hambre. Y aceptó la carne de los que habían sido sus hermanos. Por consejo de las guras, cada luna llena los guardianes de la Ciudadela arrojaban al foso un prisionero vivo. «Lo justo para mantener la ferocidad sin que resulte imposible domesticarlos», decían las guras de Skuba Dratewka.

Padure creía haber hallado sentido a las palabras de la Figura aliviando el horror de los condenados con una mezcla de lúpulo y fruto de adormidera, que los aletargaba. «Para eso estoy aquí», se decía sin acabar de creerlo.

—¿Me lo darás cuando me llegue el día? —Fara señaló el recipiente donde Padure molía el fruto de la planta del sueño.

—No te tocará a ti.

Hacía casi un año que la joven mujer estaba en las jaulas.

Otros llegaron y fueron arrastrados hacia los fosos. Otros, antes que Fara, para renovar la abominación que había acabado con la hermandad de humanos y dragones.

Como Padure había conseguido la confianza de sus superiores, se le permitía elegir a las víctimas. Su criterio se imponía con razones. Escogía siempre a los más viejos o a los desahuciados.

—Morirán en las jaulas, y no es carne muerta la que quieren los dragones —alegaba.

Así, Fara atravesó los días mejor alimentada que cualquier otro prisionero. Casi todas las noches Padure compartía largos ratos con ella.

Fara narraba historias de su pasado, del pueblo helado donde había crecido. Recordaba el trineo tirado por renos en el que su familia se desplazaba por los canales del invierno. Fara contaba. Y Padure se conmovía con la cadencia de una lengua que nunca antes había escuchado. Además, se esforzaba por aprender palabras o expresiones que luego repetía sin lógica, solo para que Fara sonriera.

Aquella noche comenzó distinta.

La luna estaba envuelta en nubes rojizas. Y las estrellas se veían hundidas y lejanas. Padure traía algo en las manos.

Lo primero que suelen perder los que están cerca de la muerte es la curiosidad. Fara era distinta. Su padre le había enseñado a aprender en cualquier circunstancia. Cuando vio entrar a Padure con un misterio en las manos, se irguió en su sitio, con los ojos brillantes y la boca entreabierta.

Padure acentuó la lentitud de sus movimientos.

—Te mostraré algo —dijo.

Muy despacio, fue quitando el retazo de bolsa de harina.

—¡Mira!

La expresión de Fara fue de asombro y entendimiento. En el modo seguro de tomar el vaso, se hizo evidente que conocía ese tipo de objetos. Mucho más evidente

cuando llevó su nariz a la boca del vaso y aspiró profundo. Después comenzó a hablar en voz baja y agitada.

—¿Cómo lo hallaste? ¿Tienes algo que ver con los alquimistas? Mi padre lo era. Yo misma tuve en mis manos vasos como este. Tantas veces, vasos como este... Recuerdo a mi padre explicándome las propiedades de cada sustancia. Las horas que pasábamos juntos en su laboratorio. ¡Estas imágenes! ¿Sabes lo que significa cada una?

Por primera vez, desde su llegada a las jaulas, Fara lloró. Y no por su muerte sino por su infancia.

Padure, que apenas había identificado la acentuación de las preguntas, esperó que Fara se desahogara. Y a pesar de que no pudo entender el sentido estricto de sus palabras, comprendió que aquel vaso significaba mucho para ambos. Para él, era la extensión del hombre misterioso que lo había empujado hasta ese sitio. ¿Cuál sería el sentido que Fara le daba? Cualquiera que fuese, le provocaba a la joven una dolorosa emoción y la necesidad de orar en su lengua materna.

Fara lloró por primera vez desde su llegada a la Ciudadela. Lloró amparada en el abrazo de Padure, del que no regresó sino hasta mucho después: desnuda y amada.

En la jaula, Fara y Padure olvidaron la muerte. O en todo caso, la escucharon como viento tras las ventanas de una casa inexpugnable.

Sentada con su espalda contra el pecho de Padure, Fara sostenía el vaso de alquimia. Sus dedos señalaban las miniaturas una a una.

—Este dragón lleva una serpiente en las garras, ¿puedes verlo? La serpiente es negra y roja porque simboliza el Proceso.

Con el mentón apoyado en la cabeza de Fara, Padure contemplaba sus dedos largos y delgados moviéndose por la guarda que rodeaba el vaso.

—Esto de aquí es una boda. Mi padre me decía que la alquimia es boda perpetua. Boda de lo blanco con lo negro, de lo seco con lo húmedo, del sol con la luna...

Fue en ese momento cuando oyeron gritos.

Un estruendo de soldados llegaba al galope. Clamores enardecidos, gargantas arrasadas por la una euforia que no hallaba palabras para expresarse. Cuando la gritería se transformó en sonidos reconocibles, todos habían salido ya de sus camastros para enterarse de las noticias.

«La cazamos. Cazamos a la dragona blanca... ¡Cazamos a Hobsyllwin!».

Hobsyllwin.

Padure no la había visto jamás, tampoco los servidores que conocía. Ahora, los Dratewka aseguraban haberla cazado. ¿Dónde quedaban entonces las estrofas que advertían sobre el peligro de verla de cerca? ¿Dónde los versos que insinuaban locura y muerte para quien derramara una gota de su sangre? A Padure le faltaba comprender que aquellos poemas cumplían la función de un anhelo; y que se diferenciaban de una afirmación por un mínimo cambio en el propósito. Así como se diferencia una exhalación regular de un suspiro.

A su alrededor, todos aullaban y alzaban los brazos como queriendo golpear el cielo. Frenéticos, sin saber muy bien por qué, los hombres de la Ciudadela celebraron y bebieron el resto de la noche.

Al amanecer comenzarían a preparar el foso donde mantener encadenada a la dragona blanca. Les ordenaron ampliar y fortificar la excavación ubicada en un extremo de la Ciudadela, detrás de las reservas de madera y carbón que duplicaban la altura de un hombre.

Cuando comenzaron, Fara se abrazó a su vientre.

Tuvieron que pasar dos semanas completas y algunos días para que la formación que traía a la dragona blanca fuera divisada por el vigía que, con ese propósito, habían apostado en una torreta.

Hobswyllwin no llegaba sola. Los Dratewka traían también un dragón pequeño, uno de los tres que la dragona blanca había protegido. Por eso sucedió lo que de otro modo habría sido imposible. Si Hobswyllwin no se hubiese expuesto a las ballestas en defensa de los tres dragones pequeños, jamás la habrían capturado.

Dos de los pequeños lograron escapar. El tercero cayó prisionero junto a Hobswyllwin. Ahora, lo que habría sido motivo de un gran festejo pasaba casi inadvertido ante la inmensidad de la prisionera blanca.

En cuanto gritó su anuncio desde la torre, el vigía descendió para unirse al grupo de cuidadores y jinetes que partían al encuentro de la prisionera más celebrada. Padure no se sumó a ese anhelo. Prefirió acompañar a Fara que, desde el día en que anunciaron la cacería, se había hundido en la tristeza.

Horas más tarde, obnubilada por humos soporíferos, lanceada en los costados y encadenada, la dragona avanzaba lentamente hacia su cautiverio. La expresión de los cazadores y de los muchos que se habían acercado era incierta. Tal vez la misma que mostraría una manada de monos que hubiesen logrado cazar el arco iris.

Las palabras vulgares, hijas de un ciclo de tiempo, hijas de las necesidades, resultaban inútiles ante la grandeza de los dragones. Solo los poetas fueron capaces de cantarles y dejar escrito lo que todos sentían y no eran capaces de enunciar.

Entre ellos, un estudioso y poeta del linaje Tzarús había compuesto, años antes de su muerte, un largo poema para Hobswyllwin. Un poema que todo su linaje conocía.

Padure lo había escuchado, pero solo recordaba algunos versos con los que intentaría distraer a Fara.

—Los conozco —dijo la joven—. Pero dímelos tú, como lo hacía mi padre.

—Apenas recuerdo algo...

—Lo que sea.

Y Padure dejó caer su voz:

¿Crees que aquella luz en las montañas

es el alba que llega?
¿Crees que ese silencio insobornable
es la muerte del mar?
El alba es Hobsyllwin
que se yergue en el Este de la Tierra.
Y el silencio sucede
cuando cierra los ojos para soñar.

—¿Ya la has visto? —preguntó, de pronto, la prisionera.

—Sí, la he visto.

—¿Y es el alba?

—Lo es —dijo Padure.

Luego de la primera madrugada, Padure y Fara se amaron a diario. Padure ya no era el niño urgido. Y aunque los sentimientos de Fara eran inciertos, lo esperaba ansiosa cada noche.

Una mañana temprano, Padure despertó con sonidos y gritos poco habituales a esa hora del día.

—¿Qué ocurre? —le preguntó al primero que cruzó.

—Viene nuestro jearca —fue la rápida respuesta.

En efecto, Skuba Dratewka llegó ese mismo día en compañía de sus hombres de confianza. Si Padure lo hubiese visto, habría reconocido al hombre amable que encontró el día de su llegada: el que comía conejo sentado bajo un árbol.

Los jinetes que acompañaban al Gran Conde, siete hombres que reunían destreza, temeridad y fuerza, competían en alardes. Para entonces, y gracias a un estricto método de crueldad y recompensas, podían acercarse a los dragones cautivos. Muy pronto lograrían colocarles la silla y los arneses. Cuando fueran del todo confiables podrían jinetearlos en vuelo y conducirlos como armas implacables sobre cualquier ejército, población o castillo. Lo decía uno, lo agrandaba el otro, el tercero ponía un plazo, el cuarto lo acertaba... Los jinetes de Skuba Dratewka se veían a sí mismos enjaezados, sostenidos por fuertes arneses, invencibles, arrasando a quienes osaran resistir el poder de los Dratewka.

Sin embargo, cuando llegaron a la boca del foso que apresaba a Hobsyllwin, los alardes se transformaron en balbuceos grotescos que se comieron a sí mismos. Hasta el propio Skuba Dratewka se vio obligado a bajar los ojos cuando la dragona lo miró desde el fondo profundo.

—La doblegaremos con hambre y con dolor. No es diferente de los otros dragones, y tarde o temprano se rendirá.

Desde la llegada de Hobsyllwin, el dragón domesticado se mostraba más brutal que de costumbre. Rugía día y noche, arrastraba el lomo contra las paredes de roca

del foso. Respiraba un aire caliente que saturaba la Ciudadela y llegaba hasta las jaulas de los prisioneros.

Allí, Fara rezaba en su lengua.

—¿Rezas? —le preguntó Padure.

—Mi padre oraba cada mañana y cada noche. Yo aprendí a hacerlo a su lado.

Pudo ser a través de la piel, pudo ser un espejismo generado por ese amor primitivo que compartían; pero lo cierto era que Fara y Padure se entendían a la perfección. Padure definía los sentimientos, Fara le respondía con caricias.

—¿Hasta cuándo podrás protegerme? —le preguntaba casi a diario.

Y Padure siempre se mostraba seguro.

—Hasta el día en que nos vayamos de aquí. Espera y verás.

Padure ignoraba entonces que la llegada de la dragona blanca modificaría cualquier plan que hubiera urdido.

Un mes después de su cautiverio, la dragona blanca estaba tan débil que apenas podía erguirse. La sangre perdida por los agujonazos incesantes de las lanzas que le arrojaban desde arriba y la ración de agua cada vez más mezquina aceleraban su deterioro.

—¡Padure, ven aquí!

Quien lo llamaba era el hombre a cargo de Hobsyllwin; el de mayor experiencia en un sitio donde experiencia era sinónimo de impiedad.

—¡Ven enseguida!

Padure cambió de dirección y se dirigió al lugar donde el cuidador se había detenido a esperarlo.

—¡Llegó el día...! Vamos a alimentar a la dragona blanca. ¿Qué opinas de eso, muchacho?

—Elegiré un buen bocado...

El cuidador lo interrumpió.

—No tienes nada que elegir. Será la mujer joven. ¡Vamos a agasajar a nuestra prisionera real con la mejor carne!

Padure había aprendido a fingir.

—Hace poco llegó un niño gordo que no ve ni escucha —intentó.

—Nada de niños gordos... ¡Prepara a la mujer!

—¿Para cuándo?

—Dime, muchacho, si tienes hambre, ¿esperas a mañana? Será ahora mismo.

Cuando Padure entró a la jaula, Fara lo supo. Y se agazapó contra las rocas con la cabeza entre los brazos.

—Por favor, por favor —repetía—. ¡Ayúdame!

Padure se arrodilló junto a ella.

—Nos vamos de aquí. Saldremos juntos como sea.

Fara alzó el rostro y Padure halló valor para continuar.

—Hay mucha agitación. Es probable que tengamos suerte.

Padure no podía detenerse a evaluar el modo de huir de la Ciudadela; ni las posibilidades ni los riesgos, ni el momento propicio ni el mejor camino. Su balanza tenía un solo platillo.

—Vamos —dijo—. Todos celebran el acontecimiento. Y es mejor antes que después.

Cuando la muchacha se puso de pie, Padure notó lo mucho que había enflaquecido en cautiverio.

Habían dado unos pocos pasos hacia la salida de la jaula cuando vieron acercarse al cuidador de Hobsyllwin con la comitiva que solía acompañar a los reos hasta su destino final.

Fara se dobló sobre sí misma con un alarido.

—¡Padre, padre, ayúdame! ¡Padre, por favor!

El cuidador, que ya entraba a la jaula, la miró sin sentimientos. Luego se dirigió a Padure.

—Vamos a llevarla.

Y Padure apeló a lo único que en ese instante podía hacer: mantenerse junto a Fara.

—Deseo acompañarlos —pidió.

El cuidador de la dragona más esplendorosa que se conocía no parecía especialmente brutal. Ni su altura ni sus músculos. Eran otras las virtudes que reunía para la tarea que le habían encomendado.

Nunca antes Padure había pedido presenciar el espectáculo, pero la suspicacia tampoco era uno de los atributos del cuidador de Hobsyllwin.

—Puedes venir —dijo—. Pero antes amarra a la mujer. No parece resignada.

Padure tomó una cuerda y llevó hacia atrás las manos de Fara. Mientras fingía una atadura, le habló en voz muy baja.

—Presta atención. Mírame. No dejes de mirarme.

Pero ambos sabían que eran palabras de amor, sin planes ni certezas.

—¡Vamos! —apuró el cuidador.

—Está lista —dijo Padure.

La caminata de los reos siempre era motivo de curiosidad. En esta ocasión, y tratándose de la dragona blanca, el interés se agigantaba.

Cuando los condenados avanzan hacia su final, el alma cuenta los pasos. Fara caminó en silencio, escondiendo el miedo que, poco antes, la había derrumbado.

Hobsyllwin se irguió al verlos llegar. Su blancura atormentaba los ojos igual que el sol de frente.

Padure no lograba detenerse en ningún pensamiento. Solo veía trozos y astillas: trozos de guardias, astillas de cielo, de blancura, trozos de Fara... La realidad en pedazos y un dolor tan brutal como inútil.

La ceremonia seguía su curso. Fara se mantenía erguida buscando a su padre, el alquimista, para rezar junto a él. Los ojos de la mujer del Este, rasgados y oscuros, se habían quedado sin luz. Ni la luz de la esperanza, ni la luz violenta de los que no pueden entregarse.

El foso era tan profundo que para descender a la prisionera debieron sujetarla con un arnés.

Padure sentía vergüenza y espanto. Los hombres gritaban, azuzando el hambre de la dragona. El guardián había desenrollado la cadena que la sujetaba por el cuello de modo que pudiera moverse por el foso y alcanzar a la prisionera, allí donde se agazapara. Hobsyllwin avanzaba lentamente hacia su presa.

Padure llevó la mano al cinto. Si algo le quedaba por hacer era alcanzar la altura de Fara. Sigilosamente sacó el cuchillo y se acercó al cuidador de la dragona blanca. En medio de la ofuscación del espectáculo nadie prestaba atención a sus movimientos. Se detuvo a espaldas del cuidador y buscó el sitio. Eligió una vena gruesa, al costado del cuello, que latía por la excitación. Padure había crecido en el monte como servidor de los Fresnos Sagrados. No sabía matar. Desconocía la resistencia de los músculos al cuchillo, no lograba, siquiera, imaginar el sentimiento. Y sin embargo estaba decidido a hacerlo. Apretó la mano húmeda en la empuñadura. La vena inflamada del cuidador le indicaba el sitio preciso. La hoja de metal comenzó su camino...

Pero antes de que Padure quedara en evidencia, Hobsyllwin giró su cuello hacia el muchacho y entonces emitió un sonido largo, modulado. Y aunque no había allí ningún sabio Tzarús, nadie capaz de interpretar el lenguaje de los dragones, fue evidente que el alma de Hobsyllwin era, todavía, mucho más grande que su hambre.

Cada paso de la dragona hacia Fara era una batalla, un invierno, la extensión de la bruma. Cuando todos esperaban hipnotizados el bestial desenlace, Hobsyllwin se detuvo y la miró a los ojos. Luego giró la cabeza hacia el Este.

¿Crees que aquella luz en las montañas
es el alba que llega?

Fara murmuró aquellos versos como una oración agradecida. La dragona blanca cerró los ojos. Y se hizo pleno silencio.

Más hambre, más dolor, más lanzas. Esas fueron las órdenes.

Más hambre, más dolor, más lanzas para debilitar el espíritu de la dragona blanca. Siempre era así. Había sucedido ya con el dragón capturado. Y sucedería tarde o temprano con ella. Pero ella era Hobsyllwin.

La piedad de la dragona había prolongado la vida de Fara. Y con ella, la de Padure. Eso significó algo de tiempo que los amantes no estaban dispuestos a

desperdiciar. Sabían que era muy difícil huir, pero preferían la muerte a la espera, en cautiverio, de un final atroz.

El recambio de soldados, que se llevaba a cabo dos veces al año, se aproximaba. Si había un momento propicio para intentar la fuga, era durante esos días de confusión y desajustes. Mientras tanto, conversar sobre asuntos inútiles los ayudaba a transitar los amaneceres.

—¿Por qué viniste aquí? —preguntó Fara.

—Un desconocido me convenció... Un extraño al que llamaban la Figura. Se cubría con una capucha amplia y hablaba de modo inusual. No como tú, diferente. Un día compartió su pan conmigo y entonces hablé con él. Hablé y hablé. La Figura sacaba piedras de mi interior más que palabras. Un día, puso su rostro contra el mío. Dijo cosas que me estremecieron y me trajeron aquí.

Mientras Padure relataba, el rostro de Fara palidecía.

—¿Qué te ocurre? —alcanzó a preguntar Padure.

La mujer se volcó sobre sí misma, desvanecida. Padure la levantó y la sostuvo. La llamó por su nombre, le palmeó el rostro hasta que la vio regresar.

—Estás muy débil —dijo—. Traeré leche y pan.

Fara estuvo a punto de contarle que quizás había un niño en su vientre, pero decidió dejarlo para luego.

—Me gustaría beber leche —aceptó.

—Regreso pronto.

Conseguir leche era fácil: le estaba permitido ordeñar ovejas y beber cuanto quisiera. No tenía pan. Pero iría a la cocina a buscarlo. Amanecía, y los cocineros estarían horneando hogazas, asando pichones, cocinando nabos. Alguno iba a darle algo.

«Come, muchacho, que estás en los huesos», solían decirle.

La Ciudadela empezaba a moverse. En su camino, Padure se cruzó con soldados y cuidadores. La cocina, en efecto, estaba activa y caldeada. Escogió al cocinero más gordo. El hombre estaba de buen humor y fue generoso.

—¡Traga y eructa!

Padure agradeció. Abandonó la cocina y emprendió el regreso hacia las jaulas con su tibio tesoro escondido entre la ropa. Pensó en tomar una parte. También estaba hambriento y el aroma del pan lo desafiaba. Ensimismado en su batalla íntima no vio frente a él, con las piernas separadas y una sonrisa seca, al cuidador de la dragona blanca.

—¡Creíste que no me había dado cuenta! —dijo el hombre.

Padure se paralizó recordando la sensación de su mano transpirada en el mango del cuchillo y sus ojos puestos en la vena hinchada del hombre.

—Ya sabemos que vienes a menudo a la cocina a pedir un sustento extra —dijo. Y golpeó la espalda de Padure—. ¡Saca ese pan de su escondite!

Tal vez porque reía a carcajadas de su propio ingenio, el cuidador no advirtió el

alivio en el rostro de Padure.

—Puede quedarse con el pan —ofreció Padure, extendiendo el alimento con ambas manos.

—Deja, muchacho. Una ración abundante me espera pero luego, ¡escucha bien!, luego iré por la ración que tienes en la jaula.

Padure prefirió no entender.

—En algunos días mi hermano estará de regreso. Ha batallado en las guerras contra los rebeldes del Este y quiero darle un buen recibimiento. Es el más joven, ya sabes, y me alegra tenerlo de nuevo conmigo. He pensado en la extranjera, ¿qué dices? ¡Si no fue alimento para la dragona blanca que lo sea para mi hermanito!

La risa volvió a sacudir al cuidador de tal forma que lo llevó al borde del llanto. Parecía detenerse y volvía a reír mientras repetía lo que había dicho. Padure hacía una mueca extraña fingiendo que lo acompañaba en la diversión. Por fin, se detuvo.

—Mi hermano es un gran muchacho. Me recuerdas a él.

Una vez más, la cuerda del tiempo se tensaba. Nada extraño en un sitio donde todo era condena a muerte. En algunos días Fara sería arrojada a la voracidad. Solo que en esta ocasión no podía esperarse piedad alguna.

Perturbado, fue en busca de la leche que había prometido. Un breve tiempo que le bastó para decidir que la muerte estaba antes, mucho antes que el ultraje de la mujer que amaba.

—Algo ocurrió —dijo Fara cuando lo vio entrar.

—Mira lo que traigo.

El aroma del pan recién horneado sedujo los sentidos de la mujer del Este, y alejó su mal presentimiento. Padure la observó comer y beber. Y limpiarse la boca con el dorso de la mano.

—Es verdad —dijo entonces—. Algo ocurrió.

—¿Qué?

—Me crucé con el cuidador de Hobsyllwin. Me habló de su hermano.

—Continúa.

—Contó que su hermano está regresando de guerrear en el Este y que quiere, que él quiere...

Diciendo a medias y deseando que Fara adivinase el resto, Padure completó la funesta noticia.

—Si eso ha de pasar, prefiero que me ayudes a morir.

—Temo que el recambio no llegue a tiempo —dijo Padure—. Ya no hay nada que esperar... Vamos a irnos de aquí hoy mismo. Ahora descansa porque nos espera una larga noche.

El día transcurrió rápido. Ni Fara logró descansar, ni Padure encontró lo que no existía: un camino seguro para huir de la Ciudadela.

Como las construcciones se alzaban a distintas alturas, la oscuridad llegaba de a pedazos. Lugares había donde la noche se instalaba de manera prematura. Otros,

donde atardecía mucho después. En esa exigua ventaja se apoyó Padure a la hora de elegir la vía de escape.

Cuando los últimos sonidos se apagaron y el mundo fue de los grillos y las luciérnagas, Padure entró a la jaula. Fara lo aguardaba de pie. El antiguo servidor del bosque le dio el bolso de panza de oveja para llevar libres sus brazos, por si hacía falta defenderse.

—Vamos —dijo.

Pero antes la mujer quiso abrazarlo.

—Vamos —repitió Padure.

Salieron de la jaula tomados de la mano. Eran tres, aunque Padure no lo sabía.

Mientras les fue posible bordearon las jaulas en las que contrahechos y ancianos anticipaban la muerte perdidos en un sueño profundo y estúpido. Padure había decidido arriesgarse a cruzar el terreno abierto para luego trasponer los muros por la zona más baja y despoblada. Miró al cielo, sin saber si el cielo lo miraba también.

—Ahora.

Atravesaron corriendo la planicie de tierra, donde no había reparo ni escondite. Corrieron, alcanzaron el lado opuesto. Se detuvieron. Nada se escuchaba más que el canto de los grillos, nada se veía más que los destellos de las luciérnagas. Por el modo en que Fara le apretaba la mano, Padure supo que ya era, del todo, su mujer.

Los fugitivos se permitieron dos o tres respiraciones antes de continuar. Todavía debían trasponer los muros que, a la usanza tradicional de Terentigani, eran anchos, con torretas a tramos cortos y un camino en la parte superior para tránsito de los guardias.

—Vamos —murmuraba Padure, como si la palabra acortara el camino o disminuyera el riesgo. Pero el riesgo observaba desde las torretas, el riesgo iba y venía en un vaivén de lámparas de aceite que iluminaban y oscurecían, iluminaban y oscurecían la posibilidad de escapar.

Padure y Fara estaban a pocos pasos de la muralla. A esas horas, todos los accesos estaban cerrados. El único modo de cruzar era utilizando las escaleras de apoyo con las que los guardias subían al camino alto.

Para dos desdichados, la suerte no podía ser tanta. Y no lo fue.

Un guardia andante percibió movimientos. Apuntó su lámpara y entonces no tuvo dudas. Alguien intentaba salir de la Ciudadela. De inmediato dio voces de alerta. La respuesta no se hizo esperar.

Padure actuó con lucidez. Había un único sitio hacia el cual correr. Lo que tardaron los guardias en armarse, salir, abroquelarse en las salidas o dispersarse para la búsqueda, fue lo que los fugitivos tardaron en atravesar los altos promontorios de madera: el foso de la dragona blanca era el escondite posible. Nadie los buscaría allí. Al menos, no de inmediato.

Una vez en la boca del foso, Padure le colocó a Fara el mismo arnés con el que la habían descendido hasta su tumba. En la profundidad oscura, la dragona era una

inmensidad plateada. Una inmensidad sometida a fuerza de herrajes y cadenas.

Padure remolcó el arnés. Se lo ató también y empezó a descender.

«¡Afuera!», «¡Arriba!», crecían los gritos y las corridas.

Adentro, abajo, la dragona abrió los ojos y su mirada iluminó el abrazo desconsolado de Fara y Padure.

Muy pronto notarían la ausencia de ambos. Y sería cuestión de horas que buscaran en el foso de la dragona blanca. Pero la desesperación abre ventanas que, de otro modo, permanecerían cerradas por siempre.

¿Y si sucedía algo mucho más grande que una fuga, si acaso aquella pequeña catástrofe quedaba oculta tras una catástrofe inmensa...? Padure lo pensó y lo dijo. Fara lo comprendió de inmediato.

Además de las lanzas clavadas a sus costados y del hambre, Hobsyllwin era martirizada de muchos modos. Sus tobillos traseros estaban fuertemente amarrados con bandas de metal. Un ancho collar con picas lacerantes la sujetaba por la base del cuello. El collar estaba ligado a un mecanismo de poleas, de tal manera que la fuerza de la dragona significaba su tormento.

Padure y Fara ya no podían dudar. Con mucho esfuerzo, la noche les alcanzaría para desmontar los artilugios que sujetaban a Hobsyllwin. Comenzaron por el collar. Para eso Padure trepó hasta la polea mayor. Poco a poco fue destrabando el mecanismo hasta que, al fin, cedió. Luego arrastró las cuerdas que unían las poleas al collar. Descendió. Caminó hasta la dragona blanca. Hobsyllwin estaba echada, y aun así era inabarcable. Cinco cerrojos, uno por palmo, aseguraban el collar que apretaba su cuello. Padure enfrentó la enormidad. Usando toda su fuerza, y más, los fue liberando. El peso hizo imposible que Padure sostuviera el collar de castigo, que cayó con estrépito. A la vista quedó la carne lacerada.

Allí estaba Hobsyllwin, lista para recuperar su libertad. Con la sola tracción de sus pasos, las cadenas que la sujetaban por los tobillos se soltaron de los soportes que las mantenían adosadas a las rocas.

Uno junto a otro contra las paredes del foso Fara y Padure se protegían, esperando el horror que llegaría con solo un movimiento de aquella criatura desmesurada. Pero el horror iba a suceder en otra parte.

La luna se ocultó en su propia palidez.

La dragona blanca desplegó las alas, y eso fue viento para los dos seres humanos, que apenas se atrevían a mirarla. Luego, Hobsyllwin alzó la cabeza para anunciar su venganza. El cuello fue la columna que sostuvo el rugido antes de alzar vuelo.

Y el vuelo arrastró tras de sí la oscuridad del pozo.

Los fugitivos demoraron en salir de la confusión. Por fin, Padure tomó la cuerda que sostenía el arnés y, apoyando los pies contra las paredes del foso, logró ascender. Luego, Fara se ató la cuerda por debajo de los brazos y Padure la alzó.

Arriba, la Ciudadela era otra.

El fuego se extendía por todo el campamento. Hobsyllwin volaba en círculos, y cada círculo era un ataque implacable. Los dragones domesticados se revolcaban en sus prisiones. El estruendo era el mundo entero. Decenas de hombres calcinados terminaban de morir, o aullaban de dolor. Y Hobsyllwin volvía con su bocanada encendida.

Los mandos de la Ciudadela intentaban organizar la defensa. Las ballestas mayores empezaron a disparar.

Mientras tanto, Fara y Padure bordeaban el espanto. Corrían hacia los muros abandonados y las puertas liberadas. Encandilados, con la piel quemada por los destellos, el servidor del bosque y la extranjera se acercaban a la salvación.

Desde una de las grandes ballestas, el cuidador de la dragona blanca alcanzó a verlos. Acosada por las enormes flechas, Hobsyllwin se alejaba. Tal vez por eso el cuidador pudo sacar la ballesta de manos. Apuntó contra los prófugos y disparó un tiro certero y mortal.

Hobsyllwin cruzó el cielo de Oras Gat. Quienes la vieron volar hacia el mar no se decidían entre el asombro y el llanto, entre huir o caer de rodillas. La que cruzaba el cielo sobre sus techos era Hobsyllwin, la majestuosa dragona blanca; la que el linaje Dratewka había transformado en enemiga. ¿Lo era en verdad? Nadie estaba seguro.

Oculto bajo la sombra de su capucha, un hombre saludó con una sonrisa el vuelo majestuoso.

Desde el Castrum, Skuba Dratewka vio arder la Ciudadela. Todo lo que pudo hacer, órdenes desaforadas y castigos, todo fue inútil. Hobsyllwin, la dragona blanca, la máxima victoria sobre la especie de los dragones, había escapado.

Las decenas de hombres caídos, envueltos en llamas, muy poco le importaban al pastor coronado como Gran Conde de Terentigani. Eso era sencillo de reparar. Pero la pérdida de Hobsyllwin significaba un fracaso que pronto llegaría a oídos de sus enemigos para convencerlos de que no era imposible derrotar a los Dratewka.

Enfurecido, Skuba Dratewka fue de nuevo, sin barnices ni los ademanes de falsa gallardía que había aprendido, el pastor brutal, hijo dilecto de las tribus nómades que a fuerza de ferocidad se habían impuesto sobre la civilización de los agricultores y sobre quienes los conducían: los Tzarús.

Apenas ocurridos los hechos, convocó a sus colaboradores más fieles. Pero ni sus guras ni sus consejeros pudieron responder a su urgencia.

El Gran Conde era implacable con aquellos que, viviendo a su sombra, resultaban incapaces de satisfacerlo.

—Tienen un día por cada dedo de sus manos para encontrar noticias y respuestas.

Para eso están aquí, comen en mi mesa y reciben monedas de oro. Vayan y regresen antes de que se cumpla el plazo. De ustedes depende que vuelvan volver a dormir en sus camas...

Los tiranos suelen confiar tanto en su potestad que no advierten que las amenazas generan mentiras y que, bajo aviso de muerte, cualquiera inventará respuestas y noticias. En su propia definición, la tiranía presenta su flanco más vulnerable.

Igual que sus primos de la tierra, los palari apá todo lo comerciaban, aunque bebían aún más que ellos y eran más procaces.

Los palari pamá tenían carromatos, perros y familias.

Los palari apá, embarcaciones, tortugas, mujeres para intercambiar y niños que crecían como marineros y saqueadores.

Los palari pamá tenían patriarca. Los palari apá tenían capitán.

Y aquel capitán se retorció en su camastro a causa del dolor que le atenazaba la rodilla. La rodilla, a veces. Otras, los dedos del pie. De un modo u otro el dolor le disminuía el sueño, el apetito. Y peor aún: la autoridad sobre los suyos.

Esa tarde fueron a comunicarle un hecho poco común.

—Capitán, hay una jovencita parada en el muelle mirando hacia nosotros. Lleva horas allí y nos indica que quiere subir.

El capitán se quitó el paño que le cubría la rodilla.

—¿Una jovencita?

—Y parece ser Dratewka.

Aquella sí era una noticia... El capitán disimuló la dificultad para ponerse de pie y subir la escalera que lo llevaba a cubierta. Vestía un pantalón ancho y negro. Y tenía el torso desnudo.

En el muelle del puerto de Oras Gat, parada bajo el sol, una joven comenzó a hacer señas con los brazos.

—Bajen un bote —ordenó el capitán.

Poco después, una jovencita de alrededor de doce años, el cabello sujeto con peinetas y un vestido oscuro, afirmó.

—Eres el capitán.

—Y tú, ¿quién eres?

—No voy a hablar frente a otros.

Si aquella joven no manifestara en la ropa y en los rasgos su pertenencia a la familia más poderosa de Terentigani, con la que mantenían buenas relaciones, otro recibimiento habría recibido.

El capitán señaló la escalera. Ambos descendieron.

La cabina era pequeña y olía a medicinas. El capitán fue al punto.

—Sabes que es muy extraño que estés aquí, ¿cierto?

—Lo sé. Pero vengo a buscar noticias.

—¿Noticias? ¿Qué noticias podríamos darte nosotros? El comportamiento de la marea, la dirección del viento...

—Dragones —interrumpió, tajante, la joven.

La mínima alteración del capitán fue percibida por la visitante.

Claro que el hombre sabía de lo que le hablaban. Otros habían llegado, luego de la huida de Hobsyllwin, con la misma pregunta. Pero, hasta ese momento, el capitán había ocultado celosamente lo que sabía.

—Ya vinieron aquí algunas guras por lo mismo.

—Lo sé. Soy hija de una de ellas.

—Y entonces, ¿por qué insistes?

—Me gustaría llevarle a mi madre esa noticia.

Por primera vez el capitán se permitió tratar a la visitante como a una niña.

—Pues a mí me gustaría... Veamos. Me gustaría tener embarcaciones enormes, y diez años menos, y...

—Y te gustaría que dejaran de atormentarte tus dolores.

El capitán no logró disimular su asombro.

—Vi cómo bajabas la escalera. Y algo más vi. Uno de tus hombres está esperando que caigas para sentarse sobre tu espalda.

Palabra a palabra la joven gura se ganaba la atención del capitán.

—¿Ha probado...? —empezó a decir Mare Limba.

—¡Todo lo he probado, niña! Emplastos, sanguijuelas, vendas frías y calientes. Todos los jarabes, todas las cataplasmas.

—Iba a preguntar si probaste la curación de la corona.

—¿Qué es eso? ¿Medicinas que traen los soldados que guerrear en el Este?

—Permíteme.

Sin esperar el permiso se arrodilló junto al capitán y alzó el pantalón para descubrirle una rodilla.

—Es la que más duele —dijo el capitán.

—Lo sé.

Aquel palari apá cargaba muertes y abordajes violentos, pero en cuanto vio el atado de espinas sujetas con un cordón de seda que la joven sacó de su cinto, retiró violentamente la pierna enferma. La joven debió hacer fuerza para retenerla y luego ir enterrando espinas alrededor de la rodilla inflamada. Apenas acabó el círculo, oyó al capitán.

—¿Qué has hecho?

Los músculos de su cara se aflojaban por primera vez en meses, su mirada era la de un niño.

Rápida de manos y de mente, la joven quitó las espinas en un solo movimiento.

—Dámelas. Te las pagaré bien.

—Te las dejaré si me dices lo que vine a saber.

—Créeme, no vimos a los dragones...

La joven se levantó para irse.

Ningún precio sería alto por ese instante de alivio y la sensación de salud que el capitán ya casi no recordaba. Hablar a cambio de las espinas era negocio. Un buen negocio.

—Pasaron hacia el Oeste. Varios de ellos, guiados por Hobsyllwin. Los vieron nuestros hombres en Oglinda y luego del otro lado de la isla, en el puerto de Stransa. Es seguro que volaban rumbo a Mérec.

El capitán extendió la mano en reclamo de las espinas. Las recibió. Y recibió además un pequeño recipiente de vidrio oscuro.

—Mójalas aquí —dijo la joven.

—Se me acabará —el capitán no quería perder su recobrada salud.

—Puedes buscarme.

—¿Dónde vives?

—Soy Mare Limba. Y vivo en el castillo de Skuba Dratewka.

La hija de una gura y el capitán de los palari apá. Trampa por trampa.

Ella le había dado un anestésico que, en poco tiempo, lo envenenaría. Él había dicho una parte y había callado otra.

Diez dedos en las manos, un día por cada dedo.

Diez dedos, diez días y una amenaza que, todos sabían, iba a cumplirse.

Atardecía el plazo y ni las guras ni los consejeros habían obtenido lo suficiente. Los datos, inciertos, se contradecían. Algunos juraron haber visto a la dragona volando hacia las montañas. Otros, hacia el mar. Aseguraron que la habían visto caer. Dijeron que iba acompañada por otros dragones. Dijeron que volaba en completa soledad... Nada era comprobable cuando llegó la hora de enfrentar al Gran Conde Dratewka.

Al día siguiente de la huida de Hobsyllwin y de dos prisioneros, Skuba Dratewka había pronunciado una condena. Iban a empalar al cuidador de la dragona blanca, a la vista de toda la ciudad, y a la usanza más terrible: atravesando de tal forma el cuerpo que la víctima viviera uno o dos días. No importó que el hombre suplicara por su vida y afirmara que había matado a uno de los fugitivos. Skuba Dratewka no retrocedía.

Diez días más tarde, el Gran Conde de Terentigani comía carne sanguinolenta y pichones que aún latían en las bandejas. Comía su propia furia.

Sentados a la mesa, sin poder tragar bocado, estaban sus pocos hombres de confianza y las dos guras que vivían en el casillo y lo asistían con su magia.

—¿Y bien? —preguntó el Gran Conde.

Por esa vez los interrogados relegaron las diferencias para acordar una versión que, al menos provisoriamente, tranquilizara a Skuba Dratewka. Luego habría tiempo de modificarla, y de devorarse los ojos por ganar la predilección del Conde de Terentigani.

—La vieron volar hacia las montañas.

—Muy debilitada... Aseguran que su vuelo era inestable.

—Si pudimos cazarla cuando tenía intacta su fuerza, más ahora que está herida y débil.

Guras y consejeros le aseguraron que Hobsyllwin no alcanzaría las cumbres más altas de los Coloána.

Skuba Dratewka ordenó la inmediata partida de un batallón de ballesteros. No debían regresar hasta haber capturado a la dragona blanca.

Poco más tarde las velas agonizaban en los candelabros de huesos de oveja, los restos de grasa se habían enfriado en las bandejas. Todos se habían marchado, pero Skuba Dratewka continuaba sentado a la cabecera de la mesa larga, bebiendo de tanto en tanto un sorbo de vino y eructando carne cruda.

Casi dormido, un rostro frente al suyo lo sobresaltó.

—¿Qué haces tú aquí?

Era una niña, hija de una de las guras del castillo. Se llamaba Mare Limba.

—Soy la hija...

—Sé quién eres —dijo el Conde Dratewka—. Pregunté qué haces aquí.

—Soy hija de gura, y gura también. Mejor que las dos ancianas que tienes junto a ti.

—¿Eres mejor que tu madre?

—Aprendí de ella, pero ahora puedo enseñarle.

Skuba Dratewka lanzó una carcajada.

—Eres una niña deslenguada.

—Tengo doce años. Eso no significa que sea una niña.

—Veamos.

Skuba Dratewka la sentó sobre sus rodillas.

—Veamos —repitió.

Los vapores del vino y el alimento feroz que había ingerido guiaban sus manos.

—No hueles como niña —admitió el Gran Conde.

Mare Limba se recostó sobre el pecho del pastor y habló. No parecía alterarla el modo en que Skuba Dratewka la tocaba.

—Te mintieron...

—¿De quiénes hablas?

—Las guras y tus hombres de confianza te mintieron para salvar sus vidas. Yo no quiero salvar mi vida, quiero ofrecértela. Te aseguraron que Hobsyllwin voló hacia las montañas. Mienten. Hablé con algunos que la vieron en compañía de otros dragones volando mar adentro.

—¿La vieron?

—Los palari acá.

Skuba Dratewka abandonó sus manos y se concentró en entender lo que la niña le decía.

—Los palari apá vieron dragones adentrarse en el mar. Hobsyllwin los conducía.

—El mar —musitó Skuba Dratewka.

—Hacia el Oeste —dijo Mare Limba.

—El mar...

—Los palari apá ya no los vieron regresar. Ellos afirman que los dragones cruzaron el mar hacia las tierras de Mérec.

—El mar...

Skuba Dratewka repetía la palabra porque en ella reunía la noticia que acababa de escuchar y la ira que lo dominaba luego de enterarse de que había sido engañado.

Mare Limba continuó sentada sobre las rodillas de Skuba Dratewka hasta decir todo lo que debía.

—¿Sabes el costo que esto tendrá para tu madre?

—Lo sé y lo acepto —respondió la joven gura.

Cuando abandonó la Ciudadela, dejando tras de sí aullidos y muerte, Hobsyllwin sabía que de ella dependía el futuro de su especie. Había recuperado la libertad, pero no lo conseguiría dos veces. Había escuchado el rugido del dragón domesticado, y comprendido que ya les pertenecían a los Dratewka. O, al menos, a la atrocidad.

Volaba de nuevo. Estaba volando y solo eso quería: extender sus alas hacia los dos horizontes y prolongar su mirada hasta las cumbres del Norte. Voló la dragona blanca y el cielo le abrió paso. Evitó sobrevolar el continente porque, camino hacia las montañas, debería pasar sobre la tierra cenicienta donde antes se levantaban los bosques sagrados. Prefirió salir al mar y circundar Síngura, la vasta isla cercana a Oras Gat. Luego, a la altura de la ciudad de Nas, giró hacia el Este para entrar a las montañas donde se ocultaban los dragones libres.

Fue entonces cuando la avistaron. ¡Allá va Hobsyllwin! Trepados a las velas de sus barcos, los palari apá la señalaban. ¡Allá va Hobsyllwin! Primos de los palari pamá, aunque habitaban barcos en vez de carromatos, los palari apá eran capaces de traficar con la belleza y con la libertad.

Voló la dragona a reencontrarse con los suyos.

Debajo estaba el mundo. Un mundo en el que los hombres encadenaban a los dragones, y donde había dragones más pequeños que su hambre.

Tras huir de la Ciudadela, Fara caminó por campos incultos cubiertos de maleza y cizaña. Cuando Padure cayó, atravesado por una flecha, ella apenas giró a verlo aunque nunca dejó de correr. Por esa decisión fueron dos los que se salvaron.

Dos, más el bolso de tripa al que se aferró, porque fue su único hogar en aquel territorio. Casi nada sabía Fara sobre el suelo que pisaba: las pocas palabras aprendidas durante el cautiverio, el destino atroz que los aguardaba si caían en manos de los Dratewka.

Al comienzo pensó en el colegio de alquimistas sobre el que Padure le había

hablado. Allí, entre gente perdida, estaría a salvo. Pero desechó la idea: la descubrirían en cuanto intentara ingresar a la ciudad. Por eso permaneció en aquellas tierras de labranza cubiertas por matorrales, alimentándose con nabos silvestres.

Se movía con extrema precaución, siempre entre las malezas altas que la ocultaban. Pero excepto por un grupo de jinetes que vio a lo lejos, no pasó sobresaltos.

Luego de varios días de caminar sin rumbo definido observó que el verdor del paisaje se apretaba en una mancha densa. Era un signo seguro de agua y hacia allí avanzó, sin saber si se dirigía hacia su alivio o hacia su muerte.

Cuando por fin alcanzó la arboleda, encontró algo más que un arroyo: una construcción abandonada. Estuvo espiando un largo rato hasta asegurarse de que no hubiera nadie en los alrededores. Después se deslizó cautelosamente hasta uno de los muros laterales y se asomó por el hueco de una ventana. Adentro reinaba la más absoluta soledad. Sin dudas, mucho peor que la de los campos que acababa de atravesar; porque la soledad alcanza su tragedia en espacios que solo se justifican por la presencia humana.

De la construcción de piedra solamente quedaban las paredes. El techo de palos y paja estaba casi completamente destruido. En el interior, algunos enseres aniquilados por el tiempo, escombros. Y tanta tristeza que Fara tuvo que sostener con ambas manos el dolor que le atenazó el pecho.

Como siempre, fue la imagen de su padre orando en el laboratorio lo que le permitió erguirse. Hurgó entre lo poco que había en el lugar. En un rincón, entre unos trastos corroídos y detrás de un ánfora en pedazos, encontró una pila de ropa. Casi nada servía. Rescató una falda larga y oscura y un retazo que podría usar como pañoleta. Los lavó en el arroyo lo mejor que pudo. Después los tendió al sol.

Y al sol se durmió Fara, tan profundamente que despertó cuando oscurecía.

La ropa ya estaba seca. Decidió pasar la noche en la casa en ruinas. Se durmió pensando que tal vez aquellos atuendos anónimos le permitirían ingresar a la ciudad.

Empezaba a amanecer cuando se despertó sobresaltada. Murmullos, pasos y antorchas rodeaban la casa. Algunas palabras llegaban nítidas a sus oídos aterrados... No tenía dónde ocultarse. Por eso el primer hombre que entró la descubrió arrinconada en un extremo de la construcción.

—¡Aquí! —gritó.

Enseguida otros hombres, mujeres y niños llegaron a conocer la novedad. Todos llevaban pañuelos en la cabeza, aros y colgantes. Los pequeños se le acercaron. Una niña tironeó de su cabello largo y renegrido.

—Lo quiero para mí —dijo.

Todos rieron. Todos callaron al mismo tiempo.

—Seguramente es la extranjera que huyó de la Ciudadela —dijo el hombre que parecía al mando.

Estallaron gritos de alegría. Las mujeres alzaron los brazos, frotaron el índice y el

pulgar: ¡Lustrus, lustrus!

Los adultos, por las monedas. Las niñas, por el cabello. Todos despedazaban a Fara en trozos de conveniencia.

Los palari pamá salieron de la ruinas llevando a Fara por los brazos, y la subieron al carromato del patriarca. Convivían allí personas, monos y loros; animales que las mujeres solían usar para sus trucos.

Los palari pamá acababan de hallar un objeto precioso. El más valioso en mucho tiempo. Y no iban a malvenderlo. Los hombres debían conversar. Y esa conversación se llevó a cabo frente a todos los que entraron en el carromato, incluso frente a la prisionera. Algunos hombres defendían la idea de entregársela de inmediato a Skuba Dratewka. Otros, entre ellos el patriarca, dudaban. Y no por piedad hacia la extranjera sino por astucia de antiguos comerciantes.

—Aquellos con más poder que tú no son buenos clientes —sentenció el patriarca—. Si se tratara de unos pocos lustrus, el Gran Conde los pagaría. Pero la extranjera vale al menos treinta galven.

¡Treinta monedas de oro!, las mujeres de los palari pamá aullaron. El patriarca les impuso silencio y continuó:

—En la Fortaleza, rodeado por sus soldados, Skuba Dratewka podría quedarse con ella y echarnos a cambio de nada.

Todos sabían que eso era cierto. Pero también era arriesgada la posibilidad que algunos plantearon: los palari pamá no pertenecían a ningún otro bando que el propio. Trashumantes sin bandera, cuya única gloria era comprar barato, vender caro, mentir sobre las virtudes de su mercancía y nunca detenerse. Muy de tanto en tanto aquella tribu llevaba sus carromatos hasta las montañas, y allí se detenían a esperar. Tarde o temprano algunos Tzarús aparecían. Habían huido de la ciudad cargando una incalculable cantidad de monedas de oro y joyas. Eran los mejores clientes pues estaban obligados a comprar y no podían discutir el precio. Luego de ese injusto comercio los Tzarús partían sin decir adónde.

A los palari pamá no les importaba. No eran amigos de Skuba Dratewka.

—¡Para los Dratewka! —decían unos.

—¡Para los Tzarús! —decían otros.

La discusión se extendía mientras el jarro de vino endulzado con miel pasaba de mano en mano.

Fara, que entendía a medias, comprendió que se estaba jugando su destino. Entonces eligió hablar:

—Llevo un hijo conmigo —suplicó, sosteniéndose el vientre para ilustrar su escaso lenguaje.

Los palari pamá miraron a la vez a una misma anciana que se levantó con dificultad, y con dificultad caminó por el piso atiborrado del carromato. Sin decir palabra, obligó a Fara a recostarse. Unas manos impiadosas pero hábiles tantearon su vientre. Luego la anciana miró al patriarca.

—Es verdad —dijo.

Y ese fue el argumento que decidió la suerte de la extranjera. El patriarca no quería cargar su ya pesada conciencia con la muerte de un inocente.

—La llevaremos con los Tzarús —sentenció—. Por ahora, córtense el cabello y repártanlo entre las niñas.

Hobswyllwin llegó a las cumbres del Norte, se detuvo en un filón nevado y desde allí, donde era casi indistinguible, moduló un canto de llamada.

Durante los días siguientes, convocados por la potestad de la dragona blanca, algunos dragones llegaron. Otros, muchos, habían partido en una búsqueda incierta, esperando encontrar el árbol de los frutos almibarados en manchones aislados y dispersos por el continente.

Nadie presenció, en aquellas cumbres heladas, el canto de aquellos dragones condenados a perder su vida o su alma. Nadie para escuchar a Hobswyllwin invitándolos a cruzar el mar hacia una tierra nueva y un nuevo tiempo. Algunos la siguieron. Otros permanecieron en las cumbres más inaccesibles de los Coloána.

Fue Hobswyllwin la primera en alzar vuelo. El éxodo de dragones libres cruzó el cielo con decidida dirección Oeste. Una vez más, desde sus embarcaciones, los palari apá los señalaron.

Los mercaderes respetan una sola lealtad. Por serlo, preferían la permanencia a la cantidad, y no cambiaban años de buenos clientes por un minuto de oro.

De todos modos, siempre que veían carromatos asentados en el valle, los Tzarús aguardaban. Y por fin, solo uno se dejaba ver. Además de medicinas que rescataban de la rapiña Dratewka, los palari pamá ofrecían todo lo imaginable. Pero esta vez lograron sorprender al hombre que venía de las cuevas.

—¡Tráela! —ordenó el patriarca.

Fara usaba la ropa que había hallado en la construcción abandonada. Y el cabello cortado casi a ras del cráneo.

—Es la mujer que escapó junto a la dragona blanca. Saben que la dragona blanca escapó, ¿verdad?

—Lo sabemos. Pero ¿quién es ella? —respondió un hombre de edad mediana y la barba triangular que caracterizaba a su linaje.

El patriarca se encogió de hombros:

—¿Cómo saberlo? Una prisionera de guerra, eso está a la vista. —Y por qué deberíamos pagarte la fortuna que pedirás.

Los palari pamá rieron. Esos alquimistas eran buenos para negociar, siempre preferibles a los Dratewka.

—Porque de lo contrario se la llevaremos a Skuba.

—No es de nuestro linaje.

—Ciertamente... Pero ustedes son conocidos por la piedad.

—La piedad más necesaria es hacia nosotros mismos. Y nuestras arcas empiezan a vaciarse.

—Vamos —dijo el patriarca—. ¡Aún no sabes cuánto les pediremos!

—Dilo por fin.

—Cincuenta monedas de oro.

—Nunca —fue la respuesta concisa del Tzarús.

Los palari pamá cruzaron los dedos para conjurar los efectos de aquella horrible palabra.

—Ofrece tú —invitó el patriarca.

—Diez, y está bien pagada.

El Tzarús no solo regateaba. En verdad no estaba dispuesto a pagar cincuenta, ni cuarenta monedas de oro que servirían para obtener objetos útiles, por mucho tiempo.

—Mira —dijo el patriarca—. Ya estamos aquí. Además la muchacha lleva un niño en su vientre. Aceptaremos cuarenta.

La noticia que acababa escuchar, además de la expresión en el rostro de Fara, trabajaron sobre el ánimo del Tzarús, que sabía perfectamente qué espantos los esperaban si eran entregados a Skuba Dratewka.

—¿Qué dices de veinte?

—Digo treinta y ocho.

—Escúchame, hablo sin dobleces. Te daré veinticinco y no más.

—Si aceptara, mi gente haría bien en destituirme —dijo el patriarca.

—Entonces muéstrame qué otras mercancías traes y llévate a la extranjera.

Los palari pamá distinguían exactamente cuándo la palabra era sincera y no tenía regreso. Y bien, aunque les pesara, deberían llevarla ante Skuba. Pero, de nuevo, Fara peleó por su vida. Sabía que los Tzarús eran alquimistas y sabios, por eso escogió la Oración Primaria:

Oh, Sabiduría.

Déjame sin padres, déjame sin hijos.

Déjame sin gloria, sin honor...

Los palari pamá percibieron la súbita conmoción del Tzarús.

—¿Qué es lo que dijo?

El alquimista ya no iba a negociar.

—Te daré los treinta y ocho que pides. Pero no traje esa cantidad de monedas. Aguarda hasta mañana. Volveré a buscarla.

Antes de perderse en la espesura, preguntó.

—¿Qué ocurrió con su cabello?

—Nuestras niñas lo quisieron para alargar sus trenzas —respondió sonriente el

patriarca.

Al día siguiente, muy temprano, el hombre que había negociado la compra de Fara estaba de regreso. El Tzarús, y una bolsita con treinta y ocho galven.

Fara, que había pasado la noche en vela orando por su suerte, quiso correr hacia él. Los palari pamá se lo impidieron.

—¡Eh, aguarda! Antes hay que contar las monedas.

En efecto, había treinta y ocho.

El patriarca de los palari pamá supuso que el Tzarús traía algunas monedas más.

—¿Necesitas alguna otra cosa?

—Jarabe de celedonia, y miel. ¿Tienes miel?

—Algo, sí. Poca. Las abejas no quisieron trabajar esta primavera. ¿Algo más?

—Un bote de vinagre.

Seis lustrus en total, cuando en el mercado de la ciudad podría haber obtenido uno o dos. Pero el patriarca era una persona agradecida.

—Sé reconocer una buena venta. ¡Te haré un obsequio!

El patriarca habló al oído de su mujer, que corrió hacia el carromato.

—Créeme, ¡no estoy dando un buen ejemplo a mi gente! Ni a los niños... ¿Cómo crecerán estos niños luego de ver que el propio patriarca ha perdido dinero? De todos modos te haré un obsequio para que no digan, ni tú ni nadie, que somos gente sin amistad ni gentileza.

La esposa del patriarca llegó agitada y le entregó a su esposo lo que había ido a buscar.

—Aquí está —el patriarca le extendió un pergamino—. ¡No creas que soy idiota! Sé muy bien que este trozo de piel tiene sus años. Pero te lo obsequio. Sabes que la lectura no es lo nuestro, de manera que no puedo decirte si habla de una boda, de algún menjunje medicinal o de una anciana barbuda... Pero ustedes, los Tzarús, leen hasta el mismo cielo.

El alquimista comprendió de inmediato que se trataba de un pergamino antiguo.

—¿Cómo lo obtuviste?

—Se lo compré a una Urraca. ¡A un alto precio! Me aseguró que lo encontraron en el monasterio del monte. ¿Qué dices? Cada vez que te pregunten por el pueblo de los palari pamá, recuerda mencionar nuestra infinita generosidad.

El agradecimiento del alquimista fue sincero:

—La próxima vez que nos veamos te contaré lo que dice.

Luego le indicó a Fara que lo siguiera. Juntos se alejaron hacia los montes Coloána. Cuando salieron de la vista de los palari pamá, el hombre se detuvo.

—Aguardaremos aquí hasta asegurarnos de que se marcharon. No podemos arriesgar nuestros escondites. Luego iremos con los demás.

Mientras aguardaban, urgido por la curiosidad, el hombre desplegó el rollo que

acababan de obsequiarle. Ante él apareció un texto escrito con sangre. Lo leyó ávido, sin darles tiempo a sus ojos para respirar.

Todos los mares, todos los pactos, todos los ciclos nacen heridos de muerte. Y lo mismo será con la soberbia. Durante largo tiempo bajarán ríos de dolor por las montañas y los abismos huirán al galope. Lo que vuela caerá y lo que reptará será grande.

Y será cuando el fuego y el agua den mil giros.

El corazón del mundo sufrirá cuatro golpes. El primer golpe será por fuego, el segundo por cadenas, el tercero por enfermedad. El cuarto será a causa de bodas inmundas que unirán lo que no debe unirse.

Para deshacer tanto dolor llegará un Elegido.

Elegido será el que duerma en el nido del dragón y despierte en la casa del hombre. El que se ponga al frente de ejércitos tan diversos como los pájaros. El que distinga el contorno del viento y entienda las Sagradas Lenguas. Elegido será el que confíe en la muerte.

Mientras tanto, los palari pamá se alejaban. Sentado en el pescante de su carro, el patriarca le habló a su esposa.

—No mentí cuando dije que procedía como un mal mercader obsequiando ese pergamino. Pero ¿sabes?, aseguré un buen lugar en los cielos para ti, para mí y para toda nuestra caravana.

—Entonces actuaste como lo que eres: el mejor comerciante de la Tierra —dijo la mujer, y lo besó.

El patriarca sonrió.

—¡Ea! —y azuzó a sus dos viejos caballos.

En las cuevas, los aguardaban ansiosos. En especial las mujeres, que querían conocer a la joven extranjera que traía un niño en su vientre. Ellas se encargaron de espantar la urgencia de los hombres por hablar con la recién llegada. Sin su intervención, los alquimistas no habrían esperado a que Fara bebiese siquiera un trago de agua antes para comenzar con sus preguntas.

—Vean su estado. Antes debemos vestirla y alimentarla —dijo Loredana.

Loredana había sido elegida preceptora por las mujeres de aquella colonia. Aconsejaba en asuntos matrimoniales, asistía en los partos, organizaba los víveres de la comunidad y hasta dirimía las disputas femeninas.

Tras los primeros cuidados, vencida por el cansancio, Fara se quedó dormida.

—¡Shhh! Cuando despierte ya habrá tiempo para hablar.

A cada rato los hombres se asomaban para ver si ya había abierto los ojos.

—Aún no —decían las mujeres.

—¿Cuánto dormiré esta muchacha?

—Lo necesario —afirmó Loredana.

Los alquimistas de mayor edad y sabiduría se abocaron a la consideración del pergamino que el patriarca de los palari pamá les había obsequiado.

—Eso ya lo hace único —bromeó uno de ellos.

—Entonces, ¿qué fue lo que te dijo el patriarca?

—Que se lo había comprado a una Urraca, y que venía del monasterio del monte.

—Podría ser uno de sus inventos.

—Podría.

Entonces, comenzó entre ellos una discusión que llevaría más que días, más que años. Una discusión en la cual los Tzarús nunca se pondrían definitivamente de acuerdo.

—No creo que sea genuina.

—Pero aun siendo un fraude, está escrita con sangre de los monjes.

—Eso no lo sabemos con certeza.

—Pero sí que, escrito o no con su sangre, los monjes preservaron el pergamino.

—Tal vez no llegó del monasterio... Tal vez solo es un invento del patriarca. O de la Urraca.

—Tal vez. Pero quien haya escrito esto no era un ignorante, ni siquiera un advenedizo o un aprendiz.

Y en ese punto, todos los alquimistas se vieron obligados a asentir.

Cuando despertó, Fara contó tanto como pudo sobre su vida en cautiverio. Habló de Padure, y algunos alquimistas lo recordaron como servidor del bosque sagrado.

—¿Sabes cómo llegó a la Fortaleza?

Entonces Fara recordó lo que Padure le había relatado sobre su encuentro con un hombre conocido como la Figura.

—¿Dices que Padure nombró a la Figura?

Los Tzarús se miraron desde una remota complicidad. Sin embargo, fueron capaces de mantener la medida frente a aquella mujer que apenas conocían.

Su relato sobre Hobsyllwin, dicho en una voz que parecía tironeada desde adentro —tanto demoraba en salir— los estremeció. Cuando terminó, y tras un largo silencio, se atrevieron a preguntar.

—¿Habías visto antes un dragón?

—Dices que cerró los ojos pero...

—¿Cantó?

—¿Cantó antes de moverse hacia ti?

Los Tzarús querían detalles que Fara no podía precisar.

—Va a derrumbarse —advirtió Loredana—. Seguirán mañana con sus preguntas. Ahora necesita descansar.

Entre varias ayudaron a Fara a incorporarse y la condujeron hacia la frescura de la cueva donde a partir de entonces viviría.

Un pergamino de extraño origen, una joven extranjera que había visto a Hobsyllwin a los ojos. Un servidor del bosque sagrado y la Figura... Lo que aquella extranjera había dicho bastó para que los alquimistas se reunieran como antes, bajo las estrellas, dispuestos a batallar con sus mentes y a soñar. Experimentaban el mismo placer exaltado que les producían los procesos exitosos: un acierto que conducía a otro mayor. De nuevo tenían materia sobre la cual trabajar. Aquí, someter los acontecimientos al calor del atanor para aligerarlos de los líquidos inservibles. Allá, destilar la sangre en el alambique. Calentarla, enfriarla, recoger el sedimento más precioso.

Quizá las cuevas dejarían de ser un escondrijo donde agazaparse para salvar la vida y se transformarían, lentamente, en un foco de obstinación, en un emplazamiento estratégico. Quizá volverían a ser alquimistas procurando transmutar la realidad oscurecida en una realidad dorada.

—Has traído novedad a estas cuevas que parecían tumbas prematuras —le dijo Loredana, tomando las manos de Fara en señal de agradecimiento.

Pero el curso que Hobsyllwin y los demás dragones habían tomado no se reducía al mar. Porque no importaba cuán extenso y revuelto fuera el mar, cuánto cambiara con las horas, cuánto bramara. Con solo proponérselo, los Dratewka construirían embarcaciones capaces de atravesarlo.

No era el mar... No era el Oeste la única dirección en el camino de los dragones rebeldes. Mucho antes de la otra orilla, cuando todavía faltaban días de vuelo, los dragones se lanzaron al mar.

Hobsyllwin precisó el punto donde descender en picada, y no dudó. Detrás de ella, el resto. Donde los dragones se sumergieron, el mar alzó olas gigantescas que quedaron detenidas en el aire para ver el prodigio desde lo alto. Ese vuelo en picada, del cual no regresaron los dragones, fue lo que el capitán de los palari apá calló hasta el día de su muerte, que acaeció poco después de la visita de Mare Limba.

Leían y releían. Decían y desdecían.

El pergamino, que ya algunos llamaban profecía, era el asunto principal entre los alquimistas que habitaban las cuevas. En ocasiones, los monjes del monasterio parecían hablar por la boca de los más optimistas.

—Será nuestra mejor arma contra los Dratewka.

—Respaldará nuestra guerra.

—Nos dará amparo.

Tras largos y acalorados debates, los hombres que sostenían la falsedad del pergamino cedieron y aceptaron que nada malo había en utilizarlo a su favor.

—Aceptamos usar el pergamino...

—Ya debemos decir profecía.

—Aceptamos esta profecía para estimular las voluntades y sumarlas en contra del linaje de los pastores.

Era tiempo de echarla a andar y que hiciera el camino sinuoso e impredecible de sus hermanas.

Acordaron además que la información sobre el pergamino, su condición y el modo en que lo habían obtenido, permanecería encriptado entre los principales miembros del linaje.

«*Todos los mares, todos los pactos, todos los ciclos nacen heridos de muerte*», escribía un alquimista.

«*El primer golpe será por fuego, el segundo por cadenas*», escribía otro.

Codo a codo, luego de reunir tantos pergaminos antiguos como les fue posible y adelgazarlos para quitarles las anteriores escrituras, los alquimistas de las cuevas se abocaron a la tarea de reproducir la profecía. En algunos casos utilizaron trozos de pergaminos de manera que se leyeran solo fragmentos.

«*Corazón del mundo sufri...*».

«*Y será cuando el fuego y el agua den...*».

Noches enteras pasaron los alquimistas sonriendo y copiando. De tanto en tanto, el sueño los hacía cometer alguna equivocación.

—¡Las llamarán versiones!

Y reían, como quizá reían diecisiete monjes aún borrachos.

«*Elegido será el que duerma en el nido del dragón y despierte en la casa del hombre*», la paciente escritura resultó en copias que se desparramarían con inteligencia por el territorio.

«*El que se ponga al frente de ejércitos tan diversos como los pájaros*». De tanto repetirlo, algunos alquimistas comenzaron a sentir que el texto provenía de tiempos remotos y de inspiración divina.

«*El que distinga el contorno del viento y entienda las Sagradas Lenguas*». Todo lo que sirviera para socavar la dominación Dratewka era bienvenido.

«*Elegido será el que confíe en la muerte*».

Cuando la misma caravana que había vendido a Fara regresó a las cercanías de las cuevas del Coloána, el mismo alquimista llegó a comprar mercancías.

—Y dame también grasa para lámparas —dijo el alquimista, cerrando con eso la

compra.

—Tengo unas telas que les gustaran a las mujeres —ofreció el patriarca.

—Muéstramelas.

Mientras observaba las telas, el Tzarús preguntó.

—Por cierto, ¿de dónde dijiste que habías obtenido el pergamino que me obsequiaste?

—Dije que se lo compré a una vieja Urraca endemoniada que lo robó en el monasterio, ¿recuerdas?

—¿Has vuelto a ver a esa mujer?

—Tal vez la vi y le compré mil veces, pero cómo distinguir a una Urraca de otra —el patriarca sonrió—. ¡No vas a decirme que mi regalo era valioso!

—¿Valioso? —el alquimista fingió un tartamudeo—. ¡No creerás que me obsequiaste la profecía que presagia acontecimientos definitivos cuando se cumpla el milenio!

—¿Crees que te habría regalado tal cosa?

—Jamás. Para eso tendrías que ser un hombre inteligente y con un alma milagrosa.

—Y no lo soy, por cierto —dijo el patriarca.

—Además, si así fuera, ¿para que estaría yo diciéndote esto? —continuó el alquimista.

—¿Para que desparrame la noticia como siempre hacemos los palari pamá?

—Desde luego que no. Pero dejemos esta conversación ociosa porque no tengo tal profecía del monasterio.

—¡No tienes la profecía pero tienes su nombre! —el patriarca volvió a reír—. Y bien, ¿llevarás las telas?

Poco después los carromatos se marchaban llevando a cuestas la noticia de que la profecía que vaticinaba los sucesos del año 1000 había sido hallada.

Skuba Dratewka, Gran Conde de Terentigani, ya no decidía casi ningún movimiento importante sin consultar antes a su joven gura, que argumentaba como una anciana y comprendía como un sabio.

—Hablas de ir tras ellos con tanta sencillez... —dijo Skuba Dratewka ese día.

—Siempre es sencilla la única posibilidad —respondió la gura.

—Cruzar el mar, dices.

—¿O qué si no? ¿Dejar que los dragones rebeldes migren tras Hobsyllwin y perderlos para siempre?

—Mérec... —continuó el conde—. Mi padre añoraba conquistar esas tierras. Pero decía que antes era necesario estar parados en Terentigani sobre dos pies seguros.

—No hables por ahora de conquistar el territorio sino de establecer algunos asentamientos desde los cuales organizar la búsqueda. Si lo piensas bien... Desde

aquí a la isla de Síngura. De la costa Oeste de Síngura a Mérec.

—¿Qué dices de los pueblos que habitan esas tierras?

—¡Que tienen la altura de nuestros niños!

—Lo sé, lo sé. Pero aun así...

—Las naves de los palari acá volvieron con las manos vacías, asegurando que es gente que nada posee más que sus taparrabos.

—Tal vez —Skuba Dratewka comenzaba a aceptar la idea— podría enviar en expedición a la rama más olvidada de nuestro linaje. Pienso en Tatalie y en su hermano Constantín. Son inútiles en Oras Gat. Sé que se quejan por eso y no quiero perder su favor. Mis rebaños se alimentan en sus pasturas.

—¡Zurcir con el mismo hilo varias roturas! —dijo Mare Limba—. Eso es propio de un gran jerarca.

Pero Skuba Dratewka no estaba resuelto y cambió de tema por otro que también lo urgía.

—Mis consejeros y mis guras esperan su muerte en las mazmorras. Puedo perdonar la vida de tu madre si me lo pides.

Mare Limba torcía su largo cabello.

—No. La conozco y sé que aguardará el tiempo necesario hasta poder vengarse. Pero quizá...

—¿Quizá?

—No empales a las guras. Prefiero el fuego.

—Como quieras —Skuba separó las manos del cabello y las tomó entre las suyas.

—¿Qué buscas? —le preguntó.

—La eternidad de nuestro poder —respondió la gura.

Skuba Dratewka sonrió. La jovencita ciertamente lo desconcertaba, pero logró sacudir su arrobamiento y regresar a lo inmediato.

—Hay cosas más ciertas por resolver.

—Es verdad —admitió Mare Limba.

Uno, dos, tres atardeceres, y dentro de los muros de la fortaleza se alzaron los postes de castigo para las guras. Desde su habitación, la misma que había pertenecido a su madre, Mare Limba escuchó el llamado de los cuernos anunciando una ejecución.

Una multitud con sus niños, sus alimentos y sus odres con vino se reunió para verlas arder. Las guras salieron maniatadas, vestidas con las túnicas grises de los condenados al fuego. La muerte más digna comparada con el empalamiento. Mare Limba contemplaba la escena desde la ventana. Estaba obligada a hacerlo para merecer el respeto de todos. Allí estuvo, con los brazos olvidados al costado del cuerpo, viendo cómo amarraban a las mujeres a los postes. Después, los ayudantes del verdugo acumularon leñas y troncos alrededor de cada una. Lo hicieron de tal modo que las guras sufrieran menos, y en eso se manifestaba el temor que aún

inspiraban.

La madre de Mare Limba movía los labios. Y su hija reconoció, por el movimiento, la canción que solían cantar juntas.

El fuego que empieza en mí
saldrá por el Este como un amanecer.
El fuego que me mata, me regresa.
El fuego que empieza en mí
saldrá por el Este como sale el sol.

La leña ardió eficaz, con estrépito. Las guras se apergaminaron en silencio, y en silencio murieron. En el final, la madre de Mare Limba clavó en su hija una mirada blanca y feroz que la joven jamás olvidaría.

Esta vez, el gentío no aclamó ni festejó. Como las ejecuciones fueron más breves de lo esperado y una tormenta se acercaba, se dispersaron en silencio.

Horas después, Skuba Dratewka dormía. El sueño del Gran Conde tenía la boca abierta porque todo aire era poco para su digestión. La tormenta que había demorado en descender del cielo, llegó con viento. Las ráfagas pasaron sobre las hogueras apagadas y levantaron cenizas de gura. Skuba Dratewka dormía...

También dormía la Fortaleza un sueño inquieto.

Un hombre encapuchado rondaba los restos de las guras sin temor ni piedad. Algo murmuró. Luego se agachó junto al poste donde habían atado a la madre de Mare Limba y tomó un poco de ceniza, que guardó en el dobléz de su manga. Caminó hacia el Castrum, se detuvo bajo una ventana que el viento sacudía. Estudió las imperfecciones y los salientes del muro de piedra, y por allí trepó.

Ni la misma noche vio a la Figura ascendiendo por la pared hacia la habitación del Gran Conde. Nadie lo vio trasponer la ventana.

La Figura se acercó a la cama, tomó un puñado de ceniza y lo dejó caer sobre la boca abierta de Skuba Dratewka. Las cenizas se arremolinaron en la respiración del Gran Conde y entraron por su ronquido, hasta el estómago.

En las cuevas de los montes Coloána los días pasaron con renovada gracia. Los Tzarús se inclinaban sobre la profecía escrita con sangre. Y el vientre de Fara empezaba a redondearse.

—¿Qué nombre le pondrás? —preguntó Loredana, mientras cosían calzados para los niños de las cuevas.

—Tal vez el de mi padre —respondió Fara.

—¿Cómo se llamaba?

—Antón.
—Antón es un bello nombre.
—¿Y si fuera una niña?
—No lo será.

Una mañana Fara notó movimientos inusuales.

—¿Qué ocurre? —preguntó.

—Alguien ha llegado.

El temor de Fara se hizo evidente.

—No tengas miedo —dijo la mujer Tzarús—. Es amigo. Ya escuchaste hablar de él.

En la ciudad y en las cuevas lo conocían como la Figura. Su procedencia era incierta. Su conducta, errática. Y solía decir cosas incomprensibles. Vestía ropas deslucidas y se cubría con una capucha que ensombrecía su rostro. No iba a las cuevas con frecuencia, y siempre por asuntos de importancia. Aquella mañana, también él recibiría una noticia.

—Algo tienes que ver con eso —le dijo uno de los alquimistas, señalando a Fara y a su vientre.

—No conozco a esa mujer —dijo la Figura.

—No a ella, pero sí al padre de su hijo... Quizá recuerdes a uno que se refugió en el Colegio. Uno que tú enviaste a proteger a los dragones.

—Lo recuerdo bien... Se llamaba Padure.

Las visitas de la Figura solían ser breves. Esta vez pidió permiso para quedarse. Las novedades que recibía y el anuncio que traía anticipaban una conversación imposible de reducir a las horas de un día.

—Skuba Dratewka prepara una flota —dijo la Figura a los Tzarús que escuchaban.

El Conde había enviado guras y consejeros a dar vuelta la ciudad y los puertos. Les había ordenado regresar con noticias sobre el paradero de Hobsyllwin. Pero luego algo había ocurrido, porque Skuba Dratewka mandó ejecutarlos. A los consejeros, por empalamiento. A las guras, por fuego.

La ciudad rumoreaba que el sitio vacío ya tenía dueña. Una joven gura que afirmaba que era necesario ir tras los dragones y señalaba las tierras al Oeste del mar. Por motivos imaginarios y por motivos ciertos, Skuba Dratewka había transformado el vaticinio de su joven gura en su propio sueño. Perseguir a los dragones rebeldes y regresar con sus cabezas, tales eran las órdenes. Quienes lo logaran podrían contar monedas de oro durante un día entero.

—Hasta este día las promesas no convocaron mucho más que ballesteros, siervos y rameras —dijo la Figura.

—¿Quién irá al frente?

—Según afirman, Skuba Dratewka enviará a dos de sus primos. Tatalíe, con título de jerarca, y Constantín que es más joven y más brutal.

Sin detenerse a analizar si aquellos nuevos acontecimientos eran buenos o malos, los alquimistas resplandecían. Porque para los derrotados nada es peor que la quietud.

Los quejidos de Fara en medio de la noche despertaron a las mujeres que dormían cerca. El camastro de la joven estaba empapado, señal de que el nacimiento no demoraría.

—Llaman a Loredana —pidió Fara.

Apenas advertida, la mujer se cubrió con su capa y acudió en ayuda de la parturienta. La noche iba a ser larga para todas. Era invierno. Y en las cercanías de las cuevas, los lobos aullaban.

—Es malo —se lamentó Fara.

—¿Por qué dices eso?

—En mi tierra sabemos que es malo que lloren los lobos durante un nacimiento.

Las mujeres trataron de quitarle esos presagios de la cabeza.

—¡Pues serán los lobos del Este! No los de aquí.

El vientre de Fara había crecido tanto en los últimos meses que las mujeres auguraban un niño grande como un oseño. Los dolores se hicieron rítmicos. Loredana se ubicó entre las piernas separadas de la joven madre.

—Vamos, Fara —dijo.

—Otra vez los lobos...

—¡No pienses en los lobos! ¡No los escuches!

—¿Oyes? —prosiguió Fara—. Es malo.

—Vamos, Fara. Es ahora...

—Y son muchos.

—Ya está aquí, Fara. Ayúdame —pidió Loredana—. ¡Ya está aquí! No los escuches y ayúdame.

Y en verdad, muy poco después un llanto se escuchó en las cuevas.

—Es un niño —afirmó Fara antes que nadie—. Es Antón.

—Lo es —rieron las mujeres—. Tómalo.

Cuando Fara quiso incorporarse para recibir al recién nacido, el dolor regresó tan fuerte como antes. Las Tzarús cruzaron miradas de preocupación, que Fara alcanzó a percibir.

—¿Qué ocurre?

El miedo en su voz no era por ella sino por el niño.

—Aguarda y quédate quieta —le pidió Loredana.

La mujer volvió a acomodarse entre las piernas de Fara. Su mano, hábil y pequeña, buscó la explicación de los nuevos dolores de la parturienta. Sonrió de pronto.

—¡Hay otro niño aquí! —anunció.

Como Fara estaba exhausta, el segundo nacimiento fue más arduo.

—Vamos, pequeña. Solo un esfuerzo más.

La extranjera no hacía otra cosa que pedir por Antón.

—Ya cargarás dos en lugar de uno.

Trabajando sobre el vientre de Fara, Loredana consiguió, por fin, sacar al segundo niño.

—¡Mira que dicha, Fara! ¡Es una mujer!

Horas más tarde, ya con el sol alto, los hombres y los niños de las cuevas conocieron a los recién nacidos, que eran tan distintos como Fara y Padure.

—¿Qué nombre le pondrás a la niña?

—No lo sé —Fara buscó a la Loredana—. Elígelo tú.

—No creo...

—Por favor —insistió Fara.

—Está bien. Si me das la oportunidad, le daré el nombre de mi madre... Cadú.

—Cadú —repitió Fara, antes de cerrar los ojos.

Pocos meses después de los nacimientos, la flota de Skuba Dratewka estaba en condiciones de zarpar. Como Mare Limba lo había imaginado y dispuesto, los barcos navegarían primero a la isla de Síngura. Luego, y tras la escala de reabastecimiento, seguirían rumbo a Mérec.

Con el paso de los días y el abultamiento de las promesas, lo que iba a ser una flota reducida se acrecentó con cientos de voluntarios tan pobres como exaltados por la incierta fantasía de enriquecerse. Y mujeres que servirían para el desahogo y la servidumbre.

Skuba Dratewka y Mare Limba estaban seguros de que la empresa subrayaría sus nombres con un trazo glorioso.

Los alquimistas de las colonias del Coloána festejaban el crecimiento de la empresa.

—Mientras más suban a las naves, será más fácil pasar inadvertidos —decían.

Para infiltrarse entre la ralea que se postulaba para trabajar en los barcos, los Tzarús debieron estropear su apariencia. Algunos se arrancaron dientes, otros se tajearon el rostro, dejaron crecer su cabello. Y todos, sin excepción, afeitaron sus barbas o modificaron la reconocible forma triangular de su linaje.

En medio de aquel nerviosismo, Fara arrastraba sus penurias. Desde el alumbramiento, una fuerte tristeza había invadido el alma de la joven. Solía pasearse con un niño en cada brazo y el rostro anegado en lágrimas. Ya no buscaba la conversación de las mujeres y hasta parecía molesta cuando se acercaban a elogiar a los niños. En especial, porque mostraban predilección por Cadú.

Así, mientras los escogidos para embarcar se alistaban, Fara atardecía.

Un día de esos, propicio para la pena a causa de la luz opaca que atravesaba el cielo, los niños lloraban en el regazo de Fara. La joven madre no hallaba fuerzas para sostenerlos contra el pecho.

—Tienes un hermoso cabello.

Era la Figura. Fara recordó que Padure solía decirle eso mismo. Y el recuerdo imitó aquella sonrisa, pasada y perdida.

—Los palari pamá me raparon una vez.

—Cuando te conocí tenías el cabello muy corto —recordó la Figura—. Pero yo no quiero raparte, solo pedirte un mechón de tu cabello.

—¿De verdad eso quieres?

—Más que nada.

—Tómalo, entonces.

Por toda respuesta la Figura sacó unas tijeras del cinto de piel barata con el que ceñía la túnica. Era una tijera pequeña de hierro, con una flor grabada en el ala más ancha. Fara se irguió para facilitar el trabajo. Cuando estuvo hecho, la Figura anudó el mechón de cabello lacio y negro. Y le dio las gracias.

Frente a aquel hombre de voz profunda, tan distinto de los Tzarús que habitaban las cuevas, Fara dejó ir su alma.

—Ayúdame —el rostro de la extranjera suplicaba.

—Qué te ocurre.

—Quiero partir.

—¿Partir de las cuevas?

—De Terentigani... Siento que aquí voy a morirme, y que será muy pronto.

—¿Estás enferma?

—No conozco el nombre de esta oscuridad. Solo sé llamarla pena.

—¿Qué lugar te haría feliz?

—Mi infancia.

La Figura podía entenderla.

—Estás pensando en los barcos, ¿no es así?

Fara asintió.

—No puedes irte. No por ahora. No querrías ir como ramera de esos hombres, no querrías volver a las jaulas ni perder a tu hijo.

Fara lo corrigió.

—A mis hijos.

—Es cierto —la Figura se ocultó aún más en su capucha—. ¡Más razones para que te cuides!

Tras compartir agua, pan y miel, los Tzarús se ubicaron en círculos concéntricos. Celebraban la ceremonia de despedida de los hombres, jóvenes en su mayoría, que iban a sumarse a la multitud que aguardaba en las cercanías del puerto.

Fara, como hija de alquimistas, ocupaba un lugar en el anillo exterior. Detrás, la Figura observaba.

El círculo recitó la Oración Primaria.

Oh, Sabiduría.
Déjame sin padres, déjame sin hijos.
Déjame sin gloria, sin honor,
sin posición, sin ira,
sin otoño, ni invierno.
Todo eso
con tal de que no me abandones.

Un puñado de hombres se despedía de los suyos para siempre. Por eso prefirieron ser cautos y severos en el adiós. Su mandato era claro y simple. ¡Caminen y siembren!

Caminen en busca de los dragones rebeldes.

Siembren Fresno sagrado allí donde les sea posible.

Apenas abandonaron la zona de las cuevas cada uno tomó caminos diferentes. Debían llegar al puerto por separado y desconocerse, hasta en lo invisible, durante el largo viaje.

Aquella partida agravó la pena de Fara. Y para empeorarlo todo, la Figura dejó de frecuentar las cuevas. La mujer del Este no habría conseguido explicar la simpatía profunda que la unía al encapuchado. No porque había conocido a Padure, no era eso. Más bien, por lo que podía vislumbrar bajo la sombra de la capucha. Aquellos rasgos diferentes de los del pueblo de Terentigani. Diferentes de las facciones aguzadas de los Tzarús, de los rasgos rotundos de los Dratewka.

Fara presentía que la Figura no estaba entero frente a ellos, como si hubiese dejado en otro sitio la mitad de su alma.

Tres años habían pasado desde la partida de la primera flota, y muchos barcos habían ido y vuelto entre Terentigani y Mérec. Palari apá y palari pamá se embarcaron. Y más Tzarús, disimulados entre la caótica población que se hacía al mar. Desde los condados del Sur, aquellos que se habían sometido a los Dratewka sin resignar del todo su independencia, zarparon en barcos costeados por comerciantes ricos.

Muchas cosas cambiaron, pero no el ánimo de Fara, que continuaba secándose. Solo parecía revivir cuando se sentaba junto a su hijo a enseñarle los principios de la alquimia.

—Aquí están los elementos más valiosos—Fara había dibujado símbolos y

nombres sobre la tierra.

Loredana, que pasaba cerca, se detuvo a mirar.

—¿No crees que es muy pequeño para eso? —preguntó.

La intromisión de Loredana la irritó.

—No lo creo. Mi padre me enseñó desde la primera vez que me alzó en brazos.

—Entonces, enséñale también a Cadú —continuó la mujer Tzarús.

Fara se mordió los labios.

—La niña no me presta atención. Prefiere tus relatos.

Loredana se sentó junto a ella. Fara, que mantenía la vista en su improvisado manual, se retrajo cuando la mujer intentó apartarle el cabello del rostro.

—¡Mira quién viene ahí! —Loredana celebró la llegada de Cadú, que se acercaba con andar inseguro.

Fara pensó que los pasos de Antón eran más firmes. Loredana pensó lo mismo.

—Sus piernas —se lamentó la Tzarús—. Están demasiado delgadas.

—Se alimenta igual que su hermano —replicó Fara.

Así como llegaba, Cadú se arrojó sobre su madre. En la caída, deshizo la tabla de signos.

—¡Mira lo que hiciste! —le gritó Fara mientras la sacudía por un brazo.

Cadú se quedó inmóvil. Su labio inferior comenzó a temblar. Loredana quiso abrazarla pero la pequeña se alejó corriendo.

Nunca antes Fara y Loredana se habían enfrentado, y eso agravaría aquella primera discusión. Por lo demás, nada de lo que Fara iba a decir guardaba relación con lo que acababa de suceder, sino con sus espaldas.

—No soy Tzarús —dijo—. No esperes que actúe como una de ustedes.

—Sé que no eres Tzarús.

—No es necesario que lo digas con desprecio.

—¿Desprecio? ¿Cómo hablas de desprecio cuando llevas años con nosotros!

Fara dijo lo que había guardado por meses.

—No quiero estar aquí.

Entonces Loredana perdió la paciencia.

—¡No quieres estar aquí! Desde luego, por qué querrías estar con una gente que pagó tu rescate.

—¡Ojalá tuviese esas monedas!

Antón las observaba en silencio.

—Ese sería un modo de pagar —dijo Loredana—, no de agradecer.

—¿Debo agradecer que me arrancaron de mi tierra? ¿¡Que me enjaularon!?! — Fara estaba gritando.

—No fuimos nosotros, Fara, sino los Dratewka. Y si vuelves a levantar la voz...

—¿Qué?

—Recibirás un castigo —aunque baja, la voz de la Tzarús sonaba seca y decepcionada—. Te hemos tolerado cosas que no toleraríamos a ninguna de nuestras

jóvenes, pero se acabó.

Fara se cubrió el rostro. El llanto disolvía su furia.

—Quiero marcharme.

Loredana se levantó.

—Voy a buscar a Cadú —dijo.

—¡Cadú!

—¡Cadú, pequeña, responde!

—¡Cadú!

Hombres y mujeres de las cuevas habían salido en busca de la niña. Al principio todos pensaron que, tras el enojo de su madre, se había ocultado en cualquier recoveco de las piedras. Pero las horas iban hacia el crepúsculo y la niña seguía sin aparecer.

—¡Cadú!

Repartidos en tres grupos, los Tzarús se abrieron por aquel territorio escarpado, un paisaje de cuevas y abismos donde perderse era lo más seguro. Fara se había refugiado en su cueva. Atenazada por la vergüenza y la desesperación, la joven madre no lograba dar la cara y tomar su lugar entre quienes buscaban. A veces escuchaba pasos, voces, y se esperaba... Seguramente la habían encontrado. Luego la realidad volvía a desmoronarse sobre ella.

—¡Cadú!

—¡Cadú, responde!

Cadú no aparecía y la búsqueda se volvía cada vez más incierta en aquel territorio montañoso. La luz del sol empezaba a declinar cuando los Tzarús escucharon una manada de lobos.

—¡Cadú!

—¡Cadú, pequeña!

Los más jóvenes corrieron hacia el sitio que indicaban los aullidos para ver solamente el final del festín, los hocicos ensangrentados de los comensales. Quienes lograron librarse de sus almas por un momento envolvieron en una mantilla lo poco que quedaba de la niña.

En la cueva, de la que no había logrado moverse, Fara escuchó los lamentos. En especial, el llanto desgarrado de Loredana.

—¡Fara! —Loredana gritaba en la boca de la cueva—. ¿Saldrás a ver a la niña? ¿Saldrás a darle sepultura o permanecerás enseñándole a tu Antón los principios de la alquimia?

Luego de un largo silencio, Fara apareció. Y unos pasos detrás, Antón.

Loredana le enrostró el envoltorio con los restos de Cadú.

—Mira lo que hiciste. Mira bien —la Tzarús tenía la voz anudada.

Fara habría querido llorar a gritos pero Loredana ya había tomado ese lugar, y la

joven sintió que quitárselo sería una doble afrenta.

—¿Nada vas a decir?

Fara no tenía palabras. No las había.

—¿Ni siquiera le pedirás perdón?

Fara sabía que pedir perdón era insuficiente.

Las mujeres Tzarús, apiñadas detrás de Loredana, apoyaban cada una de sus palabras.

—Querías marcharte, ¿no es así? Entonces te marcharás... ¡Se marchan ambos!

Fara pensó que si la hubiesen ayudado a partir, antes, quizás aquello no habría ocurrido. Pero su vergüenza le impidió decirlo.

En las cuevas todo era ahora diferente del día de su llegada. Ahora las mujeres la maldecían y la mirada de los hombres se parecía a alguna de las formas de la piedad.

Un dragón domesticado y su jinete iban a alzar vuelo.

Aquellos que habían sido invitados a presenciar el acontecimiento que eternizaría el poder de los pastores y lo extendería hasta los últimos límites, esperaban a una distancia considerable. Y en la mayoría de los casos, tan expectantes como recelosos. Sin embargo, ninguno de aquellos hombres y mujeres iba a rechazar una invitación de la gura del Gran Conde. Y allí estaban, aguardando ver cómo ascendía al cielo de los pastores el primer dragón enjaezado.

Vestida de negro y el cabello sostenido sobre la cabeza en forma de perfecto cilindro, Mare Limba lucía hermosa. Aparentaba más que los dieciséis años que había cumplido. Desde la noche de la delación de su madre no había vuelto a separarse de Skuba Dratewka. Los unía un sentimiento indescriptible contra el cual nadie osaba manifestarse en voz alta. Al contrario, trataban a la joven gura con una deferencia que jamás habían recibido las anteriores.

Sonaron las trompetas. Todos hicieron silencio y fijaron la mirada en la boca del foso. Aquella inconcebible proeza era el resultado de un arduo y brutal entrenamiento llevado a cabo en los amaneceres de la Ciudadela y en secreto. Hasta ese momento, muy pocos habían presenciado el adiestramiento. Y siempre a la distancia. Tras una espera anhelante, ráfagas polvorientas ascendieron y, entonces sí, un dragón y un jinete fuertemente sujeto por un sistema de arneses, emergieron.

La primera reacción de los presentes fue replegarse. Una mujer dio un grito e intentó correr pero su esposo la tomó por un brazo y la obligó a permanecer en su sitio.

Dragón y jinete eran un solo animal buscando la majestuosa cima de lo impronunciable.

El jinete dio dos vueltas alrededor del foso y luego voló hacia el Este casi hasta perderse de vista. Cuando todos se esforzaban por perseguir el punto lejano, dragón y jinete regresaron.

Desde la tierra nadie pudo escuchar la orden del jinete, pero lo vieron señalar un gran abedul. El dragón domesticado arrojó una llamarada sobre el árbol que, de inmediato, empezó a arder.

Mientras estallaba el festejo por la que había sido una prueba rotunda de que los dragones se habían transformado en armas de guerra, Mare Limba miró a Skuba Dratewka y el Conde le acarició el rostro ovalado rozando la boca fina y larga.

Fue en ese instante de exaltación cuando el Gran Conde sintió un dolor punzante en el estómago.

—¿Qué te ocurre? —le preguntó en voz baja Mare Limba.

—Ya pasa —respondió Skuba. Y en efecto, así fue.

Poco después festejaba con su gente, olvidado del aguijonazo. Carnes y vinos lo esperaban en la Fortaleza.

La noche, sin embargo, no terminaría en paz.

Antes del amanecer un grito rebotó por los muros de piedra. Era el Gran Conde. Llamaba a Mare Limba. Desde una habitación cercana, con el cabello desatado y descalza, llegó corriendo la gura.

—¡Algo en mi estómago! —dijo Skuba Dratewka. Su sufrimiento era evidente.

Cuando la gura le alzó la camisa de dormir observó una prominencia que abultaba un costado del estómago del conde. Le administró purgas y lavativas que solamente lograron vaciar las tripas del enfermo, sin aliviar su dolor ni evitar el crecimiento del mal. Al día siguiente, el enfermo acusó fuertes calambres y afirmó, desesperado de dolor, que tenía dentro un animal.

Lo que todos tomaron como un desvarío fue una advertencia para Mare Limba. La enfermedad de Skuba Dratewka venía de la magia... Un castigo de las guras. Probablemente una maldición que su propia madre arrojaba desde la muerte. Al fin, se trataba de un enfrentamiento entre guras.

A pesar de que luego de dos días había crecido el tamaño del mal alojado en Skuba, Mare Limba aún confiaba en que sería capaz de contrarrestar el poder de sus pares. Era joven pero había sido educada por una de las mejores guras de Terentigani. Confió. Preparó antídotos que luego introdujo por el ano del conde. Lo fajó con vendas embebidas en aceites de almendra y ricino. Oró con la boca pegada al ombligo del enfermo. En vano. Aquello que invadía el cuerpo de Skuba Dratewka alcanzaba ya el tamaño de un puño.

Mientras tuvo fuerzas, Skuba Dratewka gritó improperios contra su mal, contra las guras y aun contra Mare Limba. Luego, cuando la debilidad fue mayor que la ira, rogó a su gura que lo ayudara. Después de eso se quedó en silencio. Un silencio que no rompería sino hasta el minuto de su muerte.

Por su parte Mare Limba siguió insistiendo con opciones agotadas y amaneciendo al lado del Gran Conde. A esa altura, solo altas dosis de soporíferos conseguían menguar los dolores. Fue cuando el jerarca ya no pudo hablar que la gura comenzó a transmitir órdenes.

—Dice el Gran Conde que ya pueden enviar al Este a los cobradores de impuestos.

—Dice que comiencen con la esquila.

—Dice que empalen a los rebeldes apresados.

Todos fingían creer que las órdenes provenían de Skuba Dratewka, y obedecían.

Esa situación anormal no podía continuar así indefinidamente. Skuba Dratewka no mejoraba y era impensable que el gobierno de Terentigani quedara en manos de su gura.

El Gran Conde no tenía hermanos varones, pero sí primos. El mayor, Remus Dratewka, primero en la línea sucesoria, comenzó a visitar a diario a su pariente. La primera vez casi no pudo contener una arcada inducida por el hedor rancio que emanaba el cuerpo del enfermo y saturaba el aire de la habitación.

—Salgamos —le pidió a la gura.

Mare Limba asintió de mala gana.

—Empeora.

—Mejorará —afirmó la gura.

Desde la noche que había corrido a la habitación de Skuba, Mare Limba no había vuelto a atarse el cabello.

—La familia debe hacer algo —dijo Remus—. Nos hemos reunido y creemos que alguien debe reemplazarlo hasta que nuestro Gran Conde se recobre.

—Él me dicta las órdenes...

—Vamos, mujer —interrumpió Remus—. Todos sabemos que eres tú la que decide sobre asuntos que no están a tu alcance.

—En pocos días habrá sanado.

—Cuando eso ocurra me retiraré y celebraré el regreso de mi primo. Pero hasta tanto estoy obligado a tomar su sitio.

Mare Limba iba a hablar pero fue nuevamente interrumpida.

—La familia me ha encomendado esa tarea. Tú ocúpate de que Skuba en verdad mejore.

Cuando Remus Dratewka se marchó, la gura corrió a la cama del enfermo. Tomó sus manos secas y las besó.

—Quieren tu trono, y quieren mi sueño de eternidad —dijo.

Un dragón ascendía y caía el poderoso Conde de Terentigani. Uno que su linaje creía invencible, uno que ganó cada guerra y que domesticó dragones. Pero la enfermedad lo devoraba. Y nadie dudaba ya sobre la causa de ese mal fulminante: la matanza de sus guras. Esas muertes habían caído sobre el Conde, habían entrado en su cuerpo, y ya nada ni nadie podría rescatarlo.

El linaje, al fin, estaba por sobre cualquier individuo. Remus Dratewka era, por derecho, el heredero del trono de Terentigani. Ningún otro poderoso tuvo tiempo de

disputar lo que la ley señalaba. La enfermedad del Gran Conde, tan cruenta y súbita, los dejó sin otra alternativa que la legitimidad.

Remus Dratewka no pretendía el poder. Nunca había pensado ni deseado sustituir a su primo. Pero el linaje se lo exigía, y aceptó su destino. A pesar de que su reinado fue funesto para el linaje de los pastores, Remus se dejó seducir por el poder y persistió en el trono mucho más de lo esperado.

Su entrada a la Fortaleza en calidad de Gran Conde Sustituto fue mesurada. No eran momentos para festejos... Había allí un hombre que no acababa de morir, y al que todos temían. Un hombre que, según decía su gura, comenzaba a dar señales de mejoría. Según decía su gura, porque ya nadie se acercaba a las habitaciones del enfermo. Los olores que salían de allí eran nauseabundos, y el temor al contagio se expandió por la Fortaleza. Ni siquiera los siervos se acercaban. Dejaban la comida y la bebida y luego retiraban los trastos sucios en la entrada del corredor.

El linaje de los pastores estaba sumido en una oscura preocupación. Pronto, si no había sucedido ya, las noticias sobre el estado de Skuba Dratewka llegarían a los clanes del Este y era seguro que los armaría de nuevo coraje.

En la vasta y oscura habitación en la que Mare Limba llevaba días sin dormir, Skuba Dratewka abrió los ojos desmesuradamente. Por última vez, comprendió la gura.

—Quiero prometerte algo —le dijo Mare Limba.

—Dime pronto.

—He aprendido y te amo tanto... Transformaré tu cadáver en un jardín. Aquí me quedaré, cultivando tu muerte hasta que sea un jardín maravilloso. ¡Sacaremos frutos eternos! Y con ellos daremos vuelta la maldición... ¿Me escuchas? ¿Estás escuchando? —Mare Limba abrazó el estertor del Gran Conde y lloró en silencio durante largas horas. Quizá la venció el sueño, no estaba segura. Pero cuando alzó la cabeza, se juró que cumpliría su palabra o seguiría los pasos de Skuba Dratewka.

Desnudó el cuerpo del conde muerto para comenzar un ritual antiguo, secreto, que ninguna gura se había atrevido a realizar. Caminó hasta el extremo del corredor y llamó a viva voz hasta que aparecieron los sirvientes.

—Necesito algunas cosas —dijo, y enumeró—: dos recipientes de cobre, sal gema, limaduras de plata.

Evitó mencionar los dos elementos cruciales, que obtendría por sus propios medios.

Cuando comunicaron a Remus Dratewka lo que la gura había pedido no tuvo nada que objetar. Eran sus primeros días como Conde Sustituto y todavía esperaba que su primo mejorara para regresar al fin a sus rebaños y a las largas cacerías de zorros.

—Llévenle lo que pide y díganle que iré pronto a ver a mi primo.

El sirviente que entregó los encargos transmitió el mensaje. Y agregó, por su cuenta.

—Me mandan preguntar cómo está el Gran Conde.

—Reverdecerá y florecerá —dijo Mare Limba.

Y el sirviente le repitió a Remus, exacta, la respuesta que había recibido.

A partir de ese pedido comenzaron a circular las más variadas versiones y opiniones por la Fortaleza y por la ciudad. Nadie sabía qué esperar, y nadie se atrevía a acercarse al moribundo y a su gura.

Esa noche Mare Limba cenó por los dos y reservó cada semilla y cada carozo que le ofreció la comida.

Luego tomó un baúl importante y lo vació.

—Aquí comienza —le dijo al cadáver del Gran Conde—. Aquí está la promesa de nuestro jardín.

El silencio salía de la boca entreabierta del muerto.

—Lo haré bien.

Fue girando el cuerpo muerto hasta lograr que la cabeza colgara fuera del perímetro de la cama. Debajo colocó uno de los recipientes de cobre. Con un estilete rasgó la vena del cuello. La sangre de Skuba Dratewka, muerto hacía ya varias horas, tardó en salir. Cuando el recipiente estuvo casi lleno, Mare Limba le echó limaduras de plata. Después abrió el cuerpo desde la base del cuello hasta debajo del ombligo. Eligió el corazón y el hígado. Volcó los órganos en el otro recipiente y los cubrió con sal gema.

La Fortaleza dormía.

La gura abandonó la habitación por una ventana baja. Llevaba una manta. Una vez afuera buscó un lugar apropiado. Extendió allí la manta y la cargó con tierra y estiércol de oveja. La anudó y se la puso a las espaldas. Pesaba. Regresó a la habitación y volcó la tierra y el estiércol en el baúl.

Llegaba el momento más arduo: alzar el cadáver de Skuba Dratewka para tenderlo sobre la primera capa de tierra. Mare Limba era delgada pero fuerte. Y aunque la tarea fue agotadora lo logró, pero aún no podía descansar... Abandonó la habitación para realizar el mismo viaje y volver con más tierra y más estiércol que, esta vez, volcó sobre el cuerpo. Ya sin aliento se tendió junto al incipiente jardín y durmió sin sueños.

Desde la tierra amasada con vísceras, la muerte de Skuba Dratewka comenzó a germinar.

Antes que ninguna otra cosa aparecieron hongos y gusanos. Después asomaron las primeras plantas. Nada era verde en aquel jardín; todo tenía colores ambiguos, todo era carnoso. En un extremo del baúl la jardinera había sembrado el corazón de Skuba Dratewka. Y el hígado en el extremo opuesto. Y era en esos puntos donde Mare Limba ponía su máximo empeño. Los órganos sepultados germinaban en una viscosidad alimentada con la última sangre del recipiente de cobre. Sobresalían de

aquel cantero desordenado y promiscuo hinchazones sin nombre.

—Me mandan preguntar sobre la condición del Gran Conde —dijo el siervo.

—Diles que el Gran Conde está floreciendo —le respondió Mare Limba.

El olor había disminuido, las bandejas regresaban limpias, contaba la servidumbre.

Poco a poco, la Fortaleza iba recobrando su ritmo normal bajo el mando del Conde Sustituto, y eso favorecía a la gura. Nadie la molestaba, nadie quería acercarse a la pestilencia. No obstante, para todos ellos, Skuba Dratewka aún no había muerto. El peligro de una visita era inminente... Sería ese día o el día después. De no mediar aquel riesgo, el tiempo que dedicaba la gura al cultivo su jardín habría sido el más apacible y dulce de toda su vida.

Al fin, Mare Limba decidió tomar la iniciativa. Se cubrió con su capa y abandonó la habitación donde el jardín palpitaba y crecía. La gura pidió ver al Conde Sustituto. Remus la recibió de inmediato. Le alcanzó con mirarlo para percibir los primeros cambios. Remus Dratewka ya era otro: el poder empezaba a endulzar su mesa y su cama.

—De tu primo he venido a hablarte.

—Si lo deseas... —dijo, señalando de mala gana una banqueta de cuero.

—Gracias, será mejor de pie —respondió Mare Limba.

Remus se contentó con una pregunta muda.

—En cierto modo —comenzó Mare Limba—, solo en cierto modo les he mentido.

—¡Supuse que esas mejoras de las que hablabas eran falsas! Es eso, ¿verdad?

—Es y no es... Skuba está mejor, por cierto. Acepta alimento y agua.

Las palabras de la gura le provocaban sensaciones contradictorias.

—Dime de una vez. ¿Está muriendo?

—No, no —Mare Limba se detuvo—. Tal vez esté muriendo como Gran Conde de Terentigani. Ya no podrá regresar al trono. Su condición no volverá a ser la de antes, sus piernas no lograrían sostenerlo de pie... Pero me atrevo a adelantarte lo que él mismo te pedirá. Su deseo es permanecer en un sitio apartado de la vista del mundo, como tu guía y asesor.

La noticia fue la mejor que Remus Dratewka podía escuchar. Conocía las virtudes de su primo para el gobierno y, en muchos sentidos, sería óptimo contar con su consejo.

—Escucha... —interrumpió Remus—. Veré a mi primo con mis propios ojos. Iré... —se arrepintió—. Iremos en comitiva esta misma tarde.

—¡Gracias, Remus! Será tan bueno para él verte y saber que Terentigani y su trono están en buenas manos —Mare Limba pareció dudar—. Es cierto que aún hay algo de ponzoña en el aire. ¡Pero no te dañará a ti! Eres joven y fuerte.

Remus Dratewka evaluó lo que acababa de escuchar.

—¿Cuánto tardará esa ponzoña en desaparecer del aire?

—Algunos días. Quizás una semana —respondió la gura—. ¡Pero no te enfermará a ti, Remus!

—Veré, entonces. Ya lo veré...

—Skuba los estará esperando —Mare Limba avanzó sobre la verdad—. ¡Verás el cambio, Remus! ¡Lo verás y no podrás creerlo!

—Puedes irte.

Se retiraba la gura, cuando Remus la detuvo.

—Me gustaría tener a alguien a mi lado capaz de cuidarme de ese modo.

—Hazte amar —Mare Limba sonrió y se fue.

La gura había conseguido el tiempo que necesitaban ella y los bulbos que habían nacido del hígado y el corazón de Skuba Dratewka. Pocas noches después de su conversación con Remus, ya sobresalían de la tierra con cuerpo propio. Uno más violáceo. Otro más blanquecino. Pero ambos con la textura de una fruta de carne.

Segura de que el Gran Conde Sustituto dejaría pasar una semana o quizá más antes de su visita, Mare Limba esperó paciente el momento exacto de la cosecha. Cuando el día llegó, la jardinera se acercó a su jardín.

—Tomaré tus dos mejores frutos —dijo—, porque ellos procrearán tu espíritu.

Arrancó delicadamente el bulbo que nacía del corazón y lo envolvió en un pañuelo. Luego hizo lo propio con el fruto del hígado.

Los pañuelos apenas se mancharon. Mare Limba armó un mínimo hato de ropa, donde guardó además los frutos envueltos. Y un anillo con una piedra verde.

—Ha llegado el momento de abandonarte... Me llevo lo mejor que fuimos capaces de cultivar. Mañana recíbelos en todo tu esplendor. Déjalos sin habla, ¡atemorízalos! Querrán deshacerse de ti pero ¿qué podrían hacer? ¿Arrojarte a la tierra? Volverás. ¿Al agua? Volverás. ¿Al fuego? Volverás también.

Con el cabello desatado y vestida con una simple túnica, Mare Limba abandonó la fortaleza. Caminaba y era parte de la noche. No se topó con ningún guardia pero, aun así, era Mare Limba y nadie habría osado preguntarle ni detenerla.

«Al río. Al mar», había decidido la gura.

Y se encaminó al río que abastecía de agua a la ciudad y a la Fortaleza, a los pastores y a los rebaños.

Llegó, y todavía la oscuridad no empezaba a abrirse.

«Mejor así», se dijo.

Se acercó a la orilla y bebió tanta agua como pudo. Deshizo el fardo de ropa y escogió uno de los bulbos. Con piedras, armó una pequeña urna y en ella depositó el fruto violáceo, nacido del hígado, de modo que la corriente lo rozara. El agua pasaba sobre el fruto y arrastraba un hilo sanguinolento. Mare Limba se sentó a esperar. Y esperó hasta que vio a las ranas abandonar el río.

—Al mar —dijo.

Por entonces los puertos bullían de gente sin propósito ni condición, ansiosos de partir al continente del Este. Entre ellos se mezcló Mare Limba, lista para zarpar hacia la otra orilla de su propósito.

Fara y Antón habían pasado la noche en el puerto cerca del *Princesa Nadya*, una nave pequeña que partía en busca de los diamantes del tamaño de una naranja que, decían, habían hallado al Norte de Mérec.

Los alquimistas de las cuevas de los montes Coloána habían negociado con su dueño, un próspero comerciante de los condados del Sur, el traslado de la mujer del Este y de su hijo.

—Espera aquí, no te muevas —le dijo Fara a Antón—. Voy a buscar agua.

Antón era un niño ávido de conocimiento. Todo llamaba su atención. Cuánto más un puerto atiborrado, un paisaje en movimiento que llenaba sin cesar los espacios vacíos y abría otros nuevos. El niño descendió del bulto de ropa donde su madre lo había sentado y empezó a caminar, atraído por aquel abigarrado espectáculo.

Desde lejos, Fara notó su ausencia. El agua que llevaba se derramó mientras corría.

—¡Antón! —llamó—. ¡Antón!

Fara miró a su alrededor, ninguno de los que estaba cerca cuando se marchó seguía allí, perdió la calma, olvidó la riesgosa situación en la que se hallaba y corrió entre la gente repitiendo el nombre de su hijo... Algunos la miraban. La mayoría ni siquiera eso. La sirena de un barco que partía desquició más la situación.

—¡Cuidado, perra! —gritó un hombre al que Fara atropelló.

—¡Antón! —repetía ella.

Mucha gente estaba moviéndose hacia el barco que zarpaba, y Fara con ellos. Todos hacia los muelles para saludar a desconocidos. Todos hacia la orilla. Y en dirección opuesta, una mujer de cabello largo y sin equipaje traía a Antón de la mano.

Fara corrió hacia su hijo.

—Aquí lo tienes —dijo la desconocida—. Te buscaba.

—¡Gracias! —Fara habría querido recompensarla—. No tengo demasiado...

La mujer la detuvo con un gesto terminante, y quiso saber:

—¿Te marchas a las tierras del Oeste?

Fara era una prófuga. Tuvo miedo.

—Debo irme —se excusó—. Dejé el bulto de ropa... Además mi hijo quería beber...

La mujer inclinó levemente su cabeza. Antes de marcharse, fijó los ojos en Antón. Ninguno de los dos podía saber entonces que estarían parados en las orillas opuestas de una misma profecía. Antón para darle cumplimento, Mare Limba para malversarla.

Mucha gente buscaba en el puerto la posibilidad de subir a los barcos como tripulantes o siervos. Muchos otros aprovechaban la confusión para robar. Había rameras, había alucinados.

—No vuelvas a alejarte, ¿me oyes? —le dijo Fara, sentada sobre el bulto de ropa. Procuraba calmarse. El incidente, aquella mujer, el viaje, el temor, la multitud, no ayudaban.

—¿Por qué no vino Cadú? —preguntó Antón.

—Ya te lo he dicho. Se queda con Loredana. Ya sabes cuánto le gustan sus cuentos y...

La mano que de pronto la tomó por el hombro la sobresaltó todavía más. Fara giró vivamente, pero entonces el temor se deshizo en alegría.

—¿Tú? —la mujer se levantó de un salto—. No creí volver a verte.

Poco después, Antón jugaba con la arena sucia del puerto. Cerca, su madre y la Figura conversaban en voz baja.

—Necesito darte algo —dijo la Figura—. Algo que saqué de las cuevas.

Fara vio al hombre buscar entre los pliegues de su túnica. Reconoció el pergamino del monasterio de inmediato.

—La profecía —murmuró.

—Debes llevarla a Mérec...

—¿Llevarla? ¿Conmigo? —Fara no comprendía.

—El camino que me trajo hasta aquí corcovea y salta sobre el destino. Ahora te pido que me ayudes para que sea bueno.

Fara apenas asintió.

—La llevarás —continuaba la Figura mientras ponía el pergamino en las manos de Fara— y la cuidarás hasta que Antón sea capaz de entenderla. A él se la darás. Solamente a él, ¿lo entiendes?

—Falta mucho para ese momento.

—Menos de lo que crees. Antón no demorará en crecer.

—Temo no poder cumplir con tu pedido.

—Podrás, Fara.

La mujer miró el bulto de ropa.

—No —dijo la Figura—. Llévala contigo. Guárdala en el bolso de panza de oveja que te dio Padure.

Se oyó un llamado de partida. Se acercaba la hora de abordar el *Princesa Nadya*.

—Déjame verte —pidió Fara.

—No puedo.

—¿Por qué?

—No entenderías mi rostro.

Fara no insistió.

—¿Volveremos a encontrarnos?

—Nunca más.

—¿Y Antón? —preguntó Fara—. ¿Volverá él a verte?

—Si cumples con tu cometido.

Fara y su hijo navegaban hacia el Norte de Mérec. Mare Limba, hacia el Sur. Y atrás, Terentigani envenenado. Atrás, una peste que cargaría centenares de carros con cadáveres de hombres y de ovejas.

Mientras los barcos se alejaban, el fruto nacido del hígado de Skuba Dratewka comenzaba a deshilarse en el río. Un hilo que se abría en dos. Y esos, en otros.

Cansado y sediento después de una larga caminata, un carpintero se detuvo en la orilla. Llenó el cuenco de sus manos y bebió agua fresca.

Más abajo, el dueño de una taberna llenaba baldes de madera que luego subía a su carro. Era el agua con la que preparaba la «sopa por dos cupras» que los comensales pedían para acompañar el pan y el vino.

El hilo de sangre pasó por donde bebía un rebaño de ovejas. Continuó. Unas jóvenes lavanderas jugaban en el río, salpicándose unas a otras.

Cuando Remus Dratewka y su pequeña comitiva caminaban hacia la habitación del Gran Conde, aún no había llegado a la Fortaleza la noticia de los primeros enfermos.

Cuando golpeó a la puerta, varios hombres en la taberna tomaban «sopa por dos cupras».

Mientras el Gran Conde Sustituto esperaba que Mare Limba abriese la puerta, una lavandera se quejó de sentir la lengua pesada y pegajosa.

Cansado de esperar, ya fastidiado, Remus abrió la puerta. Demoró en entender... La habitación estaba vacía. Ni Mare Limba ni Skuba pero ¿qué era aquello que florecía dentro de un baúl?

Las primeras ovejas enfermas se dejaron caer.

Remus y quienes lo acompañaban observaban el extraño jardín. No se atrevían a acercarse. Nada de lo que allí crecía era inocente, todo era una proliferación atroz, formas turgentes que latían.

—¿Qué es esto?

Por fin alguien se armó de coraje pero, apenas hundió un dedo en aquel sedimento viscoso, se retiró, estremecido.

—¿Qué es? —repitió el Conde.

Mientras tanto, el agua del río corría por los canales que abastecían Oras Gat y los alrededores. El tabernero vendía su «sopa por dos cupras» y la vida del carpintero se iba en una imparable defecación líquida que su perro bebía.

En la habitación donde Skuba Dratewka había dormido durante su largo gobierno, el rostro de Remus no aceptaba ninguna expresión.

—Él está ahí —murmuró. Y repitió las palabras de la gura—. Reverdeciendo —repitió—. Floreciendo.

Las primeras víctimas de la peste más furibunda en la historia de Terentigani comenzaban a caer sobre sus vómitos. Poco después la enfermedad se había extendido como cizaña por todo el territorio, la llevaron las caravanas y los soldados, los palari pamá y las ovejas. La gente moría con las piernas encogidas. Las ovejas, con la lengua negra.

Huir hacia las zonas frías era imposible porque allí esperaban, en pie de guerra, los clanes del Este. Las multitudes se desplazaban al Sur, sin certeza de salvación. Muy pronto, por órdenes expresas del Gran Conde de Terentigani, los barcos dejaron de zarpar. Remus Dratewka procuraba evitar así la fuga de las familias acaudaladas y de sus riquezas. Todas las fuerzas y los recursos debían utilizarse para salvar la ciudad de Oras Gat y el señorío del linaje Dratewka.

Para los dragones libres, la peste de los hombres significó un largo tiempo sin acechanzas.

La peste fue viento sobre el fuego encendido de la profecía. La avivó y la extendió como miedo y como esperanza.

- Se cumple la profecía del monasterio.
- Comienzan los males que anuncia.
- El fuego ya sucedió en los bosques de Fresno.
- Las cadenas esclavizan a los dragones.
- Ahora, esta enfermedad.

Tercera parte

El sitio

El Norte de Mérec, selvático y caliente, fue el destino preferido de comerciantes y aventureros. No así del linaje Dratewka y su ejército. El clima del Norte les resultaba nocivo y la naturaleza estruendosa. Por eso, la presencia Dratewka en el basto Norte de Mérec era débil y se limitaba a asentamientos precarios, más administrativos que militares. Tras algunas escaramuzas, los arayés del Norte y los comerciantes aprendieron a tolerarse. Y aunque de tanto en tanto combatían y tomaban prisioneros, las cosas solían resolverse con intercambios o pactos aceptables para ambas partes.

El linaje Dratewka eligió el Sur marítimo para alzar Oras Viitor, su principal emplazamiento. Alrededor, los arayés se mantenían silenciosos. Pero tal como Mare Limba lo sospechó desde su arribo a Oras Viitor, era un silencio que nada tenía de resignación.

Dime, Tatalíe —preguntó la gura antes de encender hojas de tabaco—. ¿Se aplican nuestros castigos lo suficiente?

—Desde que llegamos. Un gran empalamiento ordenado por mi querido Constantín aplacó a los monos.

Tatalíe Dratewka y Constantín Dratewka, comandantes de los primeros asentamientos en Mérec. Skuba Dratewka pensaba reemplazar a los hermanos apenas pacificaran el territorio, pero no llegó a completar su juego. Para eso estaban Mare Limba, su paciencia y su implacable decisión.

Tatalíe, quien solo por edad sostenía el título de jerarca, era un hombre de escasas luces. Tenía una oveja como mascota. La llamaba Mi Bien y solía acostarla sobre sus coyunturas doloridas. El soberbio Constantín, que contaba la mitad de años que su hermano, era quien tomaba las decisiones sobre los nativos: el primer gran empalamiento, tan numeroso que alcanzó a rodear con cadáveres una aldea, y el envío de arayés a las minas de oro del Oeste.

Mare Limba y Tatalíe aspiraban tabaco.

—¿Piensas entonces que los arayés ya no significan un riesgo?

—¡Eso mismo! —Tatalíe hizo un gesto de despreocupación—. No son de temer. Con apenas matar a algunos de ellos, logramos que el resto se amansara. Trabajan para nosotros, nos traen tabaco. Te gusta el tabaco, ¿verdad?

Tatalíe estaba exultante por la llegada de la Mare Limba: ahora, igual que el Gran Conde de Terentigani, tenía su propia gura.

—Nuestros barcos ya casi no llegan —se lamentó—. ¿Cuánto demorará la peste en abandonar Terentigani?

—En tu lugar no me quedaría esperando —respondió Mare Limba—. Me abocaría a erigir aquí un nuevo reino.

—No me gusta eso que dices —Tatalíe metió los pies bajo la oveja, echada junto a su silla—. Necesitaré algo para calmar mis dolores.

A Mare Limba la enfurecía ser tratada como una cocinera de remedios, pero por el momento se obligaba a soportarlo. Tenía veinte años y un plan que requería la paciencia de una anciana.

—Me encargaré —dijo—. Y también me dedicaré a buscar una mascota digna de los jefes Dratewka.

Tatalíe miró a su oveja.

—Mi Bien... ¿Qué tiene de malo?

—No impone respeto.

—Tú no has visto a mis perros —rio Tatalíe—. Tengo cinco perros.

—Los he visto. Tampoco hablo de un perro. Hablo del miedo.

—¿Entonces?

Mare Limba se puso de pie.

—Si me lo permites, voy a retirarme.

—Sí, vete —Tatalíe le recordó—. ¡Y prepara pronto un remedio para mis huesos!

La gura no confiaba en esos hombres y mujeres pequeños y casi desnudos que sonreían sin razón aparente. Y que disminuían las palabras.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó Mare Limba a un muchacho aráyé que deambulaba por la Fortaleza.

—Traigo tabaquito.

¿Por qué lo empequeñecían todo? La gura sabía que algo ocultaba ese extraño modo de hablar, y que no era inofensivo.

—Tengo dulces si quieres —ofreció.

El muchacho asintió. Le gustaban los dulces de los Dratewka.

Mare Limba lo invitó a sentarse, junto a ella, sobre unos barriles volcados.

—Cuéntame. Dónde vives.

—En la aldea, en la Casa Gusano.

—¿En cuál de todas?

—En la Casa Gusano del Viento.

—Hay mucha gente allí, ¿cierto?

—Hay muchos fueguitos.

—¿Son fuegos pequeños?

—No sé.

—Entonces por qué dices fueguito.

—Porque es de los espíritus pequeños.

—Cuéntame qué es eso —Mare Limba le ofreció otro dulce.

—Son pequeños dioses que usan aros en las orejas y danzan. Y saben de la Caña.

—¿Qué es la caña?

—Es camino en el tiempo —dijo el muchacho—. Pero hace mucho que se ocultaron.

La gura se estremeció pensando en la Perforación.

—¿Has visto a esos dioses pequeños?

—No.

—¿Y alguien en la Casa Gusano del Viento?

—No.

—Si no las han visto, ¿cómo saben que bailan y llevan aros?

—Como sabemos que hay un tambor en nuestro pecho, pum, pum. Y no lo vemos.

En el Norte de Mérec, Fara y Antón respetaban su lugar en la fila. Adelante, la primera esposa con sus hijos; detrás, la segunda esposa con los suyos. Por último, Fara y Antón.

Los arayés habían recibido a la extranjera como canje por un prisionero y pronto la desposaron con un hechicero de la aldea: Tucán, el ejecutante, quien ahora guiaba a sus esposas e hijos hacia la laguna. Allí compartiría con sus hijos el antiguo arte de hacer sonar el agua como un tambor, de colocar las manos y golpear la superficie para que los espejos de agua se transformaran en parches.

Pero no era el caso de Antón. En cada una de las muchas visitas a la laguna, Fara se negaba a que su hijo se metiera en el agua a recibir lecciones. Su hijo no era arayé, y Fara no quería que lo fuera.

Con el agua a la cintura y ubicados en ronda porque era la disposición más apropiada para golpear el parche, los hijos del ejecutante llamaban a los gritos festivos su padre. Porque el Tucán se demoraba con las mujeres.

Le hablaba a la que más amaba.

—Hoy este niño —dijo señalando a Antón— va a entrar con nosotros y aprenderá con mis hijos a golpear el agua.

Fara apretó a Antón, no por temor sino porque se resistía a que su hijo aprendiera esas costumbres.

—No hace falta —dijo.

Tucán, el ejecutante insistió.

—Antón les enseña a mis hijos sus saberes. Ahora nosotros queremos enseñarle los nuestros.

Fara no concebía cómo el ejecutante se atrevía a comparar los conocimientos alquímicos con aquella acción ingenua de golpear el agua y sacarle un sonido rítmico.

—No hace falta —repitió.

Ocho años antes, el barco en el que viajaban Fara y Antón había anclado en las costas de Mérec. Durante el viaje Fara perdió buena parte de su belleza, y ahora algo de su lucidez empezaba a flaquear.

Si el mar había sido malo, la tierra no fue mejor. No, al menos, al comienzo. Apenas desembarcada, y como a todos los que llegaban, la exuberancia de aquella tierra la dejó atónita. Las hojas alcanzaban el tamaño de las bandejas en las que, en Terentigani, se servían corderos enteros. Algunos aromas atormentaban sus fosas nasales. La asustaron el tamaño de los pájaros y la desmesura de las primeras tormentas que soportaron casi a la intemperie. Como compensación, los frutos parecían estar esperándolos. Tan fácil era hallarlos. Y los rebaños que bajaban de los barcos se derramaban por pasturas gruesas y dulces.

Desembarcaron en una península atravesada por un delta pantanoso. Los arayés llamaban a aquel lugar Agua de Tierra. Los mercaderes y los aventureros de Terentigani la rebautizaron Península Diamante, como una manera de hacer realidad sus deseos.

El emplazamiento, al que el dueño del *Princesa Nadya* llamó pomposamente «ciudad», no era más que unas pocas construcciones precarias rodeadas por una empalizada. En el centro del espacio se alzaba un mástil, que más bien era una larga rama descortezada donde ondeaba la bandera Dratewka: dos franjas horizontales, una blanca por los rebaños, otra roja por la sangre. Y dos estacas cruzadas. Quisiera o no, el mercader debía honrarlos, porque provenía de un condado, al Sur de Terentigani, sometido al poder Dratewka.

Todas las manos eran necesarias. Fara se anotó como sierva en el fuerte, donde realizaría trabajos de toda índole. Desde escardar lana hasta reparar la empalizada, desde remendar botas hasta bruñir espadas.

Nunca olvidarían, Fara y su hijo, el primer ataque de la nación arayé.

Era una madrugada especialmente fuerte y húmeda. Apenas amanecía, y para aquellos hombres y mujeres, demasiado blancos y demasiado vestidos, el calor ya era insoportable. Fara estaba amasando barro y paja que luego modelaba en forma de bloques rectangulares que se usaban para construir residencias y depósitos. Justo entonces se oyeron alaridos de ataque. Fara alzó la cabeza a tiempo de ver una lluvia de flechas volando sobre la empalizada.

Cómo no habían visto los guardias acercarse a los atacantes, cómo no habían escuchado sus pasos, fueron preguntas que Fara pudo responderse después, cuando conoció de cerca a esos hombres pequeños y delgados, con más adornos que ropa y el rostro pintado.

Cuando vio a los arayés descolgarse desde la empalizada, Fara abrazó a su hijo. Sin embargo no sucedió la masacre que esperaba. La escaramuza fue breve y dejó pocos muertos. Como habían venido los arayés se fueron, sin que mediara más que el llamado de un cuerno a la distancia. La bandera blanca y roja de los Dratewka siguió ondeando.

Ahora, ocho años después, Fara era esposa de un hombre diminuto e incomprensible. Antón tenía en los ojos a sus dos padres. Padure en el color azul, Fara en la forma rasgada. El cabello, que llevaba muy crecido y atado con una

cuerda, era claro.

—Un arayé debe pedirle música al agua —insistió Tucán.

—Mi hijo no es arayé.

—Pero quiero tocar el agua, madre —intervino Antón.

Tucán sonrió y le hizo gestos como para que lo siguiera.

—Desnúdate —le dijo.

Aun viviendo en las casas arayés, Fara se las había ingeniado para mantenerse vestida y vestir a su hijo.

El ejecutante sabía que a su esposa amada no le gustaba lucir su desnudez y, siempre que pudo, le trajo las ropas de los muertos en los ataques. Por eso Fara vestía ropa de hombre mientras Antón llevaba una camisola que le llegaba a las rodillas y que su madre le ceñía a la cintura.

Los arayés lo aceptaban porque era la esposa del ejecutante. Tucán lo permitía por amor. Las mujeres arayés no perdían oportunidad de burlarse de ella.

—Déjame ir, madre —volvió a pedir Antón.

—No lo harás. No eres un animal —Fara habló en su lengua natal, violando la estricta prohibición que, en ese sentido, se le había impuesto. Las dos esposas del ejecutante se movieron inquietas.

—Mi hijo no hará eso.

—Pero... —intentó Antón.

—¡Silencio! —exigió su madre.

El ejecutante no tenía otra opción que impartir justicia. La mirada ansiosa de sus dos esposas lo interrogaba. Estaba obligado a ser justo: ¿Qué pasa que no le das castigo? Tucán, el ejecutante, era incapaz de lastimarle la espalda con ramas espinosas o morderle los muslos. Entonces, cedió el derecho a sus dos mujeres.

—Pueden las esposas antiguas acomodar a la esposa nueva —dijo.

Los hijos del Tucán habían salido de la laguna y observaban con interés la escena. Las mujeres se acercaron a Fara, que retrocedía. Antón miraba al Tucán, esperaba que las detuviera. Como si se hubiesen puesto de acuerdo, las arayés saltaron al mismo tiempo, tomaron a Fara por los brazos y la arrastraron hacia la casa grande, una construcción compartida por muchas familias. Antón y los hijos del ejecutante las seguían. El primero, temeroso de la suerte de su madre. Los otros, divertidos.

Una vez en la casa, las mujeres de las otras familias se sumaron al castigo. Acostaron a Fara sobre la tierra, en el patio común. Y mientras unas la sostenían por los brazos y las piernas, otras le quitaron la ropa a tirones.

—¡Vete, Antón! Vete —gritó Fara. En lugar de irse, Antón cerró los ojos.

Cuando estuvo desnuda como todas las demás, las arayés le pintaron el cuerpo. Y como Fara no cesaba de retorcerse los trazos no pudieron ser bellos. Después la obligaron a ponerse de pie. Hicieron una ronda y empezaron a jugar con ella, empujándola una, sosteniéndola otra. Los hombres observaban a la distancia. Era el derecho de las esposas y no había nada que decir.

Por fin, la dejaron en paz. Y se marcharon, cada una a su fuego.

Fara buscó los jirones de ropa y se vistió. Más tarde Antón la encontró llorando, con el vaso de alquimia entre las manos. Era un muchacho de once años, confundido. Amaba a su madre y sufría por las humillaciones que soportaba. Y al mismo tiempo se preguntaba si no habría sido más sencillo que le hubiera permitido hacer sonar el agua como un tambor.

Aquellos que habían llegado desde Terentigani se distribuyeron por la extensión de Mérec según sus intereses y ambiciones. El gobierno Dratewka eligió alzar su ciudad principal en las costas del Sur, más templadas, y con buenos puertos naturales. Los comerciantes prefirieron el Oeste, por las promesas de oro. O el Norte, por los diamantes.

Los Tzarús se asentaron en colonias ocultas por todo el territorio. Pero sobre todo, a la usanza de Terentigani, en zonas montañosas y de cuevas. Por eso la mayor concentración de colonias se encontraba en los montes Cazut, muy especialmente cerca del cañón seco del Crapatura. A lo largo de aquellos años los alquimistas fueron sembrando Fresnos Sagrados en diversos puntos de su recorrido, sin demasiadas esperanzas de que las semillas prosperaran pues el clima de aquellos territorios era opuesto al de Terentigani.

Algo unía sin embargo a todos, al linaje Dratewka y al Tzarús, a los palari pamá, a los comerciantes de los condados tributarios: todos sufrían, de un modo u otro, la falta de contacto con Terentigani. Desde la peste desatada en el continente casi no habían arribado barcos a Mérec. En el año 940 ya no llegaba más que alguna esporádica embarcación que había logrado huir desde los puertos australes.

Ese año, la vida de Fara y de su hijo estaba a punto de cambiar. No pudo anticiparlo aquella noche, cuando sucedió lo usual. Dormía en su choza de palma cuando Tucán, el ejecutante, vino por ella. La mujer había aprendido a soportarlo, pero también había hallado el modo de evitar todo riesgo de engendrar con ese pequeño hombre que la asqueaba.

Tucán la despertó con suavidad y luego la dio vuelta.

Fara se cercioró de que Antón durmiera y luego esperó. El olor que emanaba el cuerpo de su esposo, de las pinturas que usaba para adornarse, le producían náuseas y tristeza. Lo soportaba, aunque sentía que tenía un mono encaramado a sus espaldas. Por fin, el ejecutante se levantó. Ella giró boca arriba con los ojos cerrados. Su esposo sabía que no iba a abrirlos hasta que se fuera.

Antes de volver a dormirse, Fara pronunció la Oración Primaria. La despertó el cotidiano calor pegajoso al que tampoco lograba acostumbrarse. Sin embargo, el día que comenzaba no sería opaco y yermo, como cada uno desde que la tribu la canjeara

por un prisionero de rango y la desposara con el ejecutante.

Promediaba la mañana. Fara, como cada jornada, le impartía magisterio a su hijo. A veces se detenía en mitad de un proverbio o de una fórmula pensando todo lo que debió ocurrir para que las enseñanzas de su padre llegaran desde el Este helado de Terentigani a las tierras calientes de los arayés.

—Recuerda siempre... La alquimia es una boda. Todo es dual, todo es par.

—Tucán, el ejecutante, no entiende eso —interrumpió Antón—. He intentado explicárselo y se ríe.

Comentarios como ese sobresaltaban a Fara.

—No intentes explicarles lo que jamás entenderán. Mira y verás el sol y la luna, el hombre y la mujer, el arriba y el abajo. Me pregunto por qué ellos no pueden verlo.

—Ellos ven lo que pasa entre unos y otros.

—¿Y qué ven entre el sol y la luna?

—El atardecer.

—¿Entre la vida y la muerte?

—El día de hoy.

La mujer del Este se inquietaba.

—¿Y qué ven entre un hombre y una mujer?

—Tal vez una mujer como tú, que no quiere andar desnuda.

Fara dio por terminada la lección antes de tiempo. Antón era curioso y rebelde, y a veces la confundía.

—Si tu abuelo estuviera aquí podría explicártelo todo, sin dejarte dudas —dijo.

Una de las esposas del ejecutante se acercaba con carne de tortuga colocada sobre una corteza.

—Toma. Dice Tucán que es para ti y tu hijo.

Fara aceptó el alimento y se sentó a compartirlo con Antón. Pero antes de acabar la porción de carne, algunos arayés que habían salido de pesca llegaron exaltados.

La noticia lo justificaba... Dos canoas con extranjeros habían atracado cerca. Entonces los arayés que traían la novedad usaron una expresión que Fara jamás logró entender.

—No falta ninguno.

¿Qué significaba eso? ¿Cómo podían decir que no faltaba ninguno sobre un grupo de gente que nunca antes habían visto?

—No falta ninguno.

Los arayés se veían preocupados.

Un grupo de hombres tomó la delantera. Las mujeres y los niños fueron detrás. Fara y Antón con ellos.

En efecto, allí estaban las dos canoas. Más que extraño, cuando casi no llegaban barcos desde Terentigani.

Apenas los extranjeros vieron acercarse a los arayés, alzaron las manos en señal de paz. Los arayés mandaron traer a la esposa amada de Tucán, el ejecutante, porque

ella hablaba muchas lenguas. Fara dejó a Antón con los demás niños, avanzó hacia los recién llegados y, cuando estuvo suficientemente cerca, su corazón se expandió. Eran Tzarús, sin dudas. Todos lo eran.

Contó siete hombres. Luego supo que había otros dos, gravemente enfermos, en las canoas.

Una mujer de Terentigani vestida con ropa de hombre que hablaba la lengua de los nativos. Eso vio el extranjero que tomó la palabra.

—Diles que me llamo Andrei y que vengo en son de amistad.

—Dice que se llama Tucán, el ejecutante.

—Diles que nuestro barco naufragó no muy lejos de la costa y que nosotros logramos salvarnos. Diles que traemos dos enfermos, mucha hambre y sed.

Fara prestaba atención y luego repetía en la lengua aráyé.

—Diles —continuó Andrei— que solicitamos ayuda y que, a cambio, les daremos lo que pudimos cargar.

—Preguntan qué traen.

—Monedas de oro —dijo Andrei.

Esta vez Fara no necesitó traducir para responder.

—No querrán oro.

—¿Qué dicen? —preguntó el ejecutante.

—Que tienen oro —le respondió Fara.

Los aráyés rieron a carcajadas.

—¿Tienen algo bueno? —preguntó el ejecutante cuando paró de reírse.

—¿Qué más tienes? —preguntó Fara.

—Poco más.

—Poco —tradujo Fara.

—Dile que nos muestre...

—Dicen que les muestres.

—Para eso tengo que ir hasta las canoas —advirtió Andrei.

—Él debe ir a la canoa.

—Que vaya.

—Ve.

El hombre que se había presentado como Andrei regresó cargando un fardo de cuero. Lo depositó en la arena.

—¡Que espere! —gritó Tucán.

—¡Espera!

Andrei alzó las manos. A una señal, dos guerreros aráyés se acercaron al fardo y lo lancearon. Dentro, hubo ruido de trastos.

—Ahora sí —dijo Tucán, el ejecutante.

—Ahora sí —dijo Fara.

Una vez que el fardo estuvo abierto, los aráyés quisieron ver de cerca.

Algunos vasos de metal, cuchillos, un cinto de cuero... Los aráyés movían sus

cabezas, decepcionados. Hasta que Tucán tomó algo en sus manos. Lo acercó a su rostro y lo separó, sobresaltado. Probó otra vez... A través de aquella roca sin color el arayé descubrió, en la piel de sus manos, senderos y signos que nunca había visto. Sus hombres se acercaron. Hubo murmullos y expresiones de perplejidad. Finalmente Tucán, el ejecutante, dijo.

—Este ojo —dijo—. Queremos este ojo.

Andrei comprendió el sentido de las palabras del arayé, y ofreció:

—Diles que podemos hacerles otros.

Para aquellos hombres del linaje de los alquimistas no sería difícil fabricar vidrio y luego pulirlo para conseguir lentes de aumento.

Ojos, decían los arayés.

Ojos nuevos para ver lo que sabemos que existe, dijo Tucán, el ejecutante.

Ojo-Que-Ve-Otro-Mundo.

Los extranjeros no lograban establecer si los arayés estaban felices, asombrados o temerosos.

—Es como si estuviese leyendo —dijo Andrei esa tarde, viendo cómo el ejecutante se quedaba largo rato observando una hoja a través de la lupa.

Tanto como los sentimientos del pueblo arayé, era incierta la condición de los Tzarús: no eran prisioneros aunque tampoco podían irse. Nunca fueron maltratados. Recibieron medicinas que sanaron a sus enfermos, además de carne y frutos que los ayudaron a reponerse. Sin embargo, los arayés no les dirigieron la palabra excepto para saber cuánto demoraría el ojo que estaban fabricando.

Los Tzarús se repartían entre el deseo de terminar la lente pronto para seguir viaje y la necesidad de preservar el misterio, de modo que aquella gente creyese que la obtención de aquel artificio implicaba esfuerzo y saberes extremos.

Desde la llegada de los Tzarús, Tucán, el ejecutante, había cambiado en muchos sentidos. Uno, en especial, hacía dichosa a Fara: el esposo no había vuelto a buscarla.

Era de noche y una tormenta feroz azotaba la selva. Las sombras chorreaban, chorreaba el cielo. Y Fara no lograba conciliar el sueño. Que Antón, en cambio, durmiera tan plácidamente, provocaba sentimientos encontrados. El alivio de verlo descansar tranquilo, la desazón de corroborar cuánto su hijo se había acostumbrado a la vida en la selva. Esas cosas pensaba Fara cuando apareció Tucán, el ejecutante. Esta vez le costaría resignarse mucho más que de costumbre. Y comprendió que era por Andrei, por su rostro de trazos perfectos, por sus ojos agudos.

Como fuera, estaba obligada a soportarlo. Así que cerró los ojos y aguardó. Tucán demoraba en darla vuelta... En lugar de eso, la mujer sintió un cosquilleo en sus pies. Abrió los ojos y vio a su esposo observando detenidamente cada dedo a través de la lupa, cada vena que sobresalía, cada irregularidad en la piel de su esposa más amada. Después la mirada subió por las piernas, se detuvo en el pubis, se acercó al ombligo.

Por primera vez en esos años Fara sintió algo semejante a la ternura por aquel hombre y extendió la mano para acariciar la cabeza hirsuta que se inclinaba sobre su vientre. Luego se arrepintió.

—¿Qué ves? —preguntó.

—Son pequeños y brillan como la luz. Hay muchos, como estrellas. Son preciosos y están decorados con plumas de loros, y están pintados. Otros tienen collares, otros llevan pendientes. Y bailan de una forma preciosa.

En aquellos días, y mientras el ejecutante y los caciques de la aldea arayé se alternaban la lupa, otras cosas sucedían.

Una vez, y otra vez, y otra Antón vio que su madre observaba a Andrei. El niño se sentó a su lado.

—Estás feliz —le dijo.

—Y tú también, ¿verdad?

—Verdad.

Antón habría querido dar una respuesta no tan clara ni breve, pero la fragilidad de su madre lo enternecía.

—Tu abuelo debe estar feliz también —dijo Fara.

Primero, un ataque Dratewka la había arrancado de su mundo y la había conducido a las jaulas. Allí obtuvo la piedad de Hobsyllwin. Luego los palari pamá, las cuevas y la muerte de Cadú, luego una travesía por el mar. Finalmente una negociación de prisioneros la dejó en manos de un pueblo salvaje y de un matrimonio que la asqueaba. Aferrarse al pasado como a una máxima inflexible, recordar las enseñanzas de su padre como un texto sagrado que debía transmitir a su hijo. Solo eso la mantenía en pie. Perder su única seguridad, cuestionar las enseñanzas que había recibido de pequeña, la destruirían. Y no sería él quien socavaría los cimientos de ese altar. Por el contrario, conforme crecía, se esforzaba por consolidarlo.

—Hay algo que quisiera entender mejor —simuló ese día.

—Dime —su madre se dispuso para el magisterio.

—Todo es dual, todo es boda...

—En efecto.

—Entonces, ¿cuál es el opuesto a caminar?

—No caminar —dijo Fara, y fue evidente en su rostro la alegría de hallar una respuesta que creyó satisfactoria.

Hacía ya un tiempo que su madre hablaba cada vez más, como encantada con sus propias palabras. Hablaba, hablaba, resultaba difícil detenerla o siquiera intervenir. Porque para ella hablar y recordar se habían transformado en la misma cosa.

—Lo vemos a nuestro alrededor... Oscuridad, luz; cuerpo y alma, movimiento y quietud. Tu abuelo acostumbraba llevarme a los campos helados y allí, en un pozo hecho en la nieve, encendía fuego. Era tan sencillo de comprender.

Fara hablaba y repetía lo que tantas otras veces había dicho, porque sus argumentos eran necesariamente escasos. La habían alejado de su padre y maestro tan pronto, y ese desarraigo temprano le impidió acceder a saberes más sutiles.

Mientras su madre hablaba, Antón discutía en silencio.

¿Qué le opongo al color verde, madre? ¿Qué le opongo a las tortugas? Y dime, ¿qué le opongo al dos? ¿Le opongo lo múltiple? ¿Le opongo la unidad? El ejecutante ve otras cosas y no entiende por qué vemos dos donde hay mucho. Y se ríe de nosotros como se ríe de los niños cuando empiezan a caminar y caen al piso.

—Claro que tu abuelo lo habría explicado mejor.

Fara iba a seguir hablando. Entonces Antón puso una excusa y se marchó.

Libre ya de su madre, caminó en busca de Tucán. Lo halló observando la piel seca de un pescado a través de la lupa. Se sentó a su lado, en completo silencio. Con el ejecutante no era necesario hablar. Permaneció un largo rato mirando al hombre arayé que miraba la piel de pescado, pero como el ejecutante lo ignoraba, tan sumergido estaba en sus misterios, Antón se levantó. Y se fue a buscar cocos para beber.

Trepado a un cocotero muy alto —tal vez un legado del padre que no había conocido— buscaba el modo de reunir en un solo corazón sus dos corazones: el que había crecido junto a Fara, y el otro.

«Todo es dos», decía su madre.

«Nada sobra», decía el ejecutante.

«Toda causa tiene su efecto», afirmaba Fara.

«Los sabios no necesitan partir las frutas», decía Tucán, el ejecutante.

«Son nueve hombres», dijo Fara.

«No falta ninguno», dijeron los arayés.

Desde lo alto del cocotero Antón vio a los Tzarús trabajando en la orilla. Tomó un coco para ofrecerles y descendió.

—Bebe —dijo, mientras le extendía el fruto con la cáscara agujereada.

Andrei, ensimismado en el pulido de una lente de un palmo de diámetro, dejó a un lado su tarea.

—Gracias, muchacho.

El Tzarús se sentó en la arena.

Antón miraba la lupa, pensativo.

—¿Cómo sabemos que tú, yo y el ejecutante miramos del mismo modo y vemos lo mismo?

Había un dejo de burla en la mirada de Andrei.

—Llevas aquí mucho tiempo —dijo.

Ese comentario motivó una nueva pregunta.

—¿Nos llevarán con ustedes? Mi madre lo espera.

El Tzarús tardó en responder. Dejó el coco, tomó la lente y volvió a pulir.

—Espera a que llegue ese momento.

Antón miró a Andrei, que miraba la lente, que miraba la arena.

Fara no había conocido la pasión, no hasta la llegada de Andrei. Padure fue un amor necesario, más cercano a la soledad que al deseo. Menos lo fue Tucán, el ejecutante, resultado de una imposición. En cambio Andrei era todo lo que admiraba: un hombre volcado sobre sus instrumentos, abocado a la sabiduría.

Habían conversado pocas veces, y siempre fue Fara quien lo buscó. Alguna vez el Tzarús se vio obligado a detenerla.

—No quiero que tu esposo nos vea juntos.

—Ellos no se molestan por eso —la respuesta de Fara era a la vez una reprobación—. Ya ves, tiene tres esposas.

—Pero, según dicen, tú eres la que ama.

Fara llevaba la conversación hacia la posible partida.

—Falta poco para que acaben el trabajo.

—Así es.

—Nos llevarás, ¿verdad?

Andrei nunca respondía lo que la mujer esperaba escuchar.

—Aguarda, Fara. No sabemos cómo actuarán los arayés cuando llegue ese día.

—¡Pero no pueden dejarnos aquí!

—No queremos hacer eso. Claro que no —decía Andrei.

Hacía mucho que Fara no se detenía a observar su aspecto. La imagen que de sí misma conservaba era la de aquella jovencita de rostro rasgado, cabello imponente y pechos altos que arrastraron de su hogar. Andrei veía una mujer extenuada que guardaba rastros de una antigua belleza. Si le hubieran dado la posibilidad de escoger habría elegido a cualquiera de las jóvenes arayés de torso desnudo antes que a aquella mujer ajada antes de tiempo.

Los días pasaban. Los Tzarús no podían demorar mucho más el momento de entregar la lupa para conocer su destino. La libertad o la muerte pesaban lo mismo. Mientras tanto, los arayés seguían obsesionados con el ojo que les mostraba otro mundo. Pero la lupa ya no pasaba azarosamente sobre las cosas. Sus observaciones eran más y más apacibles. Los arayés seleccionaban objetos específicos y la mirada seguía una dirección, una veta. Antón estaba seguro de que estaban leyendo. Habría dado lo que no tenía por conocer esos signos que el ejecutante no quería o no sabía explicar.

Por fin llegó el día. La gente arayé estaba reunida en el centro del poblado. Los Tzarús traían la lupa envuelta en hojas frescas.

Tucán, el ejecutante, recibió lo que Andrei le entregaba y lo sostuvo entre sus manos un largo rato. Después depositó el envoltorio muy delicadamente sobre la

tierra. Antes de abrirlo miró a los suyos y detuvo sus ojos en Fara.

Los Tzarús sudaban y temían. Con la lupa en sus manos, los arayés tomarían ahora una decisión.

Tucán quitó las hojas carnosas que hacían de envoltorio. No fue como la primera vez... El arayé no se sobresaltó ni puso la lente sobre lo más cercano. Caminó, seguido por su pueblo, hasta donde habían dispuesto los objetos seleccionados: una pluma de loro, una caparazón de tortuga, un caracol, dos piedras... Un altar al que los arayés trataban como los Tzarús a sus pergaminos.

Luego, algunos arayés, entre ellos el ejecutante, se apartaron a deliberar. Susurraban, de manera que Fara no pudo escuchar qué decían. La alarma crecía entre los Tzarús. La conversación fue breve. Cuando terminaron, cada uno de los arayés volvió a sus labores. Los Tzarús no comprendían. Andrei buscó a Fara.

—¿Qué ocurre? —le preguntó.

—No lo sé.

Sin solicitar permiso a su madre, un muchacho de trece años corrió hasta donde estaba el ejecutante. Había pasado años junto a ese hombre y no le temía.

—Tucán —dijo—. ¿Qué pasará con los Tzarús?

El arayé se encogió de hombros.

—¿Cómo puedo saberlo? Tienen todos los caminos para elegir.

Antón corrió de regreso.

—Pueden irse —dijo, agitado por la carrera—. Tucán dice que pueden elegir cualquier camino.

Llena de ansiedad y, por instinto, Fara extendió las manos hacia Andrei.

—¡Llévanos por favor!

El Tzarús dudaba.

—Eres su esposa. Y no ha dicho nada de ti ni de tu hijo.

Sin un sollozo que sirviera como advertencia, Fara perdió la calma. Y se acercó a Andrei, hablando en voz muy alta.

—No puedes dejarnos aquí. ¡No eres un Dratewka! No nos condenan a quedarnos aquí para siempre.

—No sabemos adónde vamos —dijo Andrei tratando de calmarla—. Quizá sea peor que esto.

—¡No será peor! —gritó Fara—. ¡No puede ser peor!

Los gritos y los ademanes de la mujer llamaron la atención de los arayés que estaban cerca. Y también de Tucán, que avanzó hacia los extranjeros. Andrei se llenó de temores. Los gritos de la mujer, seguramente, lo habían hecho cambiar de opinión.

Fara calló de pronto y se secó las lágrimas. Andrei contuvo la respiración. Tucán, el ejecutante, habló.

—Lleva tus pies contigo, esposa. Y tú, Antón, observa sus talones.

—¿Qué está diciendo? —preguntó Andrei.

—Que podemos marcharnos con ustedes —dijo Antón.

A los extranjeros les costó creer que fuera tan sencillo. Y sospecharon alguna trampa. Pero Tucán sonreía.

Las jaulas, las cuevas, la aldea arayé... Por tercera vez en su vida, Fara escapaba.

Corrió hasta la choza de palmas y tomó el bolso de panza de oveja que preservaba el vaso de alquimia y el pergamino con la copia de la profecía. Cuando regresó con los Tzarús, Tucán seguía allí.

Fara intentó agradecer, pero no supo cómo.

—Ya dejaste el mensaje que traías para nosotros —dijo su esposo—. Llévate tus pies.

Antón se acercó al hombre pequeño, más pequeño que él.

—Vi cómo lo hacen —dijo—. Sabré hacerlo también.

Tucán, el ejecutante, comprendió que Antón hablaba de hacer sonar el agua como un tambor.

Nada quedaba ya por decir. Nadie en la aldea levantó los ojos para verlos partir.

Rumbo al Sur, el futuro era incierto. En el camino iban a detenerse a sembrar Fresno Sagrado.

Nueve Tzarús, una mujer de los clanes del Este y su hijo caminaban.

Andrei y los demás eran náufragos de uno de los pocos barcos que había logrado eludir la prohibición que regía en Terentigani, casi siempre embarcaciones deterioradas de hombres sin escrúpulos que cobraban muy cara la travesía.

Cuando embarcaron en el puerto de Arbaleta, ubicado en Síngura, los alquimistas esperaban atracar en una playa al Sur de Mérec. Allí los estaría aguardando Gavril para guiarlos hasta la colonia del Crapatura. Sin embargo, las tormentas les destinaron otra suerte. Andrei y sus hombres lograron sobrevivir navegando a la deriva en una balsa. A cambio de una lupa, recibieron ayuda de un pueblo diminuto. Y partieron con una mujer oriental y su joven hijo.

Un precario mapa más algunos datos memorizados eran sus únicas referencias. Debían dirigirse al Oeste hasta toparse con los montes Crapatura. De allí hacia el Sur, bordeando la cadena montañosa, hasta un río de buen caudal. Siguiendo el curso del río, hacia las nacientes, alcanzarían una gran caída de agua que los primeros Tzarús llegados a Mérec llamaron Albastrus. Sin guía, y en aquellas tremendas vastedades, no sería sencillo encontrar una colonia que no quería ser hallada. Estaban perdidos en un continente sin más opción que caminar, sembrar y esperar lo mejor.

Fara no ocultaba su interés por permanecer cerca de Andrei todo el tiempo posible. Andrei no ocultaba su indiferencia. Y Antón observaba la situación con un malestar creciente.

—¿Lo perdonaste, madre?

—¿Perdonar a quién?

—A Andrei.

—Agradecimiento, eso es lo único que le debemos.

Sentado junto a su madre a orillas de un arroyo, Antón movía los pies en el agua.

—No quería traernos.

—Quería, Antón... ¡Claro que quería! Solo buscaba la manera de no enfurecer a los arayés.

—Nunca vi enfurecerse al ejecutante.

—¿Ya no recuerdas cómo se arrojaba sobre el cuello de los jaguares y de los venados derribados para beber la sangre?

—Eso no era furia, él me lo explicó... Era agradecimiento.

Fara empezaba nuevamente a molestarse. Era una mezcla de enojo y temor. La atemorizaba que, a pesar de sus esfuerzos, su hijo hubiese sido definitivamente marcado por los años vividos entre los arayés.

—Mi padre... Tu abuelo también agradecía la caza. Pero lo hacía como un ser con alma: orando. Esto era distinto —el enojo de Fara crecía con cada palabra—. ¿Vas a hacerme explicar lo que viste con tus propios ojos? Arrojar sobre un animal moribundo, gruñir mientras bebas su sangre y luego alzarte con la boca chorreante... ¿A eso lo llamas agradecimiento? ¡Y hay tantas otras cosas que no sabes, Antón! No puedo entender... —Fara dejó de dirigirse a su hijo—. Siento que mis palabras y mis enseñanzas fueron en vano.

Frente a la angustia de su madre, Antón retrocedía.

—Lo único que quise decir... —balbuceó, y fue por un camino más corto—. El ejecutante nos permitió partir.

Pero ya era inútil lo que dijera. Fara hablaba consigo misma.

—Si hubieras visto aunque fuera una vez los ojos de tu abuelo, si una sola vez hubieras escuchado sus palabras, no tendrías ninguna duda. Un hombre que dice «Oh, Sabiduría, déjame sin padres, déjame sin hijos, déjame sin gloria, sin honor con tal de que no me abandones». ¡Que dice y obra en consecuencia! Un hombre entregado al saber y a la gracia del pensamiento...

Antón escuchó, en completo silencio, lo que muchas otras veces había escuchado. Luego pidió perdón. Su madre le besó la cabeza justo cuando Andrei ordenaba retomar la marcha.

Los días pasaron en una caminata dura aunque sin graves tropiezos. Por ese camino, si era el correcto, encontrarían tarde o temprano la cascada. Entonces estarían cerca de las colonias hermanas. ¿Cuándo? No tenían modo de saberlo.

La mujer los retrasaba, los obligaba a detener la marcha cuando ellos no lo habrían hecho. Luego de veinte días de marcha, la vegetación cada vez más verde y tupida, como una señal, levantó el ánimo del grupo.

—Necesitamos avanzar más rápido —dijo Andrei, mirando a Fara.

Uno de sus hombres le señaló el cielo que se acercaba, de un gris liso, oscuro,

amenazante.

—Seguiremos de todos modos —insistió Andrei.

Reanudaron la marcha perseguidos por un viento que venía del Noreste. Uno de los hombres arrancó con una canción, y los demás lo siguieron.

Los montes son bajos,
los ríos son puentes,
si voy hacia ti
espera, ya llego,
no existe la muerte
si voy hacia ti.

Fara y Antón sonrieron e intentaron sumarse al canto.

Los montes son bajos, los ríos son puentes...

La fuerza de la tormenta aumentaba minuto a minuto. Algunas ráfagas hacían tambalear a Fara que, no obstante, se esforzaba por no mostrar debilidad ni provocar demoras. Las primeras gotas pesaban como escarabajos muertos.

—Vamos a buscar refugio —aceptó Andrei.

En aquella zona el mejor amparo era una saliente rocosa, y eso fue lo que hallaron. Apenas un techo alargado bajo el cual el grupo se acomodó en hilera. Al principio pareció un refugio aceptable. Solo al principio, porque cuando los vientos arreciaron fue lo mismo que la intemperie.

Fara intentaba introducir la bolsa de panza de oveja entre las grietas de la pared rocosa.

—¿Qué llevas ahí para que te esfuerces tanto? —el comentario de Andrei disimulaba mal cierto fastidio.

—Algo importante —respondió Fara.

Por vez primera la mujer lograba interesar a Andrei.

—¿Importante para ti?

—Para todos —dijo Fara. Y trató de congraciarse—. Algún día sabrás...

La tormenta cedió de pronto.

—Así ocurre aquí —dijo Fara.

—Sigamos —sugirió un hombre del grupo—. El sol ya está apareciendo, nos secará más rápido si caminamos.

Los once retomaron la marcha.

Dos días después, lo esperado. A oídos de todos llegó, indudable, el sonido de una gran caída de agua.

Los hombres festejaron con gritos. Algunos echaron a correr para ver el hallazgo antes que los demás. Uno de ellos tropezó, pero no pareció molestarse. Giró y cantó de cara al cielo: «Espera, ya llego. No existe la muerte». Risas masculinas e imprudentes retumbaron en la montaña.

La cascada era, como casi todo en aquel continente, desmesurada. Igual que los demás, Antón se quedó inmóvil mirando el agua caer y permanecer al mismo tiempo.

Los hombres dudaron entre acampar allí algunos días para reponer fuerzas, o continuar hasta encontrar la colonia hermana. Andrei inclinó la decisión hacia el esfuerzo. Tras una noche escasa, volvieron a andar. Sarituri, la siguiente cascada, no demoraría en aparecer.

Antón acompañaba a Fara, detrás de los hombres.

A veces veía a su madre demasiado fatigada. A veces la entendía, porque se sentía igual; y no por el esfuerzo de la marcha sino por la incertidumbre. Fara y Antón habían quedado suspendidos entre dos realidades.

Antón pensaba que ya no tenía edad para tomar la mano de su madre, pero acercó la suya hasta rozar la de Fara. El muchacho sabía que para su madre no había nada mejor que recordar. Por eso provocaba la memoria, aunque fueran historias ya gastadas de tanto evocarlas.

—¿Recuerdas el día que nos cambiaron por el prisionero?

—¡Como si hubiera sucedido ayer! —respondió Fara—. Cuando me llamaron estaba trabajando en el *Princesa Nadya*. Sacábamos objetos útiles porque ese barco ya no volvería a navegar.

—Luego se transformó en nido de gaviotas —agregó Antón.

—Yo era una sierva más... Y nadie allí conocía mi rostro —Fara se detuvo un instante—. Eras tan chiquito... Los ataques de los arayés habían disminuido ya en esa época. Atacaban a veces, a veces negociaban, a veces desaparecían. Habían aprendido que canjear prisioneros era mejor que matarlos.

—Me acuerdo cuando llegaban al fuerte. Con los demás niños, nos escondíamos detrás de los fardos de pasto para espiarlos.

—Aquella vez —Fara iba tras su recuerdo— un emisario arayé anunció que tenían dos prisioneros. Uno era un hombre sin casta. Carpintero, según recuerdo. El otro, un joven comerciante de alcurnia. Por él nos cambiaron a nosotros y a... ¿Recuerdas cómo lloraba la sierva gorda y rubia? Tuve miedo de que sus sollozos enojaran a los arayés, le pedí que se callara pero lloró más fuerte. ¡Qué larga se hizo aquella discusión entre los comerciantes y los arayés!

—No había lupas —sonrió Antón.

—Es cierto —su madre sonrió también—. No había lupas y allí quedamos, la sierva gorda, tú y yo.

—El ejecutante te eligió enseguida. ¿Y a la sierva gorda? ¿Quién la eligió?

—Yanomí. Y juntos tuvieron tres hijos.

—¡Es cierto! —recordó Antón—. Yanomí.

—Yanomí quería a la sierva gorda y Tucán nos quería a nosotros. ¡Cómo me latió el corazón cuando los comerciantes dijeron que entregaban a las mujeres pero que tú te quedabas en el fuerte!

—Habrías sufrido, madre.

—¿Y tú no?

Antón asintió.

—Justo ahí, y no te enojés de nuevo, debemos agradecer la terquedad del ejecutante, que nos exigió a los tres.

—Tucán sabía que los comerciantes iban a ceder. Y no se perdería por nada un muchacho fuerte y sano para quitar los piojos de sus hijos y cargar cestos.

—Eran sus esposas quienes me lo pedían, no Tucán.

—Una tarde, la primera esposa quiso castigarte con una rama espinuda. Cuando la vi...

Así, madre e hijo olvidaban que estaban andando caminos ajenos.

El grupo se detuvo al atardecer para pasar la noche en un lugar apacible, junto a un ojo de agua donde encontraron una buena cena: berros y ranas.

Fara despertó muy temprano. Comprobó que su hijo dormía. Y fue a sentarse en una roca elevada a esperar la salida del sol. Unos pasos, detrás, la sobresaltaron.

—No te asustes —dijo Andrei. Y señaló un sitio junto a ella.

Fara se movió para hacerle lugar. La ansiedad levantaba su camisa a la altura del corazón.

—Ayer oí cuando hablabas con tu hijo —Andrei buscó el lugar más blando—. Si me lo permites: ¿quién fue su padre?

—Padure, un servidor de los bosques de Fresno Sagrado.

La respuesta asombró al alquimista.

—Eso lo enaltece. En verdad lo enaltece.

Andrei se acercaba y su voz se adecuaba al amanecer. Fara quería agradecerle. No era la juventud su mejor recurso. Sí quizá su erudición, sí el pergamino que llevaba en el bolso de tripa.

—¿Recuerdas el día de la tormenta en la cueva?

—Lo recuerdo —dijo Andrei.

—Me preguntaste qué guardaba en el bolso, por qué me empeñaba en protegerlo.

La forma de hablar de Fara, lenta y articulada, fastidiaba a Andrei.

—¿Y entonces? —apuró.

Tal vez Fara habría compartido su secreto. Pero, antes, se escucharon pasos de hombres y animales.

El alquimista hizo una seña de silencio, y otra para salir de allí. Descendieron sigilosamente hasta donde los demás dormían y los despertaron, uno por uno. Tomaron sus cosas, y en una corrida muda y desordenada se ocultaron.

Desde el improvisado escondite Andrei vio pasar las patas de una mula blanca, las botas del hombre que la montaba, los pantalones ceñidos, la camisa limpia, la barba perfectamente triangular. Luego, otro hombre sobre una mula manchada: botas altas sobre los pantalones ceñidos, camisa, barba triangular. Entonces ya no tuvo

dudas, se levantó con las manos en alto, dijo:

—Somos hermanos.

No fue difícil el reconocimiento. Aquellos Tzarús, advertidos por sus vigías, buscaban un grupo de extraños en las cercanías de la colonia. Como otras veces, esperaban encontrar cazadores arayés alejados de sus territorios. En cambio hallaron al capitán Andrei quien, según las noticias recibidas, viajaba en el barco que había naufragado. Los abrazos efusivos celebraban que los náufragos habían llegado a destino y que la colonia tenía capitán.

—Supimos del naufragio y los dimos por perdidos.

—También nosotros —dijo Andrei—. Pero aquí estamos.

—¿Cómo fue?

—Es difícil saber cómo empezar.

Andrei detectó las miradas sobre Fara y Antón.

—Son parte de la historia. Pero amigables.

—Vamos, nos contarás luego. El camino a las cuevas es largo.

Antón le habló a su madre en voz muy baja.

—El ejecutante diría que largo es el camino que se recorre sin música.

—¡Shhh! ¡Cállate! No nombres aquí al Tucán.

Al día siguiente, y tras muchas horas de marcha, algunos montados y otros a pie, llegaron a un cañón angosto y profundo flanqueado por altas paredes de roca.

—Ahora verás —el jinete que encabezaba la marcha se dirigía a Andrei.

La entrada al primer pasadizo estaba tan disimulada entre las grietas y las aristas de las rocas que habría sido imposible encontrarla. De allí a otro pasadizo, y a otro. En ocasiones, las mulas arrastraban sus ancas contra las paredes rocosas para poder pasar. «Como un mercado de Terentigani», pensaron los Tzarús. «Como un hormiguero», pensó Antón.

Estaban, por fin, en una colonia de pasadizos y cuevas, bajo el sol.

Fara y Antón no recibieron, como el resto, el cariño y el entusiasmo de la bienvenida.

Fara recordó las cuevas donde había vivido, recordó a Loredana. Sin dudas, estos Tzarús eran diferentes de los que la rescataron de los palari pamá. Eran más jóvenes, porque nadie de edad avanzada se atrevía al viaje. Y mucho más altivos.

Antón contemplaba apenado a su madre. Ella, que siempre estaba dispuesta a partir, nunca parecía contenta de llegar. Como si en cada llegada se le muriera una esperanza.

En la Fortaleza lo llamaban Tabaquito. La gura seguía atrayéndolo con dulces, interesada en aquello que el arayé le contaba sobre los espíritus pequeños que habitaban en todas las cosas y que su pueblo deseaba volver a ver, tal como sus antepasados los veían.

—Para eso hace falta un ojo nuevo —decía Tabaquito—. Un día los hallaremos.

Hasta entonces la gura había fracasado. En sus viajes al Oeste solo había encontrado hombres ávidos de oro y arayés esclavizados. Por ese tiempo la convocaba el Norte, segura de que encontraría allí algo valioso. Esa mañana soñaba con emprender pronto su viaje.

—La gente de la aldea está asustada —Tabaquito la arrancó de su ensoñación.

—¿Por qué están asustados?

—Porque algo pasó.

La gura se interesaba en cada palabra que se apartara de lo habitual. Buscó en su bolsillo dulces para Tabaquito.

—Nuestros cazadores buscaban presas cuando vieron pájaros enormes que cruzaron el cielo hacia las montañas.

El muchacho se refería a los montes Cazut, cuyo extremo Sur llegaba muy cerca de Oras Viitor. La gura supuso que se trataba de asuntos de aldea hasta que Tabaquito siguió contando.

—Grandes como el calor. Y en cada una de sus alas se puede levantar una aldea.

Entonces Mare Limba se estremeció. Tomó al muchacho por el brazo y lo obligó a mirarla.

—¡Explícame!

—Yo no lo vi.

—¡No empieces a balbucear! —Mare Limba había perdido, de pronto, toda su gentileza—. ¿Cuántos eran? ¿Dónde? ¿Cuándo?

—Los cazadores los vieron pasar —Tabaquito estaba asustado—. No faltaba ninguno.

La gura pasó por alto aquella expresión. La había escuchado varias veces y no intentaba comprenderla.

—Dime más.

—Los cazadores creen que son esos grandes pájaros que ustedes buscan.

—Qué más...

—Los vieron descender sobre las montañas, más allá de aquí.

—¿Quieres decir más al Norte?

Tabaquito asintió.

—Ven conmigo.

Mare Limba lo arrastró por la explanada del asentamiento hasta la construcción central. Tatalíe, el jerarca, dormitaba en su butaca de cuero de oveja.

—¡Tatalíe! —la gura lo despertó sin miramientos—. Querrás escuchar a este arayé.

Medio dormido aún, Tatalíe reconoció a Tabaquito.

—¿Y ahora? ¡Los monos quieren pedir más por su tabaco!

—No es eso —interrumpió la gura—. Mejor te despejas y escuchas.

Tabaquito repitió, casi idéntica, la historia que le había contado a Mare Limba.

Cuando terminó, Tatalíe sonreía. Y la gura soñaba.

Soñaba, pero sabía que más urgente que el sueño era planificar los primeros pasos.

—Llama enseguida a Constantín —pidió Tatalíe.

Desde el comienzo la relación entre Mare Limba y el hermano del jerarca había sido tensa. Pero la gura se sometía a sus máximos intereses y obviaba las pequeñas humillaciones. Estaba allí para reconstruirse y, un día, regresar inmensa a Terentigani. En cualquier caso, Mare Limba sabía cómo manejar al joven hermano del jerarca.

Poco después, Mare Limba y Constantín resolvían las acciones inmediatas. Tatalíe asentía.

—Llevará tiempo armar y acondicionar las tres grandes ballestas —dijo Constantín.

—Mientras tanto, no creo que debamos movernos —afirmó Mare Limba.

—¿No movernos? Claro que nos moveremos... Enviaremos ballesteros y soldados a las montañas.

—¿Con qué intención haríamos eso? —Mare Limba retorció sus manos aparentando nerviosismo—. Me parece inútil mover tantos hombres sin saber aún dónde están los dragones.

—Dime, mujer, ¿cómo esperas saberlo si no es enviando grupos de avistamiento?

—Bueno —aceptó la gura—. Tal vez tengas razón.

—¿Tal vez? ¡Oigan a nuestra gura! —Constantín crecía en cada frase—. ¿La oyes hermano? Por supuesto que tengo razón.

—Ahora lo veo y te reverencio —dijo Mare Limba—. Hablas de enviar hombres que se desgajen en grupos pequeños desde los límites de la ciudad y a todo lo largo de los montes Rídicat. ¡Brillante!

Constantín sonreía.

—Bien, muy bien, jamás lo habría pensado —la gura parecía fascinada—. Dices que las partidas deberán ser cautelosas porque no van a cazar sino a vigilar el cielo hasta descubrir el paradero de los dragones. Y que, cuando eso ocurra, será tiempo de mover las grandes armas.

—Eso acabo de decir.

—Déjame pedirte solo una cosa —suplicó la gura—. Solo una y me callaré.

—Veamos —dijo Constantín.

—¡No vayas tú! Deja eso en manos de ballesteros experimentados. Permanece en la Fortaleza junto a tu hermano. Es demasiado peligroso.

Constantín se arrodilló junto a la gura y le habló cara a cara.

—Yo soy el mejor balletero. Soy yo quien debe comandar la expedición. ¿O quieres que alguien vea los dragones antes que Constantín Dratewka?

—Siempre tienes razón —dijo la gura.

Poco después, Mare Limba se marchaba ocultando un pensamiento. «Alto, en verdad, era Skuba Dratewka. Tú, Constantín, andas en puntas de pie».

La Fortaleza celebró la partida de ballesteros y soldados. Por primera vez había noticias ciertas sobre los dragones, y la novedad compensaba de muchos modos la falta de ayuda de Terentigani. Los siervos arayés, como siempre, sonrieron al ver partir a los Dratewka.

A poco de marchar, apenas alcanzaron la Laguna del Descanso, se desprendió un pequeño grupo de hombres. El resto se iría dispersando en la ruta hacia el Norte.

Libre de la necesidad de aparentar valentía frente a Mare Limba, Constantín permaneció en el primer campamento, a salvo de cualquier riesgo. Desde allí, a través de una cadena de recaderos, controlaría el desarrollo de la misión.

—¿Tú aquí? —el guardia se sorprendió apenas porque aquel campamento estaba muy cerca de la aldea arayé, incluso de la Fortaleza.

—Traigo hojas buenas —dijo el muchacho.

El soldado se relamió y se alejó unos pasos para dar aviso.

—¿Quién creen que está aquí? ¡Tabaquito!

Los hombres festejaron la aparición y lo invitaron a acercarse. Constantín le indicó que se acercara.

—Traigo hojas buenas —repitió Tabaquito.

—Déjame verlas —Constantín iba a lucirse ante sus soldados. Enrolló unas hojas, y valiéndose de una rama que introdujo en la hoguera, las encendió— tengo que probarlas.

Luego de inhalar repetidas veces el humo dulzón, Constantín volvió a hablar.

—No creo que merezcas nada por este tabaco.

Los demás entendieron el juego y arrebataron las hojas de las manos de Tabaquito para hacer lo mismo que Constantín.

—Es verdad... No hay nada que dar por esto.

—¡Es como fumar pellejo de vieja!

Las carcajadas tenían eco en los montes.

—Mañana trae algo mejor —dijo Constantín, dando por terminada la visita.

—¿Qué significa mejor? —preguntó Tabaquito.

—Mejor es bueno. Peor es malo. ¿Entiendes? Mono, peor. Dratewka, mejor.

El festejo de los hombres cebaba la lengua de Constantín.

—Monos pequeñitos, Dratewka enormes.

—Hay en el monte unas arañas sin tamaño que pueden matar a un jaguar —dijo Tabaquito.

Constantín ordenó silencio.

—¿Qué quieres decir, inmundo?

—Que lo pequeño tiene su gracia.

Arrastrados por esas últimas palabras, y como una prolongación del monte, guerreros arayés casi desnudos y pintados con trazos negros y rojos salieron de la

maleza. Tabaquito saltó sobre Constantín, y en el salto le enterró el cuchillo que llevaba oculto en el taparrabos.

—Te ha matado Tabaquito —murmuró el arayé junto al rostro espantado de Constantín.

Alrededor caían muertos los soldados y ballesteros del ejército Dratewka. Mientras los guerreros arayés tomaban las armas de los muertos y arrancaban sus lenguas, Constantín Dratewka terminaba de morir.

—Barro —musitó con el último aire.

Una escena semejante se repitió en cada uno de los campamentos Dratewka instalados a lo largo de los montes Cazut. Apenas unos días, y muchos de los que habían partido de la Fortaleza eran muertos que el monte devoraba.

La mentira que Tabaquito pronunció con voz tan pequeña señaló el inicio del levantamiento arayé.

Oras Viitor amaneció como cada día. Al menos eso pensaron hombres, mujeres y niños cuando abrieron los ojos esa mañana, lejos de imaginar que un cerco de arayés los rodeaba y que ese cerrojo sería largo y feroz.

Como era su costumbre, Tatalíe desayunaba cuando todavía era de noche. Luego volvía a acostarse.

—Hay fuegos arayés en la Península de Vioara —le informaron.

—¿Qué hacen allí los monos? —había impaciencia pero no temor en la pregunta—. Envíen una partida para que los expulse de inmediato —luego, tuvo una ocurrencia—. Y maten al que ideó esa estupidez, así no volverá a ocurrir.

Una abundante porción de carne, seis huevos, fruta. Estaba de tan buen humor tras el desayuno, era tan fresco el aire que venía del mar, que pensó en salir de cabalgata y llegar hasta el primer campamento. No esperaba noticias aún, pero sería bueno hablar con su hermano. Pero el copioso desayuno lo obligó a tirarse de nuevo en su cama. «Iré luego», se propuso, y regresó a la cama.

Oras Viitor contaba por entonces con más de mil habitantes entre soldados y comunes. El centro de la ciudad era el Castrum, una construcción de madera y piedra con un patio interno. En ese patio, enorme y procaz, se desarrollaban las más variadas actividades. Alrededor de aquella edificación, vivienda de los principales y centro administrativo, se extendían las barracas militares y un caserío desordenado donde se multiplicaban callejuelas apenas más anchas que un carro. Varios pozos de agua y establos completaban lo más importante del asentamiento Dratewka, rodeado en su totalidad por una empalizada.

Como cada mañana, la primera actividad de Mare Limba era averiguar si habían llegado noticias de los expedicionarios. Si Tatalíe dormía, preguntaría en la guardia. En efecto, allí le comunicaron la novedad de los fuegos en la Península de Vioara. Agregaron que los hombres que habían enviado demoraban demasiado en regresar.

—Además, mira —el soldado señaló con el brazo extendido—. Hay fuegos en la otra orilla.

La gura ordenó que le ensillaran un caballo. Quería ver con sus ojos lo que ocurría. Cabalgaba delante de su largo cabello rumbo a la península cuando divisó un hombre que avanzaba, a pie, hacia la Fortaleza. Un soldado. A la distancia podía verse que venía maltrecho, y que su andar era vacilante. Mare Limba taconeó las ancas del animal. Cuando lo alcanzó vio la expresión de espanto en su rostro y los collares colgados de su cuello.

—Lenguas —balbuceó el soldado—. Son nuestras lenguas.

Los guardias de Oras Viitor la vieron regresar al galope tendido y oyeron sus gritos desde la distancia. Apenas traspuso la empalizada, saltó de la montura.

—¡Bájenlo! —ordenó.

Cuando el soldado estuvo en tierra la gura le arrancó los collares y corrió hacia el Castrum. Tras ella, la noticia se expandió por la Fortaleza.

—¡Constantín! —dijo Tatalí—. ¡Hay que enviar por mi hermano!

—Ha muerto —Mare Limba fue implacable—. Eso dijo el soldado. Y que Tabaquito comandó el ataque.

Tatalí, debilitado por el dolor, no lograba ponerse de pie.

—Saldremos enseguida —anunció el jerarca—. Que no quede un solo arayé sin empalar, ¡ni uno solo!

La gura necesitaba que Tatalí entendiera la oscuridad que los cercaba.

—No será fácil. Los arayés nos rodean y no tenemos hombres suficientes... También los quiero empalados. Hombres, mujeres, niños... Quiero a Tabaquito aullando en una estaca. Pero debemos ser astutos.

Tatalí, el jerarca de Mérec, rompió en llanto por su hermano menor.

—Alguien deberá decírselo a su esposa y a su pequeño hijo.

—Deja eso en mis manos —pidió Mare Limba.

Comenzaba un sitio que mantendría a Oras Viitor separada del puerto, un sitio más largo que los víveres que poseían, más largo que las medicinas, más largo que los rebaños...

El cerco trajo hambre. El hambre se sentó en las mesas del caserío.

Suele ser en las catástrofes cuando la falta de alma se manifiesta. El cerco llevaba casi dos meses y el robo de víveres se hizo frecuente. Los castigos a los ladrones, cada vez más brutales, eran ineficientes pues, al fin, el hambre no dejaba elección.

—Señor, la encontramos robando.

Dos soldados llevaban a una mujer colgada de los brazos. Tan flaca que los huesos de sus rodillas punzaban la mirada.

—Quiso robar carne salada —explicó uno de los soldados al jerarca.

—¿No sabes que queda muy poca? —preguntó Tatalí.

La mujer sabía lo que le esperaba. Había visto actuar la justicia Dratewka sobre otros desesperados.

—Mucho o poco, es todo para ustedes —dijo—. Todo para tu mesa, Tatalíe. Y nada para el caserío. Los niños se mueren y tú mantienes intacta tu grasa.

Sitio adentro, aumentaban los enfrentamientos entre el Castrum y el caserío; entre el linaje y los comunes, que salían a arrebatarse alimento, que tenían enemigos de un lado y del otro de la empalizada.

Al Sur, los sitiadores ocuparon la península impidiendo cualquier intento de desembarco o de huida. Al Norte, encerraron el asentamiento Dratewka con un doble anillo. El dispositivo era óptimo y funcionaba. Todos los arayés participaban del asedio: hombres jóvenes, ancianos, mujeres y niños. No faltaba ninguno.

Mare Limba pasaba los días planificando movimientos. Cuando la cabeza le pesaba demasiado, visitaba a la viuda de Constantín. No por la mujer, que no cesaba de penar por el muerto. Su propósito era estar cerca del pequeño sobrino y sucesor de Tatalíe. Un niño inteligente y furioso que procuraría moldear hasta obtener el jerarca que soñaba, uno parecido a Skuba Dratewka. Para eso era necesario romper el sitio y castigar para siempre a los arayés.

Era noche entrada. Mare Limba caminaba en soledad por la explanada de la Fortaleza. Al Sur y al Norte brillaban las hogueras de los sitiadores. A esos fuegos les habló, a sí misma y al recuerdo de Skuba Dratewka.

—Pude equivocarme debilitando a Terentigani... Pude abrir las puertas a esta ralea que ahora veo frente a mí y siento a mis espaldas. Pero no es hoy el día para saber si fue una equivocación... No es hoy, porque la grandeza tiene costos y es posible que en este doloroso trance estemos pariendo la gloria. No recibí cuerpo y sentido para ser una gura más en Terentigani. A mí me tocó entender la eternidad...

Ese día realizó dos visitas. La primera a Tatalíe, al que le solicitó un poder con el sello del jerarca.

—¿Para qué lo quieres?

—Inrauri, Insetati, Intrati. Quienes están al frente de nuestros asentamientos no han sido capaces de lograr que un solo hombre burlara el cerco. Nada sabemos de ellos, y esa es la peor realidad. Con tu permiso saldré de aquí. Y me pondré al frente.

Como el jerarca vacilaba, la gura continuó.

—Además, ¿para qué me quieres aquí? Soy una boca más que alimentar.

—¿Cómo saldrás?

—Por lo bajo.

Encontró a la viuda de Constantín junto a la cama donde dormía su hijo.

—Hoy, al atardecer, habrá una feroz tormenta —dijo a espaldas de la viuda, que apenas asintió con la cabeza.

—Tienes un hijo valioso como una joya —continuó la gura—. Cuídalo mucho.

Deja de sollozar y cuídalo. Cuando esto acabe, y acabará, tu hijo será el jerarca. Sabes eso, ¿verdad? Cuídalo. Actúa como su escudo si fuera necesario. Regresaré.

Eran horas de tormenta, las más propicias para que una mujer sola, vestida con un manto gris, intentara atravesar el sitio.

Mare Limba abandonó el Castrum. No le interesaba ir hacia la península donde, por lo demás, el cerco era más apretado. Viajaría al Norte. Como si aquella travesía que se había pospuesto estuviese cumpliéndose ese día. Avanzó hacia la empalizada y no se detuvo a responder las preguntas de los guardias.

El primer anillo del sitio estaba muy cerca. Su sigilo debía ser absoluto. Se echó boca abajo sobre el barro y moviendo los brazos y las piernas con perfectos movimientos de lagarto avanzó bajo la lluvia caliente.

Ya cerca de las hogueras su andar se hizo aún más cauto. Daba un paso el lagarto y alzaba la cabeza para observar. Otro paso y lo mismo. De ese modo arrastró su camino entre los huecos que el sitio dejaba y la tormenta protegía. Mare Limba avanzaba. Luego demoraba lo necesario antes de cada nuevo movimiento, totalmente mimetizada con el barro.

Ya terminaba de cruzar el anillo cuando unas voces la inmovilizaron. Rápida, hundió la cara en la tierra casi líquida. El cabello de la gura fingía hilos de barro buscando un cauce.

Estática en su charco, Mare Limba escuchó la voz de Tabaquito. Giró lentamente la cara y allí estaba el arayé que había intentado engañarla. Sonriente, sin imaginar que a pocos pasos una gura y un lagarto lo observaban, tan cerca que un salto los pondría sobre él. Ese, sin embargo, no era el momento.

Aguardó a que los arayés se marcharan. Entonces se separó apenas del barro, y paso a paso de lagarto atravesó el cerco.

Pastores, alquimistas, palari apá, palari pamá, comerciantes de los condados del Sur de Terentigani y comunes... La migración a Mérec los subió a los barcos. Y en los barcos viajaron también sus costumbres, sus odios, sus deudas y sus lealtades, sus persecuciones, sus intereses. Por eso muchas cosas se repitieron en Mérec, casi idénticas. El contacto entre los Tzarús y los palari pamá fue una de ellas. Porque así como ocurría en Terentigani, los nómades llegaban a las cercanías de las colonias ubicadas en los montes Cazut y en el Crapatura para vender, a precios desmesurados, mercancías y noticias.

Cuando los palari pamá les contaron sobre el sitio de Oras Viitor, la primera reacción de los Tzarús fue de puro regocijo.

Por entonces Antón apenas compartía con Fara sus verdaderos pensamientos. Esa vez, sin embargo, no pudo callarse.

—Madre, todos aquí festejan y ríen... Nombran a los Dratewka y se nombran a sí mismos. En cambio no escuché que hablaran de los arayés.

—¿Por qué piensas siempre de manera tan extraña? —dijo Fara—. ¿Por qué buscas alejarte de los nuestros?

—Los nuestros... —repitió el joven—. Llevamos casi un año aquí y jamás comimos junto a ellos. Lo único que han hecho por ti es regalarte esa falda y un par de blusas gastadas.

—Siempre contra Andrei, es eso, en el fondo siempre es eso, ¿verdad?

Luego de trasponer el sitio, la gura avanzó sin descanso hacia el Norte, en dirección a los asentamientos de control que los Dratewka mantenían a lo largo de la costa: Inrauri, Insetati, Intrati. Cuando la gura arribó a Inrauri, tras jornadas de andar, encontró un grupo de soldados confundidos y asustados. Y a cargo, un joven alférez de campo incapaz de tomar decisiones. La gura no tenía motivos para creer que en los otros dos asentamientos la situación fuera más auspiciosa.

Los arayés de Tabaquito apenas bastaban para sostener el sitio de Oras Viitor, por eso el ataque al resto de los asentamientos Dratewka quedó para Tucán y los suyos, que ya bajaban desde los pantanos del Norte.

—Mira... —Mare Limba exhibió el sello del jerarca—. Estoy aquí en nombre de Tatalíe. Y con órdenes precisas por cumplir.

Ni el alférez ni nadie en el lugar tenían algo mejor que decir.

—Lo primero es estar alertas para avisar a los barcos...

—No ha llegado ninguno en los meses que lleva el sitio.

—¡Llegarán! —no fue gentil la gura para callar al alférez de Inrauri. Luego retomó el hilo de su plan—. Avisar a los barcos que se dirijan aquí.

El alférez asintió.

—Estaremos juntos por un tiempo. ¿Cuál es tu nombre?

—Iván.

—Mañana mismo partirán recaderos hacia Insetati, y desde allí a Intrati con la orden de moverse hacia aquí. Este será un enclave de guerra —Mare Limba alzó el sello para acallar cualquier vacilación—. Estoy aquí con la palabra de Tatalíe. Si alguien duda, que atraviese el sitio arayé y hable con el jerarca.

Si sus dioses eran pequeños, cómo no lo serían ellos. Más pequeños que sus sonrisas, así se camuflaron los arayés, sus hechiceros y sus jefes guerreros. Porque hechicero era el ejecutante, batiendo el parche de la laguna junto a sus hijos. Y jefe guerrero era Tabaquito, comiendo dulces que la gura le ofrecía.

La nación arayé estaba dispersa en aldeas porque el territorio así lo requería. Algunas eran pequeñas, con no más de cinco Casas Gusano, otras llegaban a reunir

más de veinte. Las más fuertes eran la de Tabaquito, al Sur, y la de Tucán, el ejecutante, al Norte. Pocas veces una misma causa había reunido a todas las aldeas, y de eso hacía ya mucho tiempo. Pero los Japiripé habían hablado. Y desde Tabaquito a Tucán, la nación arayé se puso en pie de guerra.

—No es guerra solo por nosotros, por los arayés —dijo Tucán a su gente—. Porque solos los arayés no existen, ni los árboles de la selva, ni nuestros enemigos. Pero ellos no lo saben. Nosotros lo sabemos. Ellos no escuchan a los Japiripé como nosotros los escuchamos. Ellos creen que son solos, y en esa soledad cargan su muerte. Nosotros somos nación arayé. Ellos dicen que todo es dos, y ahí nace la soledad que arrastran. Tú, gente de otro mundo, dices que hay noche y día, y amas a uno y odias al otro. Tú, gente arayé, no amas ni lo frío ni lo caliente sino lo que va camino al calor, sino lo que va camino al frío. Y eso nunca será soledad. Ahora los Japiripé nos advierten que hay movimiento en la Caña, que alguien viene hacia aquí y que son dioses. Nosotros tenemos que esperarlos con la tierra limpia y un cielo sin lanzas para que puedan volar. Estos que vienen son como los Japiripé, son como todos los dioses, una parte de Dios.

Ochocientos guerreros arayés caminaron desde sus aldeas para reunirse cerca de Intrati. Era de noche. La arenga de Tucán, el ejecutante, no tuvo ni un solo grito. Y en cambio, muchas sonrisas.

—Suerte nuestra es ser pequeñitos porque podemos saltar sobre la oscuridad, zigzaguear entre los rayos, treparnos a los hilos del sol. No andamos hoy sobre nuestros pies sino sobre los pies de los dioses. La nación arayé va a saltar sobre las paredes de la noche.

Semejante a como había sucedido en los montes Cazut con los Dratewka que buscaban dragones, así ocurrió en Intrati.

Los arayés llegaron al más septentrional de los asentamientos Dratewka y avanzaron por los pasillos de la confusión. Con los ojos entrecerrados y las sonrisas abiertas los guerreros arayés mataron con precisión, sin demorar ni un instante el dolor de la presa. Y cortaron lenguas que luego lucirían en sus collares. Cuando todo acabó, el silencio hacía pensar en un mundo donde solo vivieran hormigas.

La gente de las caravanas, que olfateaba desde lejos el olor de las monedas, también percibía el olor de la muerte.

Un grupo de palari pamá llegó al Crapatura mucho antes de lo acostumbrado. Y tan atemorizados que, por primera vez, no se demoraron en negociaciones. Al patriarca de aquella caravana no le gustaba lo que debía contar porque, sin ser amigos de nadie, preferían lo conocido. Y el linaje Dratewka lo era. Los arayés, en cambio... Era difícil hablar con ellos, comprarles o venderles. Andaban desnudos y comían

cenizas humanas.

—Están todos muertos —balbuceó el patriarca—. En Intrati, están todos muertos. Y los arayés festejan haciendo sonar el agua como tambores.

Antes de pedirle al patriarca que se calmara, antes de escuchar los detalles, Andrei pensó en Tucán, el ejecutante.

—Otras caravanas los vieron bajar desde los pantanos —continuó el patriarca—. Muchos y desde todas partes. Dijeron que parecía como si la selva los estuviera pariendo a montones.

Por primera vez no era necesario que los nómades exageraran sus relatos o añadieran detalles fraguados por sus imaginaciones fuertes. Esta vez todo era cierto: el número de arayés, la matanza, el asombro ante aquella impensable reacción del pueblo diminuto. Y el miedo.

Los alquimistas escucharon en silencio, procurando evitar cualquier reacción delante de los mercaderes.

Acabado el relato, los palari pamá reclamaron un pago moderado. Luego ofrecieron sus mercancías y se marcharon sabiendo que, a partir de ese día, Mérec se transformaba en una tierra peligrosa. Pero buena también, como cualquier catástrofe, para comprar y vender.

Los Tzarús regresaron a las cuevas.

Apenas Antón advirtió que se preparaba una reunión importante, se escabulló dentro de la cueva que usaban en esas oportunidades y se ocultó tras una saliente de la piedra.

Escuchó lo ocurrido en Intrati, cómo se habían movido los arayés, la matanza.

—Es posible que se trate de otro de sus ataques disparatados. Lo han hecho antes...

—Pero jamás se desplazaron tanto en el territorio, ni se reunieron en número tan alto —respondió Gavril.

—Podemos entender los pensamientos de un Dratewka, pero no los de un arayé, que más parecen percepciones que reflexiones, más imaginaciones que conceptos. Verdad que resulta difícil deducir la conducta de una extraña manada, pero esta matanza y el sitio de Oras Viitor no pueden ser casuales —dijo Andrei, cuya opinión sobre los arayés era escuchada por haber convivido con ellos.

Oculto en un rincón de piedra, Antón escuchaba.

—¿Qué propones?

—Una comitiva a Intrati —respondió Andrei—. Una comitiva para conocer sus propósitos. ¿Qué esperan conseguir? ¿Se moverán de allí? ¿Mantienen contacto con el sitio de Oras Viitor? Cuando nos hayan dicho eso, sabremos a qué atenernos.

—¿Crees probable una alianza con los arayés? —preguntó Gavril.

—No hay alianza posible con un pueblo como ese —respondió Andrei. Y agregó

—. Gavril, yo iré al frente. Tú quedarás a cargo de la colonia.

Luego la reunión derivó hacia los detalles de la expedición: la caminata hasta Intrati insumiría dos semanas a buen paso, de manera que debían preparar hombres y provisiones para evitar detenerse a cazar.

Oculto tras una roca, Antón pensaba que su madre y él estaban mucho más solos de lo que imaginaban. Ni arayés, ni Tzarús. Eran gente a medio camino, sin parientes, sin pasado.

Un comentario de Andrei lo devolvió a la cueva.

—Deberíamos llevar con nosotros al hijo de Fara. Tucán y el joven parecían entenderse. Quizá nos ayude a consolidar la confianza del arayé.

—¿A quién te refieres cuando dices arayé? —bromeó Gavril—. ¿Al ejecutante o al extraño muchacho, hijo de la extraña mujer?

Las risas, cómodas y prolongadas, indicaban que la reunión había terminado.

Aún sonaban aquellas carcajadas en la cabeza de Antón cuando Fara lo sacudió.

—Tú aquí adormilado, y Andrei buscándote.

Como su hijo no reaccionaba, insistió.

—¡Es Andrei! Te busca.

—¡Sé lo que quiere! Quiere llevarme con ellos a Intrati.

—¿Intrati?

—Para que sea yo quien hable con el ejecutante, para que sea yo quien pregunte lo que ellos quieren saber.

Cuando Antón acabó de contarle lo que había escuchado, Fara no sabía a qué sentimiento entregarse: si a la exaltación, porque los muertos eran Dratewka, o a la incertidumbre, porque los sublevados eran arayés.

—No imagino qué buscan los arayés —dijo al fin Fara.

—Tampoco yo. Ni Andrei. Por eso irán a Intrati. Iremos...

—¿Lo ves? Una misión tan importante, y Andrei pensó en ti.

Tucán, el ejecutante, no pareció sorprenderse cuando dos semanas después una comitiva Tzarús llegó a Intrati custodiada por algunos de los arayés que vigilaban las inmediaciones.

Fueron bien recibidos. Quienes rodeaban al ejecutante, gente de otras aldeas, no conocían a Andrei.

—Este es el hombre que nos dio el Ojo-Que-Ve-Otro-Mundo.

Los presentes sonrieron. Luego los arayés les ofrecieron alimento, servido en hojas de plátano, y los invitaron a compartir la sombra. Andrei y los suyos se alegraron por tan buen recibimiento. Y se asombraron por la cantidad de guerreros reunidos.

Antón se acercó a Tucán, sin saber exactamente qué palabras le diría. Como siempre, el ejecutante le alivió el camino.

—¿Qué podrás decir de mi esposa amada?

—No es feliz, no sonrío, ni siquiera me enseña como antes.

Tucán permaneció en silencio un largo rato.

—Deseo que alcance a ver el mundo bueno que está por regresar, porque otro pedazo de Dios está llegando a través de la Caña.

—No te preguntaré nada —dijo Antón—. Y preferiría que nada me cuentes.

Tucán sonrió ancho.

—Eres noble gente. Y no te apenes, porque seremos nosotros quienes les digamos lo que quieren saber. Ve y dile a Andrei que hablaremos con los Japiripé, y luego saldremos a darles todas las noticias que vinieron a buscar.

Tras esa conversación, que Antón no demoró en transmitir a Andrei, el ejecutante y las autoridades de cada aldea se encerraron en una choza de palma que ahumaron y calentaron con piedras. Los Tzarús no comprendían cómo les era posible permanecer allí, cuando el calor apenas era tolerable a la sombra y en silencio.

—Siempre lo hacen cuando deben debatir asuntos importantes —les dijo Antón—. Y no sienten calor porque son parte de él.

Los alquimistas que escucharon el comentario tuvieron que controlar el impulso de volver a reírse del muchacho.

Contradiendo al hijo de Fara, los arayés salieron de la choza fatigados, con la piel y los ojos irritados. Tucán, el ejecutante, caminó hasta detenerse delante de Andrei.

—Cuando se haga la noche festejaremos el mensaje de los Japiripé. Estarán ustedes y estaremos nosotros y estará la luna.

El resto del día lo pasaron los arayés preparando comidas y bebidas. Pintándose el rostro y acicalándose para el festejo.

—¿Habías visto algo así? —preguntó Andrei a Antón.

—Nunca así... A veces ellos festejan nacimientos o muertes. A veces los vi prepararse para los ataques. Pero nada tan enorme.

Andrei arriesgó una explicación a su pregunta.

—Estuviste en una sola aldea. Aquí hay muchas reunidas.

—Tal vez —dijo Antón, que no acababa de creer que fuese solo un asunto de cantidad.

Apenas oscureció, empezó a andar la bebida en mitades de coco. A la luz de las hogueras encendidas los arayés parecían, más que nunca, animales. Todos bebían, todos compartieron el alimento. Pero solo los arayés fumaron hojas de tabaco. Luego se reunieron para ver la danza de las mujeres.

Las danzantes se ubicaron una junto a otra, ataviadas con grandes aros y tocados

de plumas coloridas. Los torsos desnudos brillaban, untados con algún aceite. Y los dientes pintados de azul y rojo. La danza era simple. Las mujeres se apoyaban sobre un pie, luego en el otro, sin desplazarse. Monótona como el ritmo de los tambores. Y larga, tan larga que los Tzarús pasaron por el momento de la curiosidad al del aburrimiento, hasta alcanzar, al fin, una especie de estado de fascinación, un encantamiento provocado por el ritmo invariable, por los pasos idénticos, por la repetición perfecta, por la sensación de eternidad.

Cuando la danza acabó, los alquimistas continuaron con la vista fija en el espacio de la danza.

Antón miraba desde lejos.

Finalmente Tucán, el ejecutante, se levantó y habló frente al grupo de extranjeros sentados en semicírculo.

—Doy gracias a mis hermanos, que confían en mi palabra y dicen que hablaré por ellos. Y a ustedes me dirijo que vinieron a saber... Dios no cabe en uno, eso lo sabemos los arayés. Dios, tan grande, se reparte en muchos. El sol es un parte de Dios, y el agua y la palabra musical. Los Japiripé son una parte de Dios, llamándose dioses. No puede Dios estar alegre y sonreír cuando hay mal en alguna de sus partes. Dicen los Japiripé que, en la tierra de la que vienen, los dioses con alas han sido maltratados y encadenados y obligados a todo dolor. Dicen que esos dioses han huido, y hacia aquí vienen. Pero aquí ya los están esperando para seguir causándoles dolor. Nosotros somos los que debemos limpiar esta tierra para que los dioses dancen y rían aquí.

—No creemos que Dios esté repartido —dijo Andrei—. Los dragones no son nuestros dioses sino nuestros pares. Tampoco conocemos a los Japiripé. ¿Dices que ellos te hablaron de los dragones? También pudo hacerlo cualquier extranjero. Los Dratewka y nosotros estamos en Mérec por causa de los dragones.

Algunos guerreros arayés, uno por cada Tzarús, se pusieron de pie. Todos llevaban lanzas. Andrei observó el movimiento, se inquietó, se defendió.

—Y cuando dices que aquí esperan a los dragones para dañarlos, has de referirte a los Dratewka. No a nosotros.

—De nuevo lo uno y lo otro —sonrió Tucán—. La oscuridad y la luz. Pero la gente se mueve en los medios. La pura oscuridad nos mata. La pura luz nos mata. La gente se mueve en los medios. Y allí, ¿cuál es la diferencia entre gente Dratewka y la gente Tzarús? Ustedes, ellos y otros son el mundo que expulsó a los dioses. Nosotros deseamos otro mundo para ellos y para la gente arayé.

Los guerreros avanzaron hacia los Tzarús. Antón se puso de pie. Tucán, el ejecutante, lo miró con fiereza, indicándole que guardara silencio.

—No es Dratewka nuestro enemigo. No es Tzarús. Es el mundo que aquí han traído.

Las lanzas arayés se alzaron al mismo tiempo. Los arayés gritaron al unísono. Las lanzas arayés descendieron.

Antón lanzó un grito estremecido y se cubrió los ojos. El silencio profundo que se hizo alrededor de su oscuridad lo obligó a mirar. Las lanzas estaban clavadas en la tierra, junto a los alquimistas. Antón sonrió, casi como si hubiese nacido arayé.

—La espalda no es el lugar de la muerte —dijo Tucán—. Se marchan con tanta vida como la que trajeron. Pero se marchan sabiendo que la guerra de la nación arayé también los mira. Estuvieron y oyeron: no es Dratewka nuestro enemigo, no es Tzarús. Es el mundo que aquí han traído.

Luego, el ejecutante se dirigió a Antón.

—Le dirás a tu madre que sonría porque podrá vivir en el jardín de los dioses.

Terentigani subió a los barcos sus modos de vivir y de matar, sus enemistades y sus guerras. Sin embargo estaba por suceder en Mérec un hecho inconcebible en Terentigani. Una vez más, los palari pamá oficiaron de correo. Pero esta vez entre dos opuestos: lo duro y lo blando, lo oscuro y lo claro, los Dratewka y los Tzarús.

Cuando se extendió la noticia de la magnitud de la rebelión arayé, ambos extremos pensaron lo mismo. Lo pensó Mare Limba en Inrauri. Lo pensaron los alquimistas en las cuevas del Crapatura.

En Inrauri habló la gura.

—Hoy, cuando nuestro jerarca es el hambre, lo llamaremos pacto... Hoy, cuando Oras Viitor está desahuciada y los arayés avanzan sobre nosotros, lo llamaremos pacto.

La inquietud de los hombres que la escuchaban no perturbó el ritmo de su discurso.

—Soy la única capaz de asegurar que la peste no demorará en ceder, que pronto llegarán barcos, como antes. ¡Y serán barcos Dratewka! Hoy, solo hoy, lo llamaremos pacto. Cuando todo vuelva a su sitio, le daremos su verdadero nombre.

En las cuevas del Crapatura habló Andrei.

—No piensen en un pacto, piensen en una oportunidad. Quizá la única que nos permita sobrevivir. Hoy, cuando los arayés han mostrado su incapacidad de distinguir y su brutalidad, estamos obligados a pensarlo.

La gente de las cuevas estaba atemorizada por la amenaza arayé.

—Les aseguro que el pacto que propongo no irá más allá de la victoria sobre los arayés. Y que conseguiremos mantener nuestras colonias. Les aseguro que después nada será igual. Todo será mejor para nosotros.

En Inrauri, habló Mare Limba.

—Nada en este continente ha sido fácil... Quizá los dragones nos trajeron aquí sabiéndolo. Pero ahora el arrepentimiento es traición —nadie sospechó que la gura hablaba para sí misma—. Ahora solo queda seguir. Y regresar a Terentigani con lo que vinimos a buscar, ¡y más!

En las cuevas del Crapatura, habló el alquimista.

—Una vez que logremos derrotar a los arayés no estaremos solos. Los comerciantes que han llegado desde el Sur de Terentigani nos apoyarán. Pero sobre todo, ¿no están aquí los dragones? Lo están. Y vendrán en nuestra ayuda. Los arayés han sido insolentes llamándolos sus dioses.

En Inrauri.

—Los arayés pagarán cada muerte Dratewka. Y pagarán a precio más alto la insolencia del engaño. Será un canto de empalados por todo Mérec.

En las cuevas del Crapatura.

—Los arayés estuvieron a punto de matarnos, indefensos. Pero somos alquimistas y aun en la victoria actuaremos con clemencia.

Las caravanas de los palari pamá iban y venían entre los extremos de un pacto que empezaba a fraguar. Mientras tanto, el alma de Antón se sacudía. El muchacho no hallaba un lugar ni un instante donde posar su decisión. Fara, en cambio, no veía ni entendía otra alternativa que la que Andrei anunciaba.

—Tú estuviste ahí —dijo la mujer a su hijo—. Tú viste el comportamiento de los arayés.

—Y tú estuviste en las jaulas Dratewka. Tú sufriste la crueldad de ese linaje. ¿Ahora aceptas un pacto?

—No es un pacto, Antón. No lo es en verdad —y Fara volvió al sitio donde vivía su corazón—. Recuerdo un día... Era muy pequeña, y debíamos sacrificar a un perro que había tirado del trineo desde que yo tenía memoria. Lloraba, prendida a las piernas de mi padre, y le suplicaba.

Pero Antón ya no podía acompañar a su madre.

—¡Los arayés no son perros de trineo! ¡Y tus recuerdos no son el mundo!

El rostro descompuesto de Fara detuvo la rabia de Antón que, sin embargo, no pudo hacer más que alejarse, desoyendo el insistente llamado de su madre.

Días después, a medio camino entre Inrauri y las cuevas del Crapatura, lejos del sitio y de los arayés que bajaban desde el Norte, Andrei y Mare Limba iban a reunirse. Cada uno acompañado por una pequeña comitiva y en representación de sus linajes.

Al revés de la tierra, el cielo estaba limpio.

La gura caminó delante de su gente hasta donde los Tzarús habían levantado una tienda. El alquimista sabía que Mare Limba era joven pero no la imaginaba bella.

Solo ellos dos entraron a la carpa.

—Estamos en otra tierra, que es parecido a decir que estamos en otro tiempo —comenzó la gura—. Y de poco me serviría negar que en Terentigani mi linaje atraviesa una tormenta. Estoy aquí haciendo el peor trabajo... Aceptar una caída, y con ella una necesidad.

—Si estamos aquí, contra todo lo imaginable, es porque ambos necesitamos sobrevivir —dijo Andrei.

—Ay —la gura pareció ensoñar—. ¿Sería bueno decir que este puede ser el principio de un pacto que se extienda a Terentigani? ¿Sería bueno decirte que sé lo que piensas? Estás pensando cómo confiar en alguien que traicionó a su madre.

Andrei se sobresaltó por la verdad de aquellas palabras.

—En esa traición me quedé sin sangre —continuó Mare Limba—. ¿Por qué crees que lo hice? ¿Cuál sería mi ganancia? ¿No era mejor permanecer a la sombra de las grandes guras, las mismas que aconsejaron esclavizar a los dragones, y luego tomar su lugar? Era mejor, cualquiera puede verlo. En cambio tomé mi parte de riesgo y de dolor. Me acerqué tanto como pude a Skuba Dratewka y había comenzado a inclinar su voluntad cuando una maldición se interpuso.

Aunque la voz de la gura y sus palabras cautivaban el oído, el alquimista no perdió el hilo del razonamiento. Y quiso entender mejor.

—Hablaste de inclinar la voluntad de Skuba Dratewka. ¿Hacia dónde?

—Hacia la eternidad... Ningún sabio, y nosotros lo somos, puede creer que un linaje, un poder, un conde, durarán por siempre. Pero hay un modo de atravesar todas las fronteras: la Perforación. Y solo juntos, con ustedes, podremos acercarnos. ¿Sería bueno decirte que este pequeño pacto, que solo nos servirá para sobrevivir, podría confluir en un río?

Mare Limba había nombrado la Perforación, pero cuando Andrei intentó que la gura dijera más sobre el máximo anhelo de los alquimistas, la mujer volvió a ocuparse del instante presente.

—Llamaré ahora a dos de mis hombres. Quiero que estén presentes para avanzar sobre el dibujo del ataque —dijo.

Iván, alférez de Inrauri, y un teniente, seguro y osado, que había llegado hacía pocos días de Insetati. Ambos eran jóvenes.

Tras largas horas de discusión, de escasos acuerdos y de extremas tensiones, surgió una estrategia. El pacto acordaba ataques simultáneos aunque independientes de las fuerzas Dratewka y Tzarús. Permitirían que los arayés de Tucán continuaran bajando hacia Inrauri, donde los esperaría el grueso de las fuerzas.

Pero Andrei fue quien propuso la idea decisiva.

—Sitiar el sitio —dijo el alquimista.

Mare Limba se iluminó.

—Algunas columnas avanzarán hacia Oras Viitor —Andrei trazaba líneas sobre un mapa de arena—. Su misión será cortar el acceso de los arayés a sus cotos de caza. Ellos sitian Oras Viitor, nosotros los cercamos a ellos, los encerramos en su hambruna y en su fatiga.

—¿Quién irá al frente de los tuyos? —preguntó Mare Limba.

—Gavril —respondió Andrei—. ¿A quién enviarás tú?

—A Iván.

Viéndolos desde el cielo, inclinados sobre un mapa de arena, no parecían odiarse.

El sitio a Oras Viitor llevaba ya cinco meses. Dentro del cerco, la muerte y los hambrientos roían del mismo hueso. Pero también del lado de afuera las fuerzas se agotaban. Mantener sitiado un territorio extenso y abrupto resultaba extenuante y costoso. Hombres y mujeres de las aldeas se inclinaban bajo el peso de aquella larga vigilia. Y había que alimentarlos a diario. Pero Tucán y la gente del Norte no demorarían. Y su llegada iba a cambiarlo todo.

Tucán y los suyos avanzaban hacia el Sur. En Insetati no hallaron más que despojos, porque los habitantes de aquel asentamiento habían destruido todo antes de marchar a Inrauri para sumarse a las fuerzas Dratewka.

Los arayés no se movían como un ejército. Se movían de modos que ningún militar Dratewka o Tzarús comprendería. No avanzaban encolumnados ni en línea recta. Cada aldea obedecía a su propio jefe guerrero. Y si los jefes consultaban y escuchaban a Tucán no era por alguna clase de jerarquía sino por su oído limpio para la música. Y musical era el modo de hablar de los Japiripé.

Viéndolos desde el cielo, parecían danzarines más que guerreros.

Provenientes de las colonias cercanas, los Tzarús comenzaban a alzar sus propios campamentos en las inmediaciones de Inrauri. Hombres en su mayoría, y algunas mujeres para atender a los heridos. Antes que nadie, llegó la gente de las colonias del Crapatura. Por expreso pedido de Andrei, Fara y Antón estaban entre ellos. A Antón lo preocupó esa extraña solicitud, pero su madre se mostró ansiosa de partir.

En la zona de Inrauri la actividad era febril. El vasto campamento Tzarús fabricaba flechas y lanzas, templaba espadas, bruñía escudos y cascos. El asentamiento Dratewka alistaba las ballestas y organizaba los ataques de su caballería en donde el terreno lo permitiera. Estaba estrictamente prohibido flanquear los límites del terreno en el que cada fuerza operaba. Del mismo modo, cada linaje organizaba y controlaba su propio dispositivo de vigilancia.

Y fueron vigías Tzarús los primeros en avistar a los arayés en la orilla Norte del río Angros. Ahora estaban cerca, apenas los separaba el cauce estrecho del Angros. Sin embargo nada parecía definitivo. Las primeras informaciones de los vigías confundieron tanto a los Tzarús como a los Dratewka.

—Juegan como niños —dijeron—. Están desnudos, lanzándose agua y riendo. Algunos cruzan hasta casi llegar a nuestra orilla y luego regresan.

Horas después.

—¡Se han ido! Los arayés han vuelto sobre sus pasos.

Al día siguiente.

—Están de regreso.

Esa noche Andrei miraba arder los troncos de una hoguera con gesto sombrío. Solo los guardias estaban despiertos cuando se le acercó Fara.

—Es al revés —dijo la mujer.

Andrei la miró fastidiado. No entendía aquellas palabras, ni le interesaban.

—Al revés de como ocurrió en la cascada, ¿recuerdas? Yo estaba absorta y tú...

—Sí, sí. Lo recuerdo —interrumpió Andrei.

El alquimista no imaginaba que la mujer estaba a punto de brindarle una información decisiva.

—Estás pensando en los arayés —dijo Fara—. Y yo tengo algo para ti. Los conozco bien, los he visto hacer otras veces lo que ahora hacen: ir y venir, moverse sin sentido, bailar y retirarse. Los vi durante la cacería de grandes animales. Los vi, hace años, cuando se enfrentaron a las tribus perdidas de la selva. Ellos lo llaman Distraer al Mejor. No creo equivocarme... Mientras aquí algunos saltan y chillan, la mayoría sube para cruzar río arriba. Quizás a la altura de la confluencia.

Andrei la miraba fijamente, como intentado determinar si la mujer desvariaba. Pero no percibía señal alguna de incertidumbre en su rostro ni en su voz.

—¿Y dónde crees que esté el ejecutante?

—Con los que suben, sin dudas.

El alquimista se acercó hasta que ambos respiraron el mismo aire. Le apartó el cabello del rostro, que pareció más suave a la luz del fuego. No sabía Andrei cuál de todos los sentimientos posibles tensaba su cuerpo. Por eso el primer beso fue mezquino y oscuro, lleno de los rumores que atiborraban su mente. Luego prefirió olvidar la sequedad de la mujer y soñarla como la deseaba, como tal vez había sido alguna vez. Prefirió alzar su falda blanca, deslucida... Y Fara, atrapada en su ensueño, aceptó sin saber qué aceptaba.

La sangre de Fara aún seguía encendida cuando Andrei la dejó sola. Era urgente despertar a los mandos Tzarús y ponerlos al tanto de las novedades.

Reunidos alrededor del mismo fuego donde poco antes Andrei y Fara habían compartido una forma rudimentaria del amor, donde habían anudado sus soledades y sus cuerpos, los Tzarús debatían acaloradamente.

—Hay que partir cuanto antes...

—Mañana.

—Tan rápido como sea posible.

—Aun así. Los arayés nos llevan, al menos, dos días de ventaja.

—Los Dratewka tienen caballos...

—¡Los Dratewka deben ignorarlo hasta que todo esté hecho!

—¡Los Dratewka no pueden apropiarse del primer triunfo!

—Seremos nosotros...

—¿Y si no llegamos a tiempo? ¿Si los arayés ya cruzaron el río?

—Los detendremos en tierra.

—Será difícil.

—La mujer puede ayudarnos.

—¿De qué mujer hablas, Andrei?

—De Fara. Fue esposa de Tucán y él la ama. Sé cómo usarla llegado el caso. Como sea, es un recurso que prefiero tener al alcance de la mano.

—¿Una carnada?

—Una mujer.

Cerca de los alquimistas, una sombra encrespó el lomo.

—¿Cómo la convenceremos?

—Yo haré eso —dijo Andrei.

—La partida no debe ser grande, los Dratewka la notarían.

—Doscientos hombres, elegidos.

—Hay mucho que hacer y pocas horas.

Los alquimistas se retiraron a sus deberes. Andrei tenía el más opaco, pero lo cumpliría acabadamente.

Detrás de ellos, la sombra de un lagarto reptó en dirección al campamento Dratewka.

Fara aceptó en silencio el pedido de Andrei de marchar con ellos río arriba. El alquimista mintió y no mintió en cada uno de los besos con que interrumpió su explicación. Mintió y no mintió, porque algo de la noche anterior persistía en la mujer y la embellecía.

—Nos iremos apenas comience a declinar el sol. ¿Recuerdas nuestra caminata hacia el Crapatura? Esta será más ardua todavía.

Nuestra caminata, había dicho Andrei.

Nuestra, escuchó Fara. Y respondió:

—Estoy lista.

Ese mediodía Antón buscaba a su madre.

—No podía encontrarte —dijo.

—Ni yo a ti.

Fara abrazó a su hijo, que ya la superaba en altura.

—Mi padre solía decir que solo el árbol de la vida es capaz de dar buenos frutos de una rama envilecida. Y ese fruto eres tú —dijo Fara.

—¿Sucede algo?

—Nada... Vamos a comer juntos, ¿quieres? —y agregó—. No tengas miedo, evitaré nombrar a tu abuelo.

Hacía mucho que no reían juntos de tan buena gana, ni comían con tanto apetito. Fara parecía recordar el presente y soñar el futuro.

—Cuando esto acabe pensaremos en ti. Si acaso deseas avanzar en el conocimiento de la alquimia...

—Solamente eso quiero —Antón era sincero.

—Entonces no soy yo la indicada. Tendremos que encontrar un maestro entre los Tzarús.

Era todo tan distinto y tan nuevo que no fue Antón quien buscó una excusa para marcharse, sino Fara.

—Debo seguir preparando vendas y cosiendo —dijo.

Antón se quedó observando el andar de Fara, alejándose. Parecía una jovencita.

De a uno, de a tres, de a uno, de a cinco... Así los hombres elegidos para partir abandonaron el campamento hacia un punto de reunión establecido. El día caminó con ellos, río arriba y a buen paso. De tanto en tanto Andrei se dirigía a Fara.

—¿Estás bien?

—Estoy bien.

Con su falda blanca, deslucida, sus sandalias y el bolso de panza cruzado en el pecho, delgada y sin proferir una queja, Fara emocionaba a Andrei.

—Bebe suficiente agua.

—Lo haré.

Las noches eran cortas allí. Y a tiempo hallaron un claro del monte donde comer y descansar.

Fara había esperado el día entero ese momento, urgida por reencontrarse con Andrei. En su jergón, con los ojos abiertos, lo escuchó hablar con algunos de sus hombres y dar órdenes para el relevo de las guardias. Ya vendrá, pensó. Luego se hizo silencio. Ya vendrá... Los hombres se durmieron pronto. Sus respiraciones sonaban profundas y acompasadas. Pero Andrei no llegaba. Fara se sintió con derecho suficiente. Salió de su jergón. Caminó cautelosa entre los hombres desparramados hasta Andrei. Lo halló profundamente dormido, se explicó su ausencia por el cansancio. Apenas se inclinó sobre él, Andrei despertó sobresaltado.

—Soy yo —dijo Fara, sonriendo.

—Deberías volver a tu jergón y descansar —dijo Andrei incorporándose sobre un brazo.

Fara lo besó.

—Hay muchos hombres aquí y yo estoy al mando. Vuelve a tu sitio.

Fara insistió con el cuerpo.

—¡Vuelve! —Andrei habló con suavidad pero con firmeza.

Apenas amanecía cuando los Tzarús se alistaron para continuar. Era el segundo día de marcha y a medida que avanzaban la vegetación se volvía más selvática.

—Ya ven —dijo Andrei a los hombres que caminaban a su lado—. De poco habrían servido aquí los caballos.

Cada cierto tiempo, un vigía Tzarús subía a los árboles más altos para otear la otra orilla del río. Sin embargo, como apenas promediaba el segundo día de marcha, no se esperaban novedades todavía. No obstante, el vigía traía noticias: arayés.

—¿A qué distancia? —preguntó Andrei.

—A una hora, o un poco más.

—Nos apostaremos frente a ellos. Quizá sea el lugar que eligieron para cruzar el río.

Doscientos Tzarús avanzaron sigilosos como animales de monte por la orilla sur del Angros, hasta quedar casi enfrentados a los arayés. Algunos hombres de la selva, entre los que Andrei y Fara reconocieron al ejecutante, parecían hablar con el río.

—Le avisan que van a profanarlo —explicó Fara en voz muy baja—. Le piden permiso y perdón.

Poco después, los movimientos en la orilla opuesta indicaban que los guerreros de la nación arayé iban a cruzar el Angros. Los arqueros Tzarús se prepararon en dos líneas de tiro.

Cuando comenzó el cruce, los alquimistas se preguntaron si lo que veían brillar eran sonrisas.

Con una paciencia fogueada en los experimentos alquímicos más que en los campos de batalla, Andrei esperó que el grueso de los guerreros arayés ingresara al río. A pesar de que en ese tramo el Angros perdía profundidad, los pequeños arayés de la selva lo vadeaban con el agua a la cintura. En sus puestos de ataque, los Tzarús supieron que iba a ser sencillo.

A una orden de Andrei, los arcos tensos soltaron las flechas. Primero una línea, luego la otra. Los arayés alzaron sus cabezas como viendo una bandada de pájaros veloces volando hacia ellos. La mayoría de flechas cumplió con su cometido, cayeron los arayés sin posibilidad de defenderse. Algunos arrojaron lanzas, pero la distancia y la frondosidad de la selva las inutilizaron. De inmediato se produjo el repliegue que Andrei y sus hombres esperaban. Ahora debían aguardar y ver si los arayés intentaban otro cruce más arriba o si volvían sobre sus pasos, hacia el Norte. Como fuera, era una primera victoria Tzarús sobre los arayés. Y sobre los Dratewka.

Pero ni Andrei ni sus hombres llevaban sobre sus hombros la cabeza de un arayé.

Tucán, el ejecutante, les habría explicado.

—Si aceptas un camino, aceptas un regalo. No se devuelve un regalo al vecino y no se devuelven los caminos a los dioses. Un camino le cuesta a la tierra y le cuesta a la gente. Y nunca se hace para deshacerlo. Atrás ya no hay cacería. Un camino es como el día. ¿Quién puede deshacerlo? Si ese día no ha sido bueno, la gente va hacia el próximo. Pero no se deshace un día vivido, porque detrás no hay cacería.

Porque eran arayés, los guerreros de la selva no regresaron sobre sus pasos hacia el Norte.

Pocas horas después, el cruce se extendía a lo largo de la orilla. Ochocientos guerreros arayés, que rebasaban por ambos lados a una partida de doscientos Tzarús.

Cantó un pájaro.

—No es un pájaro —advirtió Fara.

Los arayés se lanzaron a cruzar el río en un frente inabarcable. Algunos viboreaban bajo el agua, muchos llevaban sobre sus hombros otro guerrero que pudiera disparar flechas o pequeñas armas arrojadas. Intentando abarcar la extensa línea de arayés que cruzaba el río, los Tzarús abandonaron el sitio protegido. Entonces empezaron a caer. Al fin, los guerreros de la selva alcanzaron la orilla. La tierra puso a los enemigos frente a frente. A pesar de la ganancia Tzarús en altura y fuerza, los arayés los sorprendieron con un ritmo y un andar animal, con saltos y dientes, con una danza de combate que los Tzarús no lograban descifrar. Ya cerca, los cuchillos arayés rasgaban gargantas. Las hachas espantaban antes de matar.

Cuando Andrei ordenó retroceder hacia el monte, un tercio de sus hombres había muerto. Los guerreros arayés no fueron tras los sobrevivientes.

—Faltan setenta y dos —le avisaron a Andrei.

—¿Qué harán ahora? —preguntó un alquimista.

—No lo sabemos. Por ahora solo podemos esperar —admitió Andrei. La agitación cesaba, pero aumentaba la tensión.

Atardeció. La noche comenzó en silencio para ciento veintiocho Tzarús y una mujer, todos con los ojos abiertos.

—Tal vez sigan viaje hacia Oras Viitor —dijo Andrei.

Y justo entonces, como si lo hubiese escuchado, cantó el pájaro de la guerra para advertirle que seguían allí.

Amaneció con el canto del pájaro al Norte, con el canto del pájaro al Sur. Los alquimistas estaban rodeados.

El capitán Tzarús había imaginado un movimiento que, además de detener a los arayés, los engrandecería ante los Dratewka. Pero amanecía y lo único cierto era Fara, la esposa más amada del ejecutante, la que hablaba la lengua arayé.

Le quedaba a Andrei un único intento, tan doloroso como necesario. Encerrados en el monte, los arayés iban a exterminarlos. Andrei estaba obligado a enviar a Fara con un mensaje de rendición. En el último instante, dudó. Y fue Fara la que debió convencerlo.

—No me dañarán. Soy esposa de un gran cacique.

La mujer y sus hombres de mando insistieron.

—Ve entonces —aceptó Andrei—. Estaremos detrás de ti.

Y Fara avanzó hacia la posición Sur, erguida, anunciándose en voz alta. Con su falda blanca, deslucida, y su bolso de panza de oveja cruzado sobre el pecho.

—¡Soy esposa de Tucán, el ejecutante! ¡Estoy aquí para hablarle! ¡Digan a Tucán, el ejecutante, que lo espero para hablar de rendición!

Fara sabía que cientos de oídos la escuchaban, y que Tucán estaba decidiendo.

El tiempo fue una cuerda tensa atando dos mundos. Dos horas, o tal vez más. Al cabo, Fara volvió a comenzar:

—¡Soy esposa de Tucán, el ejecutante! ¡Vengo a hablarle de rendición! ¡Díganle que estoy aquí! ¡Soy Fara, esposa del ejecutante...!

Por fin las malezas se movieron. Allí estaba Tucán, el ejecutante, su rostro pintado, sus collares y el torso cruzado por una banda de piel de jaguar. El arayé avanzó hacia Fara. El grupo de guerreros que lo escoltaba se detuvo antes.

—Mi esposa amada —sonrió Tucán—. Temí no volver a verte. Pero estás en mitad de este monte, hablando nuestra lengua. Y yo, ¿debería yo estar frente a ti? Dijeron los Japiripé que no debería. Pero dijeron que yo iba a desobedecer, porque son dioses y saben que el amor los desoye, los ignora. O saben que el amor es un dios también, más fuerte que ellos —Tucán se detuvo en su sonrisa—. Vine a escucharte.

—Traigo un mensaje de rendición.

Los Tzarús habían caminado dos días, habían enfrentado a los arayé, y ahora iban a entregarse como prisioneros de guerra.

Pero siguiendo sus pasos, inadvertidos, venían ballesteros y lanceros del ejército Dratewka. A caballo, tanto como lo permitió el terreno. Luego, a pie.

Cuando los arayés los detectaron a sus espaldas, las ballestas ya estaban disparando. La partida enviada por Mare Limba desgarraba la rendición Tzarús y salpicó de sangre las palabras que Fara pronunciaba.

—¡Ven! —alcanzó a gritarle el ejecutante.

Pero Fara eligió regresar con los Tzarús. Y corrió con su falda blanca, deslucida, y su bolso de panza de oveja cruzado en el pecho a través de un campo de batalla.

El combate tenía muchos bordes. Los Dratewka atacaron por el frente Sur. El resto de los guerreros de la selva, ubicados al Norte, comenzaron a bajar hacia el foco de la batalla. En medio, ciento veintiocho hombres Tzarús. Y Fara corriendo hacia ellos, corriendo para alcanzar el amparo de la selva. Pero antes, una lanza le atravesó el costado derecho.

Tucán de un lado, Andrei del otro, la vieron caer ensangrentada.

Alrededor, una batalla furiosa. El ejecutante llegó, la tomó por los pies y la arrastró hacia los matorrales. Le sacó el bolso de panza de oveja y lo arrojó a un costado. La herida de Fara era profunda, pero lo urgente era el veneno. Tucán sacó la lanza y chupó sangre envenenada. Escupió y volvió a succionar y a escupir. La muerte bailaba. Y Tucán, que debía estar entre los suyos, intentaba salvar la vida de su esposa amada.

Fara entreabrió los labios amoratados. Tucán acercó su oído a la boca.

—El bolso, dáselo a Antón. Solamente a él.

Cuando ya había hecho lo posible, cuando puso hojas en la herida y las amarró con la piel de jaguar que cruzaba varias veces su torso, fue momento de abandonarla.

—Esposa más amada, ahora te alegrarás de ver que no hay dos cosas... No solo vida y muerte. Ahora verás que hay muchas cosas en el medio, y que la gente anda por allí.

Antes de marcharse, ocultó el bolso de tripa bajo un montículo de piedras blancas.

La batalla dejaba muertos en ambos lados. La sangre corría por el monte, se detenía en las piedras, anegaba hormigueros, teñía las huellas de los animales... Cantó el pájaro de la guerra y los arayés se metieron en la selva.

Fatigados también, y con bajas, los Dratewka decidieron aceptar la tregua y esperar refuerzos.

Era tiempo de buscar heridos. Y cada linaje levantó a los propios. Un soldado albino y corpulento llegó cargando a Fara. La había hallado entre los matorrales, moribunda. Andrei, urgido por las circunstancias, apenas tuvo tiempo de mirarla y pensar que no se salvaría. Resolvió apostar en el lugar a un grupo de cien hombres. Los demás regresarían con él y los heridos.

La antigua desconfianza entre los linajes, agravada por los últimos acontecimientos, impuso silencio durante la marcha y ensombreció las miradas. Los Dratewka eran muchas veces superiores en número, y habían vencido. Los Tzarús no pasaban de un puñado de hombres derrotados.

Vistos desde el cielo, parecían amos y esclavos.

Cuando le informaron a Mare Limba que un grupo de soldados estaba llegando, montó y salió a recibirlos. Antes de que su caballo se detuviera por completo, comprendió que traían buenas noticias.

—Fue una victoria... Los arayés se replegaron y ahora nuestro teniente espera refuerzos.

Con eso bastaba por el momento.

—Vayan al asentamiento. Lleven a los heridos. Coman y beban. Hablaremos luego.

Detrás venía la partida Tzarús, a pie y cargando heridos, de modo que tardarían horas en llegar. No le importó a Mara Limba esperarlos.

—Capitán —dijo a modo de saludo.

Andrei respondió con un movimiento de cabeza.

—Ha sido una larga caminata y mi caballo alcanza para dos.

—Caminaré como mis hombres, gracias.

—Pero a diferencia de tus hombres, tendrás que explicarnos qué ocurrió.

—Lo haré luego —no había temor en la respuesta de Andrei.

Mare Limba se quedó observando el paso de la caravana. Detrás venían los heridos. Y al final, Fara.

—¡Aguarden! —La gura detuvo a los hombres que cargaban a una mujer en una litera improvisada.

El rostro de Fara le habló desde un puerto de Terentigani. Mare Limba murmuró aquel viejo recuerdo que de pronto se mezcló con un murmullo de la moribunda.

«El alba es Hobsyllwin que se yergue en el Este de la tierra...».

Entonces la gura cabalgó hasta las primeras filas.

—¡Andrei! ¿Quién es la mujer?

—¿Para qué querrías saberlo?

—Quizá para saber quién va a morir de un momento a otro. Sabes que se muere, ¿verdad?

—Lo sé.

—Puedo ayudarla.

—Hay otros heridos —respondió Andrei.

—Pero solo ella me interesa.

El capitán le debía a Mare Limba una explicación difícil. No era el mejor momento para iniciar un altercado. No creía que Mare Limba lograra hacer algo por Fara. Y si en verdad podía, tanto mejor.

Se volvió hacia uno de sus hombres y ordenó que llevaran a Fara a donde la gura les indicara.

—Lo haré yo misma —dijo Mare Limba.

Los hombres que portaban la litera alzaron a la herida y se la entregaron a la gura. Mare Limba la tomó como a un niño. Con un brazo le sostuvo la cabeza, con el otro condujo el caballo.

Mare Limba ocupaba la mejor habitación del Castrum de Inrauri. Allí llevó a Fara. Comenzó de inmediato a practicarle curaciones, pero el veneno había tenido tiempo de caminar por la sangre. La infección espumaba la herida.

Cuando Mare Limba se sentó junto a la enferma para ponerle paños frescos en la frente, Fara se alzó de pronto.

—Tucán, debes ayudarme —dijo—. La Figura me confió la profecía, tengo que cuidarla...

—Dime más —pidió la gura.

Pero Fara cerró los ojos y se desplomó sobre la almohada húmeda por la fiebre.

Mientras tanto, Andrei llegaba al campamento. El capitán Tzarús sabía que era su deber presentar el parte de la derrota y sobreponerse, enfrentar a Mare Limba, rearmar la estrategia... Pero había olvidado por completo que también debía responder al hijo de Fara.

Andrei lo vio buscar entre los que regresaban, entre los heridos, entre las sombras. El capitán estaba exhausto y quiso evitarlo. Pero Antón le cortó el camino.

—Mi madre —dijo.

El Tzarús tuvo que detenerse.

—Fue herida —respondió.

—Pero no está aquí.

—Está... —el capitán buscaba una respuesta aceptable— la gura aseguró que podía salvarla, o al menos...

—¿Le entregaste mi madre a Mare Limba?

—Hablas de entregar, muchacho, cuando intenté darle una oportunidad.

Antón tenía tres puños. Dos eran sus manos apretadas. El tercero era su corazón.

—Ojalá nunca hubieses llegado a la costa aráyé.

Molesto por el modo en que Antón le hablaba delante sus hombres, Andrei respondió con desprecio.

—¿Crees que quería cargar con ustedes? Fue tu madre la que rogó.

Antón se abalanzó sobre el Tzarús, lleno de furia y pena. Andrei lo empujó lejos de sí. Antón cayó de espaldas y volvió a levantarse. Intentó de nuevo, pero el capitán lo tomó con fuerza por los brazos y le habló cerca del rostro.

—Vete ahora mismo, muchacho, o tendré que castigarte más allá de mi deseo.

El campamento Tzarús volvió a lo importante. Antón corrió hasta un árbol y allí descargó golpes, allí lloró la soledad que lo abrumaba. Su profunda condena a la soledad.

Mare Limba pasó la noche junto al lecho de Fara. Cada tanto la enferma deliraba, aunque sus desvaríos afiebrados mencionaban solamente la profecía. ¿Qué profecía? ¿La de los monjes? A la Figura. ¿De quién hablaba? A Hobsyllwin. ¿Por qué una sierva de los Tzarús hablaría de la dragona blanca? Mare Limba ordenaba el delirio, se interesaba cada vez más por la verdad que escondía.

—Tucán...

La enferma volvió a incorporarse. Mare Limba guardó silencio. Un pestañeo bastaría para romper la imagen que la moribunda veía, irreal pero nítida.

—Tucán, cuídalo bien. Ahí está el pergamino, la sangre, la Figura, el bolso...

Por la mañana, como su padre años antes en Terentigani, Antón caminó hacia los Dratewka.

—¿Qué buscas?

—A mi madre.

—¡El muchacho busca una madre! —el guardia alentaba la risa de sus compañeros.

—Está herida —continuó Antón.

Los soldados sabían sobre una mujer que la gura intentaba sanar. Lo mejor sería comunicarle la presencia del joven y preguntarle qué hacer con él.

—Déjenlo pasar —respondió Mare Limba sin vacilaciones.

Antón corrió hacia donde los guardias le indicaron y empujó la puerta entreabierta.

—Pasa —le dijo la gura—. Aquí la tienes.

Fara, inflamada y triste, se moría.

—Madre.

Fara reconoció la voz de su hijo y abrió los ojos dolorosamente.

—Serás alquimista —dijo.

—Lo seré.

—¡Padre! —Fara volvía a perderse en las trampas de la agonía.

—No voy a mentirte —dijo Mare Limba—. Por mucho que intento, no logro detener el mal que el veneno ha hecho en su cuerpo. ¡Y la pobrecita no tiene lo que desea!

—¿Qué ha dicho? ¿Qué ha pedido?

—No entendí bien... Habló de un bolso de panza o algo así.

Antón no pudo evitar un sobresalto que la gura percibió.

—Su bolso, sí —dijo—. Siempre lo lleva con ella en memoria de mi padre. A él pertenecía.

—Lástima —murmuró Mare Limba. Y agregó—. Puedes quedarte con ella. No pasará la noche.

Y así fue. Fara murió cuando el mundo amanecía.

Viéndola desde el cielo, parecía regresar al prado blanco de su infancia.

Sitiar el sitio, tal era el plan que Andrei había concebido, y al que los mandos militares que respondían a Mare Limba no se opusieron. Sitiar el sitio fue la orden de las columnas que avanzaron hacia Oras Viitor. El ejército Dratewka al mando de Iván. El ejército Tzarús al mando de Gavril.

El cerco arayé tenía dos frentes. Uno en la costa de la Península de Vioara, que controlaba la eventual entrada y salida de barcos. Otro, mucho más extenso, que encerraba la ciudad hacia el continente. Aquella era el área prevista para el inicio de la ofensiva; puerta del monte donde los arayés obtenían carne de caza y agua dulce.

Dentro de Oras Viitor el banquete era solo de las moscas. Al principio enterraron a los muertos. Después nadie preguntó, nadie nombró jamás esa carne. Ni los niños quisieron saber qué era aquel alimento que sus madres les ofrecían en tozos pequeños y chamuscados.

Oras Viitor era también, a su modo, un territorio en guerra. El Castrum protegía al jerarca, a la viuda de Constantín, a su hijo y a los mandos Dratewka. Además de los soldados, indispensables para la defensa. El caserío era una zona de furia y hambre donde ni curtidores, ni carpinteros, ni siervas, ni herreros hablaban con su alimento.

Tatalie pasaba la mayor parte del día con su cuñada y su sobrino. Cuando su hermano Constantín vivía y la suerte de Oras Viitor no estaba en juego, el jerarca apenas reparaba en su sobrino.

«Tu niño...».

«Joria», le recordaba Constantín. «¡Mi hijo se llama Joria!».

Ahora, atrapados en un cerco y sin saber qué ocurría afuera, sin noticias de los suyos ni de Mare Limba, Tatalie se había aferrado a su magra familia. En especial a

su sobrino, con el que hablaba largamente. El niño lo escuchaba y parecía entenderlo. O, al menos, eso creía el jerarca.

—Mira —le decía a su cuñada—. Sabe que será mi sucesor, que deberá gobernar Oras Viitor. El pequeño Joria sabe que tendrá que ser implacable con los arayés —pero enseguida se corregía—. Aunque para entonces el escarmiento ya estará cumplido. ¡Cuánto ansío que esto acabe, querida cuñada! Y rodear mi ciudad, pero esta vez con un cerco de empalados.

Tzarús y Dratewka se desplegaron a espaldas del sitio arayé, ocultos en territorio montaraz. No era tiempo de revelarles su presencia sino de esperar. Y no esperaron demasiado hasta divisar a un grupo de cazadores arayés atravesando la mañana brumosa. No eran más de diez y, para su mal, avanzaban hacia la potestad territorial de los Dratewka.

Una vez que los cazadores se adentraron en el monte y se separaron en dos grupos, la maniobra de los hombres de Iván resultó sencilla y letal. Se trataba de un puñado de arayés que, sorprendidos en medio de la maleza, no lograron salvarse ni matar.

Algunos, sin embargo, no tuvieron la suerte de una hoja afilada. Los Dratewka no buscaban enfurecer a sus enemigos sino aterrorizarlos. Y sabían que lo que más asusta a los hombres es la indignidad. Tres cazadores arayés iban a recibir el debido castigo. Les arrancaron los taparrabos y les separaron las piernas. Los palos afilados en la punta entraron en el cuerpo de los cazadores, arrasaron vísceras, se detuvieron en la musculatura, se abrieron paso. Por fin, los soldados alzaron las estacas. Y tres arayés que habían sido cazadores eran colgajos.

A la distancia los Tzarús se estremecieron pensando que aquellos hombres eran sus aliados.

Los cazadores tardaban en regresar. Eso sucedía a menudo porque la caza se había retirado del lugar, y costaba mucho hallar presas suficientes. Los arayés enviaron otro grupo porque el alimento se acababa. Solo uno regresó. Tabaquito escuchó el relato del cazador:

—Todos muertos —dijo—. Y tres, peor que muertos.

La noticia se extendió rápida por el sitio. Tabaquito y los caciques se reunieron a masticar palabras.

—Están aquí, y Tucán demora. ¿Dónde estará? No lo sabemos.

—Los Japiripé podrían estar dormidos o distraídos en sus danzas de copulación.

—Ahora nosotros tenemos hambre, pero quizá venga algo más triste.

Un anciano arayé, que soportaba el nombre de Máxima Ancianidad, habló desde su alfombra de cuero y su tabaco.

—La herida de la herida —dijo— se enfrenta de una sola manera, con el corazón del corazón.

—Quiero ir con ustedes —dijo Antón.

Andrei alzó la cabeza de sus mapas de arena para mirar al joven hijo de Fara que estaba pidiendo acompañar al ejército.

—¿Qué edad tienes? —preguntó el capitán Tzarús.

—Dieciséis.

—Y, según creo, ninguna habilidad con la armas.

—Mi madre me enseñó alquimia. Y los arayés no me consideraban un guerrero.

—Esta es una batalla decisiva —dijo Andrei—. ¿Pelearás contra el ejecutante?

—Si me lo permites, ayudaré con los heridos como lo hacía mi madre.

Andrei lo pensó.

—Puedes venir —aceptó—. Prepárate para partir muy temprano por la mañana.

En el Castrum, Mare Limba pedía un caballo para cabalgar a la retaguardia de su ejército.

Debía ser la batalla que detuviera definitivamente el avance arayé desde el Norte. Por eso Tzarús y Dratewka llevaban tantas fuerzas como les era posible. Los que avanzaban a pie llegarían en algo más de dos días. Los que cabalgaban, mucho antes.

A orillas del Angros, los soldados Dratewka y los cien hombres que Andrei había dejado apostados, esperaban el arribo de los refuerzos. Los arayés permanecían en silencio. Muy poco se veía de ellos, apenas algunas hogueras, como burlas.

También en el Norte, Tucán y los caciques se reunieron para masticar palabras y tabaco; porque solo así alcanzaban a comprender lo importante.

—Ya están aquí y no falta ninguno —dijo Tucán, el ejecutante—. Los Japiripé ríen y no hacen más que nombrar la Caña. También advierten que, si hace falta, deberemos dejar el cuerpo.

—Lo aceptaremos —masticó la Máxima Ancianidad—. La gente que se queda viviendo no es la que respira aire; la gente que se queda viviendo es la que respira amor.

Uno a uno, con la lentitud necesaria, los caciques hablaron.

—Si abandonamos a los dioses que llegan, abandonamos a la gente arayé y a la hermosa selva.

—Los dioses son lo mejor de la gente.

—Vamos a defender a los grandes dioses que llegan por la Caña.

—Si hay que dejar el cuerpo, que sea en la selva.

—Que sea en nuestra hermosa casa.

El Angros nacía de la unión de dos ríos que descendían, torrentosos, de los montes Cazut. En esa confluencia se alzaba un brote de violenta vegetación, un ombligo de barro, un territorio pantanoso y mortal aun para la gente de la selva. Hacia allí avanzaban los arayés.

Esa misma noche Mare Limba y su teniente hablaban con Andrei.

—¿Qué hacen ahora? —preguntó la gura.

—Se dirigen al Ombligo —respondió Andrei—. Si logran llegar y meterse allí no podremos hacer nada.

Los Tzarús de Crapatura conocían esa zona y su renombre. Hasta ellos llegaba, de tanto en tanto, un soplo de su penumbra.

Mare Limba escuchaba a ambos hombres.

—¿A qué le llamas Ombligo? —preguntó de nuevo el teniente Mare Limba.

—Los arayés lo llaman así... El Ombligo es una zona feroz.

—¿La conoces acaso? ¿Has estado allí? —quiso saber el teniente.

—Nunca estuve.

—Ya ves, Tzarús, habla tu miedo.

Andrei se irguió.

—Tú no sabes...

—Qué puede haber allí, dime. Más calor, más insectos, más barro...

—Suficiente —exigió la gura—. Hay que ir tras ellos. Ahora y no mañana temprano. Tendremos que levantar a los hombres en la oscuridad.

—La suerte está de nuestro lado —dijo Andrei—. El cielo está limpio y amanecerá igual.

—¿Le temes a la lluvia?

Andrei fingió no escuchar al teniente y, en cambio, dibujó en el mapa de arena sus razones. Proponía atacarlos por detrás. Eso los obligaría a girar, y ese giro era un ardid que les otorgaría una ventaja decisiva.

Justo antes de separarse, la gura formuló una petición que Andrei atribuyó a su deseo de venganza.

—Capitán, tú conoces al arayé que llaman Tucán. ¿Verdad?

—Así es. Tucán el ejecutante es uno de los que está al mando.

—Señálalo para que mis hombres lo tomen prisionero. Si lo haces, tal vez olvide que traicionaste el pacto.

Aún estaba oscuro. Los arayés caminaban hacia el Ombligo. Si quedaban en los pantanos, si eran devorados por los cocodrilos, amos del lugar, al menos dormirían en su hermosa casa.

Detrás iban los Dratewka y los Tzarús, ni demasiado rápido ni demasiado lento, calculando el momento preciso.

Cuando la noche empezó a palidecer, señal de que la luz la abrazaba, Andrei y el teniente Dratewka, cada uno a sus hombres, dieron orden de apretar el paso. Los arayés los sentían a sus espaldas y avanzaban también. Ni una sola nube en el cielo. El horizonte era un desahogo de la luz.

El teniente de las fuerzas Dratewka llevó su caballo junto a Andrei, que caminaba

al frente de sus hombres.

—Ya es tiempo.

—Aún no... Aguarda.

En el límite Este del horizonte, la luz se aglutinó. Después, comenzó a ascender.

El teniente Dratewka no quitaba los ojos de Andrei, en espera de la señal de ataque. Los arayés avanzaban porque ninguna otra cosa podían hacer. Andrei miró el cielo del amanecer, calculó la distancia que los separaba del pueblo de la selva. Alzó el brazo derecho. Todo se detuvo menos el sol, menos los arayés.

—¡Ahora!

El ataque comenzó con ballestas.

Entonces, cuando los guerreros de la selva giraron para defenderse, encontraron el sol contra los ojos. Sorprendidos por su propio dios que los encandilaba hasta la ceguera, los arayés dispararon sus armas sin certeza ni eficacia. En cambio caían, uno tras otro, sobre sus ojos ofuscados.

El favor del sol no sería largo, por eso las órdenes eran de exterminio.

Tucán y los caciques que quedaban en pie decidieron que solo algunos permanecerían allí, entorpeciendo el avance enemigo. El resto huiría a refugiarse en el Ombligo.

Los arayés que sostuvieron la retirada de los suyos recibieron un ataque masivo.

—Es aquel —dijo Andrei señalando al ejecutante, al frente de los que iban a morir.

El teniente Dratewka envió a dos de sus mejores soldados a tomarlo prisionero. En medio de una batalla desigual en la que cada guerrero de la selva enfrentaba solo la saña de sus enemigos, Tucán se preparó para luchar cuerpo a cuerpo, hacha en mano y un cuchillo de piedra apretado entre los dientes. Y armas arrojadas en la cintura. El arayé levantó el hacha como si no pesara y del mismo modo la bajó sobre el pecho del soldado. Entonces sí, pesó la piedra, el odio y el tiempo. Amedrentado por la destreza del ejecutante, el otro soldado intentó sacar una flecha. Pero antes de que alcanzara a tensar el arco, una estrella de puntas filosas se clavó en su cuello. Detrás llegó el hechicero arayé para desangrarlo.

Desde su sitio, el teniente Dratewka lo vio todo. Y envió un grupo de seis soldados. Tucán, el ejecutante, dio batalla. Esta vez, sin embargo, no pudo más que derribar a uno antes de ser capturado por cinco soldados, que lo arrastraban de los cabellos.

El combate había terminado. Y una vez más los arayés ganaban una derrota. Los soldados querían vengar a sus pares y castigar el insolente coraje del hechicero arayé. Mare Limba estaba obligada a permitirlo. Tucán, el ejecutante, fue derribado a golpes. Le patearon la cabeza y el estómago, le pisaron el rostro, le arrancaron las argollas de las orejas.

Antón estaba viendo y quiso que el ejecutante lo supiera. Para eso, disimulado en la maleza, imitó el canto del pájaro de la guerra.

Mucho más resistente de lo que su tamaño permitía imaginar, Tucán tuvo fuerzas para girar la cabeza hacia el punto de donde llegaba el trino. Y tuvo ojos para ver el dolor del hijo de su esposa.

—Arrójenle agua fría y dejen que se reponga —dijo Mare Limba—. Luego, llévenlo ante mí.

Seguía dolorido y sangrante cuando lo arrastraron hasta Mare Limba.

—Tú eres Tucán, el ejecutante —dijo la gura—. ¿Sabes contar? —le preguntó—. ¿Sabes cuántos de tus hombres hay aquí condenados al empalamiento?

—No falta ninguno.

—Así es —la gura comprendía por fin el sentido de aquella expresión—. Todos los que importan.

Tucán, el ejecutante, no parecía temer por su suerte.

—La vida o la muerte de los tuyos —continuó la gura—. Y salvarlos te costará poco. Tienes algo que necesito. Un bolso de panza de oveja.

—Es el bolso de mi esposa amada. Ella me lo confió.

La gura no fingió su asombro ni su interés por entender el modo de pensar de aquellas personas:

—Me lo dices sin guardarte nada. ¿No aprecias el valor de la mentira?

—Tanto la apreciamos que es parte en nuestros altares. Tenemos nuestros días para mentir y tenemos nuestros Hombres del Buen Mentir que saben hacerlo para alegría de todos.

—¿Qué dicen esos hombres? ¿Sobre qué mienten?

—Sobre todo en este mundo.

—Dime alguna de sus mentiras.

Tucán, el ejecutante, asintió. Su encía volvía a sangrar.

Madrecita,
si tu niño que recién ha nacido
gruñe con dulzor
es porque un cachorro de jaguar
nació en el mismo instante.
Entonces, madrecita, tu niño es precioso.
Y debes amarlo doblemente.
y hacerlo guerrero de la Nación arayé.

La gura sonrió.

—Me gustaría hablar contigo pero la guerra no me da tiempo. Seré generosa.

Tienes lo que queda de este día para decidir si me entregas el bolso de panza. O si ves a tus hombres caer por nuestras estacas, uno por uno. Serás el último.

—Le das un breve plazo a este hombre —dijo el hechicero—. Permíteme orar a mis dioses, hablar con ellos y preguntarles.

—Puedes hacerlo —luego Mare Limba salió a ordenarles a sus soldados—. Dejen que hable con sus dioses antes de amarrarlo.

Ya junto al resto de los prisioneros arayés donde pasarían la noche a la intemperie rodeados de guardias, el ejecutante cantó como el pájaro de la guerra. Aguardó. Volvió a cantar. Y aguardó hasta que otro pájaro respondió desde la maleza.

«Ahí tienes a tu dios pajarito», se rieron los soldados.

«Te está respondiendo», dijeron.

El hechicero alzó la voz y habló largamente en su lengua.

—¿Escucharon tus dioses? —preguntó uno de los guardias.

—Espero que lo hayan hecho —respondió Tucán.

Antón volvió corriendo al campamento Tzarús, que había abandonado cuando escuchó el llamado de Tucán. Como todos, había recibido una ración de tabaco que ahora iba a canjear.

Conocía al hombre, albino y corpulento, que había encontrado a su madre en los matorrales, herida por una lanza. Y lo buscó.

—¿Qué quieres?

—¿Estamos cerca del sitio donde encontraste a mi madre?

—Digamos a una hora de caminata, o algo más.

—Llévame hasta allí.

—No haré eso.

—Tengo tabaco —Antón le mostró un rollo de hojas—. Te daré todo si me guías.

—¿Para qué quieres ir allá?

—Para besar la tierra donde cayó.

—No deberíamos dejar el campamento.

—Tú lo dijiste... Serán apenas dos horas entre ir y volver.

El hombre codiciaba las hojas que Antón movía antes sus ojos.

—¡Caminarás rápido! —dijo.

—Correré si hace falta.

Antón iba a cumplir el mandato que Tucán, el ejecutante, había pronunciado en lengua arayé: «Busca debajo de las piedras blancas, allí donde cayó tu madre, y toma lo que te pertenece».

Antes de que se cumpliera una hora de caminata, el hombre señaló un sitio cualquiera.

—Allí —dijo.

Antón se detuvo y buscó pero no encontró lo que esperaba.

—No es cierto —dijo con seguridad—. No hallaste aquí a mi madre.

—¿Cómo sabes que no es aquí?

—Regresa si quieres —dijo Antón—. Mi tabaco y yo hallaremos el lugar preciso.

El soldado no intentó un nuevo engaño. Y se resignó a recorrer el trecho que faltaba. Cuando llegaron al lugar de la batalla, dudó. Fue y vino, hizo memoria y finalmente dijo:

—Es por aquí. Por aquí, detrás de la maleza, pero no recuerdo el sitio exacto.

—Lo encontraré —dijo Antón.

El hijo de Fara comenzó a desplazarse por aquel espacio enmalezado, de un lado a otro, en busca de una señal. El soldado albino seguía los movimientos del muchacho, pero no su sentido.

Cuando vio un montículo de piedras blancas encimadas al modo aráyé, Antón supo que estaba donde debía.

—Déjame solo —pidió.

—Iré a orinar —respondió el albino.

Debajo de las piedras, allí donde el ejecutante le había indicado, estaba el bolso de Fara, el bolso de Pagure. Lo abrió, tomó el pergamino, lo ocultó entre sus ropas y volvió a dejar el bolso donde lo había hallado.

—¿Lloraste lo suficiente? —preguntó el soldado a sus espaldas.

—Menos de lo que imaginé.

—Te lo dije... Aquí ya no hay nada.

Al atardecer, la gura volvió a interrogar a Tucán.

—¿Qué harás al fin? —preguntó—. ¿Me entregarás el bolso o dejarás que tu gente sea empalada?

—Te daré lo que me pediste.

—Obras con sensatez, ejecutante. Como dije, si tuviésemos tiempo hablaría largamente contigo.

Al partir, el ejecutante buscó los ojos de Antón. Antón asintió con una levísima inclinación de cabeza.

Los prisioneros aráyés fueron obligados a aguardar de pie hasta el regreso de Tucán. Y nunca dejaron de sonreír.

Pocas horas después, el grupo que conducía a Tucán estaba de regreso. Mare Limba ordenó que llevaran al prisionero al Castrum.

—¿Solo esto?

La gura sacó del bolso de panza de oveja un vaso de alquimia de color ámbar con

dos asas y cuello de cisne.

—No vi allí dentro —dijo el Tucán—. Como me lo entregó mi esposa más amada, así lo protegí para su hijo.

La gura ordenó que trajeran al muchacho.

—Ven aquí —le dijo, cuando llegó escoltado.

El hijo de Fara caminó hacia ella, ignorando al hechicero arayé.

—¿Qué sabes de este bolso y de un pergamino?

—El bolso era de mi padre y por eso mi madre nunca lo dejaba. Y el pergamino que dices, lo recuerdo... Pero mi madre lo canjeó con los palari pamá por medicinas. Yo estaba enfermo. Pero eso ocurrió hace mucho tiempo.

Mare Limba arrojó al suelo el vaso de alquimia. Y sobre los añicos, el bolso de panza de oveja.

—No es día de mentir para los arayés, pero tal vez es día de mentir para los Dratewka —dijo Mare Limba.

Y esas palabras fueron su orden de ejecución.

Pero la gura, que no había sido engañada ni cuando Tabaquito llevó a cabo su simulación, fue incapaz de percibir un gran suceso que ocurrió ante sus ojos.

Tucán y sus hermanos ya estaban muertos. Ya muerto, Tucán había caminado para indicar el lugar que ocultaba el bolso. Y ya muertos, los demás prisioneros habían esperado de pie y sonrientes.

Tucán, el ejecutante, fue arrojado por los soldados a la fila de prisioneros. El hechicero se incorporó y habló, en la lengua de la selva, para los suyos.

—Ahora vamos a llevar las manos a nuestra frente, y recordaremos que ya estamos muertos.

Al mismo tiempo, los arayés se golpearon la frente con la palma de la mano y cerraron los ojos, como recordando alguna cosa. Luego empezaron a correr.

Las lanzas en las espaldas arayés derribaron muertos.

La primera guerra contra los arayés había terminado. En el Norte, los guerreros de la selva se internaron en el Ombligo. En el Sur, Oras Viitor había aniquilado el sitio que la arrinconaba.

En la zona de la confluencia del Angros, los alquimistas estaban cerca de las cuatro colonias establecidas en los montes Cazut y en el cañón del Crapatura.

—No todos podemos regresar —dijo Andrei—. Elegiremos una pequeña partida que irá a llevar noticias a las mujeres y a acariciar a los niños.

—¡Llámalos dichosos! —dijo alguien.

—Así es —sonrió Andrei—. Una partida de dichosos irá a lomo de mulas hasta las colonias. Los demás marcharemos a Oras Viitor.

Los alquimistas comprendían que, aun estando tan cerca de las cuevas, de sus hogares, debían caminar hacia el Sur para posicionarse en la ciudad capital. Entonces

se abocaron a la tarea de buscar obsequios para mandar a sus familias: fósiles, caparazones de grandes escarabajos, carozos con forma humana...

Así, tras la derrota arayé y la sepultura de sus muertos, los Tzarús se separaron. Unos pocos regresaban al Crapatura. La mayoría marchaba hacia Oras Viitor.

Pero, a escasos días de marcha, una polvareda en el horizonte indicaba que algo inesperado había ocurrido. Los Tzarús que habían partido hacia las colonias con caparazones, fósiles y carozos con forma humana, regresaban sin alma. Solo unas pocas mulas lograron soportar el esfuerzo que los hombres les habían impuesto.

—¿Qué ocurre?

El hombre al que Andrei interrogaba entreabrió los labios pero solo pudo sollozar un estertor seco.

—¡Qué! —gritó Andrei.

—Están muertos... Los mataron. Los arayés. Los mataron.

Tres de las cuatro colonias habían sido atacadas. Cada hombre pensó en su mujer y en sus hijos, en sus hermanas, en sus madres.

—Las lanzas de los arayés estaban clavadas en sus cuerpos —contaron—. A los primeros los mataron por la espalda.

Y fue esa matanza, adjudicada de inmediato a los arayés que habían escapado de la batalla del río Angros, la que transformó un pacto de agua en pacto de sangre.

Fue inútil que Antón insistiera en que no era posible.

—Ellos no matarían jamás mujeres y niños. Viví allí, los conozco.

—¡Apártate! —le dijo Andrei—. ¡Y si vuelves a defender a los arayés te consideraré un traidor!

Cuarta parte

El elegido

Cinco años después de las derrotas simultáneas de Tucán en el Norte y de Tabaquito en el Sur, cinco años después de la entrada triunfal de Mare Limba a Oras Viitor, todavía permanecían de pie los postes del castigo rodeando buena parte de la ciudad fortificada. Por allí debían pasar, obligatoriamente, las siervas y los arayés que llevaban a morir en las minas de oro.

En nombre de su linaje, Andrei había exigido clemencia para los vencidos. «Ni muertes innecesarias ni esclavitud», pidió. Mare Limba y Tatalíe, que para entonces era una prolongación de la gura, aceptaron. Luego llamaron necesarias a todas las muertes. Y los arayés no tuvieron más camino que trabajar en la ciudad o en las minas a cambio de comida y perdón.

No todos los Tzarús que habitaban en las colonias bajaron a Oras Viitor. Y aquellos que lo hicieron comieron en sus propias mesas, siempre distantes de los Dratewka, procurando mantener un equilibrio arduo y lleno de soterradas hostilidades.

Del otro lado del mar Terentigani comenzaba a superar el empobrecimiento y a neutralizar los ataques externos favorecidos por la peste.

Cuando pactaron con los Dratewka, Andrei y los alquimistas creyeron que la reconquista de Oras Viitor modificaría las relaciones de fuerza y que ganarían poder verdadero en aquel continente. Creyeron que pronto el pacto perdería vigor hasta caer por el peso de su cinismo. La matanza de mujeres y niños en las cuevas afianzó y prolongó esa alianza, aunque poco a poco muchos de los Tzarús afincados en Oras Viitor comenzaban a regresar, a restablecer sus colonias. El peligro de un ataque arayé había pasado y preferían marcharse lejos de la ciudad donde la hegemonía Dratewka era evidente. Quizás huían también de las bodas entre linajes, a punto de ser consumadas. Bodas que pocos querían presenciar. Bodas que recordaban las palabras de la profecía.

Creada con el propósito de servir como asentamiento para la cacería de dragones, Oras Viitor era una ciudad caótica que crecía en callejuelas de barro alrededor del Castrum y del mercado. El sitio arayé y la soledad en que la sumergió la peste de Terentigani acentuaron, aún más, su intrincada identidad.

Antón vivía alejado de la ciudad, en una casa de madera que él mismo había construido en el monte, no muy lejos del mar. Allí se abocaba a sus probetas, sus sustancias, sus pergaminos y a todo lo que podía adquirir en el albur del mercado, abastecido por los barcos que habían vuelto a navegar regularmente desde

Terentigani.

Caminaba un día por el monte el alquimista de ojos rasgados y azules cuando halló a una joven Tzarús comiendo moras.

—Te harán daño.

La mujer, tal vez unos diez años menor que el alquimista, se sobresaltó. Luego lo reconoció.

—Eres Antón.

—¿Y tú?

—Oropelia.

—¿Y qué haces aquí, Oropelia?

—Lo que ves... Comer moras.

—Te harán daño.

—¡Las moras y las Tzarús somos buenas amigas!

—Recuérdame eso de tanto en tanto —rio el hombre.

Antón siguió la mirada de la joven.

—¿Qué miras? —preguntó.

—Tu bolso. Es extraño y parece antiguo.

—Extraño no es. Apenas un bolso de panza de oveja agrietado por las batallas. ¿Antiguo? Era de mi padre y quizá mi padre lo recibió del suyo. Eso no lo sé.

—Puedes preguntárselo.

—¿Al bolso?

—A tu padre —sonrió Oropelia.

—No puedo. Murió antes de que yo naciera, en Terentigani.

—¿Naciste en Terentigani?

En el sonido de aquel nombre vibró la emoción de Oropelia por un continente que añoraba.

—Yo nací aquí. Mi familia vino con los primeros colonos.

—¿Viviste en las colonias del Crapatura? —preguntó el alquimista.

—Así es. Y si estoy aquí es porque vivía en la colonia que los arayés no atacaron.

El rostro de Antón se ensombreció.

—¿Tú viste a los arayés?

—No.

—Y nadie —dijo Antón—. Excepto los muertos.

Antón estaba a punto de marcharse, pero el rostro profundo de Oropelia le pedía otra cosa.

—Si vienes aquí de vez en cuando, podríamos vernos.

Aquella fue la primera de muchas conversaciones que compartieron, bajo las moreras que endulzaban la sombra.

Como tantas otras veces, el recuerdo de Tucán volvió implacable. Sus últimos

momentos, su expresión risueña cuando compareció ante Mare Limba. El alquimista intentó concentrarse en sus probetas hasta que, por fin, se rindió. Caminó hasta la ventana y dejó que la memoria hiciera su camino.

—¿Cómo pudiste sonreír? —le preguntó Antón al silencio del monte—. ¿Cómo pudiste? ¿Con qué fuerza? ¿Qué significaba la sonrisa para ti, para ustedes? No lo opuesto al llanto, eso es seguro, sino otra cosa. Sonreíste antes de correr junto a los tuyos con los brazos abiertos, como si alguien te estuviera esperando. Sonreíste con la lanza clavada en tu espalda. Lo sé, aunque no pude ver tu rostro. Quiero entenderte. No todo es dos, me decías. Pero yo no encuentro mejor modo de ordenar la realidad y de entenderla. No soy aráyé. Y ahora mismo, recordando tu muerte, soy incapaz de sonreír.

Mientras la viuda de Constantín consumía su vida llorando la muerte de su esposo, Mare Limba se mantuvo cerca de Joria preparándolo para el día en que debiera asumir el cargo de jerarca de Mérec. Tatalíe era ya tan anciano que apenas recordaba quién era. La sucesión era inminente. Una boda y una asunción juntas, lo deseable.

—¿Es necesario que me despose con esa pálida Tzarús?

—Es necesario, lo es —dijo Mare Limba—. Será tu esposa, no tu mujer. Será la madre de tu sucesor. Ni en Terentigani ni aquí es posible por ahora prescindir de ellos. Te desposarás. Y luego de la boda, escucha, voy a partir. Tal vez por un largo tiempo. Mientras tanto, engendra un varón.

—¿Adónde irás?

—Estaré tranquila si Oras Viitor queda en tus manos. Iré a buscar rastros, noticias, sombras de lo que nos trajo hasta aquí.

—Los dragones —dijo Joria.

—Hobsyllwin —corrigió la gura—. Iré al último Norte, más allá de la Montaña que no cabe en el Mundo, iré al mundo de los pantanos. No temas, regresaré. Ahora ven conmigo, quiero mostrarte mi regalo de bodas.

Joria siguió a Mare Limba fuera del Castrum hasta una construcción de piedra que la gura había ordenado levantar y a la que nadie entraba.

—Es aquí donde has estado este tiempo —dijo Joria.

—Aquí —respondió la gura—. Trabajando en tu regalo. Lo hice con un fruto que guardé por años, lo hice con sangre de Skuba Dratewka. Estará por siempre a tu lado, será la extensión de tu poder, será el terror de tus enemigos y aun de aquellos que dicen amarte. ¿Recuerdas que Tatalíe tuvo ovejas como mascotas?

—Claro —dijo Joria.

—Ahora te daré una mascota digna de ti, digna de la eternidad.

Por fin, la gura abrió la pesada puerta de la construcción. Un animal de cuatro palmos de altura con el aspecto de una liebre feroz los estaba observando.

—La Liebre Moteada te pertenece. Mira.

La gura sacó de sus bolsillos una rana y la colocó de modo tal que la luz proyectaba en el suelo la silueta del pequeño animal. Sobre la sombra se lanzó la Liebre Moteada. Joria vio, atónito, cómo la carne de la rana se iba desgarrando al tiempo que la mascota mordía la sombra.

—Así se alimenta —dijo Mare Limba—. Y solo acatará tu voz.

—Cuando suelte tus manos será para siempre —dijo Oropelia.

Antón se aferró a ese último instante.

—Estaré cerca de algún modo.

—Pero yo seré la esposa de Joria Dratewka.

—Tzarús y Dratewka se desposan sin que yo pueda entenderlo.

—Me culpas...

—No a ti.

—Mi linaje se esfuerza por mantenerse en pie. Llegará el momento de restaurar su poder en Terentigani.

—Pasan los años y eso no ocurre.

—Una vez te dije que me sentía capaz de irme contigo al Norte de Mérec.

—Y yo te respondí lo mismo que hoy te respondería: no es ese mi destino, sino velar por el cumplimiento de la profecía.

—Pasan los años y eso no ocurre... —parodió la joven.

—Si la llegada del Elegido se prolonga más allá de mi vida deberé buscar alguien a quien heredar la carga.

—¿Por qué cargas con una profecía incierta?

Como muchas veces antes, Antón vaciló. Nunca había logrado confiar en Oropelia tanto como para confesarle que la profecía escrita con sangre de los monjes estaba en su poder.

—Mi padre fue un servidor de los Fresnos Sagrados, mi madre cantó junto a Hobsyllwin y vio con sus propios ojos el pergamino de los monjes —dijo en cambio.

Oropelia amaba a aquel hombre de conocimiento, con ojos rasgados como los de la gente del Este, azules como los de los Tzarús.

—Si te marchas ahora sufriremos menos —dijo Antón.

—Tal vez deseas que me marche porque aguardas a la sanadora arayé.

—¡Anuja! —rio Antón—. Esa mujer me recuerda otro tiempo de mi vida y otras sonrisas. Pero es verdad, la espero.

—Me marchó entonces.

Oropelia Tzarús necesitaba ocultar el verdadero tamaño de su dolor.

—¿Estarás presente en mi boda?

—Desde luego.

Oropelia dio algunos pasos y regresó. Su templanza tenía resquicios por los que se veían las habitaciones de su tristeza.

—Ya casi no vive gente de mi linaje en la Fortaleza o en los alrededores. Ya ningún alquimista utiliza los hornos y los alambiques. Nadie accede a los

pergaminos... ¿Qué haré en ese lugar, rodeada de la brutalidad de los pastores?

—Te dije que estaré cerca...

—Más cerca de lo que crees —dijo Oropelia con los ojos brillantes—. Le pediré a Joria que te permita vivir en la ciudad como mi consejero.

—No harás eso.

—Por favor, no me abandones en la oscuridad —pidió Oropelia.

Nulán terminaba de recuperarse de la fiebre envenenada que lo habría matado si Antón y su madre no llegaban a tiempo.

Y esa mañana le dijo a su madre que volvía al monte. Anuja dejó el mortero donde molía semillas.

—¿Qué quieres decir?

—Que voy al monte como siempre iba. Como siempre iré.

Anuja no podría retenerlo junto a ella, y se conformó con lo más sencillo.

—¿Cómo sientes la herida?

—Casi como un ornamento —Nulán sonrió—. Como los que usa el pueblo arayé.

—Déjame ver.

—No hace falta.

—Déjame —insistió Anuja.

La herida lucía sana. Sin dudas ya no había asomo del mal. Pero algo, una forma, llamó la atención de la sanadora.

—¡Quédate quieto!

Anuja acercaba y alejaba sus ojos de la cicatriz, hasta que logró convencerse. No era la posibilidad que ofrecería una nube. Era el ojo perfecto e imponente de un dragón.

Al día siguiente, tras una noche de insomnio, Anuja caminó hasta la casa de Antón.

—¿Ha empeorado? —preguntó el alquimista antes de saludar.

—No, no... Mejora día a día. Déjame entrar.

Antón se movió para darle paso. La sanadora no perdió tiempo.

—¡Debes ver la cicatriz de Nulán! Debes verla.

—Entonces está mal.

—¡Dije que no está mal! Es otra cosa... Es un ojo perfecto.

Antón la miró extrañado.

—La cicatriz —aclaró Anuja— tiene la forma de un ojo. Pero no un ojo humano. Es otro, como los que veo en tus pergaminos.

—¿El ojo de un dragón?

Anuja asintió.

—Siéntate, aguarda. Quiero que veas, siéntate —mientras balbuceaba palabras confusas, Antón buscaba un pergamino entre todos.

—Ven —dijo mientras extendía con cuidado el cuero—. Verás esto por primera vez.

El pergamino escrito con sangre de los monjes emanaba un olor profundo.

—Si la verdad oliera, sería así —murmuró Anuja.

—¿Qué dijiste?

—Nada para tus oídos.

—Mira aquí —el alquimista señaló el sello al pie de la profecía.

—¡Ese es! —dijo Anuja.

Antón enrolló el pergamino y lo regresó a su sitio, entre copias y textos de mediano valor. Luego se sentó junto a la sanadora.

—Ya ves, Anuja, no soy yo el que se empecina. Es algo mucho más grande.

—Que ya no intentaré torcer —respondió la sanadora—. Desconocer el destino de Nulán me hará menos madre.

Antón sonrió, agradecido.

—¿Qué quieres que hagamos? —preguntó Anuja.

—Nulán ya tiene dieciséis años. Lo mejor será que esté conmigo. Aquí podré observarlo y acabar de comprender su origen y su carga.

La sentencia de la cacica del río tras la visita de Nulán retumbaba, como manos sobre el agua, en la mente de Artejal.

«Los dioses celebrarán que recordemos aquel pecado que los ofendió. Pero celebrarán también que vigilemos los pecados nuevos».

Artejal sabía bien que algunos de sus caciques visitaban la Fortaleza y tramaban con los Dratewka pactos difíciles de entender. Y más que ninguno, el cacique de la Casa Gusano de la Tierra, donde vivían las familias de los cazadores.

Esa mañana Artejal se sentía muy lejos de los dioses. Y necesitó decírselo a la Máxima Ancianidad.

—Lejos de los Japiripé —dijo—. Y lejos de los dioses grandes que anunció Tabaquito. ¿Qué pasa que no llegan? Nosotros perdimos la vida y la libertad y ellos aún no llegan.

—Es posible que se hayan arrepentido y cambiado el rumbo —dijo el anciano.

—¿Por qué cambiarían el rumbo?

—Porque les prometimos un mundo que no veo a mi alrededor. Este que tenemos está lleno de lanzas apuntando al cielo y de trampas de humo. ¿Por qué vendrían, Artejal, si ni siquiera hay aquí guerreros danzando?

—Piensas como Mimbí.

—Esa mujer es descortés y es deslenguada. No tiene suficiente timidez y, en cambio, demasiada destreza con las armas. Pero luce como un arco iris en el monte.

—Ella dijo que nuestros guerreros no danzan hace ya mucho tiempo.

—¿Y es mentira?

—No lo es.

—Y diría yo algo más triste todavía —continuó el anciano—. ¿Dónde están tus guerreros?

Dispersos y perezosos la mayoría, bebiendo en silencio el jugo de una paz envenenada. Muchos trabajaban en la Fortaleza o en las minas de oro del Noroeste.

—No hay para nosotros, ninguna guerra posible.

—Lo que dices es cierto. Pero es posible la danza.

—Deberé buscar a esos hombres por los rincones de la sombra y traerlos de regreso al sol. Tal vez ya sea demasiado tarde —dijo Artejal.

—Tu hijo tiene edad suficiente para mirarte y lo está haciendo. Es nuestro Tohol y ve un jefe que no danza.

Los nervios de Artejal se tensaban como la cuerda de un arco.

—Danzar... —murmuró—. Pero para eso tendré que enderezarles los huesos.

—Los enderezarás.

—Y aceitarles los músculos.

—Los aceitarás.

—Tendré que alimentarlos con buena carne.

—Para eso están los cazadores.

—Y deberé darles nuevas lanzas.

—Las harán en la Casa Gusano del Volcán —el anciano sonrió—. Pero sobre todo, tendrás que pedirles a las mujeres que te ayuden. Ellas, antes que los huesos, los músculos y las lanzas coloridas, lograrán que los hombres regresen al círculo de la danza.

Artejal entendió lo que el anciano decía, y sonrió también.

—Mimbí —dijo—. Ella me ayudará.

Artejal mandó llamar a Mimbí porque, como cualquier otro hombre, tenía prohibido pisar la tierra de las mujeres. La cacica fue a su encuentro. Lo escuchó. Y los colores de la dicha pasaron, uno a uno, por sus ojos.

—Organiza la primera danza. Nosotras te ayudaremos.

Cuando comenzaron los preparativos, la aldea entera se conmovió.

Después de años volvía a trazarse el círculo para la ceremonia de la danza, se emplumaron las lanzas, se tensaron los parches de los tambores. Y un anochecer de luna llena, hubo humo de tres colores en el círculo ceremonial.

La gente de las cuatro Casas Gusano se agrupó en los alrededores del círculo. La primera línea fue para los niños pequeños, que nunca habían visto la danza de los guerreros.

La Máxima Ancianidad aspiró siete veces el tabaco y entonces los tambores empezaron a sonar. Una línea de no más de cuarenta guerreros hizo eco, golpeando la tierra con los pies. Quienes habían visto danzar a muchos centenares en tiempos del sitio a Oras Viitor se apenaron. Pero Artejal danzaba por todos. Artejal alzaba la cabeza y el cielo descendía. Artejal se golpeaba las rodillas y sus huesos hablaban.

Cuando acabó la danza y los tambores se apagaron, la cacica del río, las mujeres

jóvenes y las ancianas se acercaron a los danzantes con collares de flores y les besaron el pecho. La costumbre de los arayés permitía a las mujeres apasionarse con los guerreros, sin que eso significara vergüenza para ellas ni para sus esposos.

Los hombres que se negaron a danzar no recibieron collares de flores ni besos en el pecho esa noche de luna llena.

Le habían dicho que su esposa estaba enferma pero no era por eso que Joria iba a la habitación de Oropelia, lleno de fastidio. Al jerarca solo le interesaba saber si Nah se había comunicado con Antón, y cuándo el alquimista regresaría a la Fortaleza. El jerarca de Mérec estaba ansioso por enviar a Mare Limba el primer informe auspicioso. Decirle que Antón ya estaba allí, trabajando en el Castrum. Cerca, donde podían acecharlo.

El médico de la Fortaleza estaba sentado junto a la cabecera de la cama de su esposa. El jerarca avanzó unos pasos y luego se quedó observando:

—Regreso luego —dijo Joria.

—Creo que será lo apropiado. Oropelia está muy débil, casi no se alimenta. Acaba de dormirse y deberíamos dejarla descansar.

—¿Qué hay para beneficiarla?

—Aún no sé qué le ocurre. Solo se debilita.

El jerarca compuso su rostro, aseguró que la dejaría descansar y se marchó. Pero en cuanto el médico dejó la habitación de la enferma, Joria regresó.

—Oropelia, despierta. ¡Despierta!

Con evidente esfuerzo, la esposa abrió los ojos.

—Eres tú —murmuró.

—¿Quién debería ser? —y enseguida fue al punto que le importaba—. ¿Qué sabes de Antón? ¿Volverá pronto?

Si una enfermedad no la mantuviera aletargada, Oropelia Tzarús habría advertido que aquel súbito interés era un mal presagio. Pero apenas pudo responder antes de volver a dormirse.

—No vendrá... No quiere.

Joria se quedó mirando el sueño blanco de Oropelia que, en cierto sentido, le repugnaba. Iba a volver a despertarla pero cambió de opinión y salió, más impaciente que antes de aquella inútil visita.

En el salón del Castrum reservado para las tareas de mando, junto a la Liebre Moteada y a una vasija con vino, Joria trataba de entender.

—¿No vendrá? ¿No lo desea? ¿Rechaza el sitio donde mejor podría desarrollar su tarea de alquimista y estar cerca de Oropelia? Algo extraño hay en esa negativa. Algo oculta. Dieciocho años caminó Mare Limba entre pantanos y hechiceros. No puedo

decepcionarla. No puedo enviar a decirle que Antón no aceptó mi perdón y se niega a venir. No puedo hacer eso. No lo haré eso —Joria acariciaba el cuello de su mascota—. Ya es el año 980... Y no es Mare Limba la única que ha envejecido. Y si es cierto que la Perforación... Si eso es cierto, la grandeza está al alcance de mis manos. ¡No lo arruinará la arrogancia de un alquimista! ¡No lo arruinará una Tzarús! Buscaré el modo de acercarme a Antón y a sus secretos. Voy a encontrar ese camino.

A Nah no le importó que Filip apenas hubiese dejado de ser un niño cuando comenzaron a encontrarse en los establos. Como no le importó que difícilmente la complaciera, que casi siempre le dejara una mancha de urgencia entre sus faldas. Nah lo amaba entonces y desde antes, cuando era un pequeño brutal que se burlaba de ella. «Nah tiene tetas de oveja».

Cualquier día Joria los sorprendió en el establo. Nah y Filip se adecentaron tanto como les fue posible. El jerarca miró a Filip.

—Por la noche vas a hablar conmigo —dijo.

Filip, que ante todos era impertinente, enmudecía ante el mínimo disgusto de Joria. Filip, el pendenciero, bajaba los hombros y la vista cuando leía dureza en la mirada del jerarca. Y cuando lo reprendía, torcía los pies hacia adentro.

—¡Adelante! —dijo Joria.

Filip dudaba.

—Llegas antes de lo previsto. ¿Qué te trajo tan rápido? ¿Le temes a mi enojo? —Joria se puso de pie y avanzó hacia Filip—. Podría quitarte mi preferencia, ¡claro que podría! —de pronto el jerarca echó a reír y palmeó la espalda del joven—. ¡Muchacho! Ven, siéntate.

Filip, que había enrojecido, obedeció.

—Dime: ¿te sostienes lo suficiente?

Como Filip demoraba en responder, Joria continuó.

—¡Vamos! Piensa en las ovejas y en sus bonitos balidos cuando los carneros las montan. ¡Eso debes pedirle a tu aráyé! Oblígala a que bale, eso te dará la firmeza necesaria.

El jerarca se levantó para servir vino.

—Algo más, tu madre, Clamia, ¿cuántos años dice que tienes?

—Veinticuatro.

—Muy bien —dijo Joria mientras le entregaba una copa—. Entonces será en la Fiesta del Dragón que se acerca. ¡Te nombraré jefe de ballesteros! Es el año 980 y vamos a preparar la fiesta más esplendorosa de la que tengamos memoria en Mérec.

Las copas de metal chocaron, llenas de vino y entusiasmo.

Filip se sentía doblemente feliz. Feliz porque seguiría teniendo a Nah, feliz

porque su padre lo amaba.

—Algo más —dijo Joria—. Nah es la criada de confianza de Oropelia. Debes lograr que te ame a ti más que a su ama. Escucha con atención...

Anuja buscaba la manera de hablar con su hijo, y él buscaba la manera de evitarla. Un día, dos. Por fin, Anuja lo detuvo.

—Si te sientas conmigo a la sombra estaré feliz.

Nulán hizo lo que su madre le pedía.

—Hay algo...

El muchacho la miraba sin emociones aparentes.

—Hay algo que debo pedirte.

Los ojos de Nulán, casi ajenos a su voluntad, se iluminaban.

—Me gustaría... Hay algo que me gustaría.

Nulán miraba a Anuja.

—Que fueras a casa de Antón, eso me gustaría.

La luz en los ojos de Nulán pertenecía al pasado.

—Si fueras a la casa de Antón, él podría decirte cosas que yo no.

Nulán recordaba el gusto del pan mojado en leche.

—Es un hombre sabio.

Recordaba un nido desmesurado donde había sido feliz.

—Nulán, me gustaría que fueras a la casa de Antón porque es un hombre de sabiduría y podrá explicarte cosas que yo apenas intuyo.

—¿Cuándo quieres que vaya?

—¿No dirás ninguna otra cosa?

—Iré pronto.

Nulán se fue sin decir palabra. Y Anuja vio cómo se alejaba de muchas maneras.

Metido en el monte, olfateó una amenaza de muerte y caminó hacia allí.

Un puma avanzaba pisando sombras. Avanzaba para atacar a un ciervo que apenas podía ponerse de pie y que, sin dudas, había perdido a su madre.

El puma y Nulán se midieron, se entendieron. El puma reinició su avance, pero Nulán gruñó y el animal se detuvo. Un ciervo muy pequeño había quedado huérfano. Y la orfandad no era, en aquel monte de Mérec, una condición posible. Nulán podía impedir que el puma devorara al ciervo, sometido a su tragedia. Pero aquel día su ternura cedió ante las leyes del monte. Miro al cervato por última vez, y se marchó.

Nah visitaba a Filip casi todas las noches.

Llegó a la hora de siempre y llamó como siempre, con tres golpes suaves, pero

nadie respondió. Aguardó un momento, mirando hacia ambos lados por temor a ser descubierta. Volvió a golpear y siguió el silencio. Finalmente se atrevió a bajar el picaporte para comprobar que la puerta estaba asegurada. Nunca antes había sucedido.

Durante el día buscó a Filip, que la esquivó sin disimulos.

Nah esperó la noche impaciente. Cuando fue la hora caminó por el Castrum, iluminado con luces de aceite, hasta la habitación de Filip. Y fue lo mismo. Solo que en esta ocasión lo escuchó reír y murmurar.

Nah era una aráyé, y nada podía hacer sino regresar en silencio a los cuartos que compartía con otras siervas. Acostarse seca y llorar en silencio.

—¿Has visto a Filip? —preguntó a unos y otros en la Fortaleza.

El encargado de la caballeriza lo había visto.

—Esta mañana vino a buscar dos caballos.

—¿Por qué dos?

—Porque iba con aquella joven pariente de Joria. Aquella de cabello rojizo...

—Madalina —dijo Nah.

—¡Ahí tienes! Madalina. Con ella salió a cabalgar, o eso dijo —el encargado de la caballeriza sonrió—. A revolcarse, digo yo.

Para Nah el día fue una quemadura. Más que nunca la fastidiaron los pedidos de Oropelia desde su lecho, y la preocupación de Beliria por su madre.

Por la noche la sierva regresó con sus tres golpes suaves.

—Pasa.

Bastó una palabra para iluminar la expresión de Nah. Sin embargo, Filip no la aguardaba como siempre. Estaba totalmente vestido y parecía ocupado en una ballesta.

—¿Vienes a lo de siempre? —preguntó.

Nah era una pequeña mujer aráyé de ojos profundos y piel perfecta. Desatado, su cabello le llegaba a las rodillas de modo que casi podía vestirse con él.

—Ven.

Filip no se quitó más ropa que la imprescindible y la amó con desgano, con rabia. Pero no esa rabia con la que amaban los Dratewka sino otra, semejante a la repulsión. Solo al final pronunció un nombre.

—Madalina.

Nah no se permitió reacción alguna ni pronunció ningún reproche. Le habían enseñado que no tenía derecho.

La sierva aráyé ya había obsequiado su cuerpo. Ahora iba a obsequiar su alma sin dejarse nada para ella, ni para su aldea, ni para su sangre.

—Oropelia está enloqueciendo.

—¿Porque su Antón no quiso venir a la Fortaleza?

—Al comienzo lloró, y eso es lo que siempre hace. Pero luego recibió un recado del alquimista que le hizo perder la razón.

—¿Un recado?

—Sobre ese muchacho que tanto cuidan.

No había inocencia en las palabras de Nah. La sierva arayé vendía y compraba.

—No sé de quién hablas.

Por expresas indicaciones de Joria, Filip controlaba sus reacciones.

—De Nulán, el hijo de una sanadora arayé.

—Ya veo que son las imaginerías de tu aldea.

—No, no de aldea. Porque los arayés no quieren a Nulán.

—Será mejor que te vayas. Es tarde —dijo Filip.

Nah debía seguir ofreciendo.

—Mi ama está enloqueciendo. La escuché decir que Nulán canta como los dragones y otras cosas.

Filip sostenía tirante la soga de su ansiedad.

—En verdad está loca. ¿Y no dice acaso que vuela?

—No dice que vuela, pero sí que lleva la marca de un ojo de dragón en su pecho.

—No eres una arayé cualquiera —dijo Filip con una caricia—. Puedes escuchar y entender lo que ninguna otra sierva entendería.

Entonces Filip la amó otra vez, como ella deseaba.

Joria tomaba la primera comida del día. A diferencia de la mayoría de los hombres Dratewka comía con cierta medida. Tomaba con los dedos trozos de fruta cocida en almíbar y los compartía con la Liebre Moteada. Se había levantado optimista y con deseos de buscar a Clamia, lejos de imaginar la buena nueva que le traería la mañana, en boca de su hijo.

—Señor —Filip llegaba más temprano que de costumbre—. Anoche Nah me dijo cosas que deberías saber. Cosas de un joven al que llaman Nulán.

Joria le pidió detenerse y repetir la misma cosa varias veces. De pronto dio una orden imprevista.

—¡Traigan al monstruo!

De esa manera llamaba el jerarca a las siamesas, que pronto llegaron, temblorosas.

—¿Tienes miedo?

Una cabeza dijo que sí, otra cabeza dijo que no.

—El monstruo sabe recitar la profecía del monasterio, ¿no es así?

—Así, así —las dos voces hablaron al unísono.

—Adelante, ¡qué esperan!

Las siamesas disfrutaban sus recitados en público. Se acomodaron y, antes de comenzar, aclararon sus gargantas.

«Todos los mares, todos los pactos, todos los ciclos nacen heridos de

muerte. Y lo mismo será con la soberbia. Durante largo tiempo bajarán ríos de dolor por las montañas y los abismos huirán al galope. Lo que vuela caerá y lo que reptará será grande.

Y será cuando el fuego y el agua den mil giros».

Joria pensó en el tiempo que debía transcurrir para el cumplimiento de la profecía, evaluó el grosor de veinte años. Pensó si su vida alcanzaría.

«El corazón del mundo sufrirá cuatro golpes. El primer golpe será por fuego, el segundo por cadenas, el tercero por enfermedad. El cuarto será a causa de bodas inmundas que unirán lo que no debe unirse».

El fuego, las cadenas, la enfermedad. Y también las bodas inmundas... Todo había sucedido como la profecía lo señalaba.

«Para deshacer tanto dolor llegará un Elegido.

Elegido será el que duerma en el nido del dragón y despierte en la casa del hombre. El que se ponga al frente de ejércitos tan diversos como los pájaros. El que distinga el contorno del viento y entienda las Sagradas Lenguas. Elegido será el que confíe en la muerte».

Joria se preguntó si ahora sucedería el Elegido.

Las siamesas hicieron una inclinación y Joria aplaudió con sorna.

—¿Tienes hambre, monstruo?

—Ella tiene hambre —las manos señalaron en dirección opuesta.

Tomó algunos alimentos de la mesa y se los entregó.

—Ve a comer por ahí.

Apenas quedó a solas con Filip, el jerarca dio rienda suelta a su entusiasmo.

—Este es un gran comienzo... —dijo—. Antón vela por él, Oropelia dice que canta como un dragón, dice que lleva un ojo marcado en el pecho. Debemos buscarlo y traerlo aquí. ¡Averigua cómo hallarlo!

—Vive en el monte con su madre.

—El monte es vasto. Tendrás que preguntarle a Nah.

Nah nunca había ido a la casa de Anuja, ignoraba su ubicación y no tenía modo de averiguarla.

Filip buscó entonces al cacique de la Casa Gusano de la Tierra. No sería difícil sobornar a ese insignificante aráyé. Cuando lo tuvo delante, Filip no fingió.

—Necesitamos saber dónde vive Anuja, la sanadora. Si me lo dices, recibirás

cinco lustrus.

El cacique de la Casa Gusano de la Tierra mantenía baja la mirada. Filip, que no entendía la vergüenza, supuso que se trataba de las botas que llevaba puestas.

—¿Te gustan? Cuando escuche lo que deseo saber te las daré.

Otras veces había comprado el escaso corazón de aquel cacique. Y en esta ocasión, cuando algo grande había en juego, le costó unos pocos lustrus y un par de botas.

—¡Vayan a buscarlo y tráiganlo! —ordenó Joria—. Traigan a ese arayé. Veamos qué esconde.

Una partida de diez soldados con Filip a la cabeza salió de la Fortaleza y se adentró en el monte.

Artejal y Mimbí, la cacica de la Casa Gusano del Río, caminaban a la par. Él iba en silencio. Ella silbaba.

—¿Silbas porque vamos a la casa de mi hermana?

—Por eso y porque nuestros guerreros han vuelto a danzar. Y porque tú eres el mejor de todos.

Artejal miraba de reojo la hermosura de la mujer.

—Si sigues hablando y nos detenemos, ya no podrás ser la cacica del río sino mi esposa.

—Soy cacica. Aunque miro tus muslos y veo pura belleza.

—Si sigues me detendré, ¿eso quieres?

—Quiero ser cacica de la Casa Gusano del Río.

—Entonces ya no pronuncies una sola palabra. Tú no puedes tener nietos.

Las cacicas debían ser mujeres sin hombre; dispuestas para otras mujeres, no para su esposo y sus nietos. Mimbí y Artejal recorrieron el resto del camino en silencio. A veces, la cacica suspiraba y reía.

—Es por allí —dijo, ya cerca de la casa de Anuja.

Nulán se había marchado ya a la casa de Antón, y Anuja molía semillas con sonidos rítmicos.

—¡Nulán! —dijo cuando oyó pasos, suponiendo que su hijo había regresado.

Tan inesperada era la presencia de Artejal y Mimbí, que Anuja no supo si podía alegrarse. Los invitó de inmediato a compartir su sombra. Artejal sacó tabaco y se sentaron a aspirar humo.

—Algunos arayés de la Fortaleza han dicho que preguntan por ti —dijo Artejal—. Por ti y por tu hijo, que dónde viven y cómo los hallan.

—¿Alguien se los ha dicho? —preguntó Anuja.

—Eso no lo sabemos —respondió su hermano—. Pero he venido por tu confianza, he venido a que me digas qué hay en Nulán para que el Castrum lo reclame.

—Sé que por aquí hay hongos sabrosos —dijo Mimbí—. Buscaré.

Y la cacica de la Casa Gusano del Río se alejó.

—No hay nadie con nosotros —dijo Artejal—. ¿Me honrarás ahora con tu confianza?

—Lo haré, porque el dolor y el secreto ya son más grandes que yo misma. Y eres mi hermano.

Artejal aspiró hondo el humo de sus hojas, y Anuja contó:

—Antón, el alquimista, fue quien halló a Nulán. Él mismo me lo dio en brazos cuando el niño tenía apenas un año.

—Y entonces tú lo llevaste a la aldea.

—Sí. Pero el alquimista vio cosas que yo no vi y no quise creer. Antón dice que allí donde dejaron a Nulán había rastros de viento cuando viento no había corrido, y que había huellas tan enormes que él mismo estaba parado en medio sin notarlo. Él dice que quien lo dejó no era gente, porque llegó volando.

—¿Confías en él?

—Confío, sí. Y también ocurrió que fui viendo con mis ojos y escuchando con mis oídos.

Una partida comandada por Filip avanzaba por el monte con órdenes precisas de volver con el hijo de la sanadora.

«Las profecías no acontecen en lugares estáticos ni suceden cerca de gente somnolienta. Si miras dentro de un bostezo no verás nada. Las profecías nos buscan si las buscamos», había dicho Mare Limba. Y Joria estaba cumpliendo.

Luego de escuchar lo que su hermana tenía para decirle, Artejal habló.

—Los Japiripé advirtieron la llegada de los dioses grandes a través de la Caña. Y si son dioses los que llegan, son valiosas las profecías que los sustentan. La servidumbre nos alejó de los dioses y de los altares. Los siervos no tienen tiempo para el cielo. Pero hemos vuelto a danzar y el cuerpo está completo y el alma está completa.

Un sonido detuvo a Artejal.

—¿Mimbí? —preguntó Anuja.

Artejal caminó hacia los pasos que llegaban. Intentó sacar de la cintura su cuchillo de hueso, pero antes los sostuvieron por ambos brazos. Y lo llevaron junto a su hermana.

—Llama a tu hijo —ordenó Filip a Anuja.

—No está aquí.

—No mientas.

Filip miró a sus hombres, que de inmediato se encaminaron hacia la choza y se repartieron por los alrededores.

—Llámalo —volvió a decir Filip.

—No está aquí —repitió Anuja.

—Dónde entonces.

—No lo sé. Mi hijo se va al monte y no regresa en mucho tiempo.

Mimbí, que estaba llegando con las manos cargadas de almendras, se detuvo a tiempo para no ser descubierta.

—Escucha bien —Filip no podía regresar con las manos vacías—. Si no está él, vendrás tú conmigo.

—No toques a esa mujer —dijo Artejal.

Filip reparó en el guerrero.

—Eres Artejal, ¿no es así?

—Soy jefe de los guerreros arayés.

La Fortaleza ya sabía que los arayés habían vuelto a danzar.

—Entonces vendrás tú también. Que tu gente te vea entrar a la Fortaleza maniatado, ¡y no danzando como te gusta!

Los soldados rieron.

Mientras sus hombres ataban por las manos a los dos arayés, Filip le habló al monte.

—Escucha bien, si estás oculto. Estoy llevándome a tu madre. ¿Escuchas? ¿Lo estás escuchando? Aún podrías salir y ella quedaría libre.

Mientras Filip se deshacía en gritos que nadie iba a responder, Anuja susurró:

—Nulán, nos llevan los soldados.

Cuando la partida se alejaba llevando a dos prisioneros, la cacica cantó con la voz del pájaro de la guerra y corrió en dirección a la aldea.

«Iré a verlo», había dicho Nulán, y ahora cumplía su palabra. Ante la casa de madera, se detuvo dos veces. La primera, como se detiene cualquiera que ha llegado a destino. La segunda, como quien se encontrara frente a frente con sí mismo.

Antón, que había visto acercarse a Nulán, esperaba escuchar los golpes en la puerta. Aguardó lo que habría descripto como una eternidad, y al fin su impaciencia lo obligó a ir al encuentro del visitante. Cuando abrió la puerta, Nulán lo miraba desde otro tiempo.

—Puedes pasar.

El hijo del monte agradeció con un gesto y entró a la casa que poco y nada había cambiado en diecisiete años. Primero miró a su alrededor, luego se dirigió al lugar exacto donde había roto una probeta y allí se agachó para oler profundamente.

Antón lo dejaba hacer.

—¿Por qué estuve aquí? —preguntó Nulán, agazapado en un punto de su infancia.

—Ven, vamos a sentarnos —propuso el alquimista.

Pero Nulán lo miraba inmóvil y en silencio.

—Como quieras.

El alquimista se había propuesto hacer un relato ordenado, pero se lo impedía la posición de Nulán, réplica de un animal salvaje al acecho. Como de un jaguar: sin importar que su altura sea menor que la del hombre, nunca mira desde abajo.

Perturbado por la situación, Antón apeló a lo más cierto.

—Sé que la cicatriz de tu herida ha tomado una forma precisa —dijo—. Quiero que veas algo.

Tomó la vasija donde guardaba un centenar de pergaminos, saco uno y lo desenrolló sobre la mesa. Dentro había otro, y otro más, y otro. Por último, la profecía del monasterio.

—Te mostraré algo que pocos vieron en este mundo. Un pergamino que envejece, y que debe cumplirse antes de morir.

Con manos diestras y amorosas Antón desplegó el pergamino, y al mismo tiempo un largo sendero que iba de los monjes a la Urraca, de la saqueadora al patriarca de los palari pamá, luego a los alquimistas; de la Figura a Fara, y de Fara, a través del ejecutante, hasta sus manos.

—Ven, por favor.

Nulán se incorporó al fin y se acercó a la mesa de trabajo.

Allí estaba el ojo que Cernealá, el de hermosa letra, había trazado con su propia sangre, muchos años antes, en un monasterio de Terentigani.

Nulán abrió su chaleco de cuero para tocar con sus dedos lo mismo que estaba viendo al pie del pergamino.

—Ahora déjame que empiece por el comienzo —pidió Antón.

El alquimista habló de pie, mientras Nulán no quitaba los ojos del pergamino.

—Fue el año del nacimiento de Beliria... Y día del solsticio. Yo estaba en la playa, trabajando en mis pergaminos, cuando el cansancio me venció. Dormí y soñé. En verdad, creí que soñaba con el llanto de un niño. Recuerdo bien que hasta pensé en la recién nacida hija de Oropelia. Pero cuando estuve debidamente despierto...

—Las formas se repiten —dijo, de pronto, Nulán.

—¿Qué quieres decir?

—Si me acompañas al monte puedo mostrarte que las formas se repiten.

—Sigo sin entenderte.

—Si lo deseas —dijo Nulán— encuentro una piedra, una concha, un cuero seco de serpiente donde este dibujo se repite.

La sorpresa demoró la respuesta del alquimista. Intentó razonar.

—Este dibujo fue hecho por un hombre.

—Los hombres también repiten las formas de las piedras, de los caparzones, de los hongos. Las líneas de tu mano están dibujadas en alguna hoja.

Dos relatos, uno sorprendente y nuevo, competían en la mente del alquimista, que eligió retomar el que conocía.

—Te encontré cuando tenías apenas un año. Alguien te dejó en la playa cerca de

donde yo dormía.

—Y me diste miga mojada en leche.

Los ojos de Antón se humedecieron.

—Así es —dijo—. Tal como lo recuerdas.

—Te doy las gracias por haberme alimentado y por haberme entregado luego a los brazos de Anuja.

—No hables de agradecimiento porque hay algo mucho mayor que eso. ¿Quién te había traído?, eso me pregunté en aquel momento. Y salí a buscar huellas humanas que me dieran la respuesta. Pero ¿sabes?, la respuesta no estaba en la tierra sino en el cielo.

Nulán irguió de pronto la cabeza. Tenía los ojos entrecerrados y las aletas de la nariz dilatadas.

—¡Anuja! —y repitió—: ¡Anuja!

El hijo del monte no iba a detenerse en explicaciones. Corrió tan rápido que el alquimista apenas pudo ver cómo se alejaba.

Llegó a la choza del monte deshaciendo el camino de la desgracia. Y llamó a Anuja, seguro ya de que no iba a aparecer sosteniendo una canasta con mandiocas.

—¡Anuja!

La llamó sin otro fin que dejar salir su dolor.

—¡Anuja!

Y por no dejarlo solo, el monte hizo eco.

No había nadie para escuchar su canto, una larga modulación que había comenzado en las cimas de las montañas más antiguas. No había nadie, o quizá los Japiripé diminutos. Ellos tal vez le susurraron que el tiempo era demasiado precioso para llorarlo.

Nulán se paró en el sitio exacto donde había estado la sanadora antes de que se la llevaran.

Su prodigioso olfato deshiló la precisa madeja de la escena que había ocurrido allí mismo. Artejal, Mimbí, gente desconocida pero, sin dudas, venidas de la Fortaleza. Los pasos le contaron todo. Le contaron hasta la furia, hasta el sarcasmo. Los hongos que Mimbí había dejado caer le contaron el resto. Todos, a excepción de Mimbí, se dirigían a la ciudad. La cacica, en cambio, había hecho otro camino.

El hijo del monte palpó el cuchillo de hueso que llevaba en la cintura y comenzó a correr en dirección a Oras Viitor, a la Fortaleza de Joria Dratewka.

Corrió la mitad del camino y, de pronto, se detuvo.

Pudieron ser los Japiripé que habitaban las burbujas del aire, pudo ser la advertencia de su destino.

¿Serían suficientes su olfato y su cuchillo de hueso? No podía errar. Errar era la muerte de Anuja. ¿Alcanzaría con su furia? No podía equivocarse.

Entonces, Nulán, hijo del monte, tomó otra dirección.

Oropelia no se había levantado ese día. Y aunque Nah insistió para que comiera, ella se negó.

—Si quieres hacer algo por mí, dile a Beliria que venga a visitarme.

A veces, cuando su ama elegía dejarse morir, Nah sentía remordimientos. Tanto, que procuraba revivir su enojo cuando el ama era injusta o cruel. Y para apaciguar su conciencia restaba importancia a las consecuencias de su delación. ¿Qué otra cosa sobrevendría sino un nuevo choque entre los Dratewka y los Tzarús? Nada peor que otro sobresalto. Como fuera, siempre ganaba Filip y sus manos sosteniéndola firme por la cintura, ganaba Filip con su rostro aniñado, sus labios siempre húmedos y su cabello claro sobre la frente.

Nah llamó a la puerta de la habitación de Beliria. La hija de Oropelia ya había tomado una decisión: pertenecer al linaje Tzarús. Había crecido bella, mucho más que su madre. Y aunque no le gustara admitirlo, con la salud y la fortaleza de un Dratewka. Alta y de piel algo más oscura que la de su madre, Beliria se había empeñado en adiestrar su cuerpo y su puntería. Por eso Nah la encontró sosteniendo en alto dos pesadas piezas de metal.

—Tu madre no amaneció bien —le anunció Nah.

Beliria se sobresaltó visiblemente. Amaba a su madre exactamente igual que amaba la vida.

—¿Qué le ocurre?

—La fatiga de siempre, pero quiere verte.

—Dile que ya voy.

—No quiso comer. A lo mejor tú puedes...

Beliria acomodó apenas su cabello revuelto y secó su rostro empapado de sudor. Poco después, sentada en la cabecera de la cama, cepillaba suavemente el cabello de su madre.

—Me habría gustado tener tu cabello —dijo Beliria.

—El tuyo es mucho más bello.

—Cuando mejores, vamos a ir a juntar moras. Hace mucho que no lo hacemos.

—Iremos. Claro que iremos.

Beliria besó la cabeza afiebrada de su madre.

—Hay algo además de tu malestar, ¿no es así?

—Es así, no te equivocas... Joria está inquieto. Algo busca, algo espera.

Afuera, la ciudad de Oras Viitor se preparaba para festejar la Fiesta del Dragón del año 980.

—Piensas en la profecía, madre —dijo Beliria, y agregó—. ¿Cómo te imaginas al Elegido?

—Durante años, como una sombra. Luego Antón me dijo que si no lo

imaginamos nunca sería posible. Me dijo que debíamos aceptar la imperfección de Dios y de sus elecciones. Antón dice que un Dios perfecto es tan inútil como el mar para aplacar la sed. Está allí, inconmensurable, y tú mueres a sus orillas. Dice que Dios debe parecerse a un río en el que puedas beber, refrescarte, pescar tu alimento. Pero el río sigue y te olvida.

—Me alegra lo que dice Antón, porque yo sí lo imagino.

—Cuéntame —pidió su madre.

La joven hija de Oropelia revivió una imagen antigua.

—Sus ojos serán de color verde, casi gris.

Oropelia se irguió sobre el respaldo de la cama.

—Imagino —continuó Beliria— que por sus ojos pasará una luz fugaz, y que esa luz será la silueta de un dragón.

—¿De dónde sacaste esa idea? —Oropelia temía y sonreía al mismo tiempo.

—No lo sé. Quizá lo soñé. Aunque a veces creo que lo vi.

—¿Lo viste?

—Aquí mismo, en la Fortaleza, de la mano de una mujer. Y Nah estaba allí.

—¿Nah estaba en tu sueño?

—Eso creo... En mi sueño.

De pronto, los sonidos de los preparativos de la fiesta se transformaron en otra cosa.

—Ve a ver qué ocurre.

Beliria se asomó a la ventana que daba a la explanada frente a la Fortaleza.

—Traen a dos prisioneros arayés —dijo—. Un hombre y una mujer.

Oropelia se levantó, olvidada de su fatiga. Pero cuando llegó junto a su hija apenas pudo ver a los soldados que cerraban la marcha detrás de los prisioneros.

—Ve, Beliria. Busca a las siamesas y que averigüen qué ocurre.

Artejal y Anuja fueron conducidos a los calabozos bajos, cuyas celdas eran, en realidad, pozos profundos y húmedos. Una vez allí sujetaron al jefe guerrero por los brazos y las piernas, en tanto dejaron a Anuja libre de ataduras.

Filip estaba tomando su sitio como hijo de Joria, más legítimo por la sangre y por la índole que la propia Beliria.

—El jerarca llegará pronto. Debemos tener algo que decirle acerca de tu hijo. Si tuviera tiempo aguardaría el deterioro de la sed y del hambre. Pero no lo tengo. Te lo preguntaré solo una vez más antes de hacer lo que sea necesario. ¿Dónde está el monito que criaste?

Anuja ya sabía lo que le esperaba.

—Mi hijo está en el monte.

—El monte es vasto.

—Por eso es monte.

Y fueron dos golpes rotundos en el rostro de Anuja, que Artejal sufrió en su cuerpo.

—Aquí estoy yo —dijo—. Mírame. ¿No es mejor golpear al jefe de los arayés?

—¿Por qué piensas que debo elegir entre uno u otro, si puedo hacer lo que se me ocurra con los dos? —le dijo Filip, que seguía mirando de cerca los ojos de Anuja—. ¿Adónde?

—En el monte.

Otro golpe en el rostro de Anuja, que rompió las comisuras de sus labios. Artejal rugía. Artejal se retorció en sus ataduras.

Unas voces por las escaleras mezquinas que descendían a los calabozos le indicaron a Filip que el jerarca llegaba. La rabia por no haber logrado que la arayé hablara se transformó en un golpe a destiempo.

Joria Dratewka estaba allí, mirando la escena como si le doliera. También él prefirió comenzar por Anuja.

—Tienes un hijo que, según afirman, no maduró en tu vientre. Y que se llama Nulán. ¿Es eso cierto?

Anuja eligió apretar los labios.

—Y Antón, el alquimista, ¿qué sabes de él?

—Suelo llevarle hierbas curativas.

—También dicen que tu hijo es el mejor rastreador.

—Lo es.

—Y Antón, ¿qué tiene que ver con él?

—Antón y Nulán nada tienen que ver.

—¡Nada! De manera que Antón ni siquiera conoce a Nulán.

Anuja volvió a hacer silencio. Y en cambio habló Artejal.

—¡Podrás darme la espalda, Joria, pero estoy aquí!

El jerarca ignoró aquellas palabras y continuó su faena con Anuja.

—¿Antón conoce a Nulán?

—No.

Súbitamente furioso, Joria se volvió hacia Filip.

—¡Dile que no puede mentirle al jerarca!

Filip comprendió el reclamo de su padre y volvió a golpear a la sanadora arayé.

—¿No me ven? —Artejal quería desviar hacia él la abominación—. ¿No sirvo para los golpes de un pequeño conejo?

Y habría logrado su cometido si Joria no hubiese detenido a su hijo.

—Como dejar salir el aire de mi boca —le dijo el jerarca de Mérec al jefe arayé—, así de fácil sería matarte. Pero los prefiero arrepentidos antes que muertos. Eres insolente, Artejal. Iremos a tu aldea y haré que te arrodilles ante mí para que todos vean adónde conduce la insolencia en el gobierno de Joria Dratewka. ¿Puede un mono desafiar al jerarca? No. ¿Puede una mona mentirle a un jerarca? Tampoco. Recién estamos comenzando.

Joria habló a oídos de Filip y luego se marchó.

—Dicen que el monte los protege. Entonces, que venga el monte a rescatarlos —dijo el jefe de los ballesteros.

Luego ordenó arrojar a los prisioneros al fondo del pozo.

Filip los miró desde arriba, orgulloso de su poder. Pero a veces el cielo está abajo.

Sin aire, Mimbí llegó a la aldea cargando la peor noticia; una que, en esos tiempos, ningún arayé esperaba.

La Máxima Ancianidad reunió a los caciques y al Tohol.

—Vamos a masticar palabras con tristeza —dijo—. Palabras con temor.

El Tohol no esperó su turno para hablar.

—Entrar a la Fortaleza y rescatar a mi padre. Otra cosa no se asienta en mi corazón.

Como el joven Tohol, hijo de Artejal, no había aguardado su turno, nadie lo escuchó. Y siguió la ronda.

—Hay tantas cosas que la Fortaleza sabe y no debería saber —dijo Mimbí a su tiempo.

La Máxima Ancianidad, única voz autorizada para hablar si lo consideraba necesario, se dirigió a la cacica.

—Te expulsaré del círculo de palabras, deslenguada —advirtió—. Estás sacudiendo tu intención frente a nosotros. Y nosotros no queremos olerla.

Por fin fue el turno de Tohol, que repitió lo que ya había dicho.

—Tu voz suena imponente, pero tu pensamiento es quebradizo —dijo la Máxima Ancianidad.

—¡No te comprendo, anciano!

—Amo a nuestro jefe. Y cada día de su cautiverio es una espina debajo de mis uñas.

El resto de los caciques guardó silencio. El círculo de palabras sería largo y difícil. Tanto que el sol se fue, regresó, tomó altura, perdió altura. Y el tabaco seguía dictando sabiduría.

Hacía varias horas que nadie hablaba, cuando la Máxima Ancianidad deshizo el silencio con una pregunta.

—¿Podrías responderme, hijo de Artejal y futuro jefe guerrero, qué pasará si fallamos en el rescate?

Cansado por tantas horas de vigilia, el Tohol demoró en responder. Y no era otro el sentido del círculo de palabras.

—Tal vez pase lo más triste —reconoció el joven—. ¿Pero podrías responderme si te pregunto qué otra cosa podemos hacer?

También la Máxima Ancianidad soportaba el peso del cansancio.

—Tal vez sea como dices. Pero deja que camine la luna por el cielo. Los caciques

y la Máxima Ancianidad estaremos masticando tabaco y soñando el mejor camino. Tú estás demasiado cerca del dolor. Ve al monte y allí enójate. Allí grita y descarga tus puños, que el monte ni se percatará.

—Volveré al amanecer —dijo el Tohol.

—Te recibiremos con una respuesta.

Cuando el Tohol se marchó, la Máxima Ancianidad miro a sus cuatro caciques uno a uno.

—Cacique de la Casa Gusano del Volcán, pronuncia tus palabras finales antes del decidir.

Las palabras del cacique tardaron en salir.

—Hay arayés dentro de la Fortaleza que podrán ayudarnos, señalarnos el sitio donde está Artejal, abrírnos paso.

—Cacique de la Casa Gusano del Viento pronuncia tus palabras finales antes del decidir.

—Luego, si abandonamos a Artejal, el Tohol será jefe guerrero y decidirá ir.

—Cacica de la Casa Gusano del Río pronuncia tus palabras finales antes del decidir.

—Me ofrezco a ir. Soy mujer y eso me hará invisible.

El cacique de la Casa Gusano de la Tierra se movió inquieto.

—¿Deseas algo? —le preguntó la Máxima Ancianidad.

—La palabra final —respondió el cacique arayé.

—Te es negada.

—¿Por qué?

—Por si en vez de ti hablan tus pies —y la Máxima Ancianidad señaló las botas que el cacique calzaba.

—Ahora pediremos sabiduría para ver lo que no está delante de nosotros —dijo la Máxima Ancianidad.

Los caciques y el anciano cerraron los ojos y comenzaron a golpear la tierra con las manos y los pies, al mismo tiempo, por horas. Algunos se durmieron y se despertaron sin perder el ritmo... De pronto, como si hubieran recibido una señal secreta, dejaron de golpear.

Antes que ninguno, la Máxima Ancianidad abrió los ojos.

—El hijo del monte está aquí. ¿Es la respuesta de los Japiripé?

El Tohol regresó al amanecer. Esperaba una respuesta entre dos posibles, pero encontró una tercera que lo enfureció.

—¡No puede ir él! ¡Él no será!

—Anuja es su madre, y también está allí —dijo la Máxima Ancianidad.

—Rescataremos a mi padre y también a Anuja —respondió el Tohol—. Pero no será él. Es como una hormiga que camina sobre un tronco: ¡no tiene origen!

—Ven —dijo el anciano arayé—. Caminemos juntos alrededor del amanecer.

Una vez que se alejaron del resto, el anciano dijo.

—Dicen que es mucho más que un buen rastreador. Dicen que su nariz y sus oídos nunca terminan. Si eso es cierto, no habrá discusión.

—¡Pero vino a pedirnos ayuda!

—Eso lo alza sobre sí mismo.

—No confío en él.

—Un grupo de guerreros aguardará fuera de la Fortaleza para respaldar la huida. Ven conmigo...

De regreso en el círculo, y tras hablar con sus caciques, la Máxima Ancianidad se dirigió a Nulán. Llevaba algo en las manos.

—Esta vincha de tres vueltas le pertenece a Artejal —dijo—. La usó hasta el día en que recibió sus atributos de jefe y la vincha de siete vueltas. ¿Te servirá para rastrearlo dentro de la Fortaleza?

Nulán tomó la vincha y la olió profundamente.

—Me serviría si el Tohol no la hubiese usado hasta ayer mismo.

—Parece que te dimos la vincha equivocada.

La Máxima Ancianidad miró a todos con mal disimulada alegría.

Mimbí celebró con una sonrisa que obligó al Tohol a dar vuelta la cara.

—La Fiesta del Dragón está de nuestra parte —continuó la Máxima Ancianidad—. Sabemos que lo más grande de esa celebración sucederá en tres días. Entonces irás allí con un grupo de guerreros.

Esta vez, Mimbí no sonrió. Miró al cacique de la Casa Gusano de la Tierra. Más que su rostro, sus botas de cuero labrado.

Nulán partió. Iba a reunirse, dos días después, con los guerreros que lo acompañarían a la Fortaleza. Mientras tanto, Mimbí convocó a las mujeres de la Casa Gusano del Río. La mayoría eran viudas, había también algunas huérfanas y mujeres castigadas por su mal comportamiento como esposas. Así estaba formada la gran familia de la cacica Mimbí que, por entonces, usaba menos el telar y más el arco; moldeaba menos vasijas de arcilla y afilaba más puntas de flechas. Como nadie podía entrar a la casa, ni el jefe guerrero ni la Máxima Ancianidad, no era fácil comprobar el rumor. Y si alguna vez Mimbí fue interpelada, devolvió explicaciones sencillas.

—No hay hombres en la Casa del Río. No hay ninguna clase de regocijo... ¿Qué mal hace que recordemos a los hombres haciendo algunas de sus tareas? Los dioses no prohíben eso.

Aquel día, reunidas en torno a su cacica, las mujeres la escucharon sobre correr peligro, arriesgarse como nunca antes y desobedecer. Lejos de atemorizarse, se apasionaron; como si celebraran un momento largamente esperado.

—Lo que haremos será malo —advirtió la cacica.

—¿Malo como soñar con un guerrero?

—Peor.

—¿Malo como lo que hizo Mam?

Tras aquella expresión, que recordaba los grandes pecados, los rostros ganaron luz. Mimbí, sin embargo, agravó su expresión y su voz transparentó la duda.

—Si erramos, nos castigarán —dijo—. Pero si mi pensamiento sobre las botas del cacique de la Casa de la Tierra es acertado, cualquier demora será imperdonable.

Al siguiente día, una mujer vigilaba la Casa Gusano de la Tierra. Estuvo quieta entre los matorrales durante horas hasta que vio al cacique abandonar la aldea junto a dos de sus hombres. Como Mimbí se lo había indicado, corrió a dar aviso a la Casa Gusano del Río.

Lo siguiente era seguirlos para saber si se dirigían a la Fortaleza de Oras Viitor. Con los pies envueltos en cortezas, seis mujeres de la Casa del Río fueron el mismo camino que los hombres de la Casa Gusano de la Tierra. Si en las dos primeras bifurcaciones tomaban el sendero del Este, sabrían que se encaminaban a la ciudad de los Dratewka. Y así ocurrió.

Sabían qué hacer. Se separaron en tres grupos, abandonaron el sigilo y, al contrario, comenzaron a exagerar sus pasos, sus voces, su presencia. El cacique y sus hombres se detuvieron.

—¿Qué hacen nuestras mujeres aquí?

Contaba con un día y algo más para hacer lo que debía, de modo que podía dedicar unos minutos a averiguar qué hacían mujeres arayés tan lejos de la aldea. Como las voces sonaban en distintos sitios, se separaron.

—Vayan a ver.

Uno de ellos encontró a dos mujeres juntando semillas para enhebrar collares.

—¿Qué hacen tan lejos de la aldea?

Las mujeres se miraron. Luego una señaló a la otra.

—Ella dijo que aquí había bonitas semillas rojas.

—Yo no dije eso sino tú —respondió la otra.

—¡Dijiste que aquí podríamos juntar semillas rojas!

—Tú me trajiste, serpiente.

Las arayés parecían listas a lanzarse una sobre la otra. El hombre de la Casa Gusano de la Tierra se interpuso cuando los primeros manotazos golpearon el aire.

—¡Mujeres del Río! —dijo el hombre—. Le diré a Mimbí que les corte el cabello y les prohíba hablar por largo tiempo. Le diré a la Máxima Ancianidad...

Pero las mujeres ya habían comenzado a girar, amarrando al hombre y sus palabras con una cuerda larga y firme.

Una anciana y una niña se lamentaban en la boca de un pozo. Cuando vieron al arayé, aumentaron el brío de sus llantos.

—¿Qué les sucede?

—Mira —dijo la anciana—. Esta niña tan tonta como su sombra dejó caer el

llamador de pájaros. Y ahora llora y le echa la culpa al pozo.

—¿Adónde dices que se cayó?

—Aquí mismo... Hasta puedo verlo.

Cuando el hombre se agachó sobre el pozo, una red lo cubrió por la espalda. Giró deprisa, pero no hizo más que enredarse en el tejido pegajoso.

El cacique de la Casa Gusano de la Tierra caminó, guiado por un canto, hasta una pequeña laguna. Desde lejos reconoció a una mujer que había sido castigada con encierro y silencio por llorar demasiado frente a su esposo. La misma que ahora cantaba con verdadera alegría.

—Sal de ahí —gritó el cacique—. Sal enseguida, y para volver a llorar.

—No saldré hasta el atardecer —dijo la mujer.

El cacique no necesitaba una sola palabra más para llevarla a rastras a la aldea. Sin embargo, tenía algo que hacer en Oras Viitor.

—Sal ahora y hasta te permitiré regresar sola.

—¡Al atardecer! —gritaba la mujer y saltaba en el agua.

El cacique no iba a permitir que la mujer se burlara. Avanzó hacia la laguna, pero antes de alcanzar la orilla un lazo lo ciñó por el torso. La mujer que arrojó la liana se descolgó de la rama donde se había apostado, la que se bañaba corrió fuera del agua. Ambas terminaron de amarrar al cacique a un árbol frondoso.

Dos arayés y el cacique de la Casa Gusano de la Tierra escucharon las mismas palabras:

«Tienes aquí agua y semillas. Será solo hasta mañana».

En Oras Viitor comenzaban los festejos, que iban a prolongarse durante cinco días.

Los primeros en atiborrar las callejuelas de barro fueron los vendedores. Después las rameras, a quienes se había permitido alzar tiendas pequeñas y coloridas, frente a las cuales ataban manojos de ramas florecidas.

Los amuletos de dragón se vendían por pocos lustrus.

«Para el anciano con esposa joven, para el insaciable».

«¡Agujas de hueso de dragón que cosen solas!».

«¡Saliva de dragón para curar heridas!».

«¡Pezuñas para la buena suerte!».

No obstante faltaban algunos días para la gran procesión de máscaras y dragones de madera pintada, cuando la ciudad entera salía a la calle.

En su habitación del Castrum, sin fuerzas para asomarse a los inicios de la fiesta, Oropelia tosía hasta ahogarse.

Nah le alcanzó un pañuelo.

A diferencia de su esposa, Joria miraba interesado por la ventana. En un rincón, y sin ninguna clase de ataduras, la Liebre Moteada vigilaba a la enferma.

—La Fiesta del Dragón... —Joria giró hacia su esposa—. Con qué poco nos

conformamos, ¿no lo crees?

—Siempre disfrutas de estas fiestas.

—Claro, claro. Pero si esos pregones no fueran falsos... Cuando Oropelia intentó incorporarse sobre las almohadas, la mascota del jearca gruñó.

—Mare Limba no olvidó jamás lo que nos trajo a este continente. Tampoco yo debo olvidarlo.

Oropelia asintió débilmente, Joria continuó.

—Piensa en la vastedad de estas tierras. ¿Estarán los dragones aquí? Podrían, claro está, como una sombra se esconde en la noche.

—Es tan difícil saberlo —respondió Oropelia—. Todo es tan lejano.

Joria se acercó a la cama y aproximó el rostro al de su esposa.

—Difícil. Lejano. Extrañas palabras en boca de una Tzarús. ¡Ustedes!, los que tanto saben sobre la profecía.

El escaso color del rostro de Oropelia se deshizo.

—¿Has palidecido, esposa?

—Es mi salud. Empeoro día a día.

—Entonces te dejaré descansar.

Le chistó a su mascota para que lo siguiera. La Liebre Moteada devoraba la sombra de un ramo de flores silvestres que Beliria había cortado para su madre. En el florero quedaron solo los tallos.

Antes de salir, Joria se volvió hacia Oropelia.

—¿Crees que la profecía tenga perfume? Porque hay un aroma en el aire que nunca antes había sentido.

Nah se acercó rápido a la cama y ayudó a Oropelia a recostarse.

—Debes descansar, ama.

—Si algo me sucede, ¿estarás cerca de Beliria?

—Estaré cerca de ella. Siempre.

Las callejuelas de Oras Viitor apestaban más que de costumbre. Estiércol de ovejas, vómitos de ebrios y un sudor que llevaba tres días sin dormir.

Era la última noche de la Fiesta del Dragón. La celebración se expandía y se preparaba la procesión de cierre, el esperado desfile de los grandes dragones de madera pintada que arrastraban cadenas. Entre el gentío, Nulán avanzaba con los ojos entrecerrados, lo mismo que el olfato.

Sobre una tarima, en la explanada que se extendía frente a la Fortaleza, las siamesas cantaban una canción que ellas mismas habían ideado, y tocaban una pandereta.

¿Dónde están los dragones más grandes que una montaña?

Joria Dratewka los busca para ofrecerles batalla.

Tus alas no nos asustan, tampoco tus grandes garras
porque de ti nos protege
nuestro jerarca.

Algunos arrojaban monedas sobre la tarima, otros se divertían lanzándolas contra las siamesas. Nulán respiraba entre la multitud. Tras él, y a bastante distancia, iban guerreros arayés. El hijo del monte miró las ventanas iluminadas de la Fortaleza y sus pupilas se contrajeron como las de un felino.

Un vendedor ambulante pasó junto a él, vendiendo lagartijas asadas.

—¡Grasa y tripas! —anunció el conductor de un carro.

Los guardias le abrieron el portón lateral de la Fortaleza, lo conocían. El carrero se detuvo antes de trasponer la entrada y algo dijo acerca de cualquier cosa. Los guardias respondieron con las mismas palabras y se rieron de memoria.

El carro comenzó su avance lento a través del patio atiborrado, hacia las cocinas. Nulán observó a su alrededor y entonces descendió. Los caballos estaban en silencio, relinchaban los soldados. Podía pasar por un siervo arayé de los muchos que iban y venían cumpliendo o adelantando órdenes. Mientras no vieran sus ojos era otro siervo, más aún con una bolsa al hombro. Mientras avanzaba hacia las cocinas escuchaba lo que no podía dejar de escuchar porque llevaba los oídos desmesuradamente abiertos. Y también la nariz palpitante y ensanchada. Las cocinas estaban saturadas de vapor picante. De espaldas a Nulán, una mujer cortaba vegetales. La carne colgante de su brazo se agitaba al ritmo de los golpes. Catorce cabezas de cordero colocadas sobre una mesa observaron al hijo del monte. Los conejos esperaban en una jaula. Algo dijo la cocinera acerca de los nabos y salió. Cuando regresó, los conejos corrían por toda la cocina.

Nulán avanzaba por corredores atestados de bolsas apiladas, ropa sucia esperando a alguna sierva, herramientas arrumbadas y la penumbra que había escapado de la fiesta. Afinó los ojos como siempre que necesitaba ver antes del presente. Anuja había pasado por allí, y había llegado, como él, a una encrucijada de corredores. Se detuvo y buscó. Buscó hasta ver la marca de una mano que se había agarrado del ángulo del muro, intentando resistir. Esa mano lo ayudó a elegir una dirección. Olfateó la vincha, el aire, la vincha, el aire. Avanzó.

De pronto, ante él, un siervo arayé haciendo rodar un tonel vacío. Posiblemente el siervo lo reconoció y le indicó con la mirada que iba en el camino correcto. Posiblemente lo confundió y solo había esbozado un saludo.

El corredor se angostaba y se oscurecía, las mismas lámparas de aceite iluminaban menos. Y menos, y menos, hasta una escalera brusca por la que Nulán descendió. A través de una claraboya del muro vio la caída de la tarde. Por el olor supo que estaba muy cerca de los calabozos. Sus pasos se hicieron más cautos hasta las voces que lo guiaban: dos guardias jugaban a los dados sobre un barril.

Oropelia se movía en un sueño inquieto. De pronto abrió los ojos, como suelen

hacerlo los enfermos. Se incorporó y, con menos debilidad de la que se sentía, caminó hasta la ventana. Sus ojos pasaron sobre la fiesta hasta que se detuvieron en el vendedor de lagartijas.

—Querido Antón, ¿qué haces aquí? —murmuró la esposa del jearca.

Uno de los guardias batía los dados en un cráneo de ardilla.

—¡Apuesto al as! ¡Por las tetas de Clamia!

—No hay tetas para ti —le dijo su compañero tras el fracaso de la tirada. Y usó su turno. Lo usó mal.

—Tampoco para ti.

La siguiente vez, el dado cayó al suelo y rodó cerca de Nulán. Nulán lo alejó con el pie.

—¡As! ¡Es un as! —gritó el dueño del tiro, que se había levantado a buscarlo.

—No importa lo que sea —respondió el otro—. El dado cayó al suelo.

—Ven aquí. Tengo las manos alzadas, no lo toqué, tú lo viste.

—Yo no vi nada.

—Solamente te pido que vengas a ver.

—Bah... Los dados son locos, son raros.

Mientras los guardias miraban un punto negro en el suelo, Nulán caminó pegado a la pared y se metió por una abertura baja que lo obligó a agacharse. Allí estaba el pozo.

Anuja y Artejal se sobresaltaron. Pero todo, hasta el asombro, debía quedar para después. Nulán buscó hasta hallar una cuerda. No estaba en buenas condiciones, pero no había otra. Enrolló una parte en su antebrazo y arrojó el otro extremo.

Del otro lado del muro, separados por una abertura baja, los guardias habían abandonado el juego.

Artejal ató a Anuja por debajo de los brazos y así Nulán la alzó. Tampoco había tiempo para un abrazo. La sanadora se quitó la cuerda, Nulán volvió a arrojarla. Artejal enrolló el extremo en su brazo y se ayudó con los pies contra el muro de piedra. Pero fue la humedad que inficionaba el pozo y fue el pie de Artejal sobre la piedra equivocada y fue la piedra que se desprendió y cayó con ruido suficiente.

—¡Eh!

En tres pasos, los guardias estarían allí.

Artejal soltó la cuerda. El mensaje de su mirada era claro: «sácala de aquí».

Si aquellos guardias esperaban alguna cosa, no era un empujón rotundo y un joven que corrió escaleras arriba con la prisionera arayé de la mano. Los carceleros subieron los escalones de dos en dos, pero el corredor al que salieron estaba vacío.

«¡Intruso en la Fortaleza!», el grito empezó a retumbar.

«¡Intruso en la Fortaleza!». «¡Cierren las salidas!».

Los hábitos de corral mantenían atiborrados los corredores. Aquella acumulación de objetos le sirvió a los prófugos para ocultarse.

En el espacio central, Filip ya daba órdenes a los guardias.

—Ve tú solo —susurró Anuja.

Bastó una mirada de Nulán para que la sanadora comprendiera que no debía repetirlo.

«¡Intruso en la Fortaleza!». «¡Cierren las salidas!».

El magro escondite que los ocultaba no iba a servirles por mucho tiempo. Las ventanas estaban demasiado altas para Anuja.

—Vamos.

Corrieron hasta una columna ancha. Y luego hasta otra. Pero en el tercer tramo, Nulán vio que dos pares de ojos estaban mirándolos. Sentadas en un taburete de cuero, las siamesas conversaban.

—Hermanita, ¿piensas como yo?

—Sí, pienso como tú.

Nulán las vio levantarse y caminar hasta Filip. Miró a ambos lados. Las ventanas eran el único posible escape. Iba a decírselo a su madre cuando oyó las voces chillonas de una mentira.

—Nosotras los vimos.

—Vemos con cuatro ojos.

—Se fueron por allá.

—Por allá.

—¡Explicáte bien, monstruo! —gritó Filip.

Las siamesas se rieron.

—Por allá.

—Se fueron por allá.

—Los vimos.

—Vemos con cuatro ojos.

Filip y sus guardias corrieron por un camino falso.

Beliria pensó en su madre. Seguramente Oropelia habría escuchado también las voces de alarma y estaría inquieta. No sabía si Nah la acompañaba así que decidió ir a verla. Entornó la puerta de su habitación y miró a izquierda y derecha antes de salir, descalza y con el cabello peinado a medias.

Los gritos continuaban. Las corridas continuaban. Pero nadie estaba buscando en aquel cruce de corredores entre las habitaciones de Beliria y Oropelia.

El grito de Beliria quedó ahogado entre su boca y la mano poderosa de Nulán, que la obligó a retroceder hasta la habitación que acababa de abandonar.

Una vez dentro, Nulán le destapó lentamente la boca. Igual que un puma del monte, su sola presencia era suficiente para inmovilizar a Beliria. Un paso para atemorizarla, un ensanchamiento de la nariz para obligarla a permanecer callada. Pero Beliria estaba recordando los ojos del niño que había conocido o soñado alguna vez.

—No vine por ti...

Pero Nulán no pudo continuar. Los guardias ya revisaban las habitaciones contiguas, y tocaron a la puerta de Beliria.

—Beliria, ¿estás ahí? ¡Abre! —dijo Filip.

—¿Qué sucede?

—¿Me dirás que no escuchaste?

—Escuché, sí. Veo que tienes trabajo.

—¡Abre!

—¿Quieres que te ayude a hallar a los prófugos?

Filip, que no tenía tiempo de detenerse en esa pequeña arrogancia, se alejó.

Anuja miró a Beliria con gratitud.

—¡Gracias! ¡Estoy, estamos en deuda contigo! —dijo Anuja—. Antón me habló mucho de ti. Es cierta tu belleza y es cierta tu valentía.

—Tal vez seas la sanadora —respondió Beliria.

—Esa soy.

—Y tú, su hijo. El que llaman hijo del monte. Un día me dirás, Anuja, si ocurrió o no algo que recuerdo.

Seguro de que Beliria no iba a traicionarlos, Nulán se asomó por la ventana. El movimiento de guardias era frenético dentro y fuera de la Fortaleza. El aire le trajo un olor familiar. Los ojos de Nulán siguieron a su nariz y hallaron a Antón entre la multitud que festejaba. El alquimista, que observaba cada ventana, no tardó en descubrirlo. Clavó en Nulán sus ojos azules y habló en voz baja.

«Actúa como un siervo aráyé. Camina hasta la entrada principal del Castrum. Confía y hazlo ahora mismo».

Nulán se volvió hacia Anuja.

—Actuaremos como siervos aráyé. Caminaremos hasta la entrada principal del Castrum. Confía. Lo haremos ahora mismo.

—Iré delante de ustedes —intervino Beliria—. Trataré de distraer a los guardias.

Nulán iba a negarse, pero llegaron nítidas a su mente palabras de Antón.

«En soledad no podrás cumplir tu destino».

—De acuerdo. Pero nunca te acerques a nosotros —dijo.

—Toma —Beliria le dio a Anuja un cesto—. Te ayudará a fingir.

Beliria delante. Detrás, Nulán y Anuja. Los tres avanzaban por los angostos y oscuros corredores del Castrum. Ni soldados, ni funcionarios ni siervos por los pasillos.

Una vez fuera, la hija del jerarca avanzó decidida hasta la puerta principal.

—No puedes abandonar la Fortaleza —le dijo uno de los guardias.

—Quiero ver la procesión de los dragones de cerca.

—No puedo...

Una presencia inesperada impidió que el guardia completara su negativa. Antón estaba allí y avanzaba hacia el interior. El guardia, que conocía la prohibición que

pesaba sobre el alquimista, fue tras él.

—Avísale a tu jerarca que he regresado. ¡Pero no del modo que lo ordenó!

—¡No sigas! —exigió el guardia.

—¿Me ordenas que me detenga? Sabes que te opones a un deseo de tu amo, ¿verdad?

Antón hablaba y pasaba de mano en manos unas pequeñas piedras amarillas.

—¡Joria! —llamó a toda garganta—. ¡He venido a que me pidas disculpas por aquella antigua impertinencia!

Los gritos del alquimista atrajeron la atención de muchos. En especial de Filip, que se apresuró a la entrada principal.

—¿Qué es todo esto? —el jefe de los ballesteros llegaba escoltado por sus hombres—. ¿Qué ocurre?

Beliria se ocultó en un hueco de la confusión. Nulán y Anuja avanzaron hacia la puerta.

—¡Esperen!

Un guardia los detuvo. Antón buscó las palabras adecuadas para provocar a Filip.

—Estoy aquí por pedido de tu padre.

La expresión de Filip dejó clara la inmensidad del odio.

—Porque, si mi memoria es fiel, tú eres hijo de Joria y de esa mujer, Clamia.

Junto a la puerta, Nulán apuraba falsas explicaciones que el guardia no acababa de comprender. Mientras tanto, Antón acababa de proclamar lo que nadie se atrevía a decir. En otra ocasión Filip habría escarmentado la insolencia de alquimista, pero no olvidaba que aquella escena ocurría en medio de un escape de prisioneros. En otras circunstancias la arayé detenida ante la puerta habría sido la última persona en llamar su atención, pero ahora una mujer estaba intentando escapar de la Fortaleza.

—¡Eh, tú! ¡Mírame! —dijo el jefe de los ballesteros.

El guardia que retenía a Nulán y a la sanadora intervino.

—¿No escuchas, mujer? ¡Mira a Filip!

Beliria buscó a Antón. Los ojos del alquimista acariciaron su cabeza y le dieron una orden que Beliria comprendió a la perfección. Entonces Antón arrojó al suelo las piedras amarillas y un humo denso y picante lo cubrió todo. Nulán tomó fuerte el brazo de Anuja.

—¡Corre, madre!

A través del humo espeso con el que la alquimia los bendecía, Beliria corrió también.

Desde los árboles cercanos a la Fortaleza, las flechas de los guerreros arayés derribaron a varios perseguidores y les dieron a los fugitivos tiempo y espacio para atravesar el patio de la Fortaleza y salir a las calles de Oras Viitor.

La procesión no sabía de escapes ni de intrusos. La procesión de los dragones de

madera que avanzaban arrastrando cadenas con mujeres de torso desnudo bailando sobre sus lomos no iba a reparar en gente que corría. Nulán sostenía a Anuja por un brazo, y en la otra mano empuñaba el cuchillo.

Algunos guerreros arayés que cubrieron la huida cayeron. Otros se perdieron entre la multitud para intentar un regreso a la aldea. Volverían con la peor noticia: Artejal no estaba entre los que habían conseguido escapar.

Filip y sus hombres perseguían a los prófugos atropellando el gentío. Los fugitivos aparecían y desaparecían, los ocultaba un enorme dragón pintado de rojo, los señalaba un guardia, los arrastraba la gente, ¡allí van!, los tapaba el festejo...

Nulán detuvo a Anuja tras el cuerpo de un dragón pintado de rojo. La sanadora comprendió el motivo: Nulán salió del escondite justo a tiempo para cruzar la desesperación de Beliria, que había corrido tras ellos.

—¿Qué haces aquí?

—No lo sé —dijo la joven—. Antón me lo pidió. Me dijo que huyera con ustedes. La persecución no permitía más demoras.

—Nosotros vamos hacia el muro.

Nulán tomó la mano de su madre, se desentendió de Beliria y corrió. Beliria los siguió.

El hijo del monte y la sanadora se dirigían al puente antiguo. Una pasarela carcomida que, alguna vez, había servido para cruzar la fosa que rodeaba a Oras Viitor.

Los prófugos atravesaron las orillas de la fiesta. Las siluetas de los dragones de madera se movían lentamente a la luz de las antorchas. Las voces y el estruendo se perdían. Pero no Filip, ni los soldados, que seguían detrás de Nulán y Anuja.

—¡Allí van!

La partida avanzaba. Anuja perdía fuerzas.

—Ya los alcanzamos —decía Filip. Y era cierto.

—Vamos, Anuja. El monte está cerca —decía Nulán. Y era cierto.

Pero Anuja estaba cansada, mucho más cansada que las flechas que disparaban los arqueros Dratewka.

Lo que la sanadora sintió en la espalda fue un golpe seco. Y luego un dolor que zigzagueó hacia adentro. Anuja sabía que si aceptaba la muerte, su hijo moriría con ella. Eligió morir después, resolvió postergar el dolor y avanzar como si no tuviera la espalda agujereada. Aquella decisión anuló hasta su cansancio.

Lograron alcanzar el puente antiguo. Comenzaba el monte. Y el monte era la casa de los arayés.

—Espera.

Nulán avanzaría antes. Si el puente de sogas corroídas soportaba su peso, entonces cruzaría ella.

—Mas el peso de los Japiripé, que estarán aquí cuidándonos —murmuró Anuja.

Y debían estar bailando sobre las cuerdas porque el puente se movió y algunos nudos se soltaron. Pero, al fin, Nulán y su madre atravesaron la fosa.

—Nuestro monte —dijo Nulán.

Pero Anuja ya no avanzaba. Nulán la vio derrumbarse con una flecha clavada en la espalda. Se arrodilló y la abrazó contra su pecho.

—Ya llegamos, Anuja.

Al monte, a casa. Eso quería decir el sollozo mudo de Nulán. Pero Anuja estaba muriendo.

—Eso es, Anuja, sonrío. Tú me enseñaste, madre, que la desgracia teme a las sonrisas.

Cuando Beliria por fin los alcanzó, el hijo del monte ni siquiera alzó la vista.

A muy corta distancia ya, la voz enronquecida de Filip atronaba en los diminutos oídos de los Japiripé.

¿Pero de dónde llegaba ese viento brutal y rojizo que estremecía el monte? Nulán creyó que moría junto a Anuja. ¿Quién estaba cantando? Y sonrió también.

Viento. Y un sonido sin puntos cardinales que Nulán había escuchado alguna vez.

En Oras Viitor desfilaban dragones de madera pintada.

En el monte, una inmensa dragona blanca se adueñaba del cielo. Y ya nadie logró moverse de su sitio. Ni Filip, ni sus soldados, ni Beliria.

Nulán recordó algo, quizás un nido, y luego de dejar suavemente a Anuja sobre la tierra, se puso de pie sin temor alguno.

La dragona descendió. Miró a Nulán. Cantó un antiguo idioma. Nulán debió comprenderlo porque permitió que la dragona tomara a su madre y se alejara con ella, hacia el Norte.

Para unir el tiempo y el amor, Hobsyllwin había atravesado, incalculables, simultáneos, los racimos de la Perforación.

El nacimiento

Una estricta división de sangres preservaba la vida en las aldeas arayé. «Si la sangre viene de tu madre, empújala lejos».

Dos ríos... La sangre paterna permitía el amor. La sangre materna lo prohibía.

«Si esa mujer lleva sangre paterna puedes volcarla sobre la maleza».

«Si esa mujer lleva sangre del río materno no es mujer que mires o sueñes. Porque de la unión de sangre paterna con sangre materna saldrán hurones con pies humanos, tortugas con colmillos y jabalíes de tres patas».

Mam y Cabeza Roja eran primos en el río de la sangre materna. Mam era bella. Cabeza Roja era un cazador astuto y fuerte.

Apenas habían dejado de ser niños cuando Cabeza Roja se acercó a Mam. Entonces Mam se asustó y corrió a la Casa Gusano donde ambos vivían.

«Quiero coserme los ojos», dijo Mam.

Su abuela se rio a carcajadas y les contó a las demás mujeres la locura de su hija para que todas rieran.

«Quiero moler mis manos como si fueran semillas», dijo Cabeza Roja.

Su abuelo se rio a carcajadas y le contó a los demás hombres para que todos rieran de la estupidez de un cazador joven.

Por las noches ardían muchos fuegos en las Casas Gusano. Alrededor de cada hoguera se reunían el hombre, sus esposas y sus hijos.

Junto al fuego de la familia de Mam ardía el de la familia de Cabeza Roja. Los jóvenes arayés no necesitaban mirarse para verse.

—Mam, hay una curación que hacer y cinco pobrecitas ranas deben morir. Ve a buscarlas al río. Mira sus ojos. Ellas te dirán si son viejas y ya están dispuestas a morir —le dijo su abuela.

Cabeza Roja, que estaba cortando leña, la vio alejarse. Entonces fue tras ella. El hacha de piedra quedó clavada en el medio de un leño, como advertencia de lo que estaba por ocurrir.

El joven cazador iba tras los pasos de Mam, que se movía con gracia y, de tanto en tanto, se ponía flores en el cabello.

Apenas Mam había comenzado a buscar ranas cuando los pasos de su primo la sobresaltaron. En la mirada de Cabeza Roja era sencillo adivinar el amor. También en el temblor de Mam, cuando se puso de pie. En la inmensidad del monte, junto al río, el deseo se enfrentaba al deber.

Pero mientras los jóvenes arayé, primos en la sangre materna, se acercaban, algo sucedía en el mar que bañaba las costas del Sur de Mérec. Algo sucedía... El tiempo se abría paso a través del oleaje y alzaba como un túnel de agua infinita.

Casi medio siglo después de emprender su viaje desde la otra orilla del mar, Hobsyllwin y los dragones que la acompañaban salían a la superficie.

Los diminutos Japiripé de Mérec bailaron. ¡Los grandes dioses habían llegado! Pero también lloraron los Japiripé. ¡Los hermanos arayés no habían sido capaces de preparar un cielo sin flechas!

Ya en el cielo de Mérec, Hobsyllwin, la majestuosa, tomó un rumbo preciso. Los demás dragones la siguieron.

Un viento cálido y perfumado que llegaba del mar deshizo el temor. Mam alzó la vista hasta los ojos profundos de la prohibición. Y Cabeza Roja la cubrió con su deseo. Allí ocurrió el amor, por única vez, tan voraz que ninguno de los dos advirtió que una mirada esplendorosa los iluminaba desde lo alto.

Después, Mam halló serenidad suficiente como para cumplir el encargo de su abuela. Y coraje para regresar a la aldea.

Un destino comenzaba a gestarse.

Luego, lo llamarían Nulán.



LILIANA BODOC (Ciudad de Santa Fe, Argentina, 21 de Julio de 1958 - 6 de febrero de 2018, Mendoza, Argentina). Desde los cinco años vivió en Mendoza, Argentina. Estudió letras en la Universidad de Cuyo, donde después ejercería la docencia, además de ser poeta y narradora. En Buenos Aires, su primer novela «*Los días del Venado*» no tardó en convertirse en un libro de mucha popularidad luego de que ella lograra con mucho esfuerzo conseguir una editorial dispuesta a editarlo, lo cual finalmente consiguió gracias a la alta calidad de escritura, interesante trama, entrañables personajes y paralelismo con la historia latinoamericana que caracterizan la novela.

La editorial Norma fue quien finalmente se encargó de hacer pública la excelente obra de Bodoc en 2000, a la que siguieron la segunda y tercer parte de la trilogía tituladas: «*Los días de la Sombra*» (2002) y «*Los días del Fuego*» (2004). Estas tres obras en su conjunto conforman la llamada «*Saga de los Confines*».

Desde el principio, el primer libro de su trilogía comenzó con las de ganar, habiendo ganado merecidamente los siguientes premios: Mejor libro de la Feria del libro de Buenos Aires (2000), el Premio Fantasía (2000), Lista de honor del Premio Andersen 2000, Mención especial, The White Ravens 2002, Premio Calidoscopio de Venezuela (2003).

También escribió otros libros como «*Diciembre Súper Álbum*», una novela corta juvenil publicada por editorial Alfaguara que ganó la distinción de «Destacados de Alija», «*Sucedió en Colores*», un libro de cuentos publicado en 2004, «*Amarillo*»

cuento publicado en la editorial Imaginaria y «*Puente de Arena*» en la antología de cuentos por la paz en 2003.

En el 2008 publicó *El espejo africano*, en 2009 *Presagio de Carnaval* y en 2013 *Memorias Impuras*.

Después de haber publicado libros sobre otras temáticas, Liliana Bodoc comenzó una nueva serie que podría considerarse la de mayor cercanía a los libros que le otorgaron la fama en lo que al género fantástico respecta. A pesar de haber comenzado como un proyecto conjunto con el artista Ciruelo con posibilidades de llevar la historia al cine, esto no se pudo concretar por diferentes razones y la historia continuaría únicamente de la mano de la autora en el formato de novela. No obstante, y si bien la saga se había anunciado como una tetralogía, solo se alcanzaron a publicar las dos primeras novelas debido al repentino fallecimiento de la autora el 6 de febrero de 2018.

La primera novela se tituló *Tiempo de dragones: La profecía imperfecta* (2015), mientras que la segunda recibió el nombre *Tiempo de dragones: El elegido en su soledad* (2017). Si bien la autora había terminado de escribir la tercera novela (cuyo título se desconoce hasta la fecha) antes de su muerte, aún no se han realizado anuncios en cuanto a su posible publicación. Por otro lado, la autora había mencionado en una entrevista que la cuarta parte haría las veces de una precuela de la historia principal.